

Ganadora del premio «La llave de cristal» a la mejor novela policíaca escandinava, un galardón que comparte con Henning Mankell y Stieg Larsson



KARIN FOSSUM

NO MIRES ATRÁS



Ragnhild, una niña de seis años, desaparece sin dejar rastro. Mientras la policía, encabezada por el inspector Konrad Sejer, inicia la búsqueda de la pequeña, ésta se encuentra jugando en casa de Raymond, un individuo algo retrasado que vive en el bosque con su padre.

El caso parece resuelto cuando Ragnhild regresa a su casa sana y salva esa misma noche, pero en realidad la pesadilla no ha hecho más que empezar. La niña recuerda haber visto a una chica desnuda en la orilla del lago y la policía no tarda en descubrir el cadáver de Annie Holland.

Al principio Sejer no cuenta con ninguna pista que explique el atroz asesinato, pero a medida que se suceden los interrogatorios va destapando el sórdido pasado de varios miembros de la pequeña comunidad noruega.

Con esta su segunda novela policíaca Karin Fossum ganó los premios Riverton y Llave de Cristal a la mejor novela policíaca escandinava, consolidándose así como una de las voces literarias de más talento del norte de Europa.



Karin Fossum

No mires atrás

Inspector Sejer - 2

ePub r1.1

Rob_Cole 16.08.2016

Título original: *Se deg ikke tilbake!*

Karin Fossum, 1996

Traducción: Kirsti Baggethun Kristensen y Asunción Lorenzo Torres

Editor digital: Rob_Cole

Primer editor: nemiere (r1.0)

ePub base r1.2



A Bente Konstance

Aunque todos los topónimos se han cambiado, el paisaje en el que se sitúa esta historia será reconocido por los que allí habitan. Me veo, por lo tanto, en la obligación de asegurar que ninguno de los personajes de este libro tiene su origen en seres humanos reales.

Valstad, febrero de 1996

KARIN FOSSUM

Ragnhild abrió la puerta con cuidado y echó un vistazo hacia el exterior. La carretera estaba tranquila y el viento que había estado jugueteando entre las casas durante la noche se había calmado por fin. Se volvió y sacó su cochecito de muñecas.

—Pero si ni siquiera hemos desayunado —se quejó Marthe ayudando a su amiga a empujar el coche.

—Tengo que irme. Vamos a hacer la compra —contestó Ragnhild.

—¿Quieres que vaya luego a tu casa?

—Vale. Cuando hayamos vuelto de la compra.

Estaba ya en el camino de arena del jardín, empujando el coche cuesta arriba hacia la verja. Era muy pesado, así que le dio la vuelta y tiró de él en lugar de empujarlo.

—Hasta luego, Ragnhild.

La puerta se cerró con un agudo chasquido de madera y metal. Ragnhild tuvo problemas con la verja, pero no se atrevió a dejarla mal cerrada. El perro de Marthe, que la seguía atentamente con la mirada desde debajo de la mesa del jardín, podría escaparse. Segura ya de que la verja estaba bien cerrada, empezó a caminar por la carretera en dirección a los garajes. Podría haber cogido el atajo que había entre las casas, pero pensó que sería demasiado complicado con el cochecito. Un vecino que estaba cerrando la puerta de su garaje le sonrió mientras se abrochaba torpemente la gabardina con una mano. Un gran Volvo negro rugía suavemente.

—Vaya, Ragnhild, qué temprano vuelves hoy. ¿Marthe no se ha levantado aún?

—Es que he dormido allí esta noche —explicó la niña—. En un colchón en el suelo.

—Ah, ya.

El hombre acabó de cerrar el garaje y miró el reloj: eran las 8.06. Al instante, el coche salió a la carretera y desapareció.

Ragnhild iba empujando el cochecito con las dos manos. Había llegado al lugar donde empezaba la cuesta abajo, y era tan empinada que tenía que ir reteniendo el coche para que no saliera disparado. La muñeca, que se llamaba Elise como ella, porque en realidad se llamaba Ragnhild Elise, resbaló hacia el extremo del coche. Debía de ser muy incómodo, así que soltó una mano; con ella colocó a la muñeca, la cubrió con el edredón y siguió su camino. Llevaba zapatillas de deporte, una roja con cordones verdes y la otra verde con cordones rojos, como debía ser, un chándal rojo con el león Simba sobre el pecho y un anorak verde encima. Tenía el pelo increíblemente fino y no muy largo, y, sin embargo, había conseguido atarse una goma en lo alto de la cabeza. Colgadas de la goma, bailaban frutas de plástico de muchos colores, y en el centro se erguía el ralo mechón como una palmera mal cuidada. Tenía seis años y medio, pero era menuda para su edad. Hasta que no abría la boca costaba imaginarse que pronto iría a la escuela

primaria.

No se encontró con nadie en la cuesta, pero al acercarse al cruce oyó el motor de un coche y se detuvo, se apartó lo que pudo de la carretera y esperó mientras la sucia furgoneta saltaba sobre un badén. Ésta frenó aún más al ver a la niña vestida de rojo. Ragnhild quería cruzar la carretera. Al otro lado había acera y su madre le había dicho que siempre debía andar por la acera. Esperó a que pasara el coche pero éste, en lugar de pasar, se detuvo. El conductor bajó el cristal de la ventanilla.

—Cruza, ya espero yo —gritó.

Ragnhild vaciló un instante y luego cruzó. Tuvo que darse la vuelta para subir el cochecito a la acera. La furgoneta avanzó un poco, luego volvió a detenerse y se bajó el cristal del otro lado. Tiene unos ojos muy raros, pensó la niña, muy grandes, muy redondos, muy separados y pálidos como el hielo. Su boca era pequeña, con los labios abultados y apuntando hacia abajo, como la boca de un pez. Él la miró fijamente.

—¿Vas a subir la cuesta con ese cochecito?

Ella asintió con la cabeza.

—Vivo en Granittveien.

—Te costará mucho. ¿Qué llevas dentro?

—A Elise —contestó la niña sacando la muñeca.

—Muy bonita —exclamó el hombre con una amplia sonrisa. Su boca era más bonita así.

Luego se rascó la nuca. Estaba muy despeinado, mechones hirsutos le salían de la cabeza como las hojas de una piña; al rascarse se despeinó aún más.

—Puedo llevarte si quieres —dijo—. Atrás hay sitio para el coche de tu muñeca.

Ragnhild reflexionó un instante mirando la cuesta arriba. Era larga y pesada. El hombre echó el freno de mano y miró la parte de atrás del coche.

—Mi mamá me está esperando —dijo Ragnhild.

Algo resonaba en algún remoto lugar de su cabeza, pero no logró captarlo.

—Vas a llegar antes a tu casa si te llevo en coche —argumentó entonces el hombre.

Eso fue decisivo. Ragnhild era una niña práctica, así que acercó el cochecito a la furgoneta y el conductor bajó de un salto, abrió la puerta trasera y lo subió con una mano; luego subió a Ragnhild.

—Tendrás que sentarte atrás e ir sujetando el cochecito; si no, va a estar todo el rato moviéndose.

El hombre se colocó de nuevo en el asiento delantero y quitó el freno de mano.

—¿Subes esta cuesta andando todos los días? —preguntó mirándola por el espejo retrovisor.

—Solo cuando vengo de casa de Marthe. He dormido allí esta noche.

Ragnhild sacó de debajo del edredón de la muñeca una bolsa de aseo de flores y la abrió. Comprobó que las cosas estaban en su sitio: el camisón con el dibujo de Nala, el cepillo de dientes y el cepillo del pelo. La furgoneta pasó por encima de otro badén. El hombre seguía observándola por el espejo.

—¿Has visto alguna vez un cepillo de dientes como éste? —preguntó Ragnhild, enseñándoselo. Tenía pies.

—¡No! —contestó el hombre con entusiasmo—. ¿Dónde lo has conseguido?

—Me lo ha comprado mi papá. ¿Tú no tienes uno así?

—Voy a pedir uno para Navidad.

Por fin pasaron el último badén, y el hombre cambió de primera a segunda. Sonaba fatal. La niña iba sentada en el suelo de la parte de atrás de la furgoneta, agarrada al cochecito. Una niña muy mona, pensó. Con ese chándal tan rojo parecía una fresón maduro. El hombre se puso a silbar sintiéndose dueño de sí mismo, sentado al volante de la gran furgoneta con una niña detrás. Verdaderamente dueño de sí mismo.

El pueblo estaba en el fondo de un valle en el que terminaba el fiordo, al pie de una montaña, al igual que una poza de agua estancada. Como todo el mundo sabe, solo es sana el agua que corre. El pueblo era el pariente pobre del municipio, y las carreteras que llevaban hasta allí eran indescriptiblemente malas. Muy de tarde en tarde se detenía un autobús junto a la central lechera abandonada para recoger a alguna persona y llevarla a la ciudad. Volver a casa resultaba más difícil.

La montaña era una colina gris, poco frecuentada por excursionistas de la zona, pero asiduamente visitada por forasteros que venían de lejos. El interés se debía a minerales raros y a una flora nada despreciable. En días tranquilos podía oírse desde la colina un lejano sonido de campanillas que hacía pensar en fantasmas, aunque en realidad se trataba de ovejas que pastaban en lo alto. Las colinas de alrededor se veían azuladas y etéreas a través de la neblina, como fieltro suave con velos lanosos de niebla. Konrad Sejer siguió con el dedo la carretera nacional en el libro de carreteras. Se estaban acercando a una rotonda. El sargento Karlsen iba al volante, mirando atento los campos y siguiendo las instrucciones.

—Ahora gira a la derecha en Gneisveien, luego sube por Skiferbakken, y después a la izquierda en Feltspatveien. Allí, a la derecha, está Granittveien. Es una calle sin salida —añadió Sejer pensativo—. El número cinco debe de ser la tercera casa a mano izquierda.

Estaba tenso, y su voz sonaba aún más grave que de costumbre.

Karlsen maniobraba el coche sobre los badenes del interior de la urbanización. Como en tantos otros lugares, sus habitantes se habían apiñado a cierta distancia de la población local. Aparte de las instrucciones para llegar, no les habían dicho mucho más. Se estaban acercando a la casa, e intentaban armarse de valor pensando que quizá la niña perdida estuviera ya en su hogar. Tal vez estuviera sentada sobre las rodillas de su madre, sorprendida y molesta por tanto alboroto. Era la una, lo que significaba que la niña faltaba de su casa desde hacía cinco horas. Dos habría estado dentro de un límite razonable, cinco eran definitivamente demasiado. El malestar iba en aumento, como un punto muerto en el pecho por el que la sangre se negaba a fluir. Los dos tenían hijos, Karlsen una hija de ocho años y Sejer incluso un nieto de cuatro. El silencio que reinaba entre ellos estaba preñado de imágenes que tal vez se convirtieran en realidad. Esta idea se apoderó de Sejer justo en el momento en que se detuvieron. El número 5 era una casa baja pintada de blanco y con los marcos de las ventanas azules. Una típica casa prefabricada, sin personalidad, pero decorada como una casa de muñecas, con postigos ornamentales y un borde de encaje en los travesaños del techo. El jardín estaba bien cuidado. Una terraza con una hermosa baranda rodeaba la vivienda. Se encontraban en lo alto de la ladera, desde donde se veía toda la población, un pequeño pueblo bastante hermoso con granjas y campos cultivados. Junto al buzón había un coche de la policía, de servicio, que se les había adelantado.

Sejer entró primero, se limpió minuciosamente los zapatos en el felpudo y agachó la cabeza al entrar en el salón. Les costó un segundo entender la situación. La niña seguía perdida, cundía el pánico. La madre, una mujer robusta con un vestido de cuadros, estaba sentada en el sofá. A su lado, con una mano sobre su brazo, había una mujer policía. Sejer pudo oler el miedo en la habitación. La madre empleaba las pocas fuerzas que le quedaban en contener el llanto o tal vez un terrible grito de terror. En consecuencia, jadeaba al menor esfuerzo, como cuando se levantó y le dio la mano.

—Señora Album —dijo—, han salido a buscar a su hija, ¿no es así?

—Unos vecinos. Se han llevado un perro.

Volvió a hundirse en el sofá.

—Nos ayudaremos mutuamente.

Sejer se sentó en un sillón frente a la mujer y se inclinó hacia delante sin apartar la vista de ella.

—Enviaremos una patrulla con perros. Ahora hábleme de Ragnhild. Cómo es, qué aspecto tiene y cómo va vestida.

La mujer no contestó; se limitó a mover enérgicamente la cabeza. Su boca estaba rígida e inmóvil.

—¿Ha llamado a todos los sitios imaginables?

—Tampoco hay tantos —susurró la mujer—, y ya he llamado a todos.

—¿No tienen ustedes familiares en otras partes de la comarca?

—No tenemos a nadie. No somos de aquí.

—¿Ragnhild va a la guardería?

—No, no conseguimos plaza.

—¿Tiene hermanos?

—Solo la tenemos a ella.

Sejer intentó aspirar sin que se notase.

—En primer lugar —dijo—, la ropa que lleva puesta. Con todos los detalles posibles.

—Un chándal rojo —tartamudeó la mujer—, con un león sobre el pecho. Chubasquero verde con capucha. Zapatillas deportivas: una verde y otra roja.

La mujer hablaba a trompicones; apenas se oía su voz.

—¿Y Ragnhild? Descríbamela.

—Un metro diez. Dieciocho kilos. Pelo muy rubio. Acaba de pasar la revisión médica de los seis años.

Se acercó a la pared sobre el televisor, donde había unas fotografías colgadas. La mayor parte de ellas eran de Ragnhild, una con traje regional, y otra con un hombre vestido de uniforme del ejército, probablemente el marido. La mujer escogió una de su hija y se la alcanzó. El pelo de la niña era casi blanco, el de la madre negro. Pero el padre era rubio; podía verse un poco de pelo debajo de la gorra del uniforme.

—¿Cómo es su hija?

—Confiable —dijo ella entre sollozos—. Habla con todo el mundo.

Esa confesión hizo temblar a la madre.

—Este tipo de niños son los que mejor se defienden en este mundo —aseguró Sejer—. Tendremos que llevarnos la foto.

—Lo comprendo.

—Dígame —dijo Sejer sentándose de nuevo—, ¿dónde suelen ir los niños de este pueblo cuando van de excursión?

—Al fiordo. A la playa del Cura o a Horgen. O a lo alto de la colina. Algunos van al embalse y otros al bosque.

Sejer miró por la ventana y contempló los oscuros abetos.

—¿Alguien vio a Ragnhild después de que se marchara?

—El vecino de Marthe se encontró con ella junto al garaje cuando iba a trabajar. Lo sé porque llamé a su mujer.

—¿Y dónde vive Marthe?

—En Krystallen. A solo unos minutos de aquí.

—¿Llevaba con ella su cochecito de muñecas?

—Sí. De la marca Brio. Color rosa.

—¿Cómo se llama ese vecino que la vio junto al garaje?

—Walther —contestó sorprendida—. Walther Isaksen.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Trabaja en la empresa Dyno. En el departamento de personal.

Sejer se levantó y se acercó al teléfono. Llamó a Información, consiguió el número, marcó y esperó.

—Necesito hablar con un empleado suyo cuanto antes. Su nombre es Walther Isaksen.

La señora Album lo miraba preocupada desde el sofá. Karlsen estudiaba las vistas a través de la ventana: las colinas azules, los campos y el capitel blanco de una iglesia a lo lejos.

—Soy Konrad Sejer, de la policía —dijo—. Estoy en Granittveien cinco, puede imaginarse el motivo de mi llamada.

—¿Ragnhild sigue sin aparecer?

—Así es. Tengo entendido que usted la vio cuando ella salió de la casa.

—Estaba cerrando la puerta del garaje.

—¿Miró usted el reloj?

—Eran las ocho y seis minutos; se me había hecho un poco tarde.

—¿Está usted seguro de que era exactamente esa hora?

—Tengo un reloj digital.

Sejer calló mientras intentaba memorizar el camino que habían recorrido.

—Entonces ¿usted la dejó a las ocho y seis minutos junto al garaje y se fue en su coche directamente al trabajo?

—Sí.

—¿Bajó por Gneisveien y salió a la nacional?

—Exacto.

—Supongo —dijo Sejer—, que a esa hora casi todo el mundo se dirige hacia la ciudad y hay poco tráfico en sentido contrario.

—Así es. Nadie va en dirección a nuestro pueblo. Allí no hay puestos de trabajo.

—A pesar de eso, ¿se encontró usted con algún coche en el camino? ¿Alguien que se dirigiera al pueblo?

El hombre se lo pensó mientras Sejer esperaba. La habitación estaba silenciosa como una

tumba.

—Pues sí, ahora que lo dice. Me encontré con uno abajo, en la parte llana. Justo antes de la rotonda. Una furgoneta, creo. Llena de manchas y hecha un desastre. Iba muy despacio.

—¿Quién iba dentro?

—Un hombre —contestó vacilante—. Un hombre solo.

—Me llamo Raymond —dijo sonriendo.

Ragnhild levantó la vista y vio el rostro sonriente en el espejo retrovisor. También vio la colina bañada por el sol de la mañana.

—¿Damos una vuelta en el coche?

—Mi mamá me está esperando —contestó en un tono de niña precoz.

—¿Has estado alguna vez en lo alto de la colina?

—Una vez. Con mi papá. Llevamos bocadillos.

—Se puede subir en coche —explicó él—, desde la parte de atrás, ¿sabes? ¿Quieres que subamos?

—Quiero irme a casa —contestó la niña, esta vez un poco insegura.

El hombre cambió de marcha y frenó.

—Solo una vueltecita —rogó.

Hablaba en voz muy baja. A Ragnhild le pareció que el hombre estaba muy triste, y no estaba acostumbrada a ir en contra de los deseos de los adultos. Se levantó, se acercó al asiento y se inclinó hacia él.

—Una vuelta muy corta —dijo—. Hasta lo alto y luego volvemos a casa enseguida.

El hombre dio marcha atrás por Feltspatveien y volvió a bajar la cuesta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Ragnhild Elise.

El hombre se movió en el asiento, carraspeó y dijo en tono pedante:

—Ragnhild Elise, no puedes ir de compras tan temprano. Solo son las ocho y cuarto de la mañana. La tienda está cerrada.

La niña no contestó. Sacó a Elise del cochecito, se la puso sobre las rodillas y le colocó bien el vestido. Luego le quitó el chupete. La muñeca empezó a llorar, un llanto agudo y metálico de bebé.

—¿Qué es eso?

El hombre frenó en seco y miró por el espejo retrovisor.

—Es Elise. Lloro cuando le quito el chupete.

—¡No me gusta! ¡Pónselo otra vez!

El hombre se puso nervioso, y el coche fue dando tumbos hacia los lados.

—Mi papá conduce mejor que tú —dijo la niña.

—He tenido que aprender yo solo —exclamó el hombre, malhumorado—. Nadie quiso enseñarme.

—¿Por qué no?

El hombre no contestó; se limitó a hacer un movimiento con la cabeza. El coche ya estaba en la carretera nacional, avanzó en segunda hasta la rotonda y cruzó la carretera emitiendo un rugido

oxidado.

—Estamos llegando a Horgen —dijo la niña, contenta.

El hombre seguía sin contestar. Diez minutos más tarde giró a la izquierda y comenzó a subir por la ladera. Pasaron por un par de granjas con los graneros pintados de rojo y algún que otro tractor aparcado. El camino era cada vez más estrecho y con más baches. A Ragnhild se le estaban cansando los brazos de ir agarrando el cochecito. Por fin dejó la muñeca en el suelo y puso un pie entre las ruedas para que hiciera de freno.

—Aquí vivo yo —dijo de repente el hombre deteniéndose.

—¿Con tu mujer?

—No, con mi padre. Pero está en la cama.

—¿No se ha levantado aún?

—Siempre está en la cama.

La niña miró por la ventanilla y vio una casa muy curiosa. Había sido originalmente una pequeña cabaña a la que alguien había añadido un trozo y luego otro. Ninguna de las partes tenía el mismo color. Junto a la casa había un garaje de hojalata. El patio delantero estaba cubierto de plantas y arbustos sin podar. Un viejo arado oxidado estaba siendo progresivamente tragado por ortigas y dientes de león. Pero a Ragnhild no le interesaba la casa, había divisado otra cosa.

—¡Conejos! —exclamó impresionada.

—Sí —dijo el hombre, animado—. ¿Quieres verlos?

Salió del coche de un salto, abrió la puerta trasera y bajó a la niña. Andaba de un modo muy extraño, contoneándose. Era patizambo; tenía las piernas tan cortas que no parecían normales y los pies muy pequeños. Desde su ancha nariz, de la que colgaba una gota grande y transparente, hasta el labio inferior, un poco prominente, había muy poca distancia. Ragnhild pensó que no era muy viejo, aunque se movía como un anciano. Resultaba muy curioso. La cara de un chico sobre el cuerpo de un viejo. Raymond fue hasta la jaula y la abrió. Ragnhild estaba como petrificada.

—¿Puedo coger uno?

—Sí, puedes elegir.

—Ese pequeño marrón —dijo fascinada.

—Ése es Pâsan. El más majo de todos.

Abrió la jaula y sacó al animalito. Era un gordito *wedder* de color café con leche, con las orejas caídas. Agitaba enérgicamente las patas, pero al instalarse en los brazos de Ragnhild se tranquilizó. Por un instante la niña permaneció muda. Notaba en sus manos los latidos del corazón del animal. Le tocó con cuidado una oreja. Era como tener un trozo de terciopelo entre los dedos. El hocico, negro y húmedo, brillaba como un caramelo de regaliz. Raymond estaba a su lado mirándola. Tenía a una chica para él solo, y nadie los había visto.

—La foto —indicó Sejer—, con la descripción personal, se enviará a los periódicos. Si no hay contraorden, se imprimirán esta noche.

Irene Album se desplomó sobre la mesa sollozando. Los demás se miraban las manos en silencio a la vez que observaban la temblorosa espalda de ella. La mujer policía estaba alerta con un pañuelo preparado. Karlsen movió su silla y miró el reloj.

—¿Ragnhild tiene miedo a los perros? —quiso saber Sejer.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo la mujer entre sollozos.

—Porque a veces, buscando a niños con patrullas de perros, nos ha ocurrido que se esconden al oír a nuestros pastores alemanes.

—No tiene miedo a los perros.

Sejer repetía esas palabras en su cabeza: «No tiene miedo».

—¿Y no ha logrado usted dar con su marido?

—Está en Narvik de maniobras —susurró—. En algún lugar de la planicie.

—¿No utilizan el teléfono móvil?

—Están fuera de cobertura.

—¿Y quiénes son los que han salido a buscarla?

—Chicos del vecindario. Los que están en casa durante el día. Uno de ellos tiene teléfono móvil.

—¿Cuánto tiempo llevan fuera?

La mujer miró el reloj de la pared.

—Más de dos horas.

Ya no le temblaba la voz; ahora sonaba como si estuviese drogada, casi apática, como si hablara medio dormida. Él se inclinó hacia delante y le habló tan lentamente y con tanta claridad como pudo.

—Aquello que teme más que nada seguramente no ha sucedido. ¿Lo entiende? Lo normal es que los niños desaparezcan por tonterías. Es más, continuamente desaparecen niños precisamente porque son niños. No tienen sentido del tiempo ni de la responsabilidad, y son tan condenadamente curiosos que persiguen cualquier capricho que se les mete en la cabeza. Así son los niños, y por eso desaparecen. Pero lo más normal es que vuelvan a aparecer tan de repente como se fueron. A menudo sin ninguna explicación de dónde han estado y qué han hecho. Pero por regla general —Sejer respiró hondo— vuelven sanos y salvos.

—¡Sí! —dijo la mujer mirándolo fijamente—. ¡Pero ella nunca había desaparecido antes!

—Está creciendo y haciéndose mayor —insistió Sejer—. Cada vez se atreve a hacer más cosas.

Dios me ampare, pensó inmediatamente, tengo respuesta para todo. Se levantó de nuevo y marcó otro número. Refrenó un impulso de volver a mirar el reloj; no sería más que otra advertencia de que el tiempo pasaba, y advertencias así no les hacían ninguna falta. Habló con la policía, les hizo un resumen de la situación, les pidió que se pusieran en contacto con la organización Ayuda Popular Noruega, les dio las señas de la madre y les facilitó una rápida descripción de la niña: vestida de rojo, pelo casi blanco, cochecito rosa de muñecas. Preguntó si se había recibido alguna información. No habían recibido nada. Volvió a sentarse.

—¿Ha mencionado o hablado Ragnhild últimamente de algún desconocido?

—No.

—¿Llevaba dinero? ¿Puede haber ido a una tienda de chucherías?

—No, no llevaba dinero.

—Éste es un pueblo pequeño —prosiguió Sejer—. ¿Alguna vez, mientras paseaba, su hija se ha subido en el coche de algún vecino?

—Sí, alguna vez. Hay unas cien casas en esta ladera, y ella conoce a casi todo el mundo. También conoce sus coches. A veces, Marthe y ella han bajado hasta la iglesia con sus cochecitos

de muñecas y luego han regresado en el coche de algún vecino.

—¿Van a la iglesia por alguna razón especial?

—Hay un niño enterrado en el cementerio, un niño a quien las dos conocían. Cogen flores para llevarlas a su tumba, y luego regresan a casa. Creo que les resulta muy emocionante.

—¿Ha buscado usted alrededor de la iglesia?

—Llamé a las diez para preguntar por Ragnhild. Cuando Marthe me dijo que se había ido a las ocho, me metí en el coche. Dejé la puerta de casa abierta por si ella volvía mientras yo estaba fuera. Fui hasta la iglesia y luego a la gasolinera. Allí salí del coche y busqué por todas partes. Me pasé por el taller mecánico y me acerqué hasta la parte de atrás de la central lechera. Luego fui al colegio de los pequeños y miré en el patio, porque allí tienen toboganes y esas cosas. Después busqué en la guardería. Ella tenía tantas ganas de ir...

Sollozó de nuevo. Los demás seguían sentados en silencio, esperando. La mujer tenía los ojos hinchados y arrugaba desesperadamente el vestido entre los dedos. Poco a poco dejó de llorar y volvió a apoderarse de ella la apatía, un escudo que la mantenía a salvo de las peores perspectivas.

Sonó el teléfono. Un repentino pitido de mal agüero. La mujer dio un saltó en el sofá, dispuesta a cogerlo, pero vio la mano de Sejer como una señal de STOP en el aire. Él descolgó.

—Hola, ¿está Irene? —Parecía la voz de un chico.

—¿Con quién hablo? —preguntó Sejer.

—Thorbjørn Haugen. Estamos buscando a Ragnhild.

—Soy el inspector Sejer, de la policía. ¿Tienes alguna noticia?

—Hemos pasado por todas las casas de la ladera. Por todas. En muchas no había nadie, pero en Feltspatveien nos encontramos con una señora que dijo que un coche grande había dado marcha atrás para dar la vuelta en su patio; ella vive en el número uno. Le pareció que era una especie de furgoneta. Y dentro del coche iba una niña con chaqueta verde y el pelo muy blanco recogido en lo alto de la cabeza. Ragnhild va peinada así muchas veces.

—Continúa.

—El coche dio la vuelta en medio de la cuesta y volvió a bajar. Desapareció en la curva.

—¿Te dijo la hora?

—Las ocho y cuarto.

—¿Puedes venir hasta aquí?

—Estamos llegando, vamos por la rotonda.

Colgó. Irene Album seguía de pie.

—¿Quién era? —susurró—. ¿Qué han dicho?

—Alguien la ha visto —contestó lentamente—. Montada en un coche.

Por fin sonó el grito. Fue como si el sonido se abriera paso entre el tupido bosque, provocando un suave movimiento en la cabeza de Ragnhild.

—Tengo hambre —dijo la niña de repente—. Quiero irme a casa.

Raymond levantó la vista. Pásan se paseaba sobre la mesa de la cocina sorbiendo la maizena que habían esparcido. Se habían olvidado del tiempo y del espacio. Habían dado de comer a todos los conejos, Raymond le había enseñado todas sus fotografías, recortes de revistas

cuidadosamente pegados en un gran álbum. Ragnhild se reía sin parar del rostro tan raro que tenía Raymond. En ese momento reparó en que debía de ser tarde.

—Te daré una rebanada de pan con algo.

—Quiero irme a casa, tenemos que hacer la compra.

—Primero iremos a la colina y luego te llevaré a casa.

—¡Ahora! —insistió la niña—. Quiero irme a casa ya.

Raymond miró desesperadamente a su alrededor en busca de algún aplazamiento.

—Sí, sí, lo sé. Pero primero tengo que ir a comprar leche para papá. Abajo, donde Horgen. No tardaré mucho. Mientras tanto puedes esperar aquí; así tardaré menos.

Raymond se levantó y la miró. Observó esa carita iluminada con la boca en forma de corazón que le recordaba cierto caramelo. Tenía los ojos claros y azules, y las cejas oscuras, una sorpresa bajo el blanco flequillo. Luego suspiró con pesar, se levantó y abrió la puerta de la cocina. Ragnhild quería marcharse ya, pero no sabía el camino y tendría que esperar. Fue hasta el pequeño cuarto de estar con el conejo en brazos, y se acurrucó en el rincón del sofá. Marthe y ella no habían dormido mucho durante la noche, y con el animalito caliente junto al cuello le entró rápidamente el sueño. Al poco rato se le cerraron los ojos.

Había pasado un buen rato cuando él por fin volvió. Permaneció mucho tiempo sentado mirándola, extrañado de lo silenciosamente que dormía. Ni un movimiento, ni siquiera un pequeño suspiro. A Raymond le pareció que la niña había crecido un poco, que se había hinchado como un pan en el horno. Al cabo de un rato perdió la calma; no sabía qué hacer con las manos, de manera que se las metió en los bolsillos y empezó a balancearse de lado a lado en el sillón. Le dio por frotar la tela del pantalón, mientras se balanceaba cada vez más deprisa mirando preocupado por las ventanas y hacia el pasillo que conducía al dormitorio de su padre. Sus manos se movían sin cesar, mientras miraba fijamente el pelo resplandeciente como la seda de Ragnhild, casi como la piel del conejo. Luego suspiró en voz baja y se calmó. Se levantó y zarandó suavemente a la niña.

—Ya podemos irnos. Deja que coja a Påsan.

Durante un instante, Ragnhild se quedó completamente aturdida. Se levantó despacio y miró fijamente a Raymond. Luego fue tras él hasta la cocina y se puso el anorak. Salió de la casa y vio cómo metía al pequeño animal marrón en la jaula. Su cochecito de muñecas seguía en la parte de atrás de la furgoneta. Raymond parecía triste, pero la ayudó a meterse en el coche. Luego se sentó delante e introdujo la llave para arrancar, pero no ocurrió nada.

—No arranca —dijo Raymond irritado—. No lo entiendo. Hace un momento funcionaba. ¡Mierda de coche!

—¡Tengo que irme a casa! —dijo Ragnhild en voz muy alta, como si eso ayudara a mejorar la situación.

Raymond seguía dando vueltas a la llave y pisando el acelerador. Había corriente y el motor daba vueltas, pero todo quedaba en un quejido que no lograba arrancar.

—Tendremos que ir andando.

—¡Pero está muy lejos! —lloriqueó la niña.

—No, no tanto. Estamos en la parte de atrás de la colina, casi en lo alto. Desde aquí se puede ver tu casa. Yo te llevaré el cochecito.

Raymond se puso un anorak que había en el asiento delantero, volvió a salir de la furgoneta de

un salto y le abrió la puerta. Ragnhild llevaba la muñeca y él empujaba el cochecito, que iba dando pequeños tumbos por el camino lleno de baches. Enseguida Ragnhild pudo ver la colina que se erguía ante ellos, rodeada de oscuro bosque. De repente tuvieron que acercarse a toda prisa a la cuneta, mientras un coche pasaba a gran velocidad, dejando tras de sí una espesa nube de humo. Raymond conocía bien el camino, pero se desplazaba lentamente. Ragnhild podía seguirlo sin problema. Al cabo de un rato el camino se hizo más empinado, para acabar en un lugar donde los coches podían dar la vuelta. El sendero que iba por la derecha de la colina resultaba blando y agradable al andar. Las ovejas lo habían ensanchado y estaba sembrado de excrementos que parecían perdigones. Ragnhild se divertía pisándolos; estaban secos y enteros. Pasados unos minutos, vieron algo relucir entre los árboles.

—La laguna de la Serpiente —dijo Raymond.

La niña se detuvo a su lado. Miró fijamente y vio las hojas de los lirios, y un pequeño bote que estaba en la orilla boca abajo.

—No te acerques al agua —dijo Raymond—. Es peligroso. Nadie puede bañarse aquí. Te hundes en la arena y desapareces. Arenas movedizas —añadió dándose importancia.

Ragnhild se estremeció. Recorrió la orilla de la laguna con la mirada; era una línea continua amarilla, de juncos, excepto en un solo lugar, donde algo, que con un poco de benevolencia podía llamarse playa, interrumpía la línea como un oscuro guión. Los dos dirigieron sus miradas a ese punto. Raymond soltó el cochecito y Ragnhild se metió un dedo en la boca.

Thorbjørn jugueteaba con el teléfono móvil. Tenía dieciséis años, y el pelo oscuro ligeramente ondulado en una media melena, recogido con un pañuelo de colores. Las puntas que salían del nudo en la frente como dos plumas rojas le hacían parecer un indio rostro pálido. Evitó la mirada de la madre de Ragnhild y optó por fijar la vista en Sejer, mientras se relamía los labios sin parar.

—Lo que has averiguado es muy importante —confesó Sejer—. Por favor, escribe las señas aquí. ¿Te acuerdas del nombre?

—Helga Moen, en el número uno. Una casa gris con perrera.

Hablaba en susurros y anotó las señas con mayúsculas en el bloc que le había alcanzado Sejer.

—Estuvimos primero en la colina, volvimos a bajar, fuimos a la laguna de la Serpiente y echamos un vistazo en los senderos de la zona. También dimos una vuelta por el embalse, la tienda de Horgen y la playa del Cura. Y por la iglesia. Al final visitamos un par de granjas en Bjerkerud y el Centro Hípico. A Ragnhild le gustaban, eh..., quiero decir, le gustan mucho los animales.

El lapsus le hizo sonrojarse. Sejer le dio una ligera palmadita en el hombro.

—Siéntate, Thorbjørn —exclamó señalando el sofá, donde había un sitio libre al lado de la señora Album.

Ella estaba centrada en otros pensamientos: la terrorífica posibilidad de que Ragnhild tal vez no volviera jamás y que ella, su madre, se viera obligada a vivir el resto de su vida sin aquella niña de grandes ojos azules. Estos pensamientos le llegaban en forma de pequeños pinchazos que ella saboreaba cuidadosamente. Estaba rígida, como si una viga de acero le atravesara la espalda. La mujer policía, que apenas había abierto la boca en el tiempo que llevaban allí, se incorporó lentamente. Por primera vez se atrevió a hacer una sugerencia.

—Señora Album —dijo en voz baja—, déjeme preparar un poco de café.

La mujer asintió débilmente con la cabeza. Se levantó y siguió a la policía hasta la cocina. Se abrió el grifo y se oyó el tintineo de tazas. Sejer hizo una seña imperceptible a Karlsen con la cabeza en dirección a la entrada, donde se pusieron a murmurar en voz muy baja. Thorbjørn apenas veía la cabeza de Sejer y la punta negra y resplandeciente del zapato de Karlsen. En la penumbra podrían mirar sus relojes sin que nadie los viera. Los miraron y se hicieron señas. La desaparición de Ragnhild ya era algo serio; habría que poner en marcha el gran aparato. Sejer se rascó el codo a través de la tela de la camisa.

—No soporto la idea de encontrarla en una cuneta.

Abrió la puerta con el fin de respirar un poco de aire fresco. Y allí estaba la niña. Con su chándal verde, en el primer escalón y con una manita blanca apoyada en la barandilla.

—¿Ragnhild? —preguntó sorprendido.

Una feliz media hora más tarde, bajando en su coche por Skiferbakken, Sejer, satisfecho, se pasó los dedos por el pelo. Karlsen pensó que su jefe, con el pelo recién cortado, parecía un cepillo de acero, de esos que se emplean para quitar pintura vieja. Los pronunciados rasgos de su rostro parecían más relajados de lo habitual. Al llegar a la mitad de la cuesta pasaron por la casa gris. Vieron la perrera y un rostro que miraba a través del cristal de la ventana. Si Helga Moen estaba esperando una visita de la policía, iba a llevarse una gran decepción. Ragnhild estaría sentada sobre las rodillas de su madre con un gran bocadillo en la mano.

El momento en que la niña había entrado tranquilamente en el cuarto de estar se había quedado grabado en la memoria de los dos hombres. La madre, al oír la fina voz de la pequeña, salió disparada de la cocina y se abalanzó sobre su hija, rápida como una fiera que agarra a su presa y no está dispuesta a soltarla por nada del mundo. Parecía que Ragnhild se hallase dentro de una trampa de zorros. Los delgados brazos y piernas y el escaso pelo blanco se veían dispersos entre los sólidos brazos de su madre. Y así se quedaron. De ninguna de ellas salió ni un sonido, ni un sollozo. Thorbjørn seguía jugueteando con el teléfono móvil, la mujer policía hacía ruido con las tazas y Karlsen se retorció el bigote una y otra vez, mientras una feliz sonrisa se dibujaba en su rostro. La habitación se iluminó, como si el sol penetrara de repente por la ventana. Y luego llegó por fin una mezcla de risas y sollozos: «¿ERES UNA NIÑA MALÍSIMA!».

—He estado pensando —dijo Sejer carraspeando— en tomarme una semana de vacaciones. Todavía me quedan algunos días.

Karlsen se balanceó al pasar por un badén.

—¿Para qué quieres una semana de vacaciones? ¿Para hacer paracaidismo en Florida?

—Había pensado bajar a la cabaña.

—Está en Brevik, ¿no?

—En la isla de Sand.

Se internaron en la carretera nacional y aceleraron.

—Yo no tengo más remedio que ir a Legolandia este año —murmuró Karlsen—. Ya no me libro. La niña se está poniendo muy pesada.

—Lo dices como si fuera un castigo —señaló Sejer—. Legolandia es una maravilla. Volverás de allí cargado de cajas de Lego y completamente contagiado por el virus. ¡Anímate! ¡No te arrepentirás!

—¿Así que has estado allí?

—Sí, con Matteus. ¿Sabes que han hecho una estatua del indio Toro Sentado exclusivamente con piezas de Lego? Un millón cuatrocientas mil piezas de Lego de colores muy especiales. Es increíble.

Se calló. Divisó la iglesia a la izquierda, una pequeña iglesia de madera pintada de blanco, algo separada de la carretera, entre campos amarillos y verdes, rodeados de frondosos árboles. Una hermosa iglesia, pensó; en un cementerio así debería haber enterrado a su mujer aunque hubiera estado más lejos para ir a visitarla. Ya era demasiado tarde, claro. Hacía más de ocho años que había muerto, y estaba enterrada en el cementerio del centro de la ciudad, justo al lado de la calle principal, la más transitada, rodeada de humos y ruido.

—¿Crees que la niña estaba bien?

—Eso parecía. He dicho a la madre que me llame cuando pase un rato. Supongo que la pequeña empezará a hablar. Seis horas —añadió meditabundo— son muchísimas horas. Ese tío extraño debe de tener mucho encanto.

—Al menos parece que tiene carnet de conducir; en ese caso no puede tener la cabeza completamente hueca.

—Eso no lo sabemos, ¿no? Si tiene carnet, quiero decir.

—Maldita sea, tienes razón —tuvo que reconocer Karlsen. De repente frenó y se metió en la gasolinera de lo que llamaban el centro, donde había una oficina de correos, un banco, una peluquería y una gasolinera. En la tienda Kiwi se veía un cartel pegado al cristal del escaparate que decía VENTA DE MEDICINAS. El peluquero tentaba a su clientela con una nueva cabina de rayos UVA—. Tengo que comprarme una tableta de chocolate. ¿Vienes?

Entraron. Sejer compró un periódico y una tableta de chocolate. Miró por la ventana hacia el fiordo.

—Perdone —dijo la chica desde detrás del mostrador—. No le habrá pasado nada a Ragnhild, ¿verdad?

—¿La conoces? —preguntó Sejer mientras ponía el dinero sobre el mostrador.

—No en persona, pero sé quiénes son. Su madre vino buscándola por aquí esta mañana.

—Ragnhild está bien. Ya se encuentra en casa.

La chica sonrió aliviada y le dio el cambio.

—¿Eres de aquí? —preguntó Sejer—. ¿Conoces a todos los que viven aquí?

—Supongo que sí. No somos muchos.

—Si te pregunto por un hombre un tanto especial, tal vez, que conduce una furgoneta, una furgoneta fea y sucia, ¿te dice algo?

—Debe de ser Raymond —contestó la chica—. Raymond Låke.

—¿Qué sabes de él?

—Trabaja en el Centro Laboral. Vive en una cabaña en la parte de atrás de la colina con su padre. Raymond es mongólico. Unos treinta años, muy buena persona. Por cierto, su padre llevaba antes esta gasolinera. Antes de jubilarse.

—¿Raymond tiene carnet?

—No, pero conduce de todos modos. El coche es de su padre, pero éste permanece todo el tiempo en cama, y ya no controla mucho lo que hace su hijo. El comisario sabe que no tiene carnet y lo pilla de vez en cuando, pero no sirve de mucho. Es muy raro, pero Raymond solo conduce en

segunda. ¿Se llevó él a Ragnhild?

—Sí.

—Entonces no ha podido estar mejor cuidada —dijo la joven sonriendo—. Raymond se detendría en la carretera para dejar cruzar a una mariquita.

Sus sonrisas se ensancharon aún más y salieron de la gasolinera. Karlsen dio un mordisco a la tableta de chocolate y miró a su alrededor.

—Está bien este sitio —dijo masticando.

Sejer, que había comprado una tableta de chocolate y mazapán, contempló a su vez el paisaje.

—Ese fiordo es profundo, más de trescientos metros. La temperatura del agua no pasa nunca de diecisiete grados.

—¿Conoces a alguien de la zona?

—Yo no, pero mi hija Ingrid sí. Ha hecho una especie de marcha por aquí. Suelen organizarlas en otoño. «Familiarízate con tu pueblo», o algo así. A ella le encantan esas cosas.

Hizo una tira con el papel de plata y se la metió en el bolsillo de la camisa.

—¿Crees que los mongólicos pueden llegar a ser buenos conductores?

—Ni idea —contestó Karlsen—. En realidad no les pasa nada, excepto que les sobra un cromosoma. Según tengo entendido, su mayor problema es que necesitan más tiempo para aprender las cosas que el resto de las personas. Además, tienen el corazón débil. No llegan a muy mayores. Y también les pasa algo en las manos.

—¿El qué?

—Creo que les falta un surco en la palma de la mano, o algo parecido.

Sejer lo miró asombrado.

—Lo que está claro es que Ragnhild sucumbió a su encanto.

Karlsen sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el chocolate de las comisuras de los labios.

—Me crié con un chico así cuando era pequeño. Lo llamábamos Gunnar el Loco. Pensándolo bien, creíamos que venía de otro mundo. Ha muerto ya. No pasó de los treinta y cinco años.

Se metieron en el coche y prosiguieron su camino. Sejer empezó a preparar mentalmente el pequeño discurso que pensaba soltarle al jefe de la sección cuando llegaran a comisaría. De pronto tenía mucho interés en conseguir unos días libres para ir a la cabaña. Estaría muy bien, los pronósticos del tiempo eran prometedores, y el regreso a casa de la niña le había puesto de buen humor. Miraba fijamente los campos y los prados cuando de repente se dio cuenta de que iban muy despacio. Vio un tractor delante de ellos en la carretera, un John Deere verde con llantas amarillas que iba a paso de tortuga. No podían adelantarle, porque cada vez que llegaban a un tramo recto, éste resultaba ser demasiado corto. El campesino, que llevaba gorra de jardinero y tapones en los oídos, parecía el tronco de un árbol que creciera directamente del tractor. Karlsen redujo la velocidad suspirando.

—Lleva coles de Bruselas. ¿Por qué no sacas la mano y robas una caja? Podríamos prepararlas en la cocina de la cantina.

—Ahora vamos más o menos a la velocidad de Raymond —murmuró Sejer—, paseándonos por la vida en segunda. Pues sí, no estaría mal, chico.

Apoyó su cabeza cana en el reposacabezas y cerró los ojos.

Después del silencio del campo, la ciudad parecía un sucio caos y un hervidero de gente y coches. El grueso del tráfico seguía pasando por el centro. Los concejales del ayuntamiento luchaban tenazmente a favor de ese túnel que estaba listo sobre la mesa de dibujo, mientras cada vez más grupos expresaban su desacuerdo con argumentos de más o menos peso, como lo feas que resultarían las tuberías extractoras de humos en el paisaje en torno al río, los ruidos y la contaminación durante las obras de construcción, y finalmente, aunque no menos importante, el coste del túnel.

Sejer contemplaba la calle desde el despacho del jefe. Acababa de exponerle su petición y esperaba la respuesta. Estaba claro. A Holthemann no se le ocurriría negar nada a Sejer, pero tenía sus principios.

—¿Has mirado las listas de guardias? ¿Has hablado con los demás?

Sejer asintió con la cabeza.

—Soot hará dos guardias con Siven. Espero que ella lo trate con mano dura.

—Entonces no veo ninguna razón para no...

Sonó el teléfono. Dos breves pitidos, como de un pájaro hambriento. Sejer no era religioso, pero rezó una oración, seguramente a la Providencia, pidiendo que no se tratara de algo que le robara las vacaciones delante de sus narices.

—¿Si Konrad está en mi despacho?

Holthemann asintió con la cabeza.

—Pues sí, aquí estoy. Pásamela.

Tiró del cable y alcanzó el auricular a Sejer. Éste lo cogió, pensando que tal vez se tratara de Ingrid que quería decirle algo; no era cuestión de anticiparse a los problemas. Pero era la señora Album.

—¿Ragnhild sigue bien? —preguntó enseguida.

—Sí, está bien. Está perfectamente. Pero al quedarnos solas me contó algo muy extraño. He pensado que debía llamar y decírselo. Me ha sorprendido mucho, pero ella no suele inventarse cosas, al menos no ese tipo de cosas, de manera que le llamo por si acaso. Me quedaré más tranquila si se lo digo a alguien.

—¿De qué se trata?

—Ese hombre con quien estuvo, ya sabe, la acompañó a casa. Por cierto, se llama Raymond; la niña se acordó del nombre más tarde. Subieron por la parte de atrás de la colina y pasaron por la laguna de la Serpiente, donde se detuvieron un rato.

—¿Y bien?

—Ragnhild dice que hay una señora tumbada en ese sitio.

Sejer parpadeó sorprendido.

—¿Qué dice?

—Que hay una mujer en el suelo junto a la laguna de la Serpiente. Inmóvil y desnuda.

La voz sonaba preocupada e incómoda a la vez.

—¿Y usted la cree?

—Sí, la creo. ¿Se inventaría una niña algo así? Pero no me atrevo a subir hasta allí sola, y tampoco quiero llevar a Ragnhild.

—Me ocuparé de que alguien lo compruebe. No hable a nadie de esto. Ya tendrá noticias nuestras.

Colgó e hizo desaparecer la imagen de la cabaña, que ya se había dibujado en su mente. El olor a mar y a peces recién pescados se desvaneció rápidamente. Sonrió con resignación a Holthemann.

—Oye, hay algo que tengo que solucionar primero.

Karlsen estaba patrullando en el único coche de servicio que tenían a su disposición aquel día, y que debía prestar servicio a toda la ciudad, de manera que en lugar de a Karlsen, Sejer se llevó a Skarre, un sargento joven de pelo rizado, de más o menos la mitad de años que él. Skarre era un tipo alegre, siempre de buen humor y optimista, con un dejo de un dialecto del sur que se acentuaba conforme se le aceleraban las pulsaciones. Volvieron a aparcar junto al buzón de Granittveien y hablaron un rato con Irene Album. Ragnhild se agarraba a su vestido como una lapa. Era evidente que en su blanca cabecita rondaban aún algunas amonestaciones. La madre señalaba y explicaba. Dijo que debían seguir un sendero marcado que subía desde el bosque frente a la casa de la izquierda y pasaba por la colina. Dos hombres ágiles como ellos tardarían unos veinte minutos en subir, calculó.

Los troncos de los abetos estaban señalados con flechas azules. Miraban con escepticismo los excrementos de las ovejas y pisaban de vez en cuando el brezo, pero sin aflojar nunca el paso. El sendero era cada vez más empinado. Skarre jadeaba; Sejer andaba ligero y sin esfuerzo. Se detuvo una vez, se volvió y miró hacia abajo, a la urbanización. Desde allí no se veían más que tejados de color rosa, marrón y negro a lo lejos. Prosiguieron en silencio, en parte porque necesitaban de todas sus fuerzas para seguir caminando y en parte debido a lo que temían encontrar. El bosque era tan tupido en esa zona que andaban en penumbras. Sejer tenía la mirada fija en el sendero, no por miedo a tropezarse con algo, sino en busca de indicios. Si realmente hubiera ocurrido algo allí arriba, sería importante no perderse ni un detalle. Llevaban caminando exactamente diecisiete minutos cuando el bosque se abrió delante de ellos, dejando que la luz del día penetrara en él. Ya podían ver la laguna. Una laguna tan quieta que parecía un espejo, no mucho más grande que un charco. Se hallaba entre los abetos como una cámara secreta. Por un momento dejaron que sus miradas se pasearan velozmente por el paisaje siguiendo la línea amarilla de los juncos, y un poco más a lo lejos divisaron algo parecido a una playa. Continuaron andando a cierta distancia del agua, porque la línea de juncos era bastante ancha, y llevaban zapatos normales. Difícilmente podría llamarse playa a eso. Era más bien una pequeña zona fangosa con cuatro o cinco piedras grandes, lo justo para mantener alejados los juncos. Tal vez fuera el único lugar por donde se podía llegar hasta la misma orilla del agua. En el fango yacía una mujer. Estaba echada de lado y de espaldas a ellos, con el torso cubierto por un oscuro anorak como única prenda. En un montón, a su lado, había ropa de color azul y blanca. Sejer se detuvo en seco, y cogió automáticamente el teléfono móvil que llevaba colgado del cinturón. Luego cambió de idea. Salió del sendero y se acercó con cuidado a la mujer, mientras oía cómo gorgoteaban sus zapatos.

—Quédate ahí —dijo en voz baja.

Skarre obedeció. Sejer llegó hasta la laguna. Puso el pie sobre una piedra dentro del agua con el fin de ver a la mujer de frente. No quería tocar nada, aún no. La mujer tenía los ojos algo

hundidos, medio abiertos y fijos en un punto dentro de la laguna. La retina había perdido el brillo y estaba arrugada, y las pupilas se veían agrandadas y ya no del todo redondas. Tenía la boca abierta y sobre la nariz había una especie de espuma blanquecina, como si la mujer hubiera vomitado algo. Sejer se agachó y sopló la espuma, pero no se movía. El rostro de la muerta estaba a solo unos centímetros del agua. Puso dos dedos sobre la arteria del cuello de la mujer. Había perdido toda su elasticidad, pero no estaba tan fría como él se había imaginado.

—Se ha ido —dijo.

En los lóbulos de las orejas y por el cuello descubrió unas tenues manchas de color morado. La piel de las piernas era áspera pero no se apreciaban lesiones. Sejer volvió por el mismo sitio. Skarre estaba esperándole algo desconcertado, con las manos en los bolsillos. Tenía muchísimo miedo a cometer algún error.

—Completamente desnuda debajo del anorak. Ninguna lesión externa visible. Dieciocho, tal vez veinte años.

Luego llamó por teléfono para pedir una ambulancia, un médico forense, un fotógrafo y personal técnico. Les explicó cómo llegar hasta allí, cogiendo el camino que subía por la parte de atrás de la colina, por el que se podía ir en coche. Les pidió que se detuvieran a cierta distancia con el fin de no destruir posibles huellas de algún vehículo. Miró a su alrededor en busca de un sitio para sentarse y eligió la piedra más plana. Skarre se dejó caer a su lado. Miraron en silencio las piernas blancas de la mujer, su media melena rubia y lisa. Estaba echada de lado, casi en postura fetal, con los brazos sobre el pecho y las rodillas encogidas. El anorak yacía suelto sobre el torso, y le llegaba hasta la mitad de los muslos. Estaba limpio y seco. El resto de la ropa, mojada y sucia, se amontonaba a su espalda: unos vaqueros con cinturón, camisa de cuadros azules y blancos, sujetador, sudadera azul marino y zapatillas marca Reebok.

—¿Qué tiene en la boca? —murmuró Skarre.

—Espuma.

—¿Espuma? Pero ¿cómo? ¿De qué?

—Espero averiguarlo todo poco a poco.

Skarre movió la cabeza de un lado a otro.

—Da la impresión de que se ha echado a dormir dando la espalda al mundo.

—Pero uno no se desnuda para suicidarse, ¿verdad?

Sejer no contestó. Volvió a mirarla: un cuerpo blanco junto a la laguna negra, rodeada de oscuros abetos. La escena no resultaba violenta, sino más bien pacífica. Esperaron.

Seis hombres salieron caminando del bosque. El ruido de sus voces se extinguió tras un par de toses débiles, al percatarse de la presencia de los dos hombres sentados junto al agua. Al instante vieron a la mujer muerta. Sejer se levantó y los saludó con la mano.

—Manteneos en la orilla —les gritó.

Obedecieron. Todo el mundo conocía el flequillo canoso de Sejer. Uno de ellos midió el terreno con mirada experimentada y pisó con fuerza el suelo, que era relativamente firme donde se encontraba, murmurando algo sobre la escasez de lluvias. El fotógrafo iba delante. No se quedó mirando a la muerta, sino que echó un vistazo al cielo, como si quisiera comprobar las condiciones de luz del lugar.

—Saca fotos de ambos lados —le dijo Sejer—, y procura que se vea la vegetación. Me temo que luego tendrás que meterte en el agua; quiero que le saques fotos de frente sin moverla. Cuando hayas disparado la mitad del carrete, le quitaremos el anorak.

—Estas lagunas no suelen tener fondo —dijo el fotógrafo con escepticismo.

—Sabes nadar, ¿no?

Hubo un silencio.

—Hay una barca allí. Podemos cogerla.

—¿Ese cacharro de fondo plano? Tiene pinta de estar completamente podrido.

—Ya veremos —contestó Sejer.

Mientras el fotógrafo trabajaba, los demás esperaban quietos. Tan solo uno de los técnicos se mantenía a cierta distancia examinando el terreno, que resultó estar totalmente limpio de basura. Era un lugar realmente bonito, y esos sitios solían estar repletos de corchos, colillas y papel de tabletas de chocolate. No encontraron absolutamente nada.

—Increíble —dijo—. Ni una cerilla quemada.

—El tío habrá limpiado la zona antes de marcharse —dijo Sejer.

—Tiene más bien pinta de un suicidio, ¿no te parece?

—Está completamente desnuda —repuso.

—Sí, pero de eso se ha ocupado ella, creo yo. No le han arrancado violentamente la ropa, eso seguro.

—Está llena de barro.

—Tal vez por eso se la quitó —señaló el otro sonriendo—. Además, ha vomitado. Debió de comer algo que no le sentó bien.

Sejer se tragó una incipiente respuesta y miró a la mujer. Comprendió la lógica del otro, a pesar de todo. Realmente parecía que se hubiera tumbado por voluntad propia, y la ropa estaba colocada ordenadamente, no tirada de cualquier manera. Las prendas tenían barro, pero parecían enteras. Solo el anorak que le cubría la parte superior del cuerpo estaba limpio y seco. Clavó la mirada en el fango y descubrió algo que parecía las huellas de un zapato.

—Mira esto —dijo al técnico.

El hombre con el mono se puso en cuclillas y midió varias veces las huellas.

—Es imposible. Están llenas de agua.

—¿No te sirven para nada?

—Seguramente no.

Miraron con los ojos entornados las formas ovaladas llenas de agua.

—Hazles fotos de todos modos. Parecen pequeñas. Tal vez se trate de una persona con el pie pequeño.

—Unos treinta y siete centímetros. No es precisamente un pie de gigante. Podría ser el de ella.

—El fotógrafo hizo varias fotos de las huellas. Luego se quedó meciéndose en la vieja barca. No habían encontrado los remos, y por eso tenía que remar constantemente con la mano para mantenerse en buena posición. Cada vez que la barca se movía, se inclinaba peligrosamente—. ¡Está entrando agua! —gritó preocupado.

—¡Tranquilo! ¡Aquí tienes un cuerpo entero de salvamento! —contestó Sejer.

Cuando por fin el fotógrafo hubo terminado, había hecho más de cincuenta fotos. Sejer bajó de la barca, dejó los zapatos y los calcetines sobre una piedra, se remangó los pantalones y se metió

en el agua. Se encontraba a un metro de la cabeza de la mujer y vio que llevaba un colgante alrededor del cuello. Lo levantó cuidadosamente con una pluma que llevaba en el bolsillo.

—Un medallón —dijo en voz baja—. Seguramente es de plata. Hay algo escrito. Una H y una M. Prepárame una bolsa.

Se inclinó y desenganchó la cadena, luego quitó el anorak.

—Tiene la nuca roja —observó—. Una piel inusualmente blanca, pero con la nuca muy roja. Una mancha fea, del tamaño de una mano.

El médico forense, Snorrason, llevaba botas de goma. Se metió en el agua y examinó uno por uno los globos oculares, los dientes, las uñas. Tomó nota de la piel perfecta y de las manchas ligeramente rojas; había varias, como casualmente dispersas por el cuello y por el pecho. Observó detenidamente el cuerpo, las piernas largas, la ausencia de lunares, algo más bien raro, y no encontró más que una pequeña petequia en el hombro derecho. Tocó cuidadosamente con una espátula de madera la espuma que había junto a la boca de la mujer. Era compacta y firme.

—¿Qué es eso? —preguntó Sejer señalando la boca de la joven.

—En principio diría que se trata de un líquido proveniente de los pulmones, un líquido que contiene proteínas.

—¿Lo cual significa?

—Ahogamiento. Pero también puede significar otras cosas.

Tomó una muestra de esa sustancia raspando. Al cabo de un rato salió más espuma de la boca de la víctima.

—Le fallaron los pulmones —explicó el forense.

Sejer apretó la boca mientras contemplaba el fenómeno.

El fotógrafo sacó más fotos de la mujer, esta vez sin el anorak.

—Ya podemos moverla —dijo Snorrason tumbándola cuidadosamente boca abajo—. Un incipiente y ligero rigor, sobre todo en la nuca. Una mujer grande, bien hecha y en buen estado. Hombros anchos. Buena musculatura en brazos, muslos y pantorrillas. Tal vez deportista.

—¿Ves alguna señal de violencia?

El médico examinó de cerca la espalda y la parte posterior de las piernas.

—Excepto el rubor de la nuca, no. Alguien puede haberla agarrado fuertemente por la nuca y empujado de bruces al agua. Obviamente cuando aún estaba vestida. Y luego la han sacado del agua, la han desnudado con todo cuidado, la han tumbado y la han tapado con el anorak.

—¿Alguna señal de abusos sexuales?

—Aún no lo sé.

Se puso a tomarle la temperatura, imperturbable en medio de todo el mundo, y luego contempló pensativo el resultado.

—Treinta grados. Teniendo en cuenta las escasas livideces cadavéricas, y solo un ligero rigor de nuca, fijaría el momento de la muerte dentro de un límite de unas diez o doce horas.

—No —replicó Sejer—. No, si éste es el lugar donde murió.

—¿Vas a hacer de forense ahora?

Sejer negó con la cabeza.

—Se ha llevado a cabo una operación de búsqueda por aquí esta mañana. Un grupo de hombres con perro ha estado buscando junto a esta laguna a una niña que había desaparecido. Seguramente pasaron por aquí entre las doce y las dos. No estaba entonces. La habrían visto. Por

cierto —añadió—, la niña ha aparecido.

Miró a su alrededor, contemplando el fango con los ojos entornados. Un pequeño puntito luminoso captó su atención. Lo cogió cuidadosamente.

—¿Qué es esto? —dijo.

Snorrason miró lo que Sejer tenía en la mano.

—Una pastilla o una píldora.

—Tal vez encuentres el resto en su estómago.

—Es muy posible. Pero por aquí no veo ningún frasco.

—Quizá la llevara suelta en el bolsillo.

—En ese caso encontraremos polvo en sus vaqueros. Métela en la bolsa.

—¿Puedes reconocerla así sin más?

—Podría ser cualquier cosa. Pero las pastillas más pequeñas son a menudo las más fuertes. Lo averiguarán en el laboratorio.

Sejer hizo una seña a los hombres de la camilla y se quedó observándolos con los brazos cruzados. Por primera vez en mucho rato levantó la vista y miró hacia arriba. El cielo estaba pálido y los puntiagudos abetos rodeaban la laguna como espadas levantadas. Claro que lo averiguarían. Se lo prometió a sí mismo. Averiguarían todo lo sucedido.

Jacob Skarre, nacido y criado en Søgne, esa risueña región del sur, acababa de cumplir los veinticinco años. Había visto a muchas mujeres semidesnudas, pero nunca a ninguna tan desnuda como a esa chica junto a la laguna. Se le ocurrió en ese momento, sentado en el coche al lado de Sejer, que esa muerte le había impresionado más que ninguna de las que había visto hasta entonces. Tal vez porque la mujer yacía como si quisiera ocultar su propia desnudez, de espaldas al sendero, con la cabeza agachada y las rodillas encogidas. Pero la habían encontrado a pesar de todo, y habían visto su desnudez. Le habían dado la vuelta una y otra vez, le habían levantado los labios y examinado los dientes, habían mirado sus párpados por dentro. Le habían tomado la temperatura mientras se encontraba boca abajo con las piernas separadas. Como a una yegua en una subasta.

—Seguramente era bastante guapa, ¿verdad? —señaló Skarre estremecido.

Sejer no contestó. Pero se alegró de la observación. Había encontrado a otras jóvenes y había oído otro tipo de comentarios. Siguió un rato en silencio con las miradas clavadas en la carretera, pero más allá veían siempre ese cuerpo desnudo. La columna vertebral pronunciada, las plantas de los pies con la piel ligeramente enrojecida, las piernas con pelos rubios; la veían flotando por encima del asfalto como un espejismo. Sejer tuvo una extraña sensación. Eso no se parecía a nada de lo que había visto antes.

—¿Estás de guardia esta noche?

Skarre carraspeó.

—Solo hasta las doce. Le hago un par de horas a Ringstad. Por cierto, me dijeron que estabas pensando en tomarte una semana de vacaciones. Ahora te las fastidiarán, ¿no?

—Eso parece.

En realidad, se había olvidado de ello.

En la mesa, delante de él, tenía la lista de personas desaparecidas.

Contenía solo cuatro nombres, dos de los cuales eran de hombres, y las dos mujeres habían nacido antes de 1960, por lo que no podía tratarse de la mujer hallada junto a la laguna de la Serpiente. Una había desaparecido del Hospital Central, de la sección de psiquiatría; la otra de una residencia de ancianos del municipio vecino. «Altura: 1,55 centímetros. Peso: 45 kilos. Pelo blanco».

Eran las seis de la tarde, y aún podrían pasar un par de horas antes de que algún alma preocupada se decidiera a notificar la desaparición a la policía. Habría que esperar a las fotos y al informe de la autopsia, de manera que él no podía hacer gran cosa. Al menos hasta que conocieran la identidad de la mujer. Cogió la chaqueta de cuero del respaldo de la silla y bajó en el ascensor a la planta baja. En recepción, hizo una elegante inclinación ante la señora Brenningen y recordó en ese instante que ella, de hecho, era viuda, y que tal vez llevara una vida parecida a la suya. Era guapa, rubia como Elise, pero más rellenita. Se dirigió al aparcamiento en busca de su coche particular, un viejo Peugeot 604, color azul hielo. En su interior veía la cara de la muerta, sana y redonda, sin maquillaje. La ropa era buena. El pelo rubio y liso, bien cuidado; las zapatillas de deporte, caras. En la muñeca llevaba un valioso reloj Seiko. Se trataba de una mujer de vida decente, que procedía de un hogar ordenado y estructurado. Había encontrado a otras mujeres cuyos rostros revelaban claramente otro estilo de vida. Y sin embargo, se había llevado alguna que otra sorpresa. Aún no se sabía si el cuerpo de esa joven estaba repleto de alcohol o de drogas, o de alguna otra miseria. Todo era posible; las cosas no eran siempre lo que aparentaban ser. Cruzó lentamente la ciudad, pasando por la plaza y por el parque de bomberos. Skarre había prometido llamarle en cuanto alguien notificara la desaparición de la joven. En el medallón llevaba grabadas las letras H. M. Helene, pensó, o tal vez Hilde. No pasaría mucho tiempo antes de que alguien llamara. Esa chica había sido de las que acudían a los lugares puntualmente, de las que llevaban una vida ordenada.

Al meter la llave en la cerradura oyó el golpe seco del perro, que bajó de un salto del sillón prohibido. Sejer vivía en un edificio, el único de la ciudad que tenía trece plantas, razón por la cual resultaba bastante ridículo en el paisaje. Al igual que un monolito conmemorativo que hubiera crecido demasiado, se erguía hacia el cielo entre las demás edificaciones. Si a pesar de ello se había mudado allí veinte años antes con su mujer, Elise, era porque el piso tenía una distribución excelente y unas vistas vertiginosas. Se veía toda, absolutamente toda la ciudad desde allí, y cuando pensaba en las alternativas, todo lo demás le parecía claustrofóbico. Una vez dentro, uno se olvidaba del aspecto externo del edificio; el interior del piso era acogedor y cálido, con las paredes revestidas de madera. Los muebles habían sido de sus padres, viejos y sólidos, de roble pulido con arena. Las paredes estaban en su mayor parte cubiertas de libros, y en el poco espacio que quedaba colgaban algunas fotografías escogidas. Una de Elise, varias de su nieto y de su hija Ingrid, un dibujo a carbón de Käthe Kollwitz, recortado de un catálogo de arte y puesto en un marco de charol negro: «La Muerte con muchacha entre los brazos», una foto de él mismo lanzándose al vacío sobre el aeródromo, y otra de sus padres, posando solemnemente con traje de domingo. Cada vez que miraba a su padre, su propia vejez se le hacía incómodamente próxima. Al igual que éste, se le hundirían las mejillas, y las orejas y las cejas le seguirían creciendo, proporcionándole su mismo aspecto.

Las reglas de esa comunidad, en la que las familias vivían apiladas una encima de otra, como en el monolito del escultor Vigeland, eran muy severas. Estaba prohibido sacudir las alfombras desde el balcón, razón por la que él las llevaba a la tintorería cada primavera. En realidad, ya tocaba. Kollberg, que así se llamaba su perro, dejaba montones de pelos por todas partes. La junta de la comunidad de propietarios había dedicado una reunión a tratar exclusivamente el tema del perro, y al final lo habían aceptado, tal vez porque su dueño era policía y representaba cierta seguridad tenerlo en la casa. Sejer no se sentía encerrado, puesto que vivía en la última planta. La vivienda estaba limpia y ordenada, como un reflejo de lo que había en su interior: orden y visión de conjunto. Solo el perro tenía un rincón de la cocina donde el pienso flotaba en charquitos de agua; ese rincón era el punto débil de Sejer. Su relación con el perro se caracterizaba mucho más por los sentimientos que por la autoridad. El baño era el único lugar del piso con el que no estaba satisfecho; ya se ocuparía de él. Ahora tenía que centrarse en esa mujer y tal vez en algún loco que andaba suelto. No le gustaba. Era como encontrarse ante una curva oscura sin poder ver lo que hay a la vuelta.

Separó las piernas para recibir el arrollador abrazo del perro. Le dio un rápido paseo por detrás del edificio y agua fresca. Había leído ya medio periódico cuando sonó el teléfono. Bajó el volumen de la minicadena, y sintió cierta impaciencia al descolgar. Alguien podría haber avisado ya a la policía; tal vez tuvieran un nombre.

—¡Hola, abuelo! —oyó.

—¿Matteus?

—Voy a acostarme. Es de noche.

—¿Te has cepillado los dientes? —preguntó, y se sentó en el banco que había junto al teléfono.

Podía ver la carita color moca y los blanquísimos dientes del pequeño.

—Me lo ha hecho mamá.

—¿Y te has tomado la pastilla de flúor?

—Mmm.

—¿Y has rezado tus oraciones? —bromeó.

—Mamá dice que no tengo que hacerlo.

Charló un buen rato con su nieto, con el auricular muy pegado a la oreja para no perderse ni uno de los pequeños suspiros y susurros de aquella voz clara. Era dulce y suave, como el sonido de una flauta en primavera. Al final intercambió unas palabras con su hija. Oyó un ligero suspiro resignado cuando le contó lo que habían encontrado junto a la laguna, como si le gustara muy poco lo que su padre había elegido para llenar su vida. Suspiraba como lo hacía Elise. No mencionó a su hija su propio trabajo en la Somalia arrasada por la guerra civil. Miró el reloj, y pensó de repente que en algún lugar había otra persona haciendo lo mismo. En algún sitio había alguien esperando, alguien que miraba por la ventana y observaba el teléfono, y que esperaba en vano.

La comisaría era una institución abierta día y noche, y daba servicio a un distrito de cinco municipios, habitados por ciento quince mil ciudadanos buenos y malos. En todo el edificio del Juzgado trabajaban más de doscientas personas, de las cuales ciento cincuenta pertenecían a la comisaría. De ellas, treinta y dos eran detectives, pero como siempre había permisos, cursillos o

seminarios impuestos por el ministro de Justicia, en la práctica nunca había más de veinte personas dedicadas al quehacer diario. Era demasiado poco. Según Holthemann, el jefe, el público ya no constituía el centro, sino que se encontraba más bien al margen.

Los casos menores eran solucionados por un solo detective, y los más complicados por equipos. En total, entraban a chorros entre catorce y quince mil casos al año. Durante el día, el trabajo consistía normalmente en la tramitación de solicitudes de gente que deseaba colocar puestos en la plaza para vender flores de seda o figuras de masa de pan, o que deseaba manifestarse en contra de algo, por ejemplo, del nuevo túnel. También había que revisar el control automático del tráfico: gente encolerizada entraba constantemente para estudiar fotos reveladoras de ellos mismos en el momento de pasarse la línea continua o cruzar con el semáforo en rojo. Unos treinta o cuarenta al día aguardaban en la sala de espera resoplando y con la cartera temblando en la chaqueta. Otra tarea habitual consistía en tripular el coche policial, llamado *Pelle*, aunque los policías no se disputaban esa importante labor. También había que llevar y traer a detenidos ante el Juzgado de Primera Instancia. Los hombres de la comisaría presentaban solicitudes de días libres y permisos que debían tramitarse, y, además, el día estaba repleto de reuniones. En la quinta planta se encontraba la sección judicial, donde cinco abogados colaboraban eficazmente con la policía. En la sexta planta se hallaba la cárcel comarcal. En el tejado estaba el «patio», desde donde los internos podían ver un trozo de cielo.

El que estaba de guardia hacía de enlace con el exterior, y requería mucha flexibilidad y paciencia al policía que estuviera de turno. Los habitantes de la ciudad llamaban día y noche en una cadena casi ininterrumpida de casos de bicicletas desaparecidas, perros perdidos, robos y vandalismos. Padres iracundos de los mejores barrios de chalets llamaban para quejarse de los conductores imprudentes del vecindario. De vez en cuando no se oía más que una voz jadeante, pobres intentos de denunciar abusos o violaciones ahogados en la desesperación, que dejaban tras ellos la señal para marcar y nada más. Raramente las llamadas trataban de asesinatos o desapariciones.

Entre ese continuo goteo de llamadas estaba esperando Skarre. Sejer sabía que llegaría tarde o temprano y notó cómo se iba poniendo más tenso conforme pasaba el tiempo y la tarde se convertía en noche.

Cuando el teléfono sonó de nuevo era casi medianoche. Estaba dormitando en el sillón con el periódico sobre las rodillas. En sus venas la sangre fluía ligera, diluida con unas gotas de *whisky*. Pidió un taxi y veinte minutos más tarde estaba en el despacho.

—Llegaron en un viejo Toyota —dijo Skarre agitado—. Los padres... Los esperé fuera.

—¿Qué les dijiste?

—Seguro que todo lo que no debía decir. Me sentía abrumado. Primero llamaron por teléfono, y media hora más tarde llegaron en su coche. Ya se han ido.

—¿Al Anatómico Forense?

—Sí.

—¿Tan seguros estabais?

—Traían una foto. La madre sabía exactamente cómo iba vestida la chica. Todo coincidía, desde la hebilla del cinturón hasta la ropa interior. Llevaba un sujetador especial, para hacer deporte. Hacía mucho deporte. Pero el anorak no era suyo.

—¿Cómo?

—Sorprendente, ¿verdad?

Skarre no podía remediarlo; aunque estaba horrorizado, sintió que le brillaban los ojos.

—El asesino nos ha regalado una huella. En el bolsillo había una bolsa de caramelos y una placa fosforescente en forma de búho, de esas que se ponen en la oscuridad. Nada más.

—Dejar su propio anorak... No lo entiendo. Por cierto, ¿quién es ella?

—Annie Sofie Holland —respondió Skarre, tras leerlo en los papeles.

—¿Annie Holland? ¿Y el medallón?

—Es de su novio. Se llama Halvor.

—¿De dónde era la chica?

—De Lundeby. Viven en Krystallen, en el número veinte. De hecho, se trata de la misma calle en la que durmió anoche Ragnhild Album. Curiosa coincidencia.

—Y los padres, ¿cómo estaban?

—Aterrorizados —contestó en voz baja—. Muy buena gente, gente bien. Ella hablaba sin parar; él estaba casi mudo. Se marcharon con Siven. Podrías sentarte —añadió—. Yo aún estoy temblando.

Sejer se metió una pastilla de regaliz en la boca.

—Tenía solo quince años —prosiguió Skarre—. Estudiante.

—¿Quince? Creía que era más mayor. ¿Están ya las fotos?

Sejer se alisó el pelo cortado al cero y se sentó.

Skarre le dio una carpeta del archivo. Las fotos estaban ampliadas a veinte por veinticinco, excepto dos, que eran aún más grandes.

—¿Has visto alguna vez un asesinato sexual?

Skarre negó con la cabeza.

—Esto no parece un asesinato sexual. Esto es distinto. —Hojeó el montón—. Está colocada de una manera demasiado bonita, tiene un aspecto demasiado bonito, como si la hubieran acomodado y tapado. No hay señales ni arañazos, ningún indicio de resistencia. Incluso el pelo parece arreglado. Los delincuentes sexuales no se comportan así, muestran su poder. Dejan tiradas a las mujeres.

—Pero está desnuda.

—Pues sí, sí.

—¿A ti qué te dicen estas fotos así sin más?

—No sé. Ese anorak tan decorosamente colocado sobre su hombro...

—¿Como si alguien pretendiese cuidarla?

—Mira las fotos. ¿No te lo parece?

—Sí, estoy de acuerdo. Pero entonces ¿de qué estamos hablando? ¿De una especie de asesinato por eutanasia?

—Al menos ha habido sentimientos. Quiero decir, en medio de todo lo demás, habrá sentido algo por ella. Buenos sentimientos. De modo que tal vez la conociera, que es lo que suele ocurrir.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en pasarnos el informe?

—Voy a dar un toque a Snorrason. Es una pena que hubiese tan pocas ramas en aquel sitio. Unas huellas inútiles y una píldora. Por lo demás, ni una colilla, ni un simple palo de helado.

Mordió ruidosamente la pastilla y se acercó al lavabo para llenar de agua un vaso de cartón.

—Mañana nos llegaremos a Granittveien. Tenemos que hablar con los que salieron a buscar a

Ragnhild. Con Thorbjørn, por ejemplo. Tenemos que enterarnos de a qué hora pasaron por la laguna de la Serpiente.

—¿Y Raymond Låke?

—Con él también. Y con Ragnhild. Los niños se fijan en cosas muy curiosas, créeme. Hablo por experiencia —añadió—. Y los Holland, ¿tienen más hijos?

—Una hija mayor.

—Gracias a Dios.

—¿Es eso un consuelo? —preguntó Skarre dubitativo.

—Para nosotros —contestó con aire sombrío.

El joven se palpó el bolsillo.

—¿Te importa si fumo un cigarrillo?

—Está bien.

—Oye —dijo Skarre, echando el humo—. Hay dos maneras de llegar a la laguna de la Serpiente. Por el sendero señalado, que es por el que subimos nosotros, y por un camino para coches por la parte de atrás, el que cogieron Ragnhild y Raymond. Si a lo largo de ese camino vive gente tendremos que llamar mañana a sus puertas, ¿no?

—Ese camino se llama camino de la colina. Me parece que hay pocas casas por allí, solo alguna que otra granja; lo comprobaré en un plano que tengo en casa. Pero claro, si la llevaron en coche a la laguna, tuvieron que ir a la fuerza por ese camino.

—Lo siento por su pobre novio, cuando venga aquí.

—Ya veremos qué clase de chico es.

—Si un tío se carga a una chica —dijo Skarre—, metiéndole la cabeza bajo el agua hasta que muere, y luego la saca del agua y se dedica a colocarla bien, me imagino algo así como: «En realidad no quise matarte, pero tuve que hacerlo». Casi parece una manera de pedir perdón, ¿verdad?

Sejer vació el vaso de cartón y lo estrujó hasta dejarlo plano.

—Mañana hablaré con Holthemann. Quiero que trabajes en este caso.

Skarre pestañeó sorprendido.

—Me ha puesto en la Caja de Ahorros —tartamudeó—. Con Gøran.

—¿Te apetece?

—¿Si me apetece un caso de asesinato? Sería como un regalo de Navidad, un gran reto, quiero decir. Claro que me apetece.

Se sonrojó al instante y cogió el teléfono, que estaba sonando coléricamente. Escuchó y volvió a colgar.

—Era Siven. La han identificado. Annie Sofie Holland, nacida el tres de marzo de 1980. Pero dice que no podrá ser interrogado hasta mañana.

—¿Ringstad está en su sitio?

—Acaba de llegar.

—Entonces debes irte a casa. Mañana será un día duro. Me llevo las fotos —añadió.

—¿Vas a examinarlas en la cama?

—Así es. —Sonrió con tristeza—. Prefiero las fotos de papel. Las que pueden meterse después en un cajón.

Krystallen era, como Granittveien, un callejón sin salida. Acababa en un matorral tupido e impenetrable, donde algunos vecinos incívicos habían tirado su basura aprovechando la oscuridad de la noche. Las casas estaban muy juntas, veintiuna en total. Desde lejos parecían casas adosadas, pero al observarlas más de cerca se descubría un estrecho pasaje entre cada una de ellas, lo justo para que pudiera pasar un hombre. Las casas eran de tres plantas, altas, puntiagudas, e idénticas; le recordaban las casas del muelle de Bergen, pensó Sejer. Los colores variaban, pero estaban conjuntados: rojo oscuro, verde oscuro, marrones y grises. Una sobresalía entre todas las demás; estaba pintada de color naranja.

Probablemente algunos vecinos habían visto el coche de policía que había aparcado junto a los garajes y a Skarre, que iba de uniforme. Pronto se propagaría la noticia. El silencio estaba cargado.

Ada y Eddie Holland vivían en el número veinte. Sejer tuvo la sensación de que los vecinos le estaban mirando la nuca cuando se detuvo delante de la puerta. Algo ha sucedido en el número veinte, pensarían, en casa de los Holland y de sus dos hijas. Intentó normalizar su respiración, que iba más deprisa que de costumbre debido a ese umbral que pronto debería atravesar. Eso le resultaba tan difícil que ya hacía tiempo que había preparado una serie de frases hechas, que en aquel momento, tras años de entrenamiento, sabía recitar con firmeza.

Era obvio que los padres de Annie no habían hecho absolutamente nada desde que habían vuelto a casa la noche anterior. Tampoco habían dormido. El impacto recibido en el Instituto Anatómico Forense había sido como un estridente timbal que todavía seguía vibrando en sus cabezas. La madre estaba sentada en un rincón del sofá, el padre sobre el brazo. Parecía entumecido. Ella no había asumido aún la catástrofe. Miró a Sejer sin comprender del todo, como si no pudiera imaginarse qué estaban haciendo de repente dos policías en su cuarto de estar. Era una pesadilla, pronto se despertaría. Sejer tuvo que cogerle la mano.

—No puedo devolverles a Annie —dijo en voz baja—. Pero espero averiguar por qué murió.

—¡Nosotros no queremos saber el por qué! —chilló la madre—. ¡Queremos saber quién fue! ¡Tendrán que averiguarlo y encerrarlo! Es un enfermo.

El marido le acarició torpemente el brazo.

—No sabemos aún —repuso Sejer— si esa persona está enferma o no. No todos los que matan están enfermos.

—¡Las personas normales no van por ahí matando a muchachas! ¡No lo dirá usted en serio!

La mujer respiraba deprisa, jadeando. El marido se encerró en sí mismo.

—Sea como sea —contestó Sejer prudentemente—, siempre hay una razón. No siempre una razón que podamos entender, pero sí una razón. Pero antes que nada tendrán que confirmarnos que realmente alguien le quitó la vida.

—Si usted cree que ella se suicidó, se equivoca —replicó la madre en tono tajante—. Ni hablar, Annie no.

Eso dicen todos, pensó Sejer.

—Necesito hacerles unas preguntas. Contéstenme lo que puedan. Si luego creen que se han equivocado en alguna cosa u olvidado algo, llámenme. También si van recordando cosas conforme pasa el tiempo.

Ada Holland desvió la mirada, olvidándose de Skarre y de Sejer, como si estuviera

escuchando el timbal vibrante y quisiera saber de dónde venía el sonido.

—Necesito saber qué clase de chica era. Cuéntenmelo como mejor puedan.

¿Qué pregunta es ésta?, pensó Sejer en el mismo instante, ¿qué podían contestar? La mejor de todas, claro, la más guapa, lo más querido para nosotros. Annie era Annie.

Empezaron a llorar. La madre soltando un doloroso gemido que surgió desde la profundidad de su garganta; el padre en silencio, sin lágrimas. Sejer reconoció en él los rasgos de la hija. Una cara ancha, con la frente alta. No era muy alto, pero sí fuerte y robusto. Skarre escondió el bolígrafo en la mano; tenía la mirada clavada en el bloc.

—Empecemos desde el principio. Me duele tener que molestarles, pero el tiempo es muy valioso para nosotros. ¿A qué hora salió de casa?

—A las doce y media —contestó la madre sin levantar la vista.

—¿Adónde iba?

—A casa de Anette. Una amiga del colegio. Estaban haciendo un trabajo en común, eran tres. Tenían el día libre para trabajar juntas.

—¿No llegó a casa de su amiga?

—Llamamos para preguntar por ella anoche a las once. Anette ya se había acostado. Solo había acudido la otra chica. No podía creérmelo...

Escondió la cara entre las manos. Había pasado el día entero sin que ellos supieran nada.

—¿Y por qué no llamaron sus amigos aquí para preguntar por ella?

—Pensaron que no le apetecía ir —dijo llorosa—. Que había cambiado de idea. Si piensan así, no conocían bien a Annie. Se tomaba muy en serio todo lo del colegio. Se lo tomaba todo en serio.

—¿Pensaba ir a pie?

—Sí, son cuatro kilómetros andando; su bicicleta estaba averiada, pues suele usarla mucho. No hay autobús.

—¿Dónde vive Anette?

—En Horgen. Sus padres tienen una granja y una tienda de ultramarinos.

Sejer asintió con la cabeza, mientras oía el bolígrafo de Skarre raspar el papel del bloc.

—¿Tenía novio?

—Halvor Muntz.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Aproximadamente dos años. Él es mayor que ella. Han roto algunas veces, pero ahora todo iba bien, según creo.

Era como si a Ada Holland le sobraran las manos: se buscaban, abriéndose y cerrándose. Era casi tan alta como su marido, grande y angulosa, con un rubicundo tono de piel.

—¿Saben ustedes si mantenían relaciones sexuales? —preguntó.

La madre le miró escandalizada.

—Solo tiene quince años.

—Recuerde que yo no la conocía —dijo Sejer con expresión compungida.

—Nada de eso —insistió la madre con firmeza.

—Supongo que no sabemos mucho sobre ese tema —intentó por fin decir el padre—. Halvor tiene dieciocho años. No es una chiquilla.

—Yo lo sé —interrumpió ella.

—No creo que te lo contara todo.

—¡Lo habría sabido!

—¡Pero no se te da muy bien hablar de esas cosas!

El ambiente estaba tenso. Sejer sacó sus propias conclusiones y vio en el bloc de Skarre que él estaba haciendo lo mismo.

—Si iba a hacer un trabajo del colegio, puede que llevara mochila.

—Una mochila marrón de cuero. ¿Dónde está?

—No la hemos encontrado.

Lo que significa que tendremos que bucear para buscarla, pensó Sejer.

—¿Tomaba alguna medicina?

—En absoluto. No padecía de nada.

—¿Qué clase de chica era? ¿Abierta? ¿Habladora?

—Antes —contestó el marido con aire sombrío.

—¿Y últimamente? —preguntó Sejer mirándolo.

—Cosas de la edad —intervino la madre—. Estaba en una edad difícil.

—¿Quiere usted decir que había cambiado? —Sejer volvió a dirigirse al padre para excluir a la madre. No lo logró.

—Todas las chicas cambian a esa edad. Están a punto de hacerse adultas. Con Sølvi ocurrió lo mismo. Sølvi es su hermana —añadió.

El marido no contestó. Seguía entumecido.

—¿De manera que no era una chica abierta y alegre?

—Era silenciosa y modesta —dijo la madre con orgullo—. Escrupulosa y justa. Llevaba una vida ordenada.

—Pero ¿antes era más alegre?

—Se hacen notar más cuando son niños.

—Quiero decir —prosiguió Sejer—, ¿cuándo cambió más o menos?

—En la época normal. A los catorce años más o menos. La pubertad —explicó.

Sejer asintió, y miró de nuevo al padre.

—¿Ese cambio no tendría otras causas?

—¿De qué clase? —preguntó la madre.

Sejer suspiró ligeramente y se reclinó hacia atrás.

—Solo intento averiguar por qué murió.

La madre empezó a temblar con tanta vehemencia que apenas entendieron lo que decía.

—¿Por qué murió? Tuvo que ser un...

No fue capaz de pronunciar la palabra.

—No lo sabemos.

—Pero ¿la habían...? —De nuevo hubo una pausa.

—No lo sabemos, señora Holland. Aún no. Esas cosas tardan. Pero los que se están ocupando de Annie son buenos profesionales.

Miró la habitación, ordenada y limpia. Era azul y blanca, como la ropa de Annie. Ramos de flores secas por encima de las puertas, cortinas de encaje, figuritas decorativas en la pared, fotografías, tapetes de encaje. Todo conjuntado, ordenado y decente. Sejer se levantó. Se acercó a una gran fotografía en la pared.

—Se la hicieron este invierno.

La madre lo siguió. Sejer descolgó la fotografía con cuidado y la miró. Se sorprendía cada vez que volvía a ver una cara que solo había visto sin vida y sin brillo. La misma persona y sin embargo distinta. Annie tenía una cara ancha, con la boca grande y unos enormes ojos grises. Cejas pobladas y oscuras. Sonreía con cierta timidez. En la parte inferior de la foto se veía el cuello de la camisa y un trocito del medallón. Bonita, pensó.

—¿Hacía deporte?

—Antes —dijo el padre en voz baja.

—Jugaba a balonmano —añadió la madre con tristeza—, pero lo dejó. Ahora corría mucho. Decenas de kilómetros a la semana.

—¿Decenas de kilómetros? ¿Por qué dejó el balonmano?

—Cada vez le ponían más deberes en el colegio. Así son los chicos, prueban las cosas y luego las dejan. También estuvo un tiempo en la banda de música del colegio; tocaba el cornetín. También lo dejó.

—¿Era buena en balonmano?

Sejer volvió a colgar la fotografía en su sitio.

—Muy buena —dijo el padre en voz baja—. Era portera. No debería haberlo dejado.

—Creo que le resultaba aburrido ser portera —dijo la madre—. Creo que lo dejó por eso.

—No lo sabemos con seguridad —contestó el marido—. Nunca nos lo explicó.

Sejer volvió a sentarse.

—De manera que ustedes reaccionaron ante su decisión. ¿Les pareció... incomprensible?

—Sí.

—¿Iba bien en el colegio?

—Mejor que la mayoría. No es mi intención presumir —añadió el padre—, es la verdad.

—Ese trabajo escolar que las chicas estaban haciendo, ¿de qué trataba?

—De la escritora Sigrid Undset. Tenían que entregarlo para San Juan.

—¿Puedo ver su habitación?

La madre se levantó y salió con pasos cortos y titubeantes. El marido se quedó sentado sobre el brazo del sofá, inmóvil.

La habitación era minúscula, pero había sido su nido para ella sola. Apenas había sitio para una cama, una mesa y una silla. Sejer miró por la ventana y vio justo enfrente, al otro lado del camino, la terraza del vecino. La casa pintada de naranja. Debajo de la ventana se veían restos de una vieja gavilla que había proporcionado comida a los pájaros. Buscó ídolos por las paredes, pero no encontró ninguno. Sin embargo, la habitación estaba llena de copas, diplomas, medallas, y un par de fotos de la propia Annie: una foto vestida de portera, junto con el resto del equipo, y otra haciendo *surfing* con muy buen estilo. En la pared, sobre la cama, había varias fotos de niños pequeños; una de ella con un coche de niño, y otra de un chico. Sejer señaló con el dedo.

—¿Su novio?

La madre asintió con la cabeza.

—¿Trabajó Annie con niños? —preguntó señalando una foto de Annie con un niño rubio sobre las rodillas. Parecía orgullosa y contenta. Era como si levantara al niño hacia la cámara, casi como un trofeo.

—Cuidaba de los niños que iban naciendo en esta calle.

—¿De manera que le gustaban los niños?

La madre volvió a asentir.

—¿Tenía algún diario, señora Holland?

—Creo que no. Lo he estado buscando —admitió—. Lo he estado buscando toda la noche.

—¿No ha encontrado nada?

Negó con la cabeza. Llegaba un murmullo desde el cuarto de estar.

—Necesitamos algunos nombres —dijo Sejer por fin—. De gente con la que tendremos que hablar.

Volvió a mirar las fotos de la pared y estudió el traje de portera de Annie; era negro, con un emblema verde sobre el pecho.

—Parece un dragón o algo por el estilo.

—Es un monstruo marino —explicó la madre con serenidad.

—¿Por qué un monstruo marino?

—Porque se supone que hay uno en este fiordo. No es más que una leyenda, una historia de otros tiempos. Si estás remando y oyes un rumor detrás de la barca, es el monstruo que emerge de las profundidades. Nunca debes volverte, sino seguir remando con cuidado. Si haces como si no pasara nada y le dejas en paz, todo irá bien, pero si te vuelves y lo miras a los ojos, te llevará consigo a las profundidades, a la gran oscuridad. La leyenda dice que tiene los ojos rojos.

—Volvamos al cuarto de estar.

Skarre seguía escribiendo. El marido seguía sentado sobre el brazo del sofá. Daba la impresión de estar a punto de caerse.

—¿Y su hermana?

—Vuelve en avión este mediodía. Está en Trondheim; tengo una hermana allí.

La señora Holland se dejó caer de nuevo en el sofá y se inclinó hacia su marido. Sejer se acercó a la ventana y al asomarse se encontró con una cara mirando por la ventana de la cocina de la casa de al lado.

—Aquí viven ustedes muy cerca los unos de los otros —dijo—. ¿Se conocen bien todos los vecinos?

—Bastante bien. Todo el mundo habla con todo el mundo.

—¿Y todo el mundo conocía a Annie?

Asintió.

—Iremos de casa en casa. No quiero que ustedes se sientan molestos por ello.

—No tenemos nada de qué avergonzarnos.

—¿Podrían proporcionarnos algunas fotos?

El padre se levantó y se acercó al estante que había debajo del televisor.

—Tenemos un vídeo del verano pasado —dijo—. Estábamos en la cabaña, en Kragerød.

—No necesitan un vídeo —dijo la madre reposadamente—, solo una foto.

—Me gustaría verlo.

Sejer cogió el vídeo y dio las gracias.

—¿Varias decenas de kilómetros a la semana? —preguntó—. ¿Corría sola?

—Nadie podía seguir su ritmo —contestó el padre en un tono plano.

—De modo que dedicaba mucho tiempo a correr a pesar de los deberes. Decenas de kilómetros a la semana. Entonces no fueron realmente los deberes la causa de que dejara el

balonmano...

—Podía correr cuando quería —replicó la madre—. A veces corría antes de desayunar. Pero cuando tenían partido debía estar a una hora determinada, así que no podía decidir por su cuenta. Creo que no le gustaba sentirse atada. Annie era muy independiente.

—¿Por dónde corría?

—Por todas partes y a cualquier hora. Por la carretera principal, por el bosque...

—¿Incluso hasta la laguna de la Serpiente?

—Sí.

—¿Era inquieta?

—Era muy tranquila y sosegada —contestó la madre en voz baja.

Sejer volvió a acercarse a la ventana y vio a una mujer que cruzaba la carretera a toda prisa. Llevaba un niño con chupete en los brazos.

—¿Le interesaban otras cosas aparte de correr?

—Cine, música, libros y cosas así. Y los niños pequeños —añadió el padre.

—Sobre todo cuando era más joven.

Sejer pidió a los padres que hicieran una lista de todas las personas cercanas a Annie: amigos, vecinos, profesores, familia, novios..., si es que había tenido más. Cuando la lista estuvo por fin terminada contenía cuarenta y dos nombres, acompañados de sus respectivas direcciones más o menos completas.

—¿Van a hablar con toda la gente de la lista? —preguntó la madre.

—Sí, lo haremos. Y esto es solo el principio. Pensaremos en ustedes —concluyó.

—Tenemos que pasar por casa de ese Thorbjørn Haugen. El que salió a buscar a Ragnhild ayer. Tiene que acordarse de alguna hora en concreto.

El coche pasó lentamente por los garajes. Skarre repasó sus notas.

—Pregunté al padre de Annie por el tema del balonmano mientras la madre y tú estabais en la habitación de la chica —explicó.

—¿Y?

—Dijo que Annie prometía mucho. El equipo había tenido una temporada llena de éxitos, incluso estuvieron de gira por Finlandia. El padre nunca entendió por qué la chica lo dejó. Es más, llegó a preguntarse si había sucedido algo.

—Tal vez deberíamos tratar de encontrar al entrenador o entrenadora. Podría haber algo por ese lado.

—Es entrenador —contestó Skarre—. Estuvo llamando durante semanas para que la chica recapacitase. El equipo atravesó grandes dificultades cuando ella lo dejó. Nadie fue capaz de sustituirla.

—Llamaremos desde la comisaría para pedirles el nombre.

—Se llama Knut Jensvoll y vive en Gneisveien, ocho. Muy cerca de aquí.

—Muchas gracias —dijo Sejer, frunciendo el entrecejo—. Estoy pensando —añadió— que tal vez Annie fuera asesinada mientras nosotros estábamos en Granittveien, a un par de minutos de distancia, ocupándonos de Ragnhild. Llama al Anatómico Forense, pregunta por Snorrason y métele un poco de prisa para que nos entregue el informe lo antes posible.

Skarre cogió el teléfono móvil.

—El número está grabado en el cuatro.

Tecleó el cuatro, esperó y preguntó por Snorrason. Esperó de nuevo y comenzó a murmurar.

—¿Qué ha dicho?

—Que tienen las cámaras llenas. Que todas las muertes son trágicas sea cual sea la causa, y que hay unas cuantas personas a la espera de poder enterrar a sus seres queridos, pero que comprende la gravedad del asunto, y que si quieres puedes ir dentro de tres días y obtener un informe oral preliminar. Para el escrito tendrás que esperar más tiempo.

—Bueno —murmuró Sejer—. No está mal, tratándose de Snorrason.

Raymond untaba mantequilla en pan tostado. Con la lengua fuera, estaba profundamente concentrado en no romperlo. Tenía ya cuatro rebanadas de pan, una encima de otra, con mantequilla y azúcar entre cada una; su récord eran seis.

La cocina era pequeña y bastante acogedora, pero estaba muy desordenada después de todo ese trabajo con la comida. Había una rebanada preparada para el padre, pan blanco sin corteza untado de grasa de tocino de la sartén. Luego, al acabar de comer, fregaría los platos, y al final, como siempre, barrería el suelo de la cocina. Ya había vaciado el orinal del padre y había llenado de agua el jarrón de la habitación. No se veía el sol, todo estaba gris y el paisaje de fuera era triste y llano. El café ya había hervido tres veces, tal y como debía ser. Añadió una quinta rebanada; se sentía contento. Estaba a punto de echar el café en la taza de su padre cuando oyó que un coche se detenía delante de la puerta. Para su gran asombro vio que se trataba de un coche de policía. Se puso tenso, se alejó de la ventana y, corriendo, se fue a acurrucar en un rincón de la sala. Tal vez venían a buscarlo para meterlo en la cárcel. Y entonces ¿quién se ocuparía de su padre?

Fuera se oían puertas de coche y un gran murmullo de voces. No estaba seguro de haber hecho algo malo, pero no siempre resultaba fácil saberlo, pensó. Por si acaso, permaneció inmóvil mientras llamaban a la puerta. No dejaban de llamar; llamaban una y otra vez mientras decían su nombre. Tal vez su padre los oyera. Empezó a toser muy fuerte, con el fin de ahogar el ruido. Al cabo de un rato el timbre dejó de sonar. Seguía inmóvil en el rincón de la sala, junto a la chimenea, cuando vio un rostro en la ventana: un hombre alto, de pelo canoso, saludando con los brazos levantados. Quiere hacerme salir, pensó Raymond, diciendo enérgicamente que no con la cabeza. Se agarró a la chimenea y se metió aún más adentro en el rincón. El hombre de fuera parecía buena persona, pero no era seguro que lo fuera. Esas cosas las había descubierto Raymond hacía mucho tiempo; no era tonto. Al cabo de mucho rato no aguantó más y salió corriendo hacia la cocina, pero también allí había un rostro. Tenía el pelo rizado y llevaba uniforme. Raymond se sentía como un gato encerrado en un saco. No había salido con el coche en todo el día, seguía sin arrancar, así que no podía tener nada que ver con el coche. Será por lo de la laguna, pensó desesperado mientras se balanceaba. Al cabo de un rato fue hasta la entrada y se puso a mirar preocupado la llave que salía de la cerradura.

—¡Raymond! —gritó uno de ellos—. Solo queremos charlar un rato. No pasa nada.

—¡No me porté mal con Ragnhild! —gritó.

—Lo sabemos. No venimos por eso. Solo necesitamos que nos ayudes un poco.

Vaciló aún un buen rato y por fin abrió.

—¿Podemos entrar? —preguntó el más alto—. Tenemos que preguntarte algo.

—Sí, sí, es que no estaba seguro de lo que queríais. No voy a abrir a cualquiera.

—Tienes razón —dijo Sejer mirándolo con curiosidad—. Pero cuando es la policía puedes abrir. No hay peligro.

—Vamos a sentarnos en la sala.

Se avanzó y señaló el sofá, que tenía una curiosa pinta de haber sido hecho en casa. Sobre el asiento había una vieja manta. Se sentaron y estudiaron la habitación: una sala bastante pequeña, cuadrada, con sofá, mesa y dos sillones. En las paredes colgaban fotos de animales, y una de una mujer algo mayor con un niño sobre las rodillas. Seguramente era su madre. El niño tenía rasgos claramente mongólicos y la edad de la mujer debió de ser determinante para el destino de Raymond. Desde donde estaban sentados no se veía ningún televisor, y tampoco teléfono. Sejer no recordaba haber visto ninguna sala de estar sin televisor desde hacía muchos años.

—¿Está tu padre? —preguntó, mirando la camiseta de Raymond. Era blanca y llevaba el siguiente texto: YO SOY EL QUE DECIDO.

—Está en la cama. Ya no se levanta, no puede andar.

—¿Y tú eres el que lo cuida?

—Bueno, hago la comida y arreglo las cosas, ya sabes.

—Tu padre tiene mucha suerte contigo.

Una amplia sonrisa, de ésas tan extraordinariamente encantadoras que caracterizan a las personas con síndrome de Down, se dibujó en el rostro de Raymond. Un niño inocente en un cuerpo enorme. Tenía las manos fuertes y anchas, los dedos excepcionalmente cortos, y los hombros grandes y cuadrados.

—Fuiste bueno con Ragnhild ayer y la acompañaste a casa —dijo Sejer prudentemente—. Así no tuvo que ir sola. Muy bien hecho por tu parte.

—No es muy mayor, ¿sabes? —dijo Raymond dándoselas de adulto.

—No lo es, por eso estuvo bien que la acompañaras. Y también la ayudaste con el cochecito. Pero cuando llegó a casa contó algo, y queremos preguntarte sobre eso, Raymond. Quiero decir, sobre lo que visteis en la orilla de la laguna de la Serpiente.

Raymond lo miró preocupado, levantando el labio inferior.

—Visteis a una chica, ¿verdad?

—Yo no lo hice —dijo de repente.

—No creemos que tú lo hicieras. No hemos venido aquí por eso. A ver, te preguntaré otra cosa. Veo que llevas reloj.

—Sí, tengo un reloj —contestó, enseñándoles el reloj de pulsera—. Es el viejo de papá.

—¿Lo miras con frecuencia?

—No, casi nunca.

—¿Por qué no?

—Cuando estoy en el trabajo, el jefe se ocupa del tiempo. Y aquí en casa lo hace papá.

—¿Por qué no estás hoy en el trabajo?

—Libro una semana y trabajo otra.

—¿Puedes decirme exactamente qué hora es ahora?

Raymond miró el reloj.

—Son las... un poco más de las once y diez.

—Correcto. Pero ¿no lo miras a menudo?

—Solo cuando tengo que hacerlo.

Sejer hizo un gesto afirmativo y lanzó una mirada a Skarre, que tomaba nota al igual que un alumno aplicado.

—¿Lo miraste cuando acompañaste a Ragnhild a casa? O, por ejemplo, ¿cuándo estuvisteis junto a la laguna de la Serpiente?

—No.

—¿Tienes idea de qué hora sería?

—Creo que estás haciendo preguntas muy difíciles —dijo Raymond, cansado ya de tanto pensar.

—No es fácil acordarse de todo, tienes razón —objetó Sejer—. Enseguida acabo con las preguntas. ¿Viste alguna otra cosa allí arriba aparte de la chica?

—No. ¿Está enferma? —preguntó en tono suspicaz.

—Está muerta, Raymond.

—¿Qué pronto!

—Sí, a nosotros también nos lo parece. ¿Viste algún coche o algún vehículo pasar por aquí a lo largo del día? Subiendo o bajando. ¿O a gente andando? Mientras estaba Ragnhild aquí, por ejemplo.

—Por aquí vienen muchos de excursión. Pero ayer no. Solo los que viven aquí. El camino acaba en la colina.

—¿No viste a nadie?

Reflexionó durante mucho tiempo.

—Sí, sí. A uno. Justo cuando nos marchamos. Pasó por aquí pitando. Como un coche de carreras.

—¿Justo cuando os marchasteis?

—Sí.

—¿Subiendo o bajando?

—Bajando.

Pasó pitando, pensó Sejer. ¿Qué puede significar eso para alguien que siempre circula en segunda?

—¿Conocías el coche? ¿Era de alguien de por aquí?

—No van tan deprisa.

Sejer hizo un cálculo mental.

—Ragnhild llegó a casa un poco antes de las dos; entonces puede haber sido un poco antes de la una y media. ¿Tanto tiempo tardasteis en ir de aquí a la laguna?

—No.

—¿Iba muy deprisa, dices?

—Levantando polvo. Bueno, es que todo está muy seco, claro.

—¿Qué coche era?

En ese momento contuvo la respiración. Un dato sobre el coche habría sido un buen punto de partida. Un coche cerca del lugar del crimen, a gran velocidad, a una hora significativa.

—Un coche completamente normal —dijo Raymond contento.

—¿Un coche normal? —preguntó Sejer pacientemente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—No un camión ni una furgoneta ni nada así. Un coche normal.

—¿Qué coche tiene tu padre?

—Un Hiace —contestó orgulloso.

—¿Ves el coche de policía allí fuera? ¿Puedes ver qué coche es?

—¿Ése? Lo acabas de decir. Es un coche de policía.

Daba vueltas en el sillón y de repente se puso triste.

—Y el color, Raymond. ¿Viste el color?

Se esforzó de nuevo, pero movió resignadamente la cabeza.

—Había mucho polvo. Imposible ver el color —murmuró.

—Pero tal vez puedas decirnos si era oscuro o claro.

Sejer seguía insistiendo y Skarre no paraba de escribir. El tono cálido que utilizaba su jefe le sorprendía; normalmente era más escueto.

—Quizá algo entre medias. Marrón, gris o verde. Un color sucio. Había mucho polvo. Podéis preguntárselo a Ragnhild, ella también lo vio.

—Ya se lo hemos preguntado. Ella también dice que el coche tal vez fuera gris o verde. Pero ha sido incapaz de decir si era un coche nuevo y bonito, o feo y viejo.

—Viejo y feo no —dijo Raymond con decisión—. Mejor algo entre medias.

—Exactamente, entiendo.

—Llevaba algo en el techo —dijo de repente.

—¿Ah, sí? ¿Qué era?

—Una caja larga. Plana y negra.

—Tal vez un cofre portaesquís —sugirió Skarre.

Raymond vaciló.

—Sí, a lo mejor un cofre portaesquís.

Skarre sonrió mientras anotaba, encantado con los esfuerzos de Raymond.

—Muy bien observado, Raymond. ¿Has tomado nota, Skarre? ¿De modo que tu padre está en la cama?

—Estará esperando ya su comida.

—No queríamos molestarte. ¿Podemos entrar y saludarle?

—Vale, yo os enseñaré dónde está.

Raymond atravesó la sala seguido por los dos hombres. Se detuvo al otro extremo del pasillo y abrió con suavidad la puerta, casi religiosamente. En la cama yacía un anciano roncando. Sus dientes estaban dentro de un vaso sobre la mesita de noche.

—No lo despiertes —susurró Sejer, y se retiró.

Dieron las gracias a Raymond y salieron de la casa. El chico los siguió.

—Tal vez volvamos. Tienes unos conejos estupendos —dijo Skarre.

—Eso me dijo también Ragnhild. Puedes coger uno si quieres.

—Tal vez en otra ocasión.

Le dijeron adiós con la mano y bajaron dando tumbos por el camino lleno de baches. Sejer dio golpecitos en el volante, irritado.

—Lo del coche es importante. Lo único que tenemos es «algo entre medias». ¡Pero un cofre portaesquís ya es algo! Ragnhild no mencionó nada de eso.

—Todo el mundo lleva un cofre portaesquíes en el techo.

—Yo no. Para allí abajo, junto a esa granja.

Pararon delante de la casa y aparcaron junto a un Mazda rojo. Una mujer con una visera en la cabeza, bombachos y botas de agua los vio desde el granero y cruzó el patio.

Sejer señaló el coche rojo con la cabeza.

—Somos de la policía —dijo educadamente—. ¿Tienen ustedes otros coches aquí en la granja, además de éste?

—Tenemos otros dos —dijo la mujer, extrañada—. Mi marido tiene un Mercedes familiar de color blanco y mi hijo un Golf rojo.

—¿Y en esa granja de allí abajo? ¿Qué vehículos tienen?

—Un Blazer —contestó la mujer cautelosamente—. Un Blazer azul oscuro. ¿Ha pasado algo?

—Pues, sí, ha pasado algo. Volveremos sobre ello. ¿Estaba usted en casa ayer a mediodía? ¿Sobre la una o las dos?

—Estuve labrando el campo.

—¿No vio una coche bajar a gran velocidad? ¿Un coche verde o gris con un cofre portaesquíes en el techo?

La mujer se encogió de hombros.

—No, que yo recuerde. Pero no oigo gran cosa cuando estoy en el tractor.

—¿Vio usted a alguien por aquí sobre esa hora?

—Gente de paseo o de excursión. Una pandilla de chicos con un perro —recordó—. Y nadie más —añadió.

Thorbjørn y su pandilla, pensó Sejer.

—Gracias por su ayuda. ¿Sus vecinos están en casa?

Sejer señaló la granja de más abajo mientras miraba el rostro de la mujer. Era obvio que pasaba mucho tiempo trabajando al aire libre. Tenía un rostro hermoso que rebosaba frescura.

—El dueño está de viaje. Solo queda un hombre que se ocupa de las vacas, y se marchó esta mañana. No sé si ha vuelto.

La mujer hizo visera con una mano y miró hacia abajo.

—Desde luego, el coche no está.

—¿Le conoce usted?

—No. No es muy hablador.

Sejer le dio las gracias y volvió a meterse en el coche.

—El coche tuvo que subir primero —dijo Skarre.

—Entonces aún no era un asesino. Tal vez pasó tranquilamente, por eso nadie se fijó en él.

Bajaron en segunda hasta la carretera principal. Al poco tiempo vieron una pequeña tienda de ultramarinos a mano izquierda. Aparcaron y entraron. Una campanilla sonó débilmente sobre sus cabezas. Un hombre vestido con una bata de nailon de un color verdoso salió de la trastienda. Durante un par de segundos se los quedó mirando aterrorizado.

—¿Se trata de Annie?

Sejer asintió con la cabeza.

—Anette está muy triste —dijo asustado—. Llamó esta mañana a casa de Annie. Solo oyó un grito en el auricular.

Una joven apareció en el marco de la puerta. El padre le rodeó los hombros con un brazo.

—Hoy le hemos permitido quedarse en casa.

—¿Viven ustedes aquí al lado? —preguntó Sejer mientras se acercaba para tenderle la mano.

—Quinientos metros más abajo, en la playa. Todavía nos cuesta creerlo.

—¿Vio usted ayer algo digno de mención?

Después de pensarlo, el hombre dijo:

—Pasó por aquí una pandilla de chicos que compraron cada uno una lata de Coca-Cola. Por lo demás, solo Raymond. Vino hacia mediodía para comprar leche y pan. Raymond Låke. Vive con su padre junto a la colina. No vendemos demasiado. Pronto dejaremos la tienda.

Acariciaba una y otra vez la espalda de su hija mientras hablaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo Låke comprando?

—No sé. Diez minutos tal vez. Por cierto, también paró una moto. Sería entre las doce y media y la una. Estuvo ahí fuera un rato y luego se marchó. Una moto grande con enormes bolsas colgando. Un turista, quizá. Nadie más.

—¿Una moto? ¿Puede usted describirla?

—Bueno, no sé qué decirle. Oscura, creo. Resplandeciente. El conductor estaba sentado sobre la moto de espaldas, y llevaba casco. Estaba leyendo algo que tenía delante de él en la moto.

—¿Vio la matrícula?

—No, lo siento.

—¿No recuerda usted haber visto un coche gris o verde con cofre portaesquíes sobre el techo?

—No.

—¿Y tú, Anette? —dijo Sejer dirigiéndose a la hija—. ¿Te acuerdas de algo que tal vez pueda ser importante?

—Debería haber llamado —murmuró la joven.

—No debes culparte; de todos modos no habrías podido hacer nada. Alguien debió de cogerla por el camino.

—A Annie no le gustaba que nadie se metiera en sus asuntos. Yo tenía miedo de que se enfadara si le dábamos la lata.

—¿Conocías bien a Annie?

—Bastante.

—¿Y no se te ocurre nada que pudiera surgirle en el camino? ¿Dijo algo de nuevas amistades?

—No, no. Tenía a Halvor.

—Claro. Llámame, por favor, si recuerdas algo. Volveremos, si no les importa.

Dieron las gracias y salieron. El tendero Horgen se metió de nuevo en la trastienda. Sejer divisó su figura encorvada en la ventana junto a la puerta.

—Sentado en la trastienda, puede ver todo lo que pasa en la carretera.

—Una moto que se para y vuelve a marcharse. Entre las doce y media y la una. Tenemos que tomar buena nota de eso.

Cerró la puerta del coche.

—Thorbjørn dijo que pasaron por la laguna de la Serpiente sobre la una menos cuarto buscando a Ragnhild. Entonces la chica no estaba allí. Raymond y Ragnhild pasaron presuntamente por el lugar a la una y media y entonces sí estaba. Eso nos deja un margen de tres cuartos de hora, algo bastante extraño. Un coche pasó a gran velocidad justo antes de que Ragnhild y Raymond se marcharan. Un coche normal, algo entre medias. Un color sucio, ni claro,

ni oscuro, ni viejo, ni nuevo.

Dio un golpecito en el salpicadero del coche.

—No todo el mundo es especialista en coches —señaló Skarre sonriendo.

—Hagamos un comunicado para que el conductor se presente. Sea quien sea el que pasó por casa de Raymond sobre la una y media de ayer, a gran velocidad, probablemente con un cofre portaesquí en el techo. También haremos un comunicado sobre la moto. Si no se presenta nadie, tendré que presionar a esos niños para que nos describan el coche.

—¿Cómo lo harás?

—Aún no lo sé. Tal vez puedan hacer un dibujo. Los niños siempre dibujan.

Raymond llevó la comida a su padre. Andaba de puntillas, pero las tablas de la tarima crujían y el plato tintineó al dejarlo sobre el mármol de la mesilla. El padre abrió un ojo.

—¿Qué querían? —preguntó.

Sejer y Skarre estaban comiendo en la cantina de los Juzgados.

—La tortilla está seca —se lamentó Skarre—. Ha estado demasiado tiempo en la sartén.

—¿Ah, sí?

—Lo que ocurre, ¿sabes?, es que los huevos siguen cuajándose durante bastante tiempo después de estar en el plato. Hay que sacarlos de la sartén mientras aún están líquidos.

Sejer no tuvo nada que objetar; no tenía ni idea de cocinar.

—Además, tienen leche. La leche estropea el color.

—¿Has estudiado para cocinero?

—Solo hice un cursillo.

—Vaya, vaya, de las cosas que uno se entera...

Sejer limpió el plato con el trozo de pan y atrapó las últimas migas. Luego se limpió meticulosamente la boca con la servilleta.

—Empezaremos por Krystallen, cada uno por un lado. Tocamos a diez casas. Esperaremos hasta después de las cinco, cuando la gente haya vuelto del trabajo.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó Skarre mirando el reloj. Después de las dos estaba permitido fumar.

—Irregularidades. Cualquier cosa. Pregunta también por cómo era Annie antes, si creen que cambió. Usa todo tu encanto y haz que se sinceren. Es decir, encuentra algo.

—Deberíamos hablar a solas con Eddie Holland.

—Lo mismo he pensado yo. Lo llamaré para que venga cuando haya pasado algún tiempo. Pero recuerda que la madre sigue en estado de *shock*. Ya se irá tranquilizando.

—Los dos han hecho observaciones muy distintas sobre Annie, ¿no te parece?

—Supongo que siempre es así. Tú no tienes hijos, ¿verdad, Skarre?

—No.

Éste encendió el cigarrillo y sopló el humo hacia la derecha de su jefe.

—La hermana habrá vuelto ya de Trondheim. También tenemos que hablar con ella.

Después de comer pasaron un momento por la sección técnica, pero no habían averiguado

nada nuevo sobre el anorak azul que cubría el cadáver.

—Importado de China. Se vende en todas las cadenas de precios bajos. El importador cree que han traído unos dos mil. Una bolsita de caramelos en el bolsillo derecho, una placa fosforescente y unos pelos rubios, posiblemente de perro. Y no me preguntes por la raza. Por lo demás, nada.

—¿Talla?

—XL. Pero las mangas eran demasiado largas; estaban remangadas.

—Antes la gente llevaba etiquetas con su nombre en las chaquetas —recordó Sejer.

—Pues sí, durante la Edad Media más o menos.

—¿Y la pastilla?

—Nada interesante, me temo. Simplemente una pastilla de menta, de esas que están ahora de moda. Minúscula y tremendamente fuerte.

En realidad, Sejer se sentía decepcionado. Una pastilla de mentol no aportaba ningún dato relevante. Todo el mundo llevaba algo parecido en el bolsillo; él mismo llevaba siempre una bolsita de Fisherman's Friend.

Se metieron de nuevo en el coche. En Krystallen, el tráfico se había intensificado, sobre todo niños con distintas clases de vehículos como triciclos, tractores, cochecitos de muñecas y un coche de madera hecho en casa por su propietario. Cuando aparcaron el coche de policía junto a los garajes, la policromada imagen del tráfico se congeló. Skarre no pudo resistirse a la tentación de comprobar los frenos de algunos de los vehículos, y estaba convencido de que el dueño de un Massey Ferguson color azul y rosa se orinó encima de puro susto al oír comentar al policía que uno de los faros traseros estaba roto.

La mayoría de la población intuía que había pasado algo, pero no sabían exactamente qué. Nadie se había atrevido a llamar a la puerta de los Holland para preguntar.

Realizaron su cometido casa tras casa, cada uno por un lado de la calle. Una y otra vez tuvieron que contemplar la incredulidad y el susto que se reflejaban en los rostros estupefactos. Algunas mujeres empezaban a llorar, los hombres palidecían y guardaban silencio. Sejer y Skarre esperaban cortésmente un rato antes de empezar con sus preguntas. Todos conocían bien a Annie. Varias mujeres la habían visto en el momento de marcharse. Los Holland vivían en la casa situada en el extremo de la calle, así que tuvo que pasar por todas las viviendas para llegar hasta allí. Durante años, excepto el último en que se estaba haciendo adulta, Annie había cuidado de los hijos de todos ellos. La mayoría mencionó su carrera en el balonmano y el asombro general cuando dejó el equipo, porque Annie era tan buena que el periódico local escribía sobre ella muy a menudo. Un matrimonio mayor recordaba que antes había sido mucho más vivaracha y extrovertida, pero atribuyeron el cambio al hecho de que se estuviera haciendo mayor. Había crecido muchísimo, dijeron. Antes era bastante baja y menuda, y de pronto empezó a crecer.

Skarre no visitó las casas por orden, por lo que en ese momento se encontraba en la casa color naranja. Resultó pertenecer a un soltero próximo a los cincuenta. En medio del salón tenía una barca de verdad con velas incluidas. Al fondo podía verse un colchón y un montón de cojines, y en la borda había fijado un soporte para botellas. Skarre miró fascinado la barca, que era de un color rojo vivo, con las velas blancas, y por un instante recordó su propio piso y la ausencia de

cualquier decorado fuera de la ortodoxia.

Fritzner no conocía bien a Annie, ya que no tenía hijos a los que ella pudiera haber cuidado, pero a veces la había bajado al centro en su coche. La muchacha solía aceptar la oferta cuando hacía mal tiempo, pero cuando hacía bueno le indicaba por señas que continuara sin ella. Annie le gustaba. Muy buena portera, dijo en tono grave. Sejer se dirigió a continuación a la fila de casas de más adentro y llegó al número seis, donde vivía una familia turca. La familia Irmak se disponía a cenar cuando llamó a la puerta. Estaban sentados a la mesa, en medio de la cual se veía una nube de vapor que salía de una gran cacerola. El hombre de la casa, una figura majestuosa con camisa bordada, le tendió la mano. Sejer les contó que Annie Holland había muerto y que al parecer alguien la había matado.

—¡Oh, no! —dijeron asustados—, no puede ser verdad.

Esa chica tan guapa del número uno, ¡la hija de Eddie! La única familia que los había recibido bien cuando se mudaron allí. Habían vivido en más sitios, y no habían sido bien acogidos en todas partes. ¡No puede ser verdad! El hombre lo cogió del brazo y lo llevó hasta el sofá.

Sejer se sentó. Irmak no mostraba esa manera de ser dócil y sumisa que había observado en otros emigrantes, sino que rebosaba dignidad y fe en sí mismo. Resultaba liberador.

La mujer había visto a Annie al marcharse. Alrededor de las doce y media, creía. Iba andando tranquilamente a lo largo de las casas con una mochila en la espalda. No habían conocido a Annie de más joven, pues solo llevaban cuatro meses viviendo allí.

—Chica como un chico —dijo, ajustándose el pañuelo que le cubría la cabeza—. ¡Grande! ¡Mucho músculo! —añadió bajando la vista.

—¿Cuidó alguna vez de sus hijos?

Sejer dirigió la mirada a la mesa donde una niña esperaba pacientemente. Una niña callada, inusualmente guapa, con pestañas muy tupidas. Su mirada era profunda y negra, como el pozo de una mina.

—Queríamos pedírselo —se apresuró a contestar el hombre—, pero los vecinos dijeron que ya no le apetecía. Así que no quisimos ser pesados. Además, mi mujer está en casa todo el día y nos apañamos bien. Solo yo tengo que marcharme todas las mañanas. Tenemos un Lada. El vecino dice que no es un coche de verdad, pero a nosotros nos sirve. Va y viene todos los días desde la calle Poppels, donde tengo una tienda de especias. Por cierto, ese eccema que tiene usted en la frente desaparecería con especias. No especias del supermercado. Especias de verdad, de Irmak.

—¿Ah, sí? ¿Es posible?

—Limpia el sistema. Elimina el sudor más deprisa.

Sejer asintió, serio.

—¿De manera que ustedes nunca tuvieron relación con Annie?

—No realmente. Algunas veces, cuando pasaba corriendo, yo la paraba y le amenazaba con la mano. Le decía: «Corres tanto que dejas atrás tu alma, chica». Ella se reía. Yo seguía diciéndole: «Yo te enseñaré a meditar. Correr por las calles es una manera difícil de encontrar la paz». Entonces se reía aún más y desaparecía en la curva.

—¿Estuvo alguna vez dentro de esta casa?

—Sí. Eddie la envió el día que llegamos con una maceta para darnos la bienvenida. Nihmet lloró —dijo mirando a su mujer, quien en ese momento también lloraba. Se tapó la cara con el pañuelo y les dio la espalda.

Cuando Sejer se marchó, le dieron las gracias por la visita y le dijeron que sería bienvenido de nuevo en su casa. Se quedaron mirándole desde la entrada. La niña, que estaba colgada del vestido de la madre, le recordaba a su nieto Matteus, con sus ojos oscuros y los rizos negros. Fuera, en la calle, se detuvo un instante y miró a Skarre, que en ese momento salía del número uno. Se saludaron con la cabeza y volvieron a separarse.

—¿Muchas puertas cerradas? —preguntó Skarre.

—Solo dos, Johnas en el número cuatro y Rud en el ocho.

—He tomado nota de todo.

—¿Alguna reflexión inmediata?

—Solo que todo el mundo la conocía y que entró y salió de las casas durante años. Y obviamente se la apreciaba por todas partes.

Llamaron a la puerta de Holland y salió a abrir una chica joven. Sin duda, se trataba de la hermana de Annie. Eran parecidas y, sin embargo, distintas. Tenía el pelo tan rubio como Annie, pero la raíz más oscura. Sus ojos, muy claros e inseguros, estaban apresados en un marco de rimmel negro. No era grande ni alta como Annie, ni atlética ni bien formada. Llevaba mallas de color lila con rayas respunteadas y una blusa blanca con varios botones abiertos.

—¿Sølvi? —preguntó Sejer.

La joven asintió con la cabeza y le tendió una mano flácida. Los precedió hasta el interior de la casa y buscó inmediatamente refugio en su madre. La señora Holland estaba sentada en el mismo rincón del sofá que la vez anterior. La expresión de su rostro había cambiado en las pocas horas que habían transcurrido desde entonces: ya no mostraba esa crispante desesperación, más bien parecía afligida y agotada, además de envejecida. No se veía al padre por ninguna parte. Sejer intentó estudiar a Sølvi discretamente. Tenía una cara y un cuerpo muy diferentes a los de su hermana: no mostraba los anchos pómulos de Annie, ni su barbilla prominente o sus grandes ojos grises. Más débil y algo llenita, pensó. Bastó una conversación de media hora para averiguar que las dos hermanas nunca habían mantenido una relación estrecha. Habían vivido cada una su vida; Sølvi trabajaba de aprendiz en una peluquería y nunca había mostrado interés por los niños de los demás, nunca había hecho deporte. Sejer pensó que seguramente solo se interesaba por ella misma, por su aspecto. Incluso entonces, sentada en el sofá junto a su madre, estaba colocada convenientemente, como si fuera una vieja costumbre: una rodilla encogida, la cabeza ligeramente ladeada, las manos cruzadas alrededor de una pierna. Varios anillos de bisutería brillaban en sus dedos. Tenía las uñas largas y pintadas de rojo. Un cuerpo redondo, sin ángulos, sin carácter, como si le faltaran esqueleto y músculos, como si fuera solo piel estirada sobre un trozo de barro para modelar de color rosa. Sølvi era bastante mayor que su hermana, pero tenía una expresión ingenua. Su madre había adoptado una postura protectora y no paraba de acariciarle el brazo, como si fuera necesario consolarla constantemente por algo, o tal vez advertirle de algo. Sejer no sabía muy bien de qué. Las dos hermanas habían sido muy distintas, a decir verdad. El rostro de Annie en las fotos era más maduro. Miraba a la cámara con una expresión prudente, como si no le gustara que le hicieran fotos pero se hubiera resignado a la autoridad, tal vez porque era una chica bien educada. Sølvi posaba todo el tiempo. De aspecto se parecía a la madre, pensó Sejer, y Annie al padre.

—¿Sabes si Annie había hecho alguna nueva amistad últimamente? ¿Si había conocido a alguien? ¿Habló de ello?

—No le interesaba conocer a gente —contestó Sølvi alisándose la camisa.

—¿Sabes si llevaba un diario?

—¡Oh, no! A Annie no le iban esas cosas. Era distinta a las demás chicas; un poco masculina por así decirlo. No le gustaba nada arreglarse. Llevaba el medallón de Halvor, pero solo porque él insistía en que lo llevara. En realidad le estorbaba cuando corría.

La voz de Sølvi era clara y dulce, como de niña pequeña, a pesar de tener seis años más que Annie. «Trátame bien —pedía la voz—, ya ves que soy pequeña y frágil».

—¿Conoces a sus amigos?

—Eran más jóvenes que yo, claro, pero sé quiénes son.

Se tocaba los anillos vacilando un poco, como si intentara comprender esa nueva situación en la que de repente se encontraba.

—¿Quién de ellos crees que la conocía mejor?

—Salía con Anette, pero solo si iban a hacer algo en concreto. Quiero decir, no quedaban solo para charlar.

—Vivís algo aislados aquí en el campo —dijo Sejer con prudencia—. ¿Hacía alguna vez autoestop?

—Jamás. Yo tampoco —se apresuró a añadir—. Pero nos llevan a menudo. Conocemos a casi todo el mundo.

Casi, pensó Sejer.

—¿Crees que se sentía infeliz por algo?

—Infeliz no. Pero tampoco era la alegría de la casa, que digamos. No se interesaba por casi nada. Por cosas de chicas, me refiero. Solo por el colegio y por correr.

—¿Y por Halvor, tal vez?

—No lo sé seguro. También con él se mostraba indiferente. Como si nunca fuera capaz de decidirse del todo.

Sejer vio en su mente la imagen de una chica con una mirada escéptica, una chica que hacía lo que le daba la gana, que escogía sus propios caminos y que había mantenido a todos a distancia. ¿Por qué?

—Tu madre dice que antes Annie era más alegre —dijo Sejer en voz alta—. ¿Opinas tú lo mismo?

—Sí, antes hablaba más.

Skarre carraspeó de pronto.

—Ese cambio —dijo—, ¿creen que llegó repentinamente? ¿O fue sucediendo a lo largo del tiempo?

—No —respondió ella mirando a su madre—. No sé exactamente. Cambió y ya está.

—¿Puedes decirnos algo de cuándo sucedió ese cambio, Sølvi?

Se encogió de hombros.

—El año pasado. Halvor y ella rompieron, y justo después dejó el balonmano. Y creció muchísimo. Toda la ropa se le quedó pequeña y se volvió muy callada.

—¿Quieres decir malhumorada, o arisca?

—No. Simplemente callada. Desilusionada, diría yo.

—¿Desilusionada?

Sejer miró de reojo a Sølvi. Sus mallas resultaban de lo más llamativas, del color de las lilas

de la infancia de Sejer.

—¿Sabes si Annie y Halvor mantenían relaciones sexuales?

La chica enrojeció.

—No lo sé. Mejor pregúnteselo a Halvor.

—Así lo haré.

—Esa hermana —dijo Sejer, cuando estaban de nuevo sentados en el coche— es de esa clase de chicas que a menudo acaban siendo víctimas. Quiero decir, de un hombre con malas intenciones. Está tan absorta en sí misma y en su aspecto que no sería capaz de captar las señales de peligro. Me refiero a Sølvi. No a Annie. Annie era reservada y deportista. No pretendía impresionar a la gente. No hacía autoestop, y no tenía interés alguno por conocer a gente nueva. Si hubiera subido en algún coche, sin duda habría sido en el de alguien conocido.

—Eso es lo que decimos siempre.

Skarre miró a Sejer.

—Ya lo sé.

—Tú tienes una hija que también fue adolescente —dijo Skarre con curiosidad—. ¿Cómo fue en realidad?

—Bueno —murmuró Sejer, mirando por la ventana—, fue más bien Elise la que se ocupó de eso. Pero sí recuerdo aquella época. La pubertad es un terreno difícil de pisar. Mi hija era la alegría de la casa hasta cumplir los trece años, entonces empezó a gruñir. Gruñó hasta cumplir los catorce, y después empezó a morder. Y luego se le pasó todo.

Luego todo pasó... Recordó cuando cumplió los quince y empezaba a convertirse en una pequeña mujer, y él no sabía cómo dirigirse a ella. Lo mismo debió de pasarle a Holland... Cuando la niña deja de ser niña y tienes que buscar un nuevo lenguaje. Difícil.

—¿Pasaron uno o dos años hasta que se acabaran los problemas?

—Pues sí —contestó pensativo—, supongo que sí.

—¿Te interesa ese cambio en la chica?

—Algo puede haber sucedido. Tengo que averiguar qué. Quién era, quién la mató y por qué. Ya es hora de hacer una visita a Halvor Muntz. Seguramente estará esperándonos. ¿Cómo crees que se siente él?

—Ni idea. ¿Puedo fumar en el coche?

—No. Por cierto, llevas el pelo un poco largo, ¿no?

—Pues sí, ahora que lo dices.

Miraron cada uno por su ventanilla. Skarre se sacó un rizo de la nuca y lo estiró en toda su longitud. Al soltarlo, volvió a encogerse rápidamente, como un gusano sobre una placa de calor.

La mujer pensó que ese rostro le era familiar. Acercó más la silla y pegó su arrugada cara a la pantalla. La luz le alcanzó de tal manera que su nieto pudo ver los pelos que le crecían en la barbilla. Debería habérselos afeitado hacía mucho tiempo, pensó, pero no sabía muy bien cómo decírselo.

—¡Es Johann Olav! —gritó la mujer—. Está bebiendo leche.

—Mmm.

—Qué guapo es ese chico. Me pregunto si él lo sabe, es como una escultura de verdad. ¡Una escultura viva!

Koss, el gran patinador de velocidad, se limpió la leche de los labios y sonrió a la cámara mostrando sus dientes blancos.

—¡Pero qué dentadura tiene! ¿Has visto? Unos dientes blanquísimos. Es porque bebe leche. Tú deberías beber más. Y luego ha tenido acceso al dentista escolar; nosotros no tuvimos esa posibilidad.

La mujer recogió la manta sobre las rodillas.

—No había dinero para cuidar de los dientes; simplemente nos los sacaban conforme iban pudriéndose. Pero vosotros tenéis dentista gratis en el colegio y leche y vitaminas y comida sana y pasta de dientes con flúor y no sé cuántas cosas más. —Suspiró profundamente—. ¿Sabes? Yo lloraba en el colegio no porque no me supiera la lección, sino porque tenía hambre. ¡Mira que sois guapos los jóvenes de hoy! ¡Os envidio! ¿Me oyes, Halvor? ¡De verdad que os envidio!

—Sí, abuela.

A Halvor le temblaban los dedos al sacar unas fotos de un sobre amarillo de Kodak. Era un joven delgado de hombros estrechos; no se parecía mucho al patinador del anuncio de la televisión. Tenía la boca pequeña, como la de una niña, y la comisura de un lado ligeramente tensa. La comisura se negaba a seguirle el movimiento las escasas veces que el chico sonreía. Mirándole muy de cerca, podía apreciarse una cicatriz que subía desde la comisura derecha hasta la sien. Tenía el pelo castaño, suave y corto, y una barba rala. De lejos pasaba fácilmente por un quinceañero, y durante mucho tiempo había tenido que enseñar el carnet de identidad en los cines, en las películas aptas para mayores de dieciocho años. Nunca protestaba, no era nada pendenciero.

Pasaba lentamente las fotos que había visto un sinfín de veces, pero que en ese momento habían cobrado una nueva dimensión. Buscaba en ellas avisos, premoniciones de lo que sucedería más adelante, cosas que él desconocía en el momento de hacer las fotos. Annie con el mazo golpeando con todas sus fuerzas un piquete. Annie en el borde del trampolín, recta como una columna con el bañador negro. Annie dormida dentro del saco de dormir verde. Annie en

bicicleta, con la cara tapada por el pelo rubio. Una de él haciendo esfuerzos con el infernillo. Una de los dos, hecha por los de la tienda de al lado. Él tuvo que convencerla, ya que ella odiaba ponerse delante de una cámara.

—¡Halvor! —gritó su abuela desde la ventana—. ¡Viene un coche de policía!

—Sí —contestó Halvor en voz baja.

—¿Por qué viene aquí? —La abuela lo miró preocupada—. ¿Qué quieren?

—Es por Annie.

—¿Qué pasa con Annie?

—Ha muerto.

—¿Qué dices?

La mujer volvió al sillón dando tumbos y se agarró al brazo.

—Ha muerto. Vienen a interrogarme. Sabía que vendrían. Los estaba esperando.

—¿Por qué dices que Annie ha muerto?

—¡Porque ha muerto! —gritó—. ¡Murió ayer! Su padre me llamó.

—Pero ¿por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡No sé el motivo! ¡Solo sé que ha muerto!

Halvor escondió la cara entre las manos. Su abuela cayó como un saco sobre el sillón, aún más pálida que de costumbre. Todo había estado muy tranquilo últimamente. Pero no podía durar, claro que no.

Llamaron con insistencia a la puerta. Halvor se sobresaltó, escondió las fotos debajo del tapete y fue a abrir. Eran dos. Se quedaron un instante en la entrada mirándole. No resultaba difícil adivinar lo que estaban pensando.

—¿Te llamas Halvor Muntz?

—Sí.

—Hemos venido a hacerte unas preguntas. ¿Sabes el motivo?

—El padre de Annie me llamó anoche.

Halvor asintió una y otra vez con la cabeza. Sejer descubrió a la anciana en el sillón y la saludó.

—¿Es de tu familia?

—Sí.

—¿Podemos hablar a solas en algún sitio?

—Solo en mi habitación.

—Bueno. Si no te importa...

Halvor salió delante de ellos, atravesaron una estrecha cocina y entraron en un pequeño cuarto. Esta casa debe de ser muy antigua, pensó Sejer, ya no se distribuyen así las habitaciones. Los policías se sentaron en un viejo sofá-cama, y Muntz sobre la cama. Era una habitación anticuada, con las paredes de madera pintadas de verde, y un ancho alféizar delante de la ventana.

—¿La señora del cuarto de estar es tu abuela?

—Mi abuela paterna.

—¿Y tus padres?

—Están divorciados.

—¿Por eso vives aquí?

—Me dejaron elegir.

Las palabras sonaban secas, como piedrecitas al caer al suelo.

Sejer miró a su alrededor en busca de fotos de Annie, y encontró una en un marco dorado sobre una mesita. Al lado había un despertador y una figura de la Virgen con el Niño Jesús, tal vez un recuerdo turístico del sur de Europa. Un único póster en la pared, probablemente de algún cantante de *rock*, con la palabra «Meat Loaf» escrita a lo ancho de la foto. Minicadena y discos compactos, un armario, un par de zapatillas de deporte no tan buenas como las de Annie. Un casco de moto colgaba del tirador del armario. La cama estaba sin hacer. En la pared de enfrente de la ventana había una estrecha mesa de estudio y sobre ella un ordenador con pantalla pequeña. Al lado, en una caja, guardaba los disquetes. Sejer pudo ver uno: «Ajedrez para principiantes», ponía en inglés. A través de la ventana miró el patio, vio el Volvo que habían aparcado delante del granero, una perrera vacía y una moto cubierta con un plástico.

—¿Tienes moto? —preguntó a modo de introducción.

—Cuando quiere funcionar. No siempre arranca. Voy a arreglarla, pero ahora no tengo dinero —contestó manoseando el cuello de la camisa.

—¿Trabajas?

—En la fábrica de helados. Llevo dos años.

La fábrica de helados, pensó Sejer. Dos años. Eso significaba que había dejado de estudiar al terminar la enseñanza obligatoria, y se había puesto a trabajar. Tal vez no había sido una mala idea. Así podía adquirir una experiencia laboral. No parecía muy deportista: demasiado delgado, demasiado pálido. Annie casi había sido atlética en comparación con ese muchacho. Ella hacía mucho deporte, trabajaba duramente en el colegio, y ese jovencito empaquetaba helados y vivía con su abuela. No le parecía que encajaran muy bien como pareja, pero era una idea mezquina y la reprimió.

—Tengo que hacerte algunas preguntas. Entiendes que no me queda más remedio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo viste a Annie por última vez?

—El viernes. Fuimos al cine, a la sesión de las siete.

—¿Qué película visteis?

—*Philadelphia*. Annie lloró —añadió pensativo.

—¿Por qué?

—La película era muy triste.

—De acuerdo, vale. ¿Y luego?

—Luego cenamos en el café del cine, y fuimos en autobús hasta su casa. Estuvimos en su habitación escuchando música. Cogí el autobús de las once y ella me acompañó hasta la parada de la central lechera.

—¿Y desde entonces no la has visto?

El joven negó con la cabeza. La boca tensa le confería un aire malhumorado. Una pena, pensó Sejer, porque en realidad era guapo, con ojos verdes y rasgos regulares. La boca pequeña daba la impresión de querer esconder unos dientes feos o algo parecido. Más tarde comprobaría que los dientes del chico eran más que perfectos: cuatro de arriba y dos de abajo eran de porcelana.

—¿Y tampoco hablaste con ella por teléfono?

—Sí —se apresuró a contestar—. Me llamó al día siguiente por la noche.

—¿Qué quería?

—Nada.

—Pero era una chica muy callada, ¿no?

—Sí, pero le gustaba hablar por teléfono.

—De manera que llamó aunque no quería nada en particular. ¿De qué hablasteis?

—Si necesita saberlo, de todo y de nada.

Sejer sonrió. Halvor miraba constantemente por la ventana, como si quisiera evitar mirarle a los ojos. Tal vez se sintiera culpable o fuera simplemente tímido. Sintió por él una nostálgica compasión. Su novia había muerto y quizá él no tuviera a nadie con quien hablar aparte de su abuela, que le estaba esperando en el cuarto de estar. Y tal vez, pensó Sejer, es un homicida.

—Y ayer, ¿fuiste a trabajar como de costumbre a la fábrica de helados?

Vaciló un instante.

—No, me quedé en casa.

—Así que te quedaste en casa. ¿Por qué?

—No me encontraba muy bien.

—¿Faltas mucho al trabajo?

—¡No, no faltó mucho! —protestó, elevando el tono de voz. Por primera vez detectaron un atisbo de enfado.

—Tu abuela podrá corroborarlo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y no saliste de casa en todo el día?

—Solo un rato.

—¿A pesar de estar enfermo?

—¡Tenemos que comer! A la abuela le cuesta mucho ir a la tienda. Solo es capaz de andar cuando tiene días buenos, y no son muchos. Tiene artritis —explicó.

—De acuerdo. ¿Puedes decirnos qué te pasaba?

—Solo si tengo que hacerlo.

—No estás obligado a hacerlo ahora mismo, pero tal vez tengas que explicarlo más adelante.

—Está bien. Hay noches que no puedo dormir.

—¿Ah, sí? Y entonces ¿te quedas en casa al día siguiente?

—No puedo vigilar las máquinas si no tengo la cabeza despejada.

—Parece lógico. ¿Por qué no consigues dormir?

—Bueno, alguna reminiscencia de la infancia. ¿No es así como se dice?

Sonrió de repente, una sonrisa amarga, inesperadamente adulta en ese rostro joven.

—¿A qué hora saliste de casa aproximadamente?

—Sobre las once, tal vez.

—¿A pie?

—En la moto.

—¿Y a qué tienda fuiste?

—A la tienda Kiwi, en el centro.

—¿De modo que la moto arrancó ayer?

—En realidad arranca siempre, si antes no me canso de intentarlo.

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

—No lo sé. No podía saber que me lo iban a preguntar.

Sejer asintió. Skarre trabajaba como un loco con el bolígrafo para no perderse nada.

—Pero ¿más o menos?

—Una hora, tal vez.

—Podrá confirmarlo tu abuela, ¿verdad?

—Seguramente no. No se da mucha cuenta de lo que pasa.

—¿Tienes carnet de conducir coches?

—No.

—¿Cuánto tiempo habéis sido novios Annie y tú?

—Bastante tiempo. Un par de años.

Se limpió la nariz y siguió mirando hacia el patio.

—¿Era una buena relación, en tu opinión?

—Lo dejamos un par de veces.

—¿Lo dejó ella?

—Sí.

—¿Dijo por qué?

—No exactamente, aunque nunca estuvo muy interesada. Quería mantener la relación pero como amigos.

—¿Y tú no querías?

El joven se sonrojó y se miró las manos.

—¿Manteníais relaciones sexuales?

Se sonrojó aún más y volvió a mirar al patio.

—Realmente no.

—¿Realmente no?

—Ya se lo he dicho. No estaba muy interesada.

—Pero lo habíais intentado, ¿es eso lo que quieres decir?

—Pues sí, en cierta manera. Un par de veces.

—¿Y tal vez no fue un éxito?

La voz de Sejer sonó excepcionalmente amable llegado a ese punto.

—No sé qué entiende usted por éxito.

Su cara estaba ya tan tensa que parecía una máscara.

—¿Sabes si ella mantuvo relaciones sexuales con alguna otra persona?

—No sé nada de eso, pero me cuesta creerlo.

—Estuviste con Annie durante dos años, desde que ella tenía trece. Ella rompió varias veces la relación, no estaba muy interesada en mantener relaciones sexuales contigo, y sin embargo seguiste con ella. No eres un niño, Halvor. ¿Tanta paciencia tienes?

—Supongo que sí.

Hablaba en voz baja. Se limitaba a confirmar los hechos, como cuidándose bien de no mostrar ningún sentimiento.

—¿Crees que la conocías bien?

—Mejor que muchos.

—¿Tenías la impresión de que se sentía infeliz por alguna razón?

—No exactamente infeliz. Pero no... no sé. Triste, tal vez.

—¿Es diferente estar triste?

—Sí —contestó el joven levantando la vista—. Cuando uno se siente infeliz, tiene la esperanza de que algo mejore. Pero cuando uno se ha dado por vencido, la tristeza se apodera de ti.

Sejer escuchó extrañado esa explicación.

—Cuando conocí a Annie hace dos años era distinta —dijo de repente—. Se reía y bromeaba con todo el mundo. Lo contrario de como soy yo —añadió.

—¿Y luego cambió?

—Se hizo mayor de pronto. Y más callada. Dejó de ser tan bromista. Yo esperaba que se le pasara, que volviera a ser como antes. Ahora ya no se puede esperar nada más.

Entrelazó las manos y miró al suelo. Por fin hizo un esfuerzo enorme y se encontró con la mirada de Sejer. Sus ojos brillaban como piedras mojadas.

—No sé qué están pensando ustedes, pero yo no le he hecho nada a Annie.

—Nosotros no estamos pensando nada. Tenemos que hablar con todo el mundo, ¿comprendes?

—Sí.

—¿Annie consumía droga o alcohol?

Skarre sacudió el bolígrafo para que la tinta llegara a la punta.

—¿Bromea? No sabe lo que dice.

—Seguramente —se limitó a contestar Sejer—. Yo no la conocía.

—Perdone, pero es que suena muy ridículo.

—¿Y tú?

—Ni soñarlo.

Vaya, vaya, pensó Sejer. Un joven sobrio y trabajador con trabajo fijo. Muy prometedor.

—¿Conoces a algunos de los amigos de Annie? ¿A Anette Horgen, por ejemplo?

—Un poco. Pero solíamos salir los dos solos. Annie no quería mezclarnos.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Ella era la que decidía.

—¿Y tú hacías lo que ella quería?

—No resultaba muy difícil. A mí tampoco me gustan las aglomeraciones.

Sejer asintió comprensivo. Tal vez, y a pesar de todo, fueran una pareja bien avenida.

—¿Sabes si Annie llevaba un diario?

Halvor vaciló un instante, detuvo un impulso en el último momento y negó con la cabeza.

—¿Quiere decir uno de esos diarios de color rosa en forma de corazón y con candado?

—No necesariamente. Podría haber tenido otro aspecto.

—No lo creo —murmuró el joven.

—Pero ¿no estás seguro?

—Casi seguro. Ella jamás lo mencionó.

Su voz ya era apenas audible.

—¿Tienes a alguien con quién hablar?

—Tengo a mi abuela.

—¿Mantienes una relación estrecha con ella?

—Ella está bien. Hay paz y tranquilidad aquí.

—¿Tienes un anorak azul, Halvor?

—No.

—¿Qué te pones para salir?

—Una cazadora vaquera. O un plumón cuando hace frío.

—¿Prometes llamarme si tienes algo que decirme?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Halvor, levantando la vista extrañado.

—Déjame decirlo de otra manera: ¿llamarás a la comisaría si se te ocurre algo, cualquier cosa, que en tu opinión pudiera explicar por qué ha muerto Annie?

—Sí.

Sejer miró el cuarto donde se encontraba, con el fin de recordarlo. Su mirada se detuvo en la Virgen. Vista de cerca, la figura parecía más valiosa.

—Es una figura bonita. ¿La has comprado en el sur de Europa tal vez?

—Me la han regalado. Me la regaló el padre Martin. Soy católico —añadió.

Esa información hizo que Sejer lo mirara más de cerca. Era un muchacho reservado y severo; daba la impresión de estar ocultando algo que no debían descubrir. Tal vez tendrían que obligarlo a abrirse, abrirse como una almeja en agua hirviendo. La idea le fascinaba.

—¿De modo que eres católico?

—Sí.

—Perdona mi curiosidad, pero ¿qué es lo que te atrajo de la fe católica?

—Es evidente, ¿no? La absolución. El perdón.

Sejer asintió.

—Pero eres muy joven. —Se levantó y sonrió al muchacho—. No creo que hayas tenido tiempo de pecar mucho todavía.

La frase quedó un instante flotando en el aire.

—De vez en cuando he tenido algún mal pensamiento.

El comentario impresionó a Sejer.

—Lo que nos has contado será comprobado, claro está —dijo—. Lo hacemos con todo el mundo. Volverás a tener noticias nuestras.

Le dio un fuerte apretón de mano, intentando transmitirle ánimo. Luego atravesaron la cocina, que olía ligeramente a verduras hervidas, y volvieron al cuarto de estar, donde estaba la anciana, sentada en una mecedora y envuelta en una manta. Los miró asustada cuando salieron. Fuera observaron la moto, una Suzuki negra, cubierta con un plástico.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Skarre ya en el coche.

—Probablemente. No ha hecho ninguna pregunta. Ni una sola. Alguien ha matado a su novia, y él no parece hacerse muchas preguntas. Pero eso no tiene por qué significar nada.

—De todos modos es bastante curioso.

—Tal vez ahora que acabamos de marcharnos, también él lo está pensando.

—O tal vez sabe qué le sucedió a su novia, y por eso no se le ocurrió hacer preguntas.

—Ese anorak que encontramos le estaría muy grande a Halvor, ¿no crees?

—Tenía las mangas remangadas.

Era ya tarde y necesitaban una pausa. Abandonaron la pequeña población, dejándola a solas con sus temores y sus pensamientos. En Krystallen la gente cruzaba la calle una y otra vez, las puertas se abrían y cerraban, los teléfonos sonaban. La gente removía sus cajones en busca de viejas fotografías. Annie estaba en boca de todo el mundo. Los primeros y leves rumores nacían a la luz de las velas, y luego se extendían como la maleza entre las casas. Se tomaba alguna que otra

copa. Había estado de guardia en ese pequeño callejón, y se infringía una regla tras otra.

Raymond, sin embargo, estaba absorto en otros quehaceres. Sentado a la mesa de la cocina, pegaba cromos en un cuaderno, cromos de figuras conocidas de los cómics. La lámpara del techo estaba encendida, su padre dormía la siesta, la radio emitía peticiones musicales de los oyentes. Glenn Kåre es felicitado por su abuela con este disco. Raymond escuchaba e inhalaba el pegamento, que olía a esencia de almendra. No se percató del hombre que le estaba mirando fijamente a través de la ventana.

Halvor cerró la puerta de la cocina y encendió el ordenador. Abrió el disco duro y miró pensativo la fila de archivos. Contenían juegos, declaraciones de la renta, presupuestos, listas de direcciones, una relación de su colección de compactos y otros asuntos triviales. Pero también había otra cosa, una carpeta cuyo contenido le era desconocido. Ponía «Annie». Se quedó mirándola pensativo. Apretando dos veces el botón del ratón, los archivos se abrirían, revelando en unos segundos su contenido. Pero había excepciones. Él mismo tenía un archivo llamado «Privado». Para abrirlo tenía que teclear una clave que solo él conocía. Lo mismo pasaba con el archivo de Annie. Él le había enseñado a cerrarlo para que nadie pudiera entrar, un procedimiento bastante sencillo. No tenía ni idea de la clave que ella había elegido, y tampoco de lo que contenía el archivo. Ella había insistido en mantenerlo en secreto, con una risita al ver su decepción. De modo que él le explicó cómo hacerlo, y luego tuvo que salir de la habitación y quedarse en el cuarto de estar mientras ella escribía la clave. Pulsó dos veces el botón del ratón, sin ningún motivo, y recibió inmediatamente el mensaje: «*Access denied. Password required*».

Quería abrirlo. Era lo único que le quedaba de ella. ¿Y si contenía algo que pudiera ser peligroso para él? Tal vez fuera una especie de diario. Será una tarea imposible, pensó, mirando desconcertado el teclado en el que nueve números, veintinueve letras y una serie de signos formaban un número de posibilidades de combinación que él no podía ni imaginarse. Intentó relajarse y recordó de repente que también él había elegido un nombre. Era el nombre de una famosa mujer que había perecido en la hoguera y que luego había sido proclamada santa. Había sido una elección de lo más acertada, y ni siquiera a Annie se le habría ocurrido. Pero tal vez ella habría elegido una fecha. Era bastante corriente elegir la fecha de nacimiento de algún allegado, por ejemplo. Se quedó mirando fijamente el archivo durante un rato: solo veía un cuadrado insignificante y gris con el nombre de Annie. Tampoco debería abrirlo, pues precisamente por eso ella lo había cerrado, para mantenerlo en secreto. Pero ella ya no estaba y ya no valían las reglas de antes. Tal vez allí pusiera algo que pudiera explicar por qué era como era, tan condenadamente inconquistable.

Sus escrúpulos se pulverizaron, posándose como polvo en los rincones. Se había quedado solo, con una eternidad de tiempo y nada con qué llenarlo. Sentado en aquella habitación medio en penumbra, mirando la pantalla luminosa, se sentía muy cerca de Annie. Decidió comenzar por cifras, como fechas de nacimiento y números de carnets de identidad. Tenía unos cuantos en la cabeza, el de Annie, el suyo propio, el de su abuela. Podría buscar algunos más. Al fin y al cabo, ya tenía algo con qué empezar. Aunque ella también podría haber elegido una palabra, o varias palabras, o tal vez un refrán, o una cita, o tal vez un nombre. Sería muy laborioso. No sabía si llegaría a encontrarla, pero tenía mucho tiempo y mucha paciencia. Además, había otras maneras.

Comenzó por la fecha de nacimiento de Annie, la cual no había elegido, evidentemente, tres de marzo de 1980: cero, tres, cero, tres, uno, nueve, ocho, cero. Luego las mismas cifras empezando por el final.

«Access denied», parpadeaba la pantalla. De repente, su abuela apareció en la puerta.

—¿Qué han dicho? —preguntó, apoyándose en el marco.

Halvor se sobresaltó y se enderezó.

—No mucho. Solo hicieron algunas preguntas.

—¡Pero esto es horrible, Halvor! ¿Por qué ha muerto?

El joven la miró enmudecido.

—Eddie dijo que la encontraron en el bosque, junto a la laguna de la Serpiente.

—Pero ¿por qué murió?

—No me lo han dicho —susurró—. Me olvidé de preguntárselo.

Sejer y Skarre se habían apoderado de la sala de formación del barracón que había detrás de los Juzgados. Echaron las cortinas y apagaron casi todas las luces. Habían rebobinado la cinta hasta el principio. Skarre estaba preparado, con el mando a distancia en la mano.

El aislamiento sonoro de ese anexo construido tan deprisa, como una solución de emergencia, no era muy bueno. Oían sonar los teléfonos y cerrarse las puertas, voces, risas y coches que pasaban bramando. Un borracho aullaba en el patio. Y sin embargo, los sonidos llegaban atenuados, como un reflejo de que el día se estaba acabando.

—¿Qué diablos es eso?

Skarre se inclinó hacia delante.

—Alguien corriendo. Parece la atleta Grethe Waitz. Podría ser la maratón de Nueva York.

—Tal vez se haya equivocado de vídeo.

—Seguro que no. ¡Para!, creo que he visto islotes y escollos.

La imagen saltó de un lado para otro durante algún tiempo hasta que se quedó quieta y aparecieron dos mujeres en biquini, tumbadas sobre un monte pelado.

—La madre y Sølvi —dijo Sejer.

Sølvi estaba tumbada de espaldas con una rodilla doblada. Llevaba las gafas de sol sujetas en el pelo, tal vez para evitar círculos blancos alrededor de los ojos. La madre estaba parcialmente tapada por un periódico. Junto a ellas había revistas, cremas de sol, termos, varias toallas grandes de baño y un radiocasete.

La cámara ya había enfocado bastante tiempo a las dos adoradoras del sol. La lente buscó una playa más abajo, donde una chica entraba andando por la derecha. Llevaba una tabla de surf sobre la cabeza y se dirigía hacia el agua, parcialmente oculta a la cámara. No andaba de manera provocativa, caminaba exclusivamente con el fin de llegar, y no redujo la velocidad cuando el agua le cubrió las rodillas. Se oía el rumor de las olas, que eran bastante fuertes, y de repente la voz del padre:

—¡Vamos Annie, sonríe!

Ella prosiguió sin inmutarse, cada vez más adentro, ignorando la petición. Pero luego acabó volviéndose, no sin algún esfuerzo bajo el peso de la tabla. Durante unos instantes miró a Sejer y a Skarre. El viento hacía bailar sus cabellos rubios alrededor de las orejas, una sonrisa le iluminó

por un instante la cara. Skarre miró esos ojos grises y notó cómo se le ponía la piel de gallina, mientras seguía con la vista a esa muchacha de piernas largas desplazándose entre las olas. Llevaba un bañador negro de los que utilizaban las nadadoras, con una cruz arriba en la espalda, y un chaleco salvavidas azul.

—Esa tabla no es de principiantes —murmuró Skarre.

Sejer no le contestó. Annie se adentraba cada vez más en el mar. Por fin se detuvo y consiguió subirse a la tabla. Agarrando la vela con manos firmes, encontró por fin el equilibrio. Luego la tabla dio un giro de ciento noventa grados y cogió velocidad. Los hombres estaban callados mientras Annie se alejaba cada vez más surcando las olas como un gran velero. El padre la seguía con la cámara. Ellos eran los ojos del padre. La veían como él veía a su propia hija a través de la lente. Se esforzaba por mantener la cámara quieta; debía evitar temblar con el fin de hacer los honores a la tabla de surf. A través de las imágenes, los dos policías sintieron su orgullo, ese orgullo que el padre debió de haber sentido por ella. Ella estaba en su elemento. No parecía tener miedo a caerse y acabar en el agua.

De repente desapareció y pudieron ver una mesa puesta con mantel de flores, platos, vasos, cubiertos pulidos, y flores silvestres en un jarrón. Chuletas, salchichas y beicon en una tabla. La barbacoa al rojo vivo. El sol se reflejaba en las botellas de Coca-Cola y agua mineral. Sølvi de nuevo, con minifalda y la parte de arriba del biquini, recién maquillada; la señora Holland con un decoroso vestido de verano. Y finalmente Annie, de espaldas, con bermudas azul marino. De repente se volvió hacia la cámara, una vez más a petición de su padre. La misma sonrisa, un poco más amplia esta vez, mostrando sus hoyuelos e indicios de finas venas azules en el cuello. Sølvi y la madre charlaban al fondo, se oía el sonido de cubitos de hielo. Annie se estaba sirviendo Coca-Cola. Se volvió lentamente otra vez, con una botella en la mano, y preguntó a la cámara:

—¿Coca-Cola, papá?

La voz era sorprendentemente profunda. La siguiente imagen mostraba la cabaña por dentro. La señora Holland estaba junto al banco de cocina partiendo una tarta.

«Coca-Cola, papá». La voz era cortante, y sin embargo suave. Annie había querido a su padre. Se notaba en aquellas tres cortas palabras; revelaban ternura y respeto, eran transparentes, al igual que un vaso a través del cual se aprecia la diferencia entre una limonada y un vino tinto. La voz tenía profundidad y calor. Para su padre, Annie era la niña de sus ojos.

El resto de la película pasó titilando. Annie y su madre jugando al badminton, sin aliento, con un viento demasiado fuerte, estupendo para hacer *surfing*, terrible para la pelota de pluma. La familia reunida en torno a la mesa dentro de la cabaña, jugando al Trivial Pursuit. Un imagen de cerca del tablero mostraba claramente quién iba ganando, pero Annie no presumía de ello. Generalmente no decía gran cosa, eran Sølvi y la madre las que hablaban sin parar: Sølvi con una voz dulce y frágil; la de la madre, más grave y ronca. Skarre soltó una larga bocanada de humo y se sintió más viejo que en mucho tiempo. La película titilaba de nuevo y de repente emergió un rostro rubicundo con la boca abierta de par en par. Un tenor impresionante llenó la habitación.

—*Nessun dorma* —dijo Konrad Sejer, y se levantó pesadamente.

—¿Cómo dices?

—Luciano Pavarotti. Canta a Puccini. Deja el vídeo en el archivo.

—Era buena haciendo *surfing* —concluyó Skarre solemnemente.

A Sejer no le dio tiempo a contestar. El teléfono los interrumpió. Skarre lo descolgó, a la vez

que cogía un bloc y un bolígrafo. Lo hizo automáticamente. Tenía una fe firme en tres cosas: meticulosidad, entusiasmo y buen humor. Sejer iba leyendo conforme Skarre anotaba: Henning Johnas, Krystallen, número cuatro. A las doce cuarenta y cinco. La tienda de Horgen. Moto.

—¿Puede acercarse a la comisaría? —preguntó Skarre con voz febril—. ¿No? Entonces iremos a su casa. Es un dato muy importante. Gracias, y hasta ahora.

Colgó.

—Uno de los vecinos, un tal Henning Johnas, que vive en el número cuatro. Acaba de llegar a casa y enterarse de lo de Annie. La cogió en la rotonda ayer y la dejó en la tienda de Horgen. Dice que allí había una moto esperándola.

Sejer volvió a sentarse.

—La misma moto que vio Horgen. Halvor tiene una moto —dijo pensativo—. ¿Por qué no puede venir ese hombre hasta aquí?

—Su perra está pariendo.

Skarre se metió la nota en el bolsillo.

—A Halvor le resultará difícil documentar el tiempo que estuvo fuera con la moto. Espero que no sea él quien lo haya hecho. Me pareció un buen chico.

—Un asesino es un asesino —replicó Sejer lacónico—. A veces parecen buenos chicos.

—Sí —contestó Skarre—. Pero resulta más fácil encerrar a alguien que nos parece horrible.

Johnas puso una mano bajo la tripa de la perra y la palpó cuidadosamente. El animal respiraba deprisa, y la lengua, rosa y húmeda, le colgaba de la boca. Yacía muy quieta dejándose tocar. Ya no faltaba mucho. Johnas miró por la ventana esperando que todo acabara rápidamente.

—Buena chica, Hera —dijo acariciándola.

El animal miraba un punto más allá de él, indiferente a los elogios. Johnas se dejó caer al suelo a cierta distancia y se quedó mirándola. Ese animal tan callado y tan paciente le conmovía. Nunca había problemas con Hera; siempre era obediente y dócil como un ángel. Jamás se alejaba de su lado cuando daban paseos, y comía lo que le daba. Cuando él subía al piso de arriba a acostarse por las noches, ella se acurrucaba silenciosamente en su rincón. En realidad quería estar así, sentado hasta que todo hubiese acabado, muy cerca de ella, escuchando su respiración. Tal vez no pasara nada hasta la mañana siguiente. No se sentía cansado. Entonces sonó el timbre de la puerta, un breve y agudo timbrado. Se levantó y abrió.

Sejer le dio un apretón de mano fuerte y seco. El hombre irradiaba autoridad. El más joven era diferente, una mano delgada de chico joven, con los dedos finos. Una expresión cálida, no fría y observadora como la del hombre mayor. Los invitó a entrar.

—¿Qué tal la perra? —preguntó Sejer.

Una hermosa dobermann yacía muy quieta sobre una alfombra oriental rosa y negra. No será auténtica, pensó Sejer; nadie coloca a una perra parturienta sobre una auténtica alfombra persa. La perra respiraba deprisa, pero por lo demás permanecía muy quieta, haciendo caso omiso de los dos extraños que acababan de entrar en la habitación.

—Es la primera vez. Vienen tres, creo; he intentado contarlos. Todo irá bien. Hera nunca plantea problemas. —Los miró y sacudió la cabeza—. Estoy tan impactado por lo ocurrido que no logro concentrarme en nada.

Johnas miraba a la perra mientras hablaba, a la vez que se tocaba la calva con una mano enérgica. Un mechón de pelo oscuro y rizado le coronaba la calva y sus ojos eran inusualmente negros. Era un hombre de estatura mediana, pero tenía un torso fuerte y algunos kilos de más alrededor de la cintura. Debía de rondar los cuarenta. De joven podría haberse parecido a Skarre en una versión más morena. Tenía rasgos finos y un buen color de cara, como si hubiera tomado el sol en el sur.

—¿No querrán comprar un cachorro?

Les dirigió una mirada rápida, suplicante.

—Tengo un leonberger —contestó Sejer—, y no creo que me perdonara que llegara a casa con un cachorro. Está muy mimado.

Johnas señaló el sofá y movió la mesa para que los dos hombres pudieran acomodarse detrás.

—Me he encontrado a Fritzner en el garaje. Acabo de llegar de Oslo de una feria. Me lo ha contado. Aún no puedo creérmelo. No debería haberla dejado bajar del coche. —Se frotó los ojos y miró de nuevo a la perra—. Annie estuvo aquí muchas veces. Solía cuidar de los niños. También conozco a Sølvi. Si se hubiera tratado de ella —dijo en voz baja—, no me habría extrañado tanto. Sølvi sí es de las que entraría en un coche si alguien se lo pidiera, aunque no lo conociera de nada. Solo piensa en los chicos. Pero Annie... —Los miró—. A Annie no le interesaban esas cosas. Era muy prudente. Y tenía novio, creo.

—Así es, lo tenía. ¿Lo conocía usted?

—No, no, en absoluto. Pero los he visto por aquí, en la calle, de lejos. Eran muy tímidos, ni siquiera iban cogidos de la mano. —Sonrió nostálgicamente al pensar en ello.

—¿Adónde se dirigía usted cuando recogió a Annie?

—Iba al trabajo. Durante algún tiempo pensé que Hera iba a parir, pero no fue así.

—¿A qué hora abre usted?

—A las once.

—Pero es muy tarde, ¿no?

—Sí, aunque ya sabe, la gente necesita el pan y la leche temprano, pero las alfombras persas se dejan para más tarde, cuando se han cubierto las necesidades más primitivas. —Sonrió con ironía ante su propio comentario—. Tengo una tienda de alfombras —explicó—. En el centro, en la calle Cappelen.

Sejer asintió.

—Annie iba a casa de Anette Horgen a hacer un trabajo del colegio. ¿Se lo mencionó a usted?

—¿Un trabajo del colegio? —preguntó extrañado—. No, no lo mencionó.

—Pero llevaba una mochila.

—Sí, sí. Tal vez fuera un pretexto, qué sé yo. Iba a la tienda de Horgen, es todo lo que sé.

—Cuéntenos lo que vio.

—Annie bajaba corriendo la pendiente empinada que hay junto a la rotonda. Yo crucé y me detuve en la parada del autobús. Le pregunté si quería que la llevara. Iba, como he dicho, a Horgen; es un buen trecho. No es que ella fuera vaga; Annie era muy deportista. Siempre iba corriendo. Seguro que estaba en muy buena forma. Pero subió al coche y me pidió que la dejara junto a la tienda. Pensé que iba a comprar algo o tal vez a encontrarse con alguien. La dejé allí y seguí mi camino. Pero sí que vi la moto. Estaba aparcada junto a la tienda, y lo último que vi es que la chica se dirigía hacia ella. Quiero decir, no estoy seguro de si el tipo la estaba esperando y

no vi quién era. Solo vi que se acercaba con pasos firmes hacia la moto, y no se volvió.

—¿Qué moto era?

Johnas extendió los brazos.

—Entiendo que ustedes tienen que preguntar, pero no sé nada de motos. Mi oficio es otro, por así decirlo. Para mí no era más que acero y cromo.

—¿Y el color?

—¿No suelen ser negras las motos?

—En absoluto —respondió Sejer secamente.

—Por lo menos no era de color rojo chillón, de eso me acordaría.

—¿Era una moto grande y potente, o pequeña? —quiso saber Skarre.

—Creo que era grande.

—¿Y el conductor?

—No pude verlo. Llevaba un casco con algo rojo, eso sí lo recuerdo. No parecía mayor. Creo que era un chico joven.

Sejer se inclinó hacia delante.

—Usted ha visto al novio. Él tiene moto. ¿Podría haber sido él?

Johnas frunció las cejas como poniéndose en guardia.

—Lo he visto por la calle, de lejos. El hombre de la moto también se encontraba a cierta distancia y llevaba casco. No puedo saber si era él o no. Ni siquiera me atrevo a insinuarlo.

—No que fuera él —dijo Sejer entornando los ojos—. Solo que pudo haber sido él. Dice usted que era joven. ¿Era de complexión frágil?

—Con los trajes de piel no se puede saber —contestó con aire desamparado.

—Pero ¿por qué supone que era joven?

—Pues no sé —contestó confuso—. ¿Qué puedo decirles? Seguramente lo supuse porque Annie era joven. O tal vez fuera algo en su actitud. —Parecía algo perplejo—. En ese momento no sabes que estos detalles podrán ser importantes. —Volvió a levantarse y se arrodilló junto a la perra—. Tiene usted que hacerse cargo de lo que supone vivir en este sitio —dijo incómodo—. Los rumores se extienden muy deprisa. Y además, no me cabe en la cabeza que su novio haya sido capaz de hacer una cosa así. No era más que un muchacho, y llevaban mucho tiempo juntos.

—Será mejor que nos deje a nosotros decidir si fue él o no —repuso Sejer con firmeza—. Esa moto es importante, y también ha sido vista por otro testigo. Si es inocente, no será condenado.

—¿No? —dijo como dudándolo—. Bueno, pero también es terrible que sospechen de ti, se lo aseguro. Si digo que se parecía al novio, ustedes pueden hacerle la vida imposible. Y la verdad es que no tengo ni idea de quién era. —Movía enérgicamente la cabeza—. No vi más que una figura con traje y casco. Puede haber sido cualquiera. Tengo un hijo de diecisiete años; podría haber sido él. No le habría reconocido con esa ropa. ¿Lo entienden?

—Sí, lo entiendo —contestó Sejer secamente—. Por fin ha contestado a mi pregunta. Podría haber sido él. Y en cuanto al daño que se le puede hacer, supongo que ya está hecho.

Johnas tragó saliva haciendo ruido.

—¿De qué hablaron usted y Annie mientras iban en el coche?

—No era muy habladora. Yo llené el tiempo hablando de Hera y los cachorros.

—¿Daba la impresión de estar preocupada o angustiada por algo?

—En absoluto. Estaba como siempre.

Sejer echó un vistazo a su alrededor y se fijó en que la habitación tenía pocos muebles, como si el hombre aún no hubiera terminado de decorarla y amueblarla. Pero había muchas alfombras, en los suelos, en las paredes, grandes alfombras orientales con aspecto de ser muy caras. De la pared colgaban dos fotografías, una de un niño rubio de unos dos años, y otra de un adolescente.

—¿Son sus hijos? —preguntó Sejer señalando hacia las fotografías.

—Sí —contestó Johnas—. Pero esas fotos no son recientes.

Volvió a acariciar las orejas negras y suaves como el terciopelo, y el hocico húmedo de la perra.

—Ahora vivo solo —añadió—. Por fin he encontrado un piso en la ciudad, en Oscarsgate. Esta casa es demasiado grande para mí. Últimamente no veía mucho a Annie. Supongo que le resultaba un poco incómodo cuando mi mujer se marchó. Y tampoco había ya niños que cuidar.

—¿Trabaja usted con alfombras orientales?

—Comercio más que nada con Turquía y Pakistán. A veces también con Irán, pero en ese país tienden a subir mucho los precios. Viajo allá un par de veces al año y me quedo unas semanas. Me tomo mi tiempo. Empiezo a conocer a gente —añadió satisfecho—. He conseguido muy buenos contactos. Eso es lo más importante, tener una relación de confianza. Sus experiencias con Occidente no son demasiado buenas.

Skarre se deslizó junto a la mesa y se acercó a la pared transversal de la casa, cubierta casi en su totalidad por una gran alfombra.

—Ésa es turca, de Esmirna —dijo Johnas—. Es una de las más valiosas que poseo. En realidad no puedo permitirme el lujo de tenerla. Dos millones y medio de nudos. ¿Bastante increíble, verdad?

Skarre miró la alfombra.

—¿Es cierto que están hechas por niños? —preguntó.

—A menudo sí, pero no las mías. Eso daña la reputación del negocio. Puede que no guste, pero es un hecho que las mejores alfombras son las hechas por niños. Los adultos tienen los dedos demasiado gordos.

Se quedaron un rato admirando la alfombra, con todas sus formas geométricas siempre hacia dentro, siempre más pequeñas, en un número casi infinito de diferentes matices de color.

—¿Es verdad que encadenan a los niños a los telares? —preguntó Sejer, escéptico.

Johnas, exasperado, negó con la cabeza.

—Dicho así suena terrible. Los que consiguen un trabajo en un telar pueden considerarse afortunados. Un buen tejedor tiene comida, ropa y calor. Tiene una vida. En el caso de que sea cierto que se les encadena al telar es a petición de sus padres. Es muy corriente que un pequeño tejedor de esos sostenga a una familia de cinco o seis personas. De esa manera puede salvar a su madre y a sus hermanas de la prostitución, y a su padre o sus hermanos de la mendicidad o de convertirse en ladrones.

—He oído decir que no es más que una forma de demorarlo —dijo Sejer—. Cuando se hacen adultos y tienen los dedos gordos, están a menudo ciegos o con la vista muy disminuida debido a los esfuerzos realizados ante el telar. Entonces no pueden trabajar en nada. Y acaban, de todos modos, mendigando.

—Ha visto usted demasiada televisión —repuso Johnas sonriendo—. Haga un viaje a esos lugares y podrá comprobarlo usted mismo. Los tejedores son personitas felices que gozan de gran

respeto entre la gente. Así es. Pero tenemos que contribuir a que los países ricos mantengan intacta su moralidad. Son más susceptibles que nadie en esas cuestiones. Por eso me mantengo alejado del trabajo infantil. Si quiere usted alguna vez una alfombra, venga a la calle Cappelen —dijo con insistencia—. Me ocuparé de que haga una buena compra.

—No creo que mi poder adquisitivo me lo permita.

—¿Por qué está manchada? —quiso saber Skarre.

Johnas no pudo reprimir una pequeña sonrisa ante tanta ignorancia, al mismo tiempo que se reanimaba, como si hablar de su gran pasión fuera un soplo a unas brasas a punto de apagarse. Se inflamó.

—Es una alfombra hecha por nómadas.

Ese dato no decía absolutamente nada a Sejer.

—Los nómadas se trasladan constantemente, ¿verdad?, por lo que pueden tardar un año en hacer una alfombra de este tamaño. Colorean la lana con plantas que tienen que recoger en diferentes estaciones del año, en terrenos diferentes, con diferentes condiciones de vida para cada planta. Este azul —añadió señalando la alfombra— es de índigo. El rojo viene de la raíz de rubia. Pero en el interior del hexágono hay otro tono de rojo, más naranja que la henna, que procede de insectos molidos, y el amarillo es del azafrán. —Puso una mano en la alfombra y la alisó hacia abajo—. Ésta es una alfombra turca, hecha con nudos de Gördes. En cada centímetro cuadrado hay aproximadamente cien nudos.

—¿Y los dibujos? ¿Quién los hace?

—Se emplean dibujos de hace cientos de años; muchos de ellos ni siquiera están pintados en papel. Los viejos tejedores van por el taller describiéndolos.

Los viejos tejedores ciegos, pensó Sejer.

—Los que vivimos en Occidente hemos tardado mucho tiempo en descubrir esta artesanía —prosiguió Johnas—. Tradicionalmente preferimos los dibujos figurativos, es decir, algo que cuenta una historia. Por esa razón fueron las alfombras de caza y de jardines las que primero llamaron la atención en nuestra parte del mundo, porque contienen motivos de flores y animales. Yo prefiero estas otras. Primero ese ancho borde que mantiene todo en su lugar. Luego la mirada va desplazándose hacia dentro, y al final llegamos al tesoro, por así decirlo. Como aquí —añadió señalando la alfombra—, hasta el medallón del centro. Perdónenme —dijo de repente—, he acaparado la conversación.

Parecía un poco perplejo.

—Ese casco —dijo Skarre, cambiando de tema—, ¿era medio o integral?

—¿Hay cascos medios? —preguntó Johnas extrañado.

—Un casco integral lleva también protección de mandíbula y barbilla. Un casco medio solo cubre el cráneo.

—En eso no me fijé.

—¿Y el traje? ¿Era negro?

—Por lo menos oscuro. No se me ocurrió observarlo detenidamente. Es algo muy normal mirar a una chica guapa cruzar la calle para dirigirse hacia un chico en una moto. Es como debe ser, ¿no creen?

Le dieron las gracias y se detuvieron un instante junto a la puerta.

—Tendremos que volver, espero que lo entienda.

—Naturalmente. Si los cachorros llegan esta noche, me quedaré en casa unos días.

—¿Puede cerrar la tienda?

—Los clientes me llaman a casa si desean algo.

Hera lanzó de repente un profundo suspiro y gimió dolorida sobre su alfombra auténtica. Skarre la miró con compasión y siguió de mala gana a su jefe.

—Tal vez podamos verlos cuando volvamos —dijo esperanzado—. A los cachorros, quiero decir.

—Seguro que sí —contestó Johnas.

No digas nada más, pensó Sejer, y sonrió recordando a Kollberg.

—¿Recuerdas el casco de Halvor? ¿El que tenía colgado en la habitación?

Se encontraban de nuevo en el coche.

—Casco negro integral con una raya roja —respondió Sejer pensativo—. Bueno, dejémoslo por hoy. Tengo que sacar al perro.

—Dime, Konrad, ¿tú tienes una relación tan apasionada con tu trabajo como Johnas?

Sejer lo miró.

—Claro. ¿Acaso no se nota? —Se puso el cinturón de seguridad y arrancó el coche—. Por cierto, me irrita cuando la gente se impone silencio por una especie de compasión malentendida hacia alguien que ni siquiera conoce, solo porque están seguros de que se trata de un tipo honrado. —Pensó en Halvor y sintió cierta tristeza—. Hasta el día en que alguien asesina por primera vez, uno jamás pensaría que es un asesino. Es gente normal. Luego, cuando los vecinos descubren que ha matado, de repente esa persona se convierte en un asesino para el resto de su vida. Desde ese momento se le considera una especie de máquina asesina descontrolada. Entonces los vecinos protegen a sus hijos y ya nada parece seguro.

Skarre lo miró fijamente.

—Entonces, ¿Halvor es un posible sospechoso?

—Naturalmente. Era su novio. Pero me pregunto por qué Johnas pone tanto empeño en proteger a un tipo a quien solo ha visto de lejos.

Ragnhild Album se inclinó sobre la hoja y se puso a dibujar. El bloc era nuevo, y la niña descubrió la primera hoja en blanco con algo parecido a la veneración. Tal vez un simple coche en una nube de polvo no fuera digno de arrebatar a ese bloc su blanquísima virginidad. La caja contenía seis lápices de colores. Sejer había comprado un juego para Ragnhild y otro para Raymond. Ese día la niña iba peinada con dos coletas en lo alto de la cabeza, apuntando hacia arriba como si fueran antenas.

—Hoy llevas el pelo muy bien —le dijo Sejer.

—Con ésta —dijo la madre tirando de una de las coletas— recibe la Operación Lobo Blanco de Narvik, y con la otra a su abuela, que está en Svalbard.

Sejer sonrió mirando al suelo.

—Dice que solo vio una nube de polvo —prosiguió la madre, preocupada.

—No. Dice que vio un coche —repuso Sejer—. Merece la pena intentarlo —añadió, poniendo

una mano sobre el hombro de la niña.

—Cierra los ojos —dijo—, intenta verlo en tu imaginación y luego lo dibujas lo mejor que puedas. Es decir, no vas a dibujar un coche cualquiera, vas a dibujarme exactamente el coche que visteis Raymond y tú.

—¡Que sí! —exclamó la niña, impaciente.

Sejer sacó a la señora Album de la cocina y la llevó al cuarto de estar para dejar sola a Ragnhild. La mujer se quedó junto a la ventana, contemplando las azuladas montañas que se alzaban en la lejanía.

—Annie cuidó de Ragnhild en varias ocasiones —dijo en voz baja—. Se le daban muy bien los niños... Hace ya un par de años. Cogieron el autobús hasta el centro y estuvieron fuera todo el día. Montaron en el trencito de la plaza, y subieron por las escaleras mecánicas de los grandes almacenes y en el ascensor, cosas que a Ragnhild le encantaban. Annie tenía un don especial para tratar a los niños. Era diferente. Se preocupaba por ellos.

Sejer oyó a la niña coger lápices de colores de la caja.

—¿Conoce usted también a la hermana? ¿A Sølvi?

—Sé quién es. Era solo su hermanastra.

—¿Ah, sí?

—¿No lo sabía?

—No —contestó Sejer.

—Todo el mundo lo sabe —dijo ella con naturalidad—. No es un secreto. Eran muy distintas. Durante algún tiempo tuvieron problemas con el padre, el padre de Sølvi, quiero decir. Perdió el derecho a las visitas y por lo visto no puede superarlo.

—¿Por qué?

—Lo de siempre. Borracheras, violencia. Pero claro, ésa es la versión de la madre. Ada Holland es bastante severa, así que no sé qué pensar.

Vaya, pensó Sejer a su vez.

—Pero Sølvi ya es mayor de edad, ¿no? Puede hacer lo que quiera.

—Supongo que ya es demasiado tarde. La relación se habrá roto. Pienso mucho en Ada —añadió—. A ella no le han devuelto a su hija como a mí.

—¡Ya está! —sonó una voz desde la cocina.

Se levantaron y fueron a ver. Ragnhild seguía sentada con la cabeza ladeada y una expresión que denotaba que no estaba del todo satisfecha. Una nube gris llenaba la mayor parte de la hoja, y del polvo salía el morro de un coche, con faros y parachoques. El chasis era ancho, como los de esos grandes coches americanos, y el parachoques estaba pintado de color negro. Parecía una gran sonrisa desdentada. Los faros estaban torcidos. Como los ojos de los chinos, pensó Sejer.

—¿Hizo mucho ruido al pasar? —preguntó Sejer, inclinándose sobre la mesa de la cocina y notando el olor dulzón del chicle que masticaba la niña.

—Sí, mucho ruido.

Sejer miró fijamente el dibujo.

—¿Puedes hacerme otro dibujo? Uno donde solo se vean los faros.

—¿Solo los faros? ¡Pero si puedes verlos aquí! —exclamó la niña señalando el dibujo—. Estaban torcidos.

—¿Y el color del coche, Ragnhild?

—Bueno, en realidad no era gris. Pero no hay mucho donde elegir —añadió sacudiendo la caja de lápices—. Aquí no está ese color.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que era de uno de esos colores que no tienen nombre.

Un montón de colores dieron vueltas en la cabeza de Sejer: siena, sepia, antracita...

—Ragnhild —dijo—, ¿recuerdas si el coche llevaba algo en el techo?

—¿Antenas?

—No, algo más grande. Raymond cree que había algo grande sobre el techo del coche.

La niña clavó su mirada en él y reflexionó:

—¡Sí! —dijo de repente—. ¡Una barca!

—¿Una barca?

—Una barca pequeña y negra.

—No sé qué haría yo sin ti —dijo Sejer sonriendo y haciendo castañetear los dedos cerca de las antenas de la niña.

—Elise —añadió—, tienes un hermoso nombre.

—Nadie me llama así. Todo el mundo me llama Ragnhild.

—Yo te llamaré Elise, si quieres.

La niña se sonrojó tímidamente, cerró la caja de pinturas y el bloc y se lo devolvió todo.

—Es para ti, por supuesto —dijo Sejer.

La niña volvió a abrir la caja inmediatamente y continuó dibujando.

—¡Uno de los conejos se ha tumbado de lado!

Raymond estaba en la puerta del dormitorio de su padre, moviéndose intranquilo de un lado para otro.

—¿Cuál?

—Cesar, el gigante belga.

—Entonces tendrás que matarlo.

Raymond se asustó tanto que se le escapó un pedo. Esa pequeña fuga no cambió en nada el estado del aire en la habitación cerrada.

—¡Pero si todavía respira!

—No podemos estar dando de comer a los que van a morir, Raymond. Colócalo sobre el taco de madera. El hacha está detrás de la puerta del garaje. ¡Y ten cuidado con las manos! —añadió.

Raymond se retiró y se dirigió abatido hasta las jaulas. Permaneció un rato mirando a Cesar a través de la tela metálica. Está acostado exactamente como un bebé, pensó, encogido como una pelota blandita, con los ojos cerrados. No se movió cuando Raymond abrió la jaula, metió una mano y le acarició ligeramente el lomo. Estaba tan calentito como siempre. Lo cogió por la piel de la nuca y lo sacó. Pataleó sin ganas; parecía no tener fuerzas.

Raymond se sentó luego cabizbajo junto a la mesa de cocina. Tenía delante un álbum con fotos de la selección nacional, así como de aves y de otros animales. Cuando apareció Sejer, estaba muy abatido. El chico llevaba solo un pantalón de deporte y unas zapatillas. Tenía el pelo de punta y su tripa era blanca y blanda. En sus ojos redondos se dibujaba una expresión malhumorada, y su boca era como un hocico; parecía que estuviera chupando enérgicamente algo, tal vez un

caramelo.

—Buenos días, Raymond. —Sejer hizo una exagerada inclinación de cabeza con el fin de calmarlo—. ¿Molesto?

—Sí, porque estoy con mi colección y me interrumpes.

—Ya lo sé. Resulta muy irritante. A mí tampoco me gusta nada que me interrumpan, pero no habría venido si no me viera obligado a ello. Espero que lo entiendas.

—Sí, vale.

Raymond se tranquilizó un poco y se fue hacia dentro. Sejer dejó los utensilios de dibujar sobre la mesa y lo siguió.

—Me gustaría que me hicieras un dibujo —dijo con prudencia.

—¡Ah, no! ¡Eso nunca!

Raymond pareció tan preocupado que Sejer le puso una mano sobre el hombro.

—No sé dibujar —gritó el muchacho.

—Todo el mundo sabe dibujar —contestó Sejer tranquilamente.

—Pero no sé dibujar personas.

—No vas a dibujar personas. Solo un coche.

—¿Un coche?

La expresión de Raymond se tornó escéptica. Sus ojos se estrecharon y de pronto parecieron normales.

—El coche que visteis Ragnhild y tú. Ese que iba tan deprisa.

—¡Madre mía! ¡Qué pesados sois con ese coche!

—Es importante, Raymond. Lo estamos buscando pero no conseguimos encontrarlo. Tal vez el hombre del coche sea un canalla, y entonces tendremos que atraparlo.

—Ya he dicho que iba demasiado deprisa.

—Tuviste que ver algo más —dijo Sejer en un tono más grave—. Viste que era un coche, ¿verdad? No un barco ni una bicicleta. Ni, por ejemplo, una caravana de camellos.

—¿Camellos?

Raymond se rió de tan buena gana que la tripa le tembló ligeramente.

—Habría sido divertido ver un montón de camellos por ese camino. Pero no eran camellos. Era un coche con un cofre portaesquí en el techo.

—Dibújalo —le ordenó Sejer.

Raymond se resignó, se desplomó sobre la silla que había junto a la mesa y sacó la lengua, como si de un timón se tratara. Sejer tardó un par de minutos en comprobar que el chico había sido extremadamente sincero al hablar de sus dotes para el dibujo. El resultado parecía un pan integral sobre ruedas.

—¿Podrías colorearlo?

Raymond abrió la caja de colores, miró minuciosamente todos los lápices y se decidió finalmente por el color rojo. Luego se concentró para no colorear fuera de lo dibujado.

—¿Era rojo, Raymond?

—Sí —contestó, y siguió coloreando.

—¿De manera que el coche era rojo? ¿Estás seguro? Creo recordar que dijiste que era gris.

—Dije que era rojo.

Sejer sopesó las palabras cuidadosamente mientras sacaba una banqueta de debajo de la mesa.

—Dijiste que no recordabas el color, pero que tal vez fuera gris, como dijo Ragnhild. Raymond, ofendido, se rascó la tripa.

—Recuerdo mejor poco a poco, ¿sabes? Ayer dije a ese hombre que vino que era rojo.

—¿A quién?

—A un hombre que iba de paseo y que se paró ahí fuera. Quería ver los conejos y estuve hablando con él.

Sejer notó un ligero pinchazo en la nuca.

—¿Lo conocías?

—No.

—¿Podrías decirme cómo era?

Raymond dejó el lápiz rojo y adelantó el labio inferior.

—No —contestó.

—¿No quieres?

—Solo era un hombre. No te quedarás contento diga lo que diga.

—Por favor... Yo te ayudaré. ¿Era gordo o delgado?

—Regular.

—¿Moreno o rubio?

—No sé. Llevaba una gorra.

—¿Ah, sí? ¿Era joven?

—No sé.

—¿Mayor que yo?

Raymond levantó un momento la vista.

—¿Ah, no!, no tan viejo como tú. Tú tienes el pelo completamente gris.

Gracias por el cumplido, se dijo Sejer.

—No quiero dibujarlo.

—No voy a pedírtelo. ¿Vino en coche?

—No, vino andando.

—Al marcharse, ¿bajó por el camino o subió hacia la colina?

—No sé. Entré a ver a papá. Era muy majo —dijo de repente.

—Me lo imagino. ¿Qué dijo, Raymond?

—Que los conejos eran muy bonitos. Y que si le vendería uno si alguna vez tenían hijos.

—Sigue, sigue.

—Luego hablamos del tiempo. De lo seco que estaba todo. Me preguntó si me había enterado de lo de la chica de la laguna y si yo la conocía.

—¿Qué le contestaste?

—Que fui yo quien la encontró. Le daba pena que la chica estuviera muerta. Y le hablé de vosotros, y de que habíais estado aquí preguntándome por el coche. El coche, dijo, ¿ese coche tan ruidoso que siempre va tan deprisa por esta carretera? Sí, dije. Ése fue el coche que vi. Él sabía qué coche era. Dijo que era un Mercedes rojo. Me equivoqué cuando me preguntasteis, pero ahora me acuerdo. Era rojo.

—¿Te amenazó?

—No, no. Yo no me dejo amenazar fácilmente. Un hombre adulto no se deja amenazar. Se lo dije.

—¿Y su ropa, Raymond? ¿Qué llevaba?

—Ropa normal.

—¿Ropa marrón? ¿Azul? ¿Lo recuerdas?

Raymond lo miró perturbado y escondió la cabeza entre las manos.

—¡A ver si dejas ya de dar la lata!

Sejer se tomó un descanso y lo miró de reojo, dejando que se tranquilizara un rato. Luego dijo en voz muy baja:

—Pero el coche era gris o verde, ¿no es cierto?

—No, era rojo. Le dije: «No tiene que amenazarme», porque el coche era rojo, y él se puso contento.

Se agachó de nuevo sobre el dibujo y trazó algunos garabatos. Su boca era una raya obstinada.

—No lo destroces. Me gustaría quedarme con él.

Sejer cogió el dibujo.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó pensativo.

—No puede andar.

—Ya lo sé. Vamos a verlo.

Se levantó y siguió a Raymond por el pasillo. Éste abrió la puerta sin llamar antes. La habitación estaba en penumbra, pero había luz suficiente para que Sejer divisara enseguida al viejo, de pie junto a la mesilla de noche, con una vieja camiseta y unos calzoncillos demasiado grandes. Las rodillas le temblaban de forma alarmante. Todo lo que el hijo tenía de gordo, él lo tenía de delgado.

—¡Papá! —gritó Raymond—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada, nada. Buscaba la dentadura.

—Siéntate. Vas a romperte las piernas.

El viejo llevaba medias elásticas, y por encima de ellas se veían las rodillas, hinchadas como dos pálidos bollos con manchas hepáticas que parecían pasas.

Raymond lo ayudó a meterse en la cama y le alcanzó la dentadura. El viejo evitó la mirada de Sejer y dirigió la vista al techo. Sus ojos eran descoloridos, con pupilas minúsculas, enmarcadas por cejas anchas y espesas. Se colocó la dentadura. Sejer se acercó y se situó frente a él mientras miraba por la ventana, que daba al patio delantero y a la carretera. Las cortinas estaban echadas y solo permitían que entrara un poco de luz.

—¿Desde aquí puede ver lo que pasa en la carretera? —preguntó Sejer.

—¿Es usted policía?

—Sí. Tiene una buena vista desde aquí, si corre las cortinas.

—Nunca lo hago. Excepto cuando hace mal tiempo.

—¿Ha visto por aquí algún coche desconocido o alguna moto?

—Alguna vez. Coches de la policía, por ejemplo. Y ese trineo de Papa Noël que lleva usted.

—¿Y gente caminando?

—Excursionistas. Se empeñan en subir a la colina para recoger piedrecitas. O ver esa laguna podrida. Por cierto, está llena de cadáveres de ovejas. Bueno, cada loco con su tema.

—¿Conocía usted a Annie Holland?

—Conozco a su padre de cuando tenía el taller. Solía dejar el coche cuando algo no le funcionaba.

—¿Usted regentó el taller?

El viejo se tapó con el edredón y asintió con la cabeza.

—Tenía dos hijas. Rubias, guapas.

—Annie Holland ha muerto.

—Lo sé. Leo los periódicos, como la mayoría de la gente.

Señaló un montón de periódicos que había en el suelo debajo de la mesilla, junto con otra cosa de un papel más chillón y más brillante.

—Anoche vino un señor a hablar con Raymond. ¿Lo vio usted?

—Solo oí murmullos ahí fuera. Puede que Raymond no sea muy rápido —dijo en tono cortante—, pero no tiene ni pizca de maldad. ¿Lo entiende usted? Es tan dócil que se le puede llevar atado con una hebra de lana. Siempre hace lo que se le manda.

Raymond asentía una y otra vez con la cabeza, mientras se rascaba la tripa.

Sejer captó la mirada clara del viejo.

—Lo sé —admitió en voz baja—. ¿Así que los oyó usted murmurar? ¿No le pudo la curiosidad y corrió un poco la cortina?

—No.

—No es usted muy curioso, ¿verdad?

—Cierto, no lo soy. Nosotros nos ocupamos de nosotros, no de los demás.

—Y si le digo que existe una mínima posibilidad de que ese hombre esté implicado en el asesinato de la hija de Holland, ¿comprendería usted la gravedad del asunto?

—Pues sí, pero no miré por la ventana; estaba leyendo el periódico.

Sejer observó la pequeña habitación y sintió un escalofrío. No olía muy bien: al padre seguramente le funcionaba mal el riñón. El cuarto necesitaba ventilación y una buena limpieza, y al viejo habría que darle un baño caliente. Dijo adiós y salió al aire fresco, inspirando profundamente. Raymond lo siguió y se quedó de pie con los brazos cruzados, mientras Sejer se acomodaba tras el volante.

—¿Has arreglado el coche, Raymond?

—Papá dice que necesita una batería nueva. Y ahora no tengo dinero. Cuesta más de cuatrocientas coronas. Casi nunca conduzco por las carreteras —se apresuró a añadir.

—Muy bien. Métete en casa, tienes frío.

—Sí —dijo tiritando—. Y he regalado mi anorak.

—Pues no deberías haberlo hecho, ¿no crees? —exclamó Sejer.

—Me sentí obligado —dijo en un tono triste—; estaba allí tumbada, sin nada encima...

—¿Cómo?

Sejer lo miró asombrado. ¡El anorak que cubría el cadáver era de Raymond!

—¿La tapaste? —dijo.

—No llevaba nada de ropa —contestó el joven, dando patadas a la tierra con la zapatilla.

Pensó que la chica estaba pasando frío y que alguien debía tapparla. Esos pelos rubios tal vez fueran pelos de conejo. Raymond masticaba caramelos. Sejer lo miró a los ojos. Eran ojos de niño, claros como el agua de un manantial, pero su musculatura era considerable. Su cabeza no cesaba de moverse.

—Fue muy amable por tu parte —dijo, observándolo muy de cerca—. ¿Hablaste con ella?

Raymond lo miró asombrado, y su mirada angelical fue desapareciendo poco a poco, como si

intuyera la proximidad de una trampa.

—¡Pero si dijiste que estaba muerta!

Más tarde, cuando Sejer se hubo marchado, Raymond salió sigilosamente de la casa y echó un vistazo dentro del garaje. Cesar estaba en un rincón, debajo de un viejo jersey de lana, y aún respiraba.

Skarre acabó sus rutinas e informes con una pluma Microball número 05. Sonrió satisfecho y tarareó unas estrofas de «Jesus on the line». La vida no estaba mal, y un caso de homicidio era en realidad mucho más emocionante que un atraco a mano armada. Pronto llegaría el verano. Y allí estaba el jefe, saludándolo con un gran helado de cucurucho. Apartó los papeles y cogió el helado.

—El anorak que cubría parte del cadáver pertenece a Raymond —dijo Sejer.

Skarre se sorprendió tanto que se le cayó el helado.

—Pero dice que se lo puso al volver a casa, después de haber acompañado a Ragnhild; y le creo. La tapó porque estaba desnuda. Llamé a Irene Album, y Ragnhild insistió en que el anorak no estaba cuando ellos llegaron a la laguna. Pero sí es su anorak, así que tendremos que vigilarlo. Le expliqué que no podríamos devolvérselo enseguida y se quedó tan perplejo que le prometí una chaqueta vieja que tengo en casa y que nunca me pongo. ¿Y tú? ¿Has encontrado algo interesante? —preguntó por fin.

—He visitado a todos los vecinos de Annie. En general son buena gente, pero hay muchas multas por exceso de velocidad en esa calle —informó Skarre, retirando el papel del helado mientras Sejer se lamía las fresas del labio superior—. De veintiuna casas, ocho tienen una o más multas por exceso de velocidad. Revientan todas las estadísticas.

—Es que tienen un largo camino hasta el trabajo —explicó Sejer—. Trabajan en la ciudad o en el aeropuerto. No hay trabajo en Lundeby, ¿sabes?

—Ya, pero aun así se comportan como locos en la carretera. También he encontrado otra cosa. Mira esto. —Hojeó unos papeles y señaló—: Knut Jensvoll, Gneisveien ocho. El entrenador de balonmano de Annie. Cumplió una condena por violación. Dieciocho meses en la prisión de Ullersmo.

Sejer se inclinó y miró.

—Habrás logrado mantenerlo en secreto. Así que no menciones nada de esto cuando vayamos a hablar con él.

Skarre asintió y chupó el helado.

—Tal vez tengamos que interrogar a todo el equipo de balonmano. Puede que ese tío haya intentado algo con alguna de las chicas. ¿Qué tal te ha ido? ¿Traes detallados dibujos del coche sospechoso?

Sejer gimió y sacó los dibujos del bolsillo interior.

—Ragnhild dice que el cofre portaesquí era una barca. Y el de Raymond tiene mucha gracia —añadió en voz baja—. Pero lo más interesante es un excursionista que se detuvo delante de la casa del muchacho anoche, y que al parecer logró convencerle de que el coche era rojo.

Puso el dibujo sobre la mesa y se lo acercó a Skarre.

Éste abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Fue capaz de explicar...?

—Algo entre medias —dijo Sejer lacónicamente—, con gorra. No me atreví a agobiarle mucho; se pone enseguida nervioso.

—A esto lo llamo yo rapidez.

—Yo lo llamo más bien atrevimiento —replicó Sejer—. De hecho, estamos hablando de una persona que sabe quién es Raymond. Sabe que ellos lo vieron, y tenía que asegurarse de qué fue exactamente lo que vieron. De manera que debemos centrarnos en el coche. ¡Ese tipo tiene que estar muy cerca, demonios!

—Pero eso de plantarse delante de la casa de Raymond es bastante arriesgado. ¿Alguien más lo vio?

—He preguntado por las casas. Nadie lo vio. Si llegó por la colina, la casa de Raymond es la primera, y se ve poco desde la granja de abajo.

—¿Y el viejo?

—Oyó murmullos fuera y no sintió la tentación de correr la cortina.

Comieron el helado en silencio.

—¿Debemos olvidarnos de Halvor y de la moto?

—En absoluto.

—¿Cuándo vamos a traerlo aquí?

—Esta noche.

—¿Por qué esperar hasta entonces?

—Esto está más tranquilo por la noche. Por cierto, hablé con la madre de Ragnhild mientras la niña iba dejando pruebas cristalinas en el bloc de dibujo. Sølvi no es hija de Holland. Y al padre biológico se le ha negado el derecho a las visitas debido seguramente a borracheras y violencia.

—Pero Sølvi tiene veintiún años, ¿no?

—Ahora sí. Pero ha habido años de dolorosos conflictos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que ese tipo ha vivido, en cierta manera, la experiencia de perder a una hija. Ahora su ex mujer, con la que mantiene una relación tensa, tendrá esa misma experiencia. Tal vez quisiera vengarse. Bueno, es solo una idea.

Skarre silbó por lo bajo.

—¿Quién es él?

—Eso vas a averiguarlo tú en cuanto acabes el helado. Y luego te pasas por mi despacho. Si lo encuentras, nos pondremos en marcha inmediatamente.

Sejer se marchó. Skarre marcó el número de teléfono de Holland, y chupó el helado mientras esperaba.

—No quiero hablar de Axel —dijo la señora Holland—. Estuvo a punto de destrozarnos la vida, y después de muchos años hemos logrado por fin quitárnoslo de encima. Si yo no hubiera ido a los tribunales, él habría conseguido arruinar la vida de Sølvi.

—Solo quiero su nombre y dirección. Es simple rutina, señora Holland. Hay mil cosas acerca de ese tipo que tenemos que comprobar.

—Jamás ha tenido nada que ver con Annie. ¡Gracias a Dios!

—El nombre, señora Holland.

La mujer cedió por fin:

—Axel Bjørk.

—¿Tiene usted más datos?

—Lo tengo todo. Su número de carnet de identidad y también sus señas, si es que no se ha mudado. Ojalá lo haya hecho. Vive demasiado cerca. A solo una hora en coche.

Se iba encolerizando conforme hablaba.

Skarre tomó nota y le dio las gracias. Luego volvió a encender el ordenador para buscar a Bjørk, mientras pensaba en lo poco eficaz que resultaba la protección a la intimidad de las personas; tan solo una lona transparente tras la que resultaba imposible esconderse. Encontró al hombre sin muchos esfuerzos y comenzó a leer.

—¡Hostia! —exclamó dirigiendo una mirada de disculpa hacia el cielo.

Luego pulsó «imprimir» y se reclinó en la silla. Cogió la hoja, la leyó una vez más y cruzó el pasillo en dirección al despacho de Sejer. El inspector jefe estaba delante del espejo con una manga de la camisa remangada, rascándose el codo.

—Me he dejado la pomada en casa —murmuró.

—Aquí está. Tiene antecedentes, claro —dijo Skarre, que se sentó poniendo la hoja sobre la mesa.

—Bueno, vamos a ver. Bjørk, Axel, nacido en 1948.

—Policía —dijo Skarre en voz baja.

Sejer no reaccionó. Seguía leyendo y asintió lentamente con la cabeza.

—Ex policía. Bueno, tal vez no te apetezca venir.

—Pues claro que sí. Pero resulta un poco fuerte, ¿verdad?

—No somos mejores que los demás, ¿no crees, Skarre? Tendremos que escuchar también la versión del hombre. Puedes contar con que será diferente a la de la señora Holland. De modo que deberemos ir hasta Oslo. Al parecer trabaja por turnos, lo que significa que tenemos posibilidades de encontrarlo en casa.

—Sognsveien cuatro está en Adamstuen. Es ese edificio rojo que hay junto a la parada del tranvía.

—¿Tan bien conoces aquello? —preguntó Sejer asombrado.

—Trabajé de taxista en Oslo durante dos años.

—¿Hay algo que no hayas hecho?

—Nunca me he tirado en paracaídas —contestó Skarre estremeciéndose.

Skarre demostró los conocimientos adquiridos en su época de taxista dirigiendo a Sejer por el camino más corto: entraron por Skøyen, giraron a la izquierda por la calle Halvdan Svartes, pasaron por el parque Vigeland, subieron por Kirkeveien y bajaron por Ullevål. Aparcaron en lugar prohibido delante de una peluquería y encontraron el nombre de Bjørk en la tercera planta. Llamaron a la puerta y esperaron. Nadie contestó. Una mujer apareció por la puerta contigua, haciendo ruido con un cubo y una fregona.

—Ha ido a la tienda —dijo—, o eso creo porque salió con botellas vacías en una bolsa de plástico. Suele comprar en Rundingen, justo aquí al lado.

Le dieron las gracias y salieron. Se sentaron en el coche a esperar. Rundingen era una pequeña tienda de ultramarinos con tantos carteles rosas y amarillos en el escaparate que resultaba difícil ver el interior. La gente entraba y salía, la mayoría mujeres. Cuando Skarre hubo fumado un

cigarrillo con la ventanilla abierta y el brazo fuera, apareció un hombre vestido con una gruesa camisa canadiense y zapatillas de deporte. A través de la ventana abierta oyeron el tintineo de las botellas que llevaba en la bolsa. El tipo era de complexión fuerte y muy alto, aunque no lo parecía tanto porque andaba cabizbajo y con una hosca mirada clavada en la acera. No se fijó en el coche.

—Sin duda podría tratarse de un antiguo colega. Espera a que doble la esquina, luego sal y comprueba si entra en el edificio.

Skarre esperó, abrió la puerta y dobló rápidamente la esquina. Luego dejaron pasar dos o tres minutos antes de volver a subir.

El rostro de Bjørk en la puerta entornada era un manojo de músculos, nervios e impulsos que cambió de expresión varias veces en el transcurso de unos segundos. Primero esa cara relajada y neutral que no espera nada, con una mezcla de curiosidad. Luego, al descubrir el uniforme de Skarre, un rápido salto en la memoria con el fin de explicarse ese ser uniformado delante de su puerta, lo que había leído en el periódico sobre el cadáver en la laguna, y finalmente su propia historia, los nexos, y lo que habrían pensado. La última expresión, la que quedó fijada en su rostro, era una sonrisa mordaz.

—Bueno —dijo, abriendo la puerta del todo—, si no llegáis a aparecer, habría perdido todo el respeto por la investigación actual. Adelante. ¿Se trata del maestro y su aprendiz?

Ignoraron el comentario y entraron tras él en un pequeño vestíbulo donde el olor a alcohol era notorio.

El piso de Bjørk era muy moderno, con un salón espacioso y una habitación, además de una pequeña cocina que daba a la calle. Los muebles no hacían juego unos con otros, como si hubieran sido rescatados de distintas salas de estar. En la pared, sobre un antiguo escritorio, colgaba la foto de una niña. Tendría unos ocho años. El pelo era más oscuro, pero los rasgos no habían cambiado demasiado con el paso de los años. Era Sølvi. En una esquina había un lazo rojo fijado al marco.

De pronto descubrieron un pastor alemán que yacía muy quieto en un rincón, observándolos con la mirada alerta. No se había movido ni había ladrado cuando entraron en la habitación.

—¿Qué has hecho con ese perro —preguntó Sejer— que yo no he podido lograr del mío? El mío se tira a la gente en cuanto ponen los pies en la entrada y arma tanto alboroto que se le oye en la planta baja. Y eso que vivo en el piso trece —añadió.

—Eso es porque está demasiado unido a ti —contestó Bjørk secamente—. Nunca debes tratar a un perro como si fuera lo único que tienes en el mundo. ¿O acaso es así?

Sonrió irónicamente, estudió a Sejer con los ojos entornados y supuso que el resto de la conversación se desarrollaría en un tono menos distendido que hasta ese momento. Llevaba el pelo corto, pero sucio y grasiento, y la barba muy poblada. Una sombra oscura le cubría la parte inferior de la cara.

—Bien —dijo tras una pausa—. Y ahora quieres saber si conocía a Annie.

Soltó la frase con mucho cuidado, como si tratara de sacarse una espina.

—Estuvo en este piso varias veces con Sølvi. No veo por qué no decirlo. Luego Ada se enteró y puso fin a esas visitas. De hecho, Sølvi quería venir. No sé qué le ha hecho Ada, pero creo que es algo parecido a un lavado de cerebro. Ahora ya no le intereso. Holland se ha quedado con la tutela. —Se rascó la barbilla, y como los otros seguían callados, continuó—: ¿Has pensado tal vez que yo maté a Annie con el fin de vengarme? Dios mío, no, no lo hice. No tengo nada en contra de Eddie Holland, y no le deseo a nadie, ni siquiera a mi rival, el mal trago de perder a una hija.

Porque eso es lo que me ha pasado a mí: ya no tengo hijos. No tengo fuerzas para seguir luchando. Pero, desde luego, admito que he pensado que ahora esa vieja mojigata ya sabe lo que es perder a una hija. Lo sabe, ya lo creo. Y mis posibilidades de volver a ver a Sølvi son más remotas que nunca. A partir de ahora, Ada no apartará la vista de ella ni un momento. Es una situación en la que nunca habría deseado verme metido.

Sejer escuchaba sin moverse. La voz de Bjørk sonaba áspera y ácida.

—¿Que dónde me encontraba yo en el momento de los hechos? La encontraron el lunes, ¿no? Sobre el mediodía, si recuerdo bien lo que leí en la prensa. Entonces la respuesta es aquí, en el piso, sin coartada. Probablemente estaba borracho; suelo estarlo cuando no trabajo. ¿Si soy violento? En absoluto. Es verdad que pegué a Ada, pero fue ella la que me provocó; era lo que estaba buscando. Sabía que si conseguía que traspasara los límites tendría algo para llevarme ante los tribunales. Le di un puñetazo. Fue un impulso. De hecho, ha sido la única vez en mi vida que he pegado a alguien. Tuve muy mala suerte, di fuerte y en el clavo: le rompí la mandíbula y perdió varios dientes. Sølvi estaba sentada en el suelo mirando. Ada lo había organizado todo. Había dispersado los juguetes de Sølvi por el suelo para que la niña se quedara mirándonos, y había llenado la nevera de cerveza. Y se puso a discutir; eso se le daba muy bien. No cesó de provocarme hasta que yo exploté. Me metí de lleno en la trampa que me había preparado.

La amargura del hombre dejaba traslucir una especie de alivio, tal vez porque por fin alguien lo escuchaba.

—¿Qué edad tenía Sølvi cuando os divorciasteis?

—Cinco años. Ada ya estaba liada con Holland, y quería quedarse con Sølvi.

—Hace ya mucho tiempo de eso. ¿No has conseguido olvidarlo?

—Uno no olvida nunca a sus hijos.

Sejer se mordió el labio.

—¿Te suspendieron?

—Empecé a beber sin control. Perdí a mi mujer, a mi hija, el trabajo, la casa y el respeto de la mayor parte de la gente. Así que —añadió— no importaba demasiado que me convirtiera también en homicida, de verdad que no. —De pronto sonrió diabólicamente—. Pero entonces habría actuado enseguida; no habría esperado tantos años. Y para ser sincero —prosiguió—, en todo caso me habría cargado a Ada.

—¿Por qué discutíais? —preguntó Skarre con curiosidad.

—Por Sølvi. —Bjørk se cruzó de brazos y miró por la ventana, como si los recuerdos desfilaran por la calle—. Sølvi es algo especial, lo ha sido siempre. Supongo que la habréis conocido, y habréis visto en qué se ha convertido. Ada siempre quiso protegerla. No es demasiado independiente, más bien algo simple, y siente un morbosos interés por los chicos y por aparentar ante los demás. Eso es lo que quiere Ada: que Sølvi se busque cuanto antes un marido que pueda cuidar de ella. En mi vida he visto a alguien llevar a una chica tan directa a la ruina. He intentado explicarle que lo que necesita es justamente lo contrario. Necesita fe en sí misma. Yo quería llevarla a pescar y cosas así, enseñarle a cortar leña, jugar al fútbol y dormir en tienda de campaña. Necesita hacer algo de ejercicio físico y que no le entre el pánico cuando se le deshaga el peinado. Ahora está estudiando peluquería mientras se mira en el espejo todo el día. Ada me acusaba de tener algo contra Sølvi. Me decía que en realidad me habría gustado tener un hijo varón y que no había aceptado nunca el hecho de haber tenido una hija. Discutíamos siempre —

añadió con un suspiro—, durante todo nuestro matrimonio. Y seguimos discutiendo.

—¿De qué vives ahora?

Björk clavó su oscura mirada en Sejer.

—Seguro que ya lo sabes. Trabajo en una empresa privada de seguridad. Voy por ahí por las noches con linterna y perro. Está bien. Poca acción, claro, pero supongo que ya tuve mi ración.

—¿Cuándo estuvieron las chicas aquí por última vez?

Björk se frotó la frente como si quisiera extraer la fecha del fondo de sus pensamientos.

—El otoño pasado. También vino el novio de Annie.

—Y desde entonces ¿no las has visto?

—No.

—¿Has llamado a su puerta para preguntar por ella?

—Varias veces. Y Ada ha llamado siempre a la policía. Decía que yo era un intruso, que me comportaba de un modo amenazador. Acabará teniendo problemas en el trabajo si sigo así, de modo que me he visto obligado a dejar de hacerlo.

—¿Y Holland?

—Holland está bien. En realidad creo que todo esto le resulta bastante desagradable. Pero es un mandado. Ada lo tiene completamente dominado. Él hace lo que se le dice; por eso no discuten nunca. Tú mismo has hablado con ellos, y te habrás dado cuenta de la situación.

Se levantó de repente y se colocó junto a la ventana, de espalda a ellos, enderezándose del todo.

—No sé qué le pasó a Annie —dijo en voz baja—. Pero me habría sorprendido menos si se hubiese tratado de Sølvi. Ella es tan fácil de engañar...

Sejer lo miró con curiosidad y se preguntó por qué todo el mundo decía lo mismo. «Si hubiera sido Sølvi...». Como si todo fuera un grave error, y Annie hubiera sido asesinada por equivocación.

—¿Tienes moto, Björk?

—No —contestó extrañado—. Tuve una cuando era más joven. La tenía aparcada en el garaje de un conocido, y al final la vendí. Una Honda 750. Solo me queda el casco.

—¿Cómo es?

—Está colgado en la entrada.

Skarre echó un vistazo y descubrió el casco, un casco integral negro, con la visera tiznada.

—¿Coche particular?

—Solo llevo el Peugeot de la empresa de seguridad. He podido comprobar algo —dijo de repente, mirándolos—. He visto el fenómeno madre-hijo muy de cerca. Es una especie de pacto sagrado que nadie puede romper. Sería más difícil separar a Ada y a Sølvi que a una pareja de gemelos siameses con las manos.

La imagen hizo parpadear a Sejer.

—Seré sincero con vosotros —prosiguió—. Odio a Ada, y no me da la gana ocultarlo. Y sé qué sería lo peor que podría ocurrirle: que Sølvi llegara a ser algún día tan madura que entendiera lo que ha sucedido realmente. Que antes o después se atreviera a desafiar a su madre y viniese aquí para iniciar esa relación padre-hija que nos corresponde y a la que los dos tenemos derecho, una relación de verdad. Eso mataría a Ada.

De repente parecía agotado. El tranvía pasó ruidosamente por la calle, y Sejer volvió a mirar

la foto de Sølvi. Intentó imaginarse su propia vida con otro rumbo. Que Elise hubiera empezado a odiarle, que se hubiera marchado llevándose consigo a Ingrid, y que además hubiera conseguido que un tribunal dictaminara que jamás volviera a verla. Se sintió mareado. Tenía mucha imaginación.

—En otras palabras —dijo en voz baja—, ¿Annie Holland era la chica que habrías querido que fuera Sølvi?

—Sí, en cierto modo. Es independiente y fuerte. Era —dijo de pronto, volviéndose—. Es horrible. Espero por Eddie que encontréis al tipo que lo hizo, de verdad que lo deseo.

—¿Por Eddie? ¿No por Ada?

—No —dijo con firmeza—. Por Ada no.

—Un hombre muy elocuente, ¿no te parece?

Sejer puso el coche en marcha.

—¿Le has creído? —preguntó Skarre, señalando a la izquierda.

—No lo sé. Pero esa máscara hosca esconde una gran desesperación, y parece auténtica. Seguro que hay mujeres malas y calculadoras por ahí. Y las mujeres tienen una especie de prioridad sobre los hijos. Debe de ser doloroso estar atrapado en una situación así, por ideas y convenciones contra las que de nada sirve luchar. Tal vez tiene que ser así —añadió pensativo, intentando esquivar los raíles del tranvía—. Tal vez se trate de un fenómeno biológico que da seguridad a los niños. Una verdadera atadura a la madre, imposible de romper.

—¡Ostras!

Skarre escuchaba y movía la cabeza de un lado a otro, como diciendo que no.

—Tú tienes hijos, ¿de verdad crees lo que acabas de decir?

—No, solo pienso en voz alta. ¿Y tú, qué?

—¡Pero si yo no tengo hijos!

—Pero tienes padres, ¿no?

—Sí, tengo padres. Y me temo que soy un enmadrado incurable.

—Yo también —dijo Sejer pensativo.

Eddie Holland salió de la agencia de contabilidad, dio un breve recado a la secretaria y se marchó en su coche. Tras un paseo de veinte minutos, el Toyota verde se metió en un gran aparcamiento. El hombre apagó el motor y se hundió en el asiento. Cerró un instante los ojos y permaneció muy quieto, esperando que algo le hiciera dar la vuelta y regresar sin haber realizado su cometido, pero nada ocurrió.

Por fin abrió los ojos y miró a su alrededor. Era un lugar muy hermoso. El gran edificio reposaba en el paisaje como una gran piedra plana, enmarcada por resplandecientes praderas verdes. Miró los estrechos senderos, donde las tumbas se alineaban en filas simétricas. Árboles frondosos con enormes copas. Consuelo. Silencio. Ni una persona, ni un sonido. Salió vacilante del coche y cerró la puerta ruidosamente con el débil deseo de que alguien lo oyera y saliera por la puerta del crematorio para preguntarle qué quería, para hacérselo fácil, pero nadie salió.

Empezó a caminar por los senderos. Leyó algún nombre, pero sobre todo se iba fijando en los

años, como si buscara a alguien que no hubiera muerto de viejo, que tal vez tuviera solo quince años, como Annie, y sí, encontró varios. Comprendió por fin que muchos habían pasado ya por eso, solo que ya habían llegado un poco más lejos. Habían tomado ya una serie de decisiones; por ejemplo, que su hijo o hija fuera incinerado, qué clase de piedra pondrían sobre la urna, qué plantarían. Habían elegido flores y música para el funeral y habían informado al sacerdote de cómo había sido su hijo o hija para que la homilía tuviera un carácter lo más personal posible. Le temblaban las manos y se las metió en los bolsillos. Llevaba una vieja gabardina con el forro roto. En el bolsillo derecho palpó un botón, y se le ocurrió en ese instante que llevaba años allí. El cementerio era bastante grande, y en un extremo, cerca ya de la carretera, divisó a un hombre con una gabardina de nailon azul que caminaba lentamente entre las tumbas. Podría ser un empleado del lugar. Holland se volvió imperceptiblemente en dirección al hombre, esperando que fuera un tipo hablador. Él no tenía mucha iniciativa, pero tal vez el hombre se detuviera e hiciera algún comentario sobre el tiempo. Siempre quedaba el tema del tiempo, pensó Eddie. Miró el cielo y vio que había pocas nubes; la temperatura era agradable y soplabla una suave brisa.

—¡Muy buenas!

La gabardina azul marino se detuvo.

Holland carraspeó.

—¿Trabaja usted aquí?

—Sí —contestó señalando hacia el crematorio—. Soy lo que llaman el encargado.

El hombre tenía una sonrisa simpática, como si no temiera nada en este mundo y hubiera visto todo lo que había que ver de las debilidades humanas.

—Llevo veinte años trabajando aquí. Es un sitio bonito para pasar los días. ¿No te parece?

El tipo le tuteaba. Resultaba informal y agradable. Holland asintió.

—Pues sí, yo ando por aquí meditando —balbuceó Eddie—, sobre el futuro y todo eso. — Soltó una risa nerviosa—. Antes o después acabaremos todos bajo tierra. Es algo que no puede evitarse.

Cerró las manos dentro de los bolsillos y palpó el botón.

—Así es. ¿Tienes familia aquí?

—No, aquí no. Están enterrados en el cementerio de mi pueblo. Allí la incineración no es muy común. En realidad no sé muy bien en qué consiste —añadió—, ser incinerado, quiero decir. Tal vez, al fin y al cabo, no haya tanta diferencia entre ser enterrado o incinerado. Pero hay que tomar una decisión. No soy tan mayor, pero se me ha ocurrido que debo decidir pronto..., si deseo ser enterrado o incinerado, quiero decir.

El otro ya no sonreía. Miró atentamente al hombre grueso de la gabardina gris y entendió lo que había supuesto para su orgullo hacer esa pregunta. La gente tenía muchos motivos para caminar entre las tumbas, y él nunca se arriesgaba a equivocarse.

—Es una decisión importante, creo yo, a la que hay que dedicar algo de tiempo. La gente debería pensar más en su propia muerte.

—¿Verdad que sí? —Holland pareció alentado. Sacó las manos de los bolsillos para airearlas un poco—. Pero uno siempre teme hacer preguntas —le extrañaron sus propias palabras—, y también que le tomen por chiflado. O no del todo normal tal vez..., cuando quiere enterarse del proceso de la incineración y de cómo se lleva a cabo.

—La gente tiene derecho a saberlo —contestó el encargado con naturalidad, dando unos pasos

liberadores—. Lo que pasa es que nadie se atreve a preguntar. O no quieren saberlo. Pero entiendo muy bien que algunos quieran informarse. ¿Entramos y te explico un poco?

Holland asintió agradecido. Se sentía muy bien en compañía de ese hombre tan amable. Un hombre de la misma edad que él, delgado y con poco pelo. Caminaron lentamente por los senderos; la gravilla crujía suavemente bajo sus pies y la brisa le rozaba la calva como una mano consoladora.

—En realidad es bastante sencillo —dijo el encargado—. Primero se coloca al muerto en el horno dentro del ataúd. Tenemos ataúdes especiales para la incineración. Todo es de madera, hasta los asideros. Te lo digo para que no creas que sacamos al muerto y lo metemos en el horno sin ataúd. Aunque supongo que ya lo sabías; casi todos hemos visto películas americanas —señaló sonriendo.

Holland asintió y volvió a cerrar las manos.

—El horno es bastante grande. Aquí tenemos dos. Funcionan con electricidad y producen una poderosa llama. La temperatura sube a unos dos mil grados.

Sonrió al aire, como queriendo absorber un par de débiles rayos de sol.

—Todo lo que el muerto lleva dentro del ataúd acaba en el horno. Incluso objetos o joyas que en un principio no arden, y luego se mete todo en la urna. Los marcapasos, clavos y similares se quitan antes. En cuanto a los metales nobles habrás oído decir que acaban en otros lugares. Pero no debes pensar en ello —dijo con determinación—. No debes. —Se estaban acercando a la puerta del crematorio—. Los huesos y los dientes se muelen en un molino hasta convertirlos en un polvo fino, casi arenoso, grisáceo.

Cuando el hombre mencionó lo del molino, Eddie pensó en los dedos de Annie. Esos dedos finos y delgados con la pequeña sortija de plata... Dobló asustado sus propios dedos dentro de los bolsillos.

—Vamos siguiendo el proceso para ver en qué fase se encuentra. El horno tiene puertas de cristal. Al cabo de dos horas aproximadamente, todo queda convertido en un pequeño montón de ceniza menuda, mucho más pequeño de lo que la gente se imagina.

¿Seguir el proceso para ver en qué fase se encuentra? ¿A través de la puerta de cristal? ¿Podían ver lo que había dentro...? ¿Ver a Annie quemándose?

—Si quieres, puedo enseñarte los hornos.

—¡No, no!

Apretó los brazos contra el cuerpo e intentó desesperadamente mantenerlos quietos.

—Esta ceniza es muy limpia, casi lo más limpio que existe. Es como una arena fina. Antiguamente se utilizaba en medicina, ¿lo sabías? Se untaban con ella los eccemas, por ejemplo, y se obtenían buenos resultados, y también se podía comer. Contiene sales y minerales. La colamos dentro de la urna. Te voy a enseñar una para que veas el aspecto que tiene. Puedes elegir la urna porque existen varios modelos, pero tenemos un modelo estándar que es el que elige la mayoría. Se cierra, se sella y luego se baja a la sepultura a través de un estrecho conducto. A esta ceremonia la llamamos la colocación de la urna.

Abrió la puerta a Holland, quien entró primero en el oscuro edificio.

—No es más que una aceleración del proceso. Más limpio, de alguna manera. Todos volveremos a ser polvo, pero en los entierros normales es un proceso muy largo. Tarda unos veinte años. A veces treinta o cuarenta, según el tipo de suelo. Esta región es muy arenosa y

arcillosa.

—Me gusta —dijo Holland en voz baja—, eso de volver a ser polvo.

—¿Verdad que sí? Algunos prefieren ser lanzados al viento. Desgraciadamente, en nuestro país está prohibido. Tenemos reglas muy severas sobre eso. Según la ley, todo el mundo debe reposar en tierra bendecida.

—Tampoco eso es tan malo —dijo Holland, aclarándose la garganta—, pero esas imágenes que vienen a la mente... cuando uno intenta imaginarse cómo es... Si estás bajo tierra, es que vas a pudrirte. Y eso no suena muy bien. Pero luego está lo de quemarse.

Pudrirse o quemarse, pensó. ¿Qué elegir para Annie?

Se detuvo un instante, sintiendo que las rodillas estaban a punto de traicionarle, pero siguió caminando, animado por la paciencia del otro.

—Hay algo en eso de ser quemado —continuó reflexionando Holland— que me hace pensar en... bueno, ya sabes..., en el infierno. Y cuando me imagino a la niña...

Se detuvo en seco y se fue sonrojando poco a poco. El encargado permaneció quieto durante un rato, hasta que por fin le dio una palmadita en el hombro y dijo en voz baja:

—¿Acaso vas a decidir por tu hija?

Holland inclinó la cabeza.

—Es algo que debes tomar muy en serio. De alguna manera es una responsabilidad doble. No es fácil, en absoluto —añadió moviendo lentamente la cabeza—. Y hay que tomarse el tiempo necesario. Si eliges la incineración, tendrás que afirmar por escrito que ella jamás dijo ni una palabra en contra, pero si tiene menos de dieciocho años tú puedes decidir por ella.

—Tiene quince —contestó Holland.

El encargado cerró los ojos unos segundos. Luego siguió andando.

—Ven conmigo hasta la capilla —susurró—, te enseñaré una urna.

Iba guiando a Holland mientras bajaban por la escalera. Una mano invisible se había posado sobre ellos excluyendo al resto del mundo. Uno se inclinaba ligeramente sobre el otro: el encargado con el fin de transmitir su presencia; Holland para recibir el calor del hombre. Las rugosas paredes de la capilla estaban encaladas. Al pie de la escalera había una gran maceta de flores, y un Cristo afligido los miraba desde una cruz en la pared. Eddie recapacitó. Notó que las mejillas iban recobrando su color normal y se sintió seguro.

Las urnas estaban colocadas junto a la pared. El encargado bajó una y se la alcanzó a Holland.

—Toma, puedes tocarla. ¿Está bien, verdad?

Holland tocó la urna e intentó imaginarse que Annie reposaba en sus brazos en ese momento. Parecía metal, pero sabía que estaba hecha de un material biodegradable, y además la notaba caliente entre las manos.

—Ahora ya sabes cómo es; no te he ocultado nada.

Eddie Holland pasó los dedos por la urna dorada. Reposaba cómodamente en su mano, como si tuviera el peso adecuado.

—La urna es permeable, de modo que el aire de la tierra pueda entrar y acelerar el proceso, porque también esta urna desaparecerá. Hay algo misterioso y grandioso en el hecho de que todo desaparezca, ¿verdad? —El hombre sonrió solemnemente—. Y nosotros también, y esta casa, y la carretera asfaltada de fuera. Y sin embargo —prosiguió, apretando con firmeza el brazo de Eddie—, me gusta pensar que nos espera algo más. Algo diferente y emocionante. ¿Por qué no?

Holland lo miró asombrado.

—Y por fuera ponemos una etiqueta con su nombre —concluyó.

Holland asintió. Notó que permanecía de pie. El tiempo seguiría transcurriendo, minuto a minuto. Sintió que había saboreado algo del dolor, que había caminado un minúsculo trecho del camino junto a Annie. Se había imaginado las llamas y el rugido del horno.

—Pondrá Annie —dijo emocionado—. Annie Sofie Holland.

Cuando Eddie Holland llegó a casa, encontró a su mujer inclinada sobre el fregadero de la cocina limpiando patatas. Seis patatas. Dos para cada uno. No ocho, como era habitual. Parecía tan poco... El rostro de ella seguía rígido, tal como se le había puesto en el momento en el que se inclinó sobre la camilla del Hospital Central y el médico levantó la sábana. Esa expresión permanecía en su cara, como una máscara que no podía quitarse.

—¿Dónde has estado? —preguntó con voz inexpresiva.

—He estado pensando —dijo Holland con prudencia—. Creo que debemos incinerar a Annie. Ada soltó la patata y lo miró.

—¿Incinerar?

—He pensado —dijo Eddie tranquilamente— en que alguien... la ha tocado. Es como si le hubieran dejado una marca. ¡Y quiero borrarla!

Se inclinó pesadamente sobre la encimera de la cocina con una mirada suplicante. Eddie Holland no solía suplicar.

—¿Qué clase de marca? —preguntó Ada indolentemente volviendo a coger la patata—. No podemos incinerar a Annie.

—Simplemente necesitas tiempo para acostumbrarte a la idea —dijo Eddie, esta vez en un tono un poco más alto—. Es una hermosa costumbre.

—No podemos incinerar a Annie —repitió Ada, mientras seguía limpiando la patata—. Han llamado de la oficina del fiscal y han dicho que no podemos incinerarla.

—Pero ¿por qué? —gritó Eddie, retorciendo las manos.

—Por si tienen que volver a sacarla cuando encuentren al que lo hizo.

Bardy Snorrason puso una mano bajo la manivela de acero y sacó a Annie de la pared. El cajón se deslizó casi sin ruido sobre unos rieles convenientemente engrasados. No vinculó el cadáver de esa joven a su propia vida o a su propia muerte o a la muerte de sus hijas. Ya no lo hacía. Tenía buen apetito y dormía bien por las noches. Y como él trataba la muerte y la desgracia ajena con el máximo respeto, contaba con que sus sucesores hicieran lo mismo con su cuerpo cuando le llegara la hora. Durante los treinta años que llevaba ejerciendo de forense nada le había dado motivos para dudar.

Tardó dos horas en repasar todos los puntos. Reconocía el cuadro conforme iba trabajando. Los pulmones estaban abigarrados como huevos de pájaro, y al apretarlos salía una espuma entre rojiza y amarillenta de las superficies seccionales. Había abundante sangre en el cerebro y hemorragias en forma de rayas en los músculos de la garganta y del pecho, que mostraban que la joven había hecho enormes esfuerzos por respirar. Grabó sus notas, expresiones escuetas y breves,

incomprensibles para los no entendidos, en un dictáfono. Posteriormente su ayudante las traduciría a una terminología más apropiada para un informe escrito. Cuando lo hubo repasado todo, volvió a colocar la parte de arriba del cráneo, estiró por encima la piel, enjuagó bien todo el cuerpo y rellenó el tórax vacío con papel de periódico arrugado. Luego lo cerró, cosiéndolo. Tenía mucha hambre. Sintió que necesitaba comer antes de empezar con el siguiente. En la sala de descanso le esperaban cuatro rebanadas de pan con salami y un termo de café. A través del cristal rugoso de la puerta vio de repente una figura que se detuvo y permaneció inmóvil un instante, como si quisiera dar la vuelta y marcharse. Snorrason se quitó los guantes y sonrió. No conocía a muchos que fuesen tan altos.

Sejer tuvo que agacharse ligeramente para entrar. Echó una mirada sin interés hacia la camilla donde yacía Annie, envuelta en una sábana. Por encima de los zapatos se había puesto los forros obligatorios de plástico, que solían ser de colores pastel y que parecían bolsas de un aspecto muy gracioso.

—Acabo de terminar —dijo Snorrason—. Ahí está.

Esta vez Sejer miró el cadáver colocado sobre la camilla con más interés.

—Qué suerte para mí.

—Depende.

El médico se lavó las manos desde los codos hacia abajo, se restregó la piel y las uñas durante varios minutos con un cepillo rígido, y terminó enjuagándolos durante el mismo tiempo. Luego se secó con el papel que salía de un soporte en la pared, cogió una silla y la empujó hacia el inspector.

—No había mucho que encontrar.

—No me desanimes tan pronto. Algo tiene que haber.

Snorrason reprimió la sensación de hambre y se sentó.

—No me corresponde a mí decidir el valor de los hallazgos. Pero por lo general solemos encontrar algo. Sin embargo, ella parece intacta.

—Probablemente el tío actuó de prisa y con fuerza. Y después le quitó la ropa.

—Probablemente. Pero no han abusado de ella. No es virgen, pero no han abusado sexualmente de ella, ni tampoco ha recibido otra clase de malos tratos. Simple y llanamente se ahogó. Y luego le quitaron la ropa, delicada y decentemente; no falta ni un botón de la camisa, todas las costuras están enteras. Tal vez él habría querido, pero se asustó por algo, o tal vez le faltó valor, o fuerza, o lo que fuera.

—O tal vez solo quiere hacernos creer que es un violador.

—¿Por qué iba a pretender algo así?

—Para ocultar sus verdaderos motivos. Puede significar que detrás hay algo que tal vez podría ser detectado, que no se trata de un acto impulsivo cometido por un perturbado. Además, la chica debe de haber ido con él voluntariamente. Lo que significa que lo conocía, o que le causó buena impresión. Y si no he entendido mal, no era fácil impresionar a Annie Holland.

Sejer se desabrochó un botón de la chaqueta y se inclinó sobre la mesa.

—Vamos. Cuéntame lo que has encontrado.

—Joven de quince años —empezó Snorrason, predicando como un cura—. Un metro setenta y cuatro de estatura, sesenta y cinco kilos de peso, un mínimo de grasa, pues la mayor parte de la grasa ha sido transformada en músculo por un duro entrenamiento, tal vez demasiado duro para

una chica de quince años. Deberían tranquilizarse un poco a esa edad, pero supongo que no es fácil si ya estás en ello. De modo que tenía los músculos muy desarrollados, más que muchos chicos de su misma edad. Su capacidad pulmonar era muy buena, lo que indica que tardó mucho en perder el conocimiento.

Sejer miró el desgastado suelo de linóleo y descubrió que el dibujo se parecía mucho al de su cuarto de baño.

—¿Cuánto dura en realidad? —preguntó en voz baja—. ¿Cuánto tiempo tarda una persona adulta en ahogarse?

—De dos a diez minutos; depende de su condición física. Si era tan buena como creo, lo más probable es que tardara cerca de diez.

Cerca de diez minutos, pensó Sejer. Multiplicado por sesenta son seiscientos segundos. ¡Las cosas que podían hacerse en diez minutos! Darse una ducha, comer...

—Tiene los pulmones agrandados. Si reaccionó como suele reaccionar la gente, tomaría dos respiraciones profundas al sumergirse, lo que en francés se llama *respiration de surprise*, y luego cerraría la boca hasta perder el conocimiento. Por eso penetraron en sus pulmones cantidades limitadas de agua. En el cerebro y en la médula he encontrado diatomeas, un tipo de algas de silicio, de valores bajos, es verdad, pero la laguna no estaba muy contaminada. La causa de la muerte es, pues, ahogamiento.

»No tenía ninguna cicatriz causada por intervenciones quirúrgicas, ninguna malformación, lunares o tatuajes, ninguna alteración de la piel. El color de pelo era el suyo, llevaba las uñas cortas y sin pintar, ninguna partícula de interés excepto fango. Dientes muy bonitos. Un solo empaste de plástico en una muela inferior.

»Ni rastro de alcohol u otras sustancias químicas en la sangre. Ninguna marca de inyecciones. Había comido bien ese día, pan y leche. Ninguna irregularidad en el cerebro. Jamás ha estado embarazada. Y además... —de repente suspiró, clavando su mirada en Sejer—, jamás lo habría estado.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Tenía un tumor enorme en el ovario izquierdo con metástasis en el hígado. Maligno.

Sejer se quedó mirándolo fijamente.

—¿Estás diciéndome que estaba gravemente enferma?

—Sí. ¿Y tú me estás diciendo que no lo sabías?

—Tampoco lo sabían sus padres. —Movi6 la cabeza, incrédulo—. Si lo hubieran sabido, lo habrían dicho, ¿no crees? ¿Es posible que ella no se hubiera dado cuenta?

—Naturalmente, tendrás que averiguar si visitó a algún médico y si lo sabía. Pero debe de haber tenido dolores en el abdomen, al menos durante la regla. Se entrenaba muy duramente. Tal vez tuviera tantas endorfinas circulando por el cerebro que ni notara el dolor. Pero lo cierto es que estaba acabada. Dudo que hubieran podido salvarla. El cáncer de hígado es muy complicado. —Señaló hacia la camilla, donde la cabeza y los pies de Annie se perfilaban claramente bajo la sábana—. En todo caso habría muerto dentro de unos cuantos meses.

Esa información hizo perder a Sejer por completo el hilo del motivo de su visita. Tardó un minuto en ordenar sus ideas.

—¿Debo contárselo a sus padres?

—Eso tendrás que decidirlo tú. Te preguntarán qué he encontrado.

—Será como perderla por segunda vez.

—Así es.

—Se reprocharán por no haberlo descubierto.

—Probablemente.

—¿Y qué pasa con su ropa?

—Impregnada de barro, excepto ese anorak que os mandé. Pero llevaba un cinturón con hebilla de latón.

—¿Sí?

—Una gran hebilla en forma de media luna con ojo y boca. El laboratorio encontró huellas dactilares en ella. Dos distintas. Unas eran de Annie.

Sejer cerró los ojos con fuerza.

—¿Y las otras?

—Desgraciadamente no están completas, poca cosa.

—¡Maldita sea! —murmuró Sejer.

—Seguro que él ha tenido algo que ver en esto. Pero la huella al menos servirá para excluir. Ya es algo, ¿no crees?

—¿Y la marca que tenía en la nuca? ¿Puedes saber si era diestro?

—No, no puedo. Pero visto que Annie estaba en forma, no pudo tratarse de un enclenque. Tuvo que haber una pelea. Me sorprende que ella siga tan entera.

Sejer suspiró y se levantó.

—Supongo que ya no está tan entera.

—Sí que lo está. Puedes comprobarlo si quieres. Soy un artesano y no hago chapuzas.

—¿Cuándo me darás el informe por escrito?

—Te llamarán. Puedes enviar a ese joven de pelo rizado. ¿Y tú? ¿Has encontrado algo?

—No —contestó Sejer con aire sombrío—. Nada. No veo ninguna razón por la que alguien quisiera matar a Annie Holland.

Tal vez Annie eligiera el título de una canción como clave. Por ejemplo, esa melodía de flauta que tanto le gustaba y que se llamaba «La canción de Annie».

Halvor meditaba y jugueteaba delante de la pantalla. Había dejado la puerta de la habitación entornada por si su abuela lo llamaba. A la mujer no le quedaba ya mucha voz, y levantarse del sillón era una laboriosa tarea cuando la atormentaba el reuma. Halvor apoyó la barbilla en las manos y miró fijamente la pantalla: «*Access denied*». «*Password required*». En realidad tenía hambre. Pero, como tantas otras cosas, en ese momento el hambre era algo secundario.

Sentado en la comisaría, Sejer leía un grueso montón de hojas densamente escritas y grapadas en una esquina. Aparecían las letras OdB, que significaban «Orfanato de Bjerkeli». La infancia de Halvor era una lamentable historia. Su madre, una mujer frágil, pasaba la mayor parte del tiempo quejándose en la cama, con los nervios a flor de piel y una batería de tranquilizantes cada vez mayor a su alcance. No aguantaba la luz ni los sonidos agudos. Los niños no debían llorar ni hacer ruido.

Ciertamente Halvor había pasado lo suyo, pensó Sejer. Decía mucho en su favor que conservase un trabajo fijo y encima cuidase de su abuela.

Halvor iba tecleando los títulos de distintas canciones conforme los iba recordando. Las palabras «*Access denied*» aparecían constantemente, al igual que una mosca que uno cree ya muerta, pero que vuelve a zumbar una y otra vez. Había repasado todas las posibles claves numéricas que se le iban ocurriendo, todos los cumpleaños posibles, incluso el número de chasis de la bicicleta de Annie, que había encontrado en la llave de repuesto que le guardaba en un frasco. Tenía una DBS Intruder, y había insistido en que la llave de repuesto la guardara él. Por cierto, tendría que devolvérsela a Eddie. Tecleó la palabra «Intruder» en la pantalla.

Los problemas de alcohol del padre y los frágiles nervios de la madre habían marcado a la familia durante muchos años. Halvor y su hermano vagaban por la casa, procurándose ellos mismos comida y bebida cuando había. El padre solía salir a beber, gastando al principio su sueldo y luego el dinero del subsidio. Algunos buenos vecinos ayudaban en lo que podían discretamente, a espaldas del padre, que con los años se iba volviendo más violento. De vez en cuando repartía alguna bofetada que otra, bofetadas que luego se convirtieron en puñetazos. Los chicos se acurrucaban el uno junto al otro y se encerraban en sí mismos, cada vez más delgados y más callados.

Annie no elegiría una clave de números, pensó Halvor. Era chica, y seguro que había inventado algo más romántico. Era más probable que se tratara de una combinación de palabras. Se imaginó dos o tres palabras, posiblemente palabras con un significado profundo y simbólico. O un nombre, claro, pero ya los había probado casi todos, incluso el nombre de la madre de Annie, aunque sabía que ella jamás habría elegido precisamente ese nombre. Y también tecleó el nombre del padre de Sølvi, Axel Bjørk, y el de su perro, *Aquilles*. «*Access denied*».

Halvor tenía las manos estrechas y los dedos finos. No eran gran cosa para oponer resistencia a un furibundo borracho incontrolado al borde del precipicio. Haber tenido que luchar contra ese padre debió de haber sido terrible. Los dos hermanos aparecían regularmente en Urgencias con moratones y lesiones causadas por golpes, y la famosa mirada suplicante que decía: «Soy bueno. No me pegues». Solían pelearse con los chicos de su calle, se habían caído por la escalera y de la bicicleta, pero protegían a su padre. El hogar les agotaba, pero resultaba seguro. La alternativa era el orfanato o un hogar provisional, y la posibilidad de que los separaran. Halvor se desmayaba constantemente en el colegio debido a la desnutrición y a la falta de sueño. Él era el mayor, y el pequeño recibía la mayor parte de la comida.

Halvor pasó a los libros que sabía que Annie había leído, y de los que hablaba a menudo. Títulos, personajes, cosas que éstos habían visto. Tenía tiempo de sobra. Se sentía muy cerca de Annie mientras hacía eso. Encontrar la clave sería como volver con Annie. Tenía la sensación de que ella lo acompañaba en la búsqueda y de que tal vez le diera una pista cuando llevara ya bastante tiempo en ello. Pensó que su mensaje llegaría en forma de recuerdo, de algo que ella había dicho alguna vez, algo que él había almacenado en su cerebro, y que aparecería cuando profundizara lo suficiente. Cada vez se acordaba de más cosas. Era como quitar capa tras capa de telaraña, y encontrar algo detrás de cada una de ellas: una acampada, un paseo en bicicleta, o alguna película. Habían ido al cine muy a menudo. Y la risa de Annie. Una risa grave, casi masculina. Su mano fuerte cuando le daba una palmada en la espalda diciendo: «¡Déjalo, Halvor!», de una forma muy especial, cariñosa y amonestadora a la vez. Otras formas de caricias

no eran frecuentes.

Cada vez que Protección de Menores anunciaba su visita, el padre tomaba algún tranquilizante, ordenaba y sentaba al pequeño sobre sus rodillas. Era muy fuerte y capaz de ofrecer un aspecto completamente fiable, lo que hacía que las asustadizas tontuelas de Protección de Menores retrocedieran inmediatamente. La madre sonreía débilmente bajo la manta. El pobre Torkel tenía que cargar con toda la responsabilidad cuando ella estaba enferma, y los niños estaban en una edad difícil, de manera que las señoras se retiraban, se marchaban con el asunto sin resolver. Todos se merecían una nueva oportunidad. Halvor pasaba la mayor parte del tiempo cuidando de su madre y de su hermano pequeño. Nunca podía hacer los deberes, pero sacaba buenas notas a pesar de todo, de modo que no era tonto. Con el tiempo, el padre perdió la noción de la realidad. Una noche irrumpió en la habitación en la que dormían los dos hermanos. Aquella noche, como tantas veces, el pequeño dormía en la cama de Halvor. El padre llevaba un cuchillo, Halvor lo vio brillar en su mano. Oyeron a la madre lloriquear asustada en la planta de abajo. De repente notó en la sien el agudo dolor del cuchillo, se echó hacia un lado y el cuchillo le partió la mejilla en dos, hasta la comisura de los labios, donde chocó contra sus muelas. Los ojos de su padre de repente pudieron ver de nuevo, ver la realidad, la sangre sobre la almohada y al pequeño gritando. Bajó corriendo por la escalera, salió de casa y se escondió en la leñera. La puerta se cerró de golpe.

Halvor se rascó la comisura de la boca con una uña afilada, y de repente se acordó del entusiasmo de Annie por el libro *El mundo de Sofía*. Y como se llamaba Annie Sofie, tecleó el título del libro. Le pareció una clave muy inteligente. Pero tampoco era la que ella había pensado, porque nada ocurrió. Todo continuaba igual. La tripa seguía haciéndole ruidos, y un incipiente dolor de cabeza le latía en la sien.

Sejer y Skarre cerraron el despacho y bajaron por el pasillo. Los chicos estuvieron a gusto en el Orfanato de Bjerke. Halvor entabló buenas relaciones con un sacerdote católico que de vez en cuando visitaba la institución. Al mismo tiempo acabó noveno. El más pequeño fue trasladado a un hogar provisional, y Halvor se quedó solo. Por fin optó por irse a vivir con su abuela paterna. Estaba acostumbrado a cuidar de alguien. Sin esa tarea su vida carecía de sentido.

—No me explico cómo esa gente consigue ser normal a pesar de todo —dijo Skarre.

—No sabemos exactamente cómo es Halvor —dijo Sejer en un tono seco—. Aún está por ver, ¿no crees?

Skarre asintió avergonzado mientras jugueteaba con las llaves del coche.

Halvor notó que el dolor de cabeza iba en aumento. Por fin se había hecho de noche. Su abuela llevaba mucho tiempo sola y a él le escocían los ojos de tanto mirar la pantalla oscilante. Continuó un rato más, pero ya no tenía ni idea de cuáles eran sus posibilidades de hallar la clave de Annie, ni qué encontraría si el archivo se abriera de repente. Tal vez Annie tuviera un secreto. Tenía que averiguarlo, disponía de tiempo de sobra. Por fin se levantó, un poco reacio, en busca

de algo que comer. Dejó la pantalla encendida y se fue a la cocina. La abuela estaba viendo la guerra civil estadounidense en la tele y había tomado partido por los hombres de uniforme azul, porque le gustaban más. Además, opinaba que los hombres de uniforme gris hablaban un dialecto muy feo.

Skarre conducía lenta y suavemente. Por fin había entendido la aversión del jefe por la velocidad, y además la carretera era muy mala. Estaba destrozada por las heladas, era estrecha y tenía muchas curvas. Todavía hacía frío, como si alguien hubiera secuestrado el verano en algún otro sitio, reteniéndolo con pretextos. Los pájaros, arrepentidos de haber regresado al lugar, estaban sentados bajo los arbustos. La gente había dejado ya de echarles semillas. Al fin y al cabo ya no había nieve. Pero sí una costra dura y seca en la que nadie dejaba huellas.

Halvor echó cereales en un cuenco y añadió abundante azúcar. Se lo llevó a la sala de estar y quitó el tapete de ganchillo de la mesa de comedor para no mancharlo. La cuchara le temblaba en la mano. Su nivel de azúcar en sangre estaba en el mínimo y le zumbaban los oídos.

—Un negro ha empezado a trabajar en la Cooperativa —dijo su abuela de repente—. ¿Lo has visto, Halvor?

—Ahora se llama Kiwi. La Cooperativa desapareció. Sí, se llama Philip.

—Habla el dialecto de Bergen —dijo la abuela dubitativa—. No me gusta que un chico con esa pinta hable el dialecto de Bergen.

—Pero es de Bergen —dijo Halvor, chupando la cuchara—. Nació y se crió allí. Sus padres son de Tanzania.

—Sería mejor que hablara su propio idioma.

—El dialecto de Bergen es su idioma. Además, no entenderías ni una palabra si hablara en suahili.

—Pero me asusto cada vez que abre la boca.

—Ya te acostumbrarás.

Ésas eran sus conversaciones. Por regla general estaban de acuerdo. La abuela lanzaba su última preocupación y Halvor la captaba sencillamente, sin problemas, como si se tratara de un avión de papel mal hecho que había que doblar de nuevo.

El coche se acercaba. Desde lejos, la casa parecía poco hospitalaria. Una foto aérea habría revelado su solitaria situación, como si quisiera esconderse del resto del pueblo, a cierta distancia de la carretera, medio oculta por matorrales y árboles. Ventanas pequeñas en lo alto de la pared. Paredes de madera gris descolorida. El patio delantero parcialmente tapado por malas hierbas.

A través de la ventana del cuarto de estar, Halvor vio una luz débil. Oyó un coche y se manchó la barbilla de leche. Los faros iluminaron la penumbra de la sala. Al poco rato estaban en la puerta observándolo.

—Necesitamos hablar contigo —le dijo Sejer amablemente—. Tendrás que venir con nosotros,

pero acaba primero tu cena.

Halvor no tenía más apetito. La verdad era que había pensado que no lo dejarían así como así. Fue despacio a la cocina y lavó cuidadosamente el cuenco bajo el grifo. Luego pasó un momento por su habitación para apagar la pantalla, murmuró algo al oído de su abuela y siguió a los policías. Tuvo que sentarse solo en el asiento de atrás y eso no le gustó; le traía recuerdos.

—Intento formarme una imagen de Annie —empezó Sejer—, de quién era y de cómo vivía. Quiero que me cuentes qué clase de persona era, qué hacía y qué decía cuando estabais juntos. Necesito saber qué pensaste o imaginaste cuando se apartó de su entorno y sobre lo sucedido en la laguna de la Serpiente. Todo, Halvor.

—No tengo ni idea.

—Alguna idea te habrás formado.

—He pensado un montón, pero no logro averiguar nada.

Silencio. Halvor estudió el protector del escritorio de Sejer, que era un mapamundi, y buscó el punto aproximado donde él vivía.

—Formabas una parte importante del paisaje de Annie —prosiguió Sejer—, y estoy intentando dibujar un mapa de las regiones por las que ella se movía.

—¿Ah, sí? ¿A eso se dedica usted? —dijo Halvor secamente—. ¿A dibujar mapas?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No —se apresuró a contestar.

—Tu padre está muerto —dijo Sejer de repente, observando detenidamente ese joven rostro que tenía ante él. Halvor notaba la abrumadora presencia del hombre como una tensión en la habitación que le absorbía todas las fuerzas, sobre todo cuando se miraban a los ojos. Por eso permanecía cabizbajo.

—Se suicidó, y tú me dijiste que tus padres estaban divorciados. ¿Te resulta difícil decirlo?

—No pasa nada.

—¿Por eso me ocultaste la verdad?

—No hay mucho que decir al respecto.

—Entiendo. ¿Puedes decirme qué querías de Annie cuando la esperabas junto a la tienda de Horgen el día en que la asesinaron?

La sorpresa pareció auténtica.

—Perdone, pero sigue usted una pista equivocada.

—Una moto fue vista en las cercanías a una hora muy pertinente al caso y tú estuviste dando una vuelta, así que bien podría haberse tratado de ti.

—Ese tipo debería graduarse la vista.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí.

—Procuraré que lo averigüen. ¿Quieres beber algo?

—No.

Silencio de nuevo. Halvor escuchaba. Alguien se reía a lo lejos; parecía irreal. Annie estaba muerta y la gente seguía armando jaleo como si tal cosa.

—¿Tenías la impresión de que Annie no anduviera bien de salud?

—¿Qué?

—¿Se quejó alguna vez de dolores, por ejemplo?

—Nadie estaba tan sano como Annie. ¿Acaso estaba enferma?

—Lo siento, pero hay cierta información a la que no puedes tener acceso aunque fuerais muy íntimos. ¿Nunca te mencionó nada?

—No.

La voz de Sejer no era hostil, pero el hombre hablaba despacio y claro a propósito, lo que confería una considerable autoridad a su figura gris.

—Háblame de tu trabajo. ¿Qué haces en la fábrica?

—Vamos rotando: una semana empaquetamos, otra vigilamos las máquinas y otra hacemos el reparto con los camiones.

—¿Estás a gusto?

—No tienes que pensar —dijo en voz baja.

—¿No tienes que pensar?

—En el trabajo en sí. Es automático, así que puedes dedicarte a pensar en otras cosas.

—¿Como en qué?

—En todo lo demás —contestó con aire arisco.

Hablaba en un tono claramente hostil. Tal vez no fuese consciente de ello, pero era un hábito que arrastraba desde la infancia, en la que años de broncas y reprimendas le habían forzado a medir sus palabras.

—¿Con qué llenas tu tiempo, ese tiempo que solías pasar con Annie?

—Intento averiguar qué sucedió —se le escapó.

—¿Tienes alguna idea?

—Estoy buscando en la memoria.

—No estoy seguro de que me estés contando todo lo que sabes.

—No le he hecho nada a Annie. Usted cree que fui yo, ¿verdad?

—Para serte sincero, no lo sé. Tendrás que ayudarme, Halvor. Ahora bien, podría decirse que todo indica que Annie estaba atravesando un momento de cambio de personalidad. ¿Estás de acuerdo en eso?

—Sí.

—El mecanismo que está detrás de esos fenómenos se conoce en parte. Algunos factores se repiten a menudo. Por ejemplo, la gente puede cambiar drásticamente al perder a algún ser querido, sufrir un grave accidente o caer enfermo. Personas jóvenes consideradas como ordenadas, trabajadoras y aplicadas pueden volverse completamente indiferentes, aunque se hayan recuperado físicamente. Otra cosa que puede provocar un cambio es el consumo de drogas. O una grave agresión, como una violación, por ejemplo.

—¿Habían violado a Annie?

Sejer no contestó a la pregunta.

—¿Reconoces alguno de esos factores?

—Creo que tenía un secreto —reconoció por fin el chico.

—¿Crees que tenía un secreto? Continúa.

—Algo que dirigía toda su vida, algo que no lograba olvidar.

—¿Y quieres que crea que no tienes ni idea de lo que era?

—Así es. No tengo ni idea.

—¿Quién, aparte de ti, conocía bien a Annie?

—Su padre.

—Pero no hablaban mucho, creo.

—Eso no quiere decir que no la conociera.

—Está bien. ¿Así que si hay alguien capaz de entender algo de ese silencio de Annie, ese alguien es Eddie?

—No sé si podrá sacarle algo. Hágale venir aquí solo, sin Ada. Así hablará más.

Sejer asintió.

—¿Conociste a Axel Bjørk?

—¿Al padre de Sølvi? Lo vi una vez. Estuve con las chicas en su casa.

—¿Qué opinas de él?

—Es agradable. Nos suplicó que volviéramos. Cuando nos marchamos parecía muy desgraciado, pero Ada se puso imposible, y Sølvi tenía que visitarle a escondidas. Supongo que por fin se hartó; Ada ya estará satisfecha.

—¿Qué clase de chica es Sølvi?

—No hay mucho que decir. Ya ha visto todo lo que hay que ver, no hay más.

Sejer ocultó la cara entre las manos.

—¿Por qué no tomamos una Coca-Cola? Aquí dentro el ambiente está muy reseco. Todo es material sintético, fibra de vidrio y otras cosas terribles.

Halvor asintió y se relajó un poco, pero enseguida volvió a ponerse tenso. Tal vez ese primer y modesto intento de mostrarse simpático fuera una táctica del canoso inspector. Seguro que si era amable era porque le convenía. Habría hecho cursillos, estudiado la técnica del interrogatorio y psicología. Sabía cómo encontrar una grieta y meter a la fuerza una cuña. La puerta se cerró tras el hombre y Halvor aprovechó la ocasión para estirar las piernas. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera, pero no vio más que una pared gris de hormigón que pertenecía al edificio de los Juzgados, y algunos coches de policía aparcados. Encima del escritorio había un ordenador, un Compaq americano. Tal vez habían encontrado en ese ordenador la información sobre su infancia. Seguro que tenían claves, como Annie, pues esa clase de información era delicada. Se preguntó qué claves serían y quién las habría puesto.

Sejer entró y señaló la pantalla.

—No es más que un juguete. No me gusta demasiado.

—¿Por qué no?

—Es como si no estuviera de mi parte.

—Claro que no. No puede tomar partido, por eso uno puede fiarse de él.

—Tú tienes uno, ¿verdad?

—No, yo tengo un Mac, para jugar. Annie y yo solíamos jugar juntos.

Se distendió un poco y una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—Lo que más le gustaba era el esquí alpino, ¿sabe? Se puede elegir la nieve en polvo o gruesa, seca o húmeda, la temperatura, la longitud y el peso de los esquís, las condiciones del viento y todo eso. Annie siempre me ganaba, y eso que elegía la pista más difícil: Deadquins Peak o Stonies. Se deslizaba por la pista en medio de la noche en plena tormenta, con nieve mojada y los esquís más largos, y aun así yo no tenía la más mínima posibilidad de ganar.

Sejer lo miró sin entender nada, y movió la cabeza de un lado para otro. Echó Coca-Cola en dos vasos de plástico y volvió a sentarse.

—¿Conoces a Knut Jensvoll?

—¿El entrenador? Sé quién es. A veces iba con Annie a ver los partidos.

—¿Te parecía simpático?

Halvor se encogió de hombros.

—Tal vez no era un gran tipo, ¿no crees? —insinuó Sejer.

—A mí me parece que perseguía demasiado a las chicas.

—¿A Annie también?

—¿Bromea?

—Pocas veces, solo pregunto.

—El tío no se atrevía. Ella no se dejaba.

—¿De modo que era dura?

—Sí.

—No lo entiendo, Halvor. —Sejer apartó el vaso de plástico y se inclinó sobre la mesa—. Todo el mundo habla maravillosamente bien de Annie, de lo fuerte, independiente y agradable que era, de la poca importancia que daba a su aspecto, y, además, era casi inabordable, «no se dejaba sobar». Y sin embargo se fue con un tipo al bosque, hasta la misma orilla de la laguna. Probablemente por propia voluntad. Y luego... —añadió bajando la voz— luego se dejó matar.

Halvor le miró aterrado, como si por fin se hubiera dado cuenta de lo terriblemente absurdo de la situación.

—Alguien debía de tener cierto poder sobre ella.

—Pero ¿había alguien que tuviera poder sobre Annie?

—No, que yo sepa. Yo, por lo menos, no.

Sejer bebió un poco de Coca-Cola.

—Qué mala suerte que no dejara nada, por ejemplo un diario —señaló Sejer, mientras Halvor metía la nariz en el vaso y daba un largo sorbo—. Pero ¿puede ser que alguien ejerciera realmente algún poder sobre ella? ¿Alguien a quien no se atreviera a oponer resistencia? ¿Podía Annie estar involucrada en algo peligroso, algo que no debía saberse? ¿Alguien pudo haber estado, de alguna manera, chantajeándola?

—Annie era una buena chica. No creo que hiciera nada malo.

—Se pueden hacer cosas malas y seguir siendo una buena chica —replicó Sejer pensativo—. Un solo acto no dice gran cosa sobre una persona.

Halvor reparó en esas justas palabras y las guardó en su interior.

—¿Circula droga por vuestro pueblo?

—Ya lo creo. Desde hace años. Ustedes aparecen de vez en cuando para hacer una redada en el café del centro. Pero es igual, Annie nunca pisó ese sitio. Apenas si iba a comprar al quiosco de al lado.

—Halvor —insistió Sejer—, Annie era una chica tranquila y reservada a la que le gustaba dirigir su propia vida. Pero piensa antes de responder: ¿crees que tenía miedo a algo?

—No exactamente miedo. Más bien estaba como... encerrada en sí misma. Algunas veces parecía enfadada, otras desanimada. Pero he visto a Annie muerta de miedo. No es que tenga nada que ver con esto, pero acabo de acordarme. —Se olvidó de sus reparos y empezó a hablar—. Sus

padres y su hermana fueron a Trondheim, donde vive una tía de las chicas. Annie y yo estábamos solos en su casa. Yo iba a quedarme a dormir allí. Fue en primavera del año pasado. Primero fuimos a dar un paseo en bici, y luego nos quedamos despiertos casi toda la noche escuchando discos. Hacía bueno y decidimos dormir en el jardín, en una tienda de campaña. Preparamos todo, y luego entramos en casa a cepillarnos los dientes. Yo me acosté primero. Annie llegó después, se agachó y abrió su saco de dormir. Dentro había una víbora, una víbora enorme y negra enrollándose. Salimos corriendo de la tienda, y fui a buscar al vecino de enfrente, quien pensó que el animal se había metido dentro del saco para calentarse, y por fin logró matarlo. Annie estaba tan asustada que vomitó. Y desde entonces, yo siempre tenía que sacudir su saco de dormir cuando íbamos de acampada.

—¿Una víbora en el saco de dormir? —Sejer se estremeció y recordó sus propias acampadas en su lejana juventud.

—Hay montones de víboras en la colina de Fagerlund; es todo piedra. A partir de entonces, pusimos mantequilla y así nos libramos de bastantes.

—¿Mantequilla? ¿Para qué?

—Se la comen y se quedan medio atontadas. Entonces es muy fácil acabar con ellas.

—Y además tenéis un monstruo marino en el fondo del fiordo —exclamó Sejer sonriendo.

—Exactamente —afirmó Halvor—. Yo lo he visto. Aparece solo en raras ocasiones, bajo unas condiciones de tiempo muy especiales. En realidad es un escollo muy profundo que hay en el fiordo, que cuando el viento cambia, ruge con fuerza unas tres o cuatro veces. Luego vuelve a quedarse tranquilo. En realidad es curioso. Todo el mundo sabe de qué se trata, pero si lo miras, no dudas un momento de que algo está emergiendo del fondo. Me puse a remar como un loco y jamás volví.

—¿No se te ocurre nadie próximo a Annie que deseara hacerle daño?

—Absolutamente nadie —contestó Halvor con determinación—. No dejo de pensar en lo sucedido, y no puedo entenderlo. Debe de haber sido un loco.

Pues sí, pensó Sejer, puede haber sido un loco, y se dispuso a llevar a Halvor a casa.

—Supongo que tienes que madrugar —dijo amablemente—. Se ha hecho tarde.

—No suelo tener problemas.

A Halvor ese hombre le gustaba y no le gustaba. Todo resultaba muy complicado.

Salió del coche de un salto, y cerró la puerta con cuidado, deseando que su abuela estuviese dormida. Para asegurarse, abrió un poco la puerta y la oyó roncar. Luego se sentó delante de la pantalla y continuó donde lo había dejado. Cada vez se iba acordando de más cosas. De pronto recordó que hacía algún tiempo Annie había tenido un gato, uno que encontraron en un montón de nieve, aplastado como una *pizza*. Tecló el nombre Baghera pero no ocurrió nada. Tampoco creyó que funcionara. Consideraba el proyecto como algo a muy largo plazo, y además había otros métodos. En alguna parte de su cabeza iba madurando la idea de solucionar el problema de un modo más sencillo, pero aún no se había dado por vencido. Además, sería como hacer trampa. Tenía la sensación de que si lograba descubrir la clave por su cuenta, el delito sería menor. Se rascó la nuca y escribió «*Top Secret*» en el espacio negro por si acaso. Luego escribió Annie Holland hacia delante y hacia atrás, porque de repente se le ocurrió que no había probado la posibilidad más sencilla, la más cercana, que por supuesto ella no había elegido, pero que podría haberlo hecho. «*Access denied*». Se alejó un poco de la mesa, se estiró y volvió a rascarse la

nuca. Le picaba como si hubiera algo allí que lo irritara. No había nada, pero la sensación no desaparecía. Extrañado, se volvió y miró por la ventana. Un impulso le hizo levantarse y echar la cortina. Tuvo la sensación de que alguien lo estaba mirando fijamente, y se le pusieron los pelos de punta. Se apresuró a apagar la luz. Oyó pasos que se alejaban fuera, como si alguien corriera en el silencio. Miró por una rendija de la cortina, pero no vio nada, y sin embargo sabía que alguien había estado allí, lo percibía a través de todos los sentidos con una certidumbre incuestionable, casi física. Apagó el ordenador, se quitó la ropa y se metió debajo del edredón. Allí permaneció inmóvil escuchando. Todo estaba muy silencioso; ni siquiera se oía el susurro de los árboles. Pero al cabo de unos minutos oyó arrancar un coche.

Knut Jensvoll no oyó el coche porque estaba utilizando un taladro eléctrico para colocar un estante donde poner a secar las zapatillas de deporte mojadas al volver del entrenamiento. Al hacer una pausa oyó el timbre de la puerta. Echó un rápido vistazo por la ventana y vio a Sejer en el escalón de arriba. Había pensado en la posibilidad de que se presentaran. Estuvo un rato recapacitando, mientras se ordenaba el pelo y la ropa. Había estado repasando mentalmente una serie de preguntas. Se sentía preparado.

Una única cosa daba vueltas en su cabeza: ¿habrían descubierto lo de la violación? Seguramente estarían allí por eso. Si has sido un canalla una vez, lo serás para siempre. Ya lo sabía. Compuso una máscara rígida, pero pensó que podría despertar sospechas, así que se esforzó e intentó sonreír. Pero entonces recordó que Annie había muerto y volvió a ponerse la máscara.

—Somos de la policía. ¿Podemos entrar?

Jensvoll asintió con la cabeza.

—Voy a cerrar la puerta del cuarto de la lavadora —explicó, haciéndoles una seña para que entraran.

El entrenador desapareció un momento y volvió enseguida. Miró preocupado a Skarre, que sacó su bloc de notas del bolsillo. Jensvoll era mayor de lo que habían pensado; debía de rondar los cincuenta. Un tipo corpulento, pero con los kilos bien repartidos; su cuerpo era duro y firme. Parecía sano y bien nutrido, lucía un buen color de cara, un abundante pelo rojo, y un elegante y bien cuidado bigote.

—Supongo que se trata de Annie —dijo.

Sejer asintió.

—¡Qué horror, he recibido el golpe más duro de mi vida! Porque la conocía bien; creo que tengo razones para afirmar que la conocía muy bien, aunque dejara el club hace ya algún tiempo. Por cierto, aquello fue una tragedia, nadie pudo sustituirla. Ahora tenemos en la portería a una gorda que se agacha cada vez que le llega el balón. Pero, bueno, al menos llena la mitad de la portería.

Detuvo la verborrea y se sonrojó ligeramente.

—Pues sí, aquello debió de ser una gran tragedia —repuso Sejer con un poco más de acritud de la que había pensado mostrar—. ¿Hacía mucho que no la veía?

—Como le acabo de decir, dejó el club. Fue en el otoño pasado, en el mes de noviembre, creo —contestó, mirando fijamente a Sejer.

—Perdone, pero me resulta un poco extraño —dijo Sejer—. Vivía en esta misma cuesta, a unos doscientos metros de aquí.

—Bueno, sí, supongo que de vez en cuando me habré cruzado con ella en el coche. Creía que me preguntaba cuándo estuve con ella la última vez, en el entrenamiento, quiero decir. Claro que la he visto, claro que sí, en el centro, en la tienda...

—Entonces le haré la pregunta de otra manera: ¿cuándo vio a Annie por última vez?

Jensvoll tuvo que pensárselo.

—No me acuerdo. Hace algún tiempo.

—No tenemos prisa.

—Un par... de semanas, quizá. En la oficina de Correos, creo.

—¿Hablaron?

—Solo nos saludamos. Ella no hablaba mucho.

—¿Por qué dejó Annie la portería?

—Ojalá alguien pudiera explicármelo —contestó encogiéndose de hombros—. Me temo que me puse muy pesado para que cambiara de idea, pero de nada sirvió. Estaba harta. Bueno, eso fue lo que dijo, pero yo nunca la creí. Quería correr en lugar de jugar al balonmano. Y creo que eso hizo: corría a todas horas. A toda mecha, piernas largas, zapatillas caras. Holland no escatimaba nada tratándose de la chica.

Jensvoll seguía esperando que le lanzaran el fantasma; no tenía ninguna esperanza de poder librarse de él.

—¿Vive usted solo?

—Me divorcié hace algún tiempo. Mi mujer se marchó y se llevó a los niños, así que ahora estoy solo, y me siento a gusto. No me sobra mucho tiempo, con el trabajo y el entrenamiento. También tengo un equipo de alevines, y además juego en el de los veteranos. Me paso el día entrando y saliendo de la ducha.

—¿Usted no la creyó cuando le dijo que estaba harta? ¿Cuál piensa que pudo ser la verdadera razón?

—No lo sé. Pero tenía un novio, y esas cosas requieren su tiempo. Él no era un tipo muy atlético, por cierto; más bien un enclenque de piernas delgaduchas. Pálido y débil como un fideo. Alguna vez venía a los partidos, se sentaba en la primera fila y no decía ni pío. Se limitaba a seguir la pelota con la vista, de un lado para otro. Al marcharse, la chica ni siquiera le dejaba que le llevara la bolsa. Ese muchacho no le pegaba nada; ella tenía muchas más agallas que él.

—Pues seguían juntos.

—¿De verdad? Bueno, bueno..., hay gustos para todo.

Sejer miró al suelo y se guardó para sí sus pensamientos.

—La rutina me obliga a preguntarle: ¿dónde estuvo usted el pasado lunes entre las once y las dos?

—¿El lunes? ¿Quiere decir... ese día? Trabajando, naturalmente.

—En el almacén de materiales de construcción podrán confirmarlo, ¿verdad?

—Espero, aunque paso mucho tiempo en el coche. Entregamos pedidos en las casas.

—Así que iba usted en el coche... ¿Solo?

—Pasé parte de la mañana en el coche. Llevé dos armarios a una casa en Rødtangen, allí podrán corroborarlo.

—¿A qué hora estuvo usted allí?

—Tal vez entre la una y las dos.

—Sea un poco más preciso, Jensvoll.

—Mmm..., más cerca de las dos, creo.

Sejer hizo cálculos mentalmente.

—¿Y antes de esa hora?

—Bueno, fui de un lado para otro. Me levanté un poco más tarde que de costumbre, y robé media hora para el solárium. Hasta cierto punto, podemos organizarnos nuestro tiempo. Otras veces tenemos que hacer horas extra, y no me las pagan, así que no tengo mala conciencia. El mismo jefe tiene cierta tendencia a...

—¿Dónde estuvo usted, Jensvoll?

—Llegué un poco tarde ese día —carraspeó—. Había salido con un amigo el domingo. Ya sé que es estúpido salir un domingo por la noche, sabiendo que hay que levantarse temprano a la mañana siguiente, pero así fue. Creo que llegué sobre la una y media.

—¿Con quién estuvo?

—Con un compañero, Erik Fritzner.

—¿Fritzner? ¿El vecino de Annie?

—Sí.

Sejer sacudió la cabeza y miró fijamente al entrenador, su pelo ondulado y su rostro bronceado.

—¿Annie le parecía una chica atractiva?

Jensvoll captó la indirecta.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Contéstela, por favor.

—Claro que sí. Supongo que habrá visto fotos tuyas.

—Así es —contestó Sejer—. No solo estaba de buen ver, sino que también era bastante mayor para la edad que tenía. Madura, por así decirlo, más de lo que suelen serlo las adolescentes. ¿Está usted de acuerdo?

—Bueno, sí. Pero a mí me interesaban más sus habilidades en la portería.

—Claro, es lógico. ¿Y por lo demás? ¿Tuvo usted alguna vez problemas con las chicas?

—¿Qué clase de problemas?

—De cualquier tipo —contestó Sejer secamente.

—Claro que los tuve. Las adolescentes son bastante conflictivas. Pero era lo de siempre. Nadie quiso sustituir a Annie en la portería, nadie quería estar en el banquillo. Eran épocas de risas irrefrenables y novios en la tribuna.

—¿Y Annie?

—¿Qué pasa con Annie?

—¿Tuvo usted alguna vez problemas con Annie?

Jensvoll cruzó los brazos y asintió con la cabeza.

—Pues sí, los tuve. El día que me llamó para decirme que lo dejaba. Creo que solté algunos disparates que debería haberme ahorrado. Tal vez ella los tomara como un cumplido, quién sabe. Dio por terminada la conversación, colgó y entregó el traje al día siguiente. Eso fue todo.

—¿Ésa fue la única vez que ustedes dos tuvieron un altercado?

—Así es. La única vez.

Sejer miró a Skarre y le hizo una seña. La conversación había concluido. Se encaminaron

hacia la puerta, Jensvoll los siguió. Una considerable cantidad de frustración acumulada estaba a punto de salir a la superficie.

—Francamente —dijo irritado, en el instante en que Sejer abrió la puerta para salir—, ¿por qué se comporta como si no supiera nada de mis antecedentes? No soy tonto y sé muy bien que eso es lo primero que investigan ustedes. Por eso están aquí, sé cómo piensan. —Sejer se volvió y lo miró fijamente—. ¿Tiene usted idea de lo que será de mi equipo si esa historia llega a oídos del pueblo? A las chicas las encerrarían en sus cuartos. ¡El club deportivo se derrumbaría como un castillo de naipes y el trabajo de todos estos años se iría a pique! —Iba levantando la voz conforme hablaba—. Y si hay algo que este pueblo necesita es su club deportivo. La otra mitad se pasa el día en la taberna comprando droga. Es la única alternativa, que le quede claro. Lo digo para que lo sepa antes de divulgar sus descubrimientos. ¡Además, hace once años de aquello!

—No he mencionado ni una palabra sobre ese tema —observó Sejer tranquilamente—. Y si baja un poco la voz, tal vez podamos impedir que se entere todo el vecindario.

Jensvoll cerró la boca, se puso rojo como la grana y retrocedió inmediatamente hacia el interior de la casa. Sejer cerró la puerta.

—Vaya —dijo— un explosivo con pelo y bigote. Si hubiéramos tenido gente suficiente —continuó—, habría puesto a alguien a seguirle.

—¿Por qué? —preguntó Skarre asombrado.

—Solo para fastidiar, supongo.

Fritzner estaba tumbado boca arriba en la barca, bebiendo una cerveza. Tras cada trago, daba una calada al cigarrillo, a la vez que su cerebro se ocupaba del libro que tenía sobre las rodillas. Un constante flujo de cerveza y nicotina iba entrando lentamente en sus venas. Al cabo de un rato dejó la cerveza, se levantó y fue hasta la ventana, desde donde podía ver la del dormitorio de Annie. Aún no era tarde, pero las cortinas estaban echadas, como si su cuarto no fuera ya un simple cuarto, sino un lugar sagrado que nadie podía ver. Una luz tenue salía de una lámpara solitaria, tal vez la que estaba sobre el escritorio, pensó. Echó un vistazo a la carretera y descubrió de repente el coche de la policía junto a los buzones. Allí estaba aquel joven agente de pelo rizado. Tal vez se dirigieran a casa de los Holland para informarles sobre la marcha del caso. Ese joven no parecía muy abrumado por la gravedad del asunto. Caminaba ligero y con la cabeza erguida; una figura delgada con unos rizos negros tan largos que estarían al límite de lo permitido por las autoridades policiales. De repente giró a la izquierda y entró en el patio del propio Fritzner. Éste frunció el entrecejo. Miró automáticamente hacia la calle para ver si desde alguna de las casas estaban registrando la visita. Así era. Isaksen estaba quitando hojas de su jardín.

Skarre saludó y se acercó a la ventana, como había hecho Fritzner hacía un momento.

—Desde aquí puede ver el dormitorio de Annie —constató.

—Pues sí, así es. —Fritzner lo siguió hasta la ventana—. En realidad soy un viejo verde, así que solía ponerme aquí a mirar, babeando, con la esperanza de poder verla un instante. Pero no era de ésas a las que les gustaba exhibirse. Primero echaba la cortina y luego se quitaba el jersey. Solo podía ver su silueta cuando encendía la luz del techo y no había demasiadas dobleces en la cortina. Y eso no estaba tan mal. —Sonrió al ver la expresión de Skarre—. Para ser sincero —continuó Fritzner—, como se debe ser, nunca he tenido ganas de casarme. Y sin embargo me

habría gustado tener un par de críos, para dejar algún legado. Y preferiblemente con Annie. Era esa clase de mujer a la que desearías fecundar... Usted ya me entiende.

Skarre seguía sin contestar. Reflexionaba mientras masticaba una semilla de sésamo que había tenido durante mucho tiempo entre dos muelas y que por fin se había soltado.

—Alta y delgada, hombros anchos, piernas largas. Buena cabeza. Hermosa como una ninfa del bosque de Finnskogen. En otras palabras, un montón de genes de primera.

—¡Pero si solo era una adolescente...!

—Se van haciendo mayores. Bueno, Annie no —se apresuró a añadir—. En serio —prosiguió—, me estoy acercando a los cincuenta, y mi imaginación funciona como la de los demás hombres. Y además estoy solo. Pero algunos privilegios tenemos que tener los solteros, ¿no le parece? No hay nadie rabiando en la cocina mientras yo miro de reojo a las mujeres. Si usted viviera aquí, enfrente de Annie, también habría echado de vez en cuando un vistazo a su casa. Eso no es un crimen, ¿verdad?

—Supongo que no.

Skarre estudió la barca y la cerveza en la borda. Le dio por preguntarse si era lo suficientemente grande para...

—¿Han encontrado algo? —preguntó Fritzner con curiosidad.

—Claro. Tenemos a los testigos mudos. Esas miles de cosas en el entorno, ¿sabe? Todo deja algo.

Skarre miraba a Fritzner mientras hablaba. El hombre tenía la mano en el bolsillo, y a través de la tela el policía podía ver cómo la cerraba.

—Entiendo. Por cierto, ¿saben ustedes que tenemos un idiota aquí en el pueblo?

—¿Cómo dice?

—Uno de éstos con lesiones cerebrales, que vive con su padre más arriba, en el camino de la colina. Dicen que le gustan mucho las chicas.

—Raymond Låke. Sí, lo conocemos. Pero no tiene lesiones cerebrales.

—¿Ah, no?

—Tiene un cromosoma de más.

—A mí me parece que más bien le falta algo.

Skarre sacudió la cabeza y volvió a mirar la casa de Holland, y la ventana tapada.

—¿Por qué cree usted que una víbora se mete en un saco de dormir?

Fritzner abrió los ojos como platos.

—Joder, todo lo que saben ustedes. Me hice esa misma pregunta. Pero ya me había olvidado de ello. Fue verdaderamente dramático, se lo aseguro. Pero claro, es una guarida estupenda, ¿verdad? Un magnífico saco, de esos que tienen plumas y todo. Yo estaba sentado aquí en la barca tomándome un *whisky* cuando ese noviete suyo llamó a la puerta. Supongo que verían luz. Annie estaba en un rincón del cuarto de estar, pálida de miedo. Solía ser bastante dura y valiente, pero en ese momento no. Estaba muy asustada.

—¿Cómo pudo atrapar a la víbora? —preguntó Skarre con curiosidad.

—Por Dios, no fue nada. Cogí el cubo de la fregona, con un punzón le hice en el fondo un agujero del tamaño de una moneda pequeña. Luego me metí en la tienda. La víbora había salido del saco de dormir y estaba enrollada en un rincón. Era grande, la cabrona. La tapé con el cubo y puse el pie encima. Luego eché Baygon por el agujero.

—¿Qué es eso?

—Un insecticida muy venenoso. No se vende en las tiendas. La víbora se atontó enseguida.

—¿Y cómo es que tiene usted acceso a esos productos?

—Trabajo en Anticimex. Lucha contra las alimañas: moscas, cucarachas y todo lo que se arrastra.

—Comprendo. ¿Y luego?

—Ese enclenque se fue a por un cuchillo de cocina y partí a la bestia en dos, la metí en una bolsa de plástico y la tiré al cubo de la basura. Annie me daba mucha pena, de verdad. Luego apenas se atrevía a meterse en la cama. —Sacudió la cabeza al recordarlo—. Pero supongo que no ha venido usted aquí a hablar de mis hazañas de Supermán, ¿verdad? ¿A qué ha venido en realidad?

—Bueno —contestó Skarre apartándose un rizo de la frente—, mi jefe dice que siempre hay que medir dos veces la presión.

—¿Ah, sí? Bueno, la mía es bastante estable. Pero en realidad sigo sin entender que alguien haya podido asesinar a Annie. Una chica tan normal... Aquí, en este pueblo, en esta calle. Tampoco puede entenderlo su familia. Ahora no tocarán su habitación en muchos años, la mantendrán tal y como ella la dejó. He oído hablar de esas cosas. ¿Cree usted que es un deseo inconsciente de que vuelva a aparecer?

—Tal vez. ¿Irá usted al entierro?

—Todo el mundo irá. Así sucede siempre en los pueblos pequeños. No se puede ocultar nada. La gente cree que tiene derecho a participar. Resulta difícil mantener un secreto.

—Tal vez sea una ventaja para nosotros —dijo Skarre—, si el asesino es de aquí.

Fritzner se acercó a la barca, cogió la botella y la vació.

—¿Creen que es de aquí?

—Digamos que así lo esperamos.

—Yo no. Pero si es así, espero que lo cojan enseguida. Seguramente en las veinte casas de esta calle ya saben que me ha visitado por segunda vez.

—¿Le molesta?

—Claro. Quiero seguir viviendo aquí.

—No hay razón para creer que no pueda seguir aquí, ¿no?

—Ya veremos. Los solteros siempre estamos algo más expuestos que los demás.

—¿Por qué?

—No es natural que un hombre no tenga mujer. La gente espera que te busques alguna, al menos cuando ya has pasado los cuarenta. Y cuando eso no sucede, tiene que haber una razón.

—Ahora me está pareciendo usted un poco paranoico.

—No sabe lo que supone vivir tan cerca de los demás. Serán tiempos duros de ahora en adelante para muchos.

—¿Piensa usted en alguien en especial?

—En cierto modo sí.

—¿En Jensvoll, por ejemplo?

Fritzner no contestó. Se quedó pensativo un instante. Miró de reojo a Skarre y tomó una decisión repentina. Sacó la mano del bolsillo y le mostró algo.

—Quería enseñarle esto.

Skarre miró. Parecía una goma de pelo, forrada de tela azul, y adornada con perlas.

—Es de Annie —aclaró Fritzner, mirando fijamente al policía—. La encontré en mi coche. Estaba en el suelo, entre el asiento y la puerta. La llevé al centro no hace más de una semana. Supongo que la goma se le caería.

—¿Por qué me la da?

Fritzner respiró profundamente.

—No tenía que haberlo hecho, ¿verdad? Podría haberla quemado en la chimenea sin decir ni pío. Lo hago para mostrarle que juego con las cartas sobre la mesa.

—Nunca he creído lo contrario —señaló Skarre.

Fritzner sonrió.

—¿Piensa usted que soy tonto?

—Posiblemente —contestó Skarre, devolviéndole la sonrisa—. Tal vez intente engañarme. Tal vez sea una persona tan calculadora que ha puesto en escena esta dulce confesión. Me llevo la goma. Y le tengo en cuenta, en mayor grado que antes.

Fritzner se puso pálido. Skarre no pudo reprimir una risita.

—¿De dónde ha sacado el nombre de la barca? —preguntó curioso mirando el bote—. Es un nombre extraño para una barca, ¿no cree? Narco Traficante.

—Fue simplemente una ocurrencia —contestó intentando reponerse tras la advertencia—. Pero suena bien, ¿no le parece? —añadió mirando con preocupación al joven policía.

—¿Nunca ha navegado en ella?

—Jamás —confesó—. Me mareo muchísimo.

El fiscal había emitido su veredicto. Annie Holland tenía que ser enterrada. Eddie Holland miró el reloj y descubrió que habían transcurrido más de veinticuatro horas desde que la primera palada de tierra seca alcanzó el ataúd. Annie cubierta de tierra. Llena de ramitas, piedras y gusanos. En el bolsillo llevaba un papel arrugado con unas breves palabras que quería leer junto al ataúd, después del sermón. Pero prorrumpió en sollozos y fue incapaz de decir una palabra, y ese hecho le torturaría el resto de su vida.

—Me pregunto si Sølvi padece un pequeño trastorno —dijo—. No aparece en los escáners, pero algo hay. Ha aprendido lo que tiene que aprender, pero es un poco lenta. Algo estrecha de mente, tal vez. No diga nada de esto a Ada —añadió.

—¿Ella lo niega? —preguntó Sejer.

—Dice que si los médicos no encuentran nada, es que todo está bien. Las personas son diferentes, tan solo eso, dice.

Sejer le había citado en la comisaría. Holland se encontraba todavía sumido en una gran oscuridad.

—Tengo que preguntarle algo —dijo Sejer con prudencia—. Si Annie se hubiera encontrado con Axel Bjørk en la carretera, ¿se habría montado en su coche?

La pregunta lo dejó boquiabierto.

—Es lo más monstruoso que he oído jamás —exclamó por fin.

—También se ha cometido un crimen monstruoso. Conteste a mi pregunta. Yo no conozco a la gente implicada tan bien como usted, lo que considero una ventaja.

—El padre de Sølvi —dijo Holland pensativo—. Sí, tal vez. Estuvieron en su casa, en Oslo, un par de veces, de manera que ella lo conocía. Supongo que se habría montado en su coche si él la hubiera invitado. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Qué clase de relación tiene usted con él?

—Ninguna en absoluto.

—Pero han hablado alguna vez, ¿no?

—Apenas. Ada no dejaba que pasara de la puerta. Decía que era un intruso.

—¿Y qué le parecía a usted?

Holland se retorció en la silla como si su propia debilidad se hiciera incómodamente visible.

—Me parecía mal. Él no quería perjudicarnos, solo pretendía ver a Sølvi de vez en cuando. Ahora ya no tiene nada. Creo que también perdió su trabajo.

—¿Y Sølvi? ¿Ella quería verlo?

—Me temo que Ada le quitó las ganas. Puede ser bastante dura si se lo propone. Supongo que Bjørk ya se ha resignado. Pero estuvo en el entierro, así que la vería un momento. ¿Sabe?, no resulta fácil llevar la contraria a Ada. No es que le tenga miedo —añadió dejando escapar una risa corta e irónica—, pero se pone completamente fuera de sí. No es fácil de explicar. Se pone tan fuera de sí que no lo soporto.

Volvió a callarse, y Sejer esperó sin decir nada, mientras intentaba imaginarse ese complejo juego que existía entre las personas, cómo miles de hilos se iban entrelazando a través de los años, formando resistentes redes de mallas finas, en las que uno se sentía atrapado. Los mecanismos que se escondían detrás le fascinaban. Y también la intensa aversión de los seres humanos a coger el cuchillo, cortar la red y salir de ella, aunque añoraran tanto la libertad que hasta llegaran a enfermar. Seguramente Holland deseaba salir de la red de Ada, pero un sinfín de pequeñas cosas le retenía. Había hecho su elección, se quedaría para el resto de su vida entre esos hilos viscosos, y esa determinación le pesaba tanto que toda su figura se había encorvado.

—¿No tienen nada todavía? —preguntó por fin.

—Desgraciadamente no —contestó Sejer de mala gana—. Lo único que tenemos es una larga lista de personas que hablan muy bien y con mucho afecto de Annie. Los hallazgos técnicos son muy pocos y no nos han conducido a nada, y no existen motivos visibles. No abusaron sexualmente de Annie ni recibió otra clase de malos tratos. No se ha observado ese día nada en las cercanías de la colina que pueda facilitarnos alguna pista, y todos los que pasaron por allí en coche ese día se han presentado ante nosotros y han sido excluidos del caso. Bien es verdad que hay una excepción, pero ese coche ha sido descrito tan vagamente que no nos lleva a ninguna parte. El motorista visto junto a la tienda de Horgen ha desaparecido de la faz de la tierra. Tal vez fuera un turista de paso. Nadie vio la matrícula; quizá fuera extranjero. Hemos buceado en la laguna en busca de la mochila de Annie, pero sin ningún éxito, razón por la cual suponemos que está en poder del homicida. Pero no tenemos cargos por sospecha contra nadie, así que tampoco podemos proceder al registro de ninguna casa. Ni siquiera tenemos una teoría concreta. Tenemos tan poco que solo podemos imaginarnos cosas. Existe la posibilidad, por ejemplo, de que Annie se hubiera enterado de alguna información delicada, tal vez por pura casualidad, y que alguien la matara para asegurarse su silencio. En ese caso tendría que haberse tratado de información altamente comprometedor, ya que dio lugar a un asesinato. Estaba desnuda, pero nadie la había tocado, lo que podría significar que el homicida quería guiarnos hacia el móvil sexual, posiblemente con el

fin de desviar la atención del verdadero motivo. Por todo esto —concluyó— estamos tan interesados en el pasado de Annie.

Se detuvo y se rascó el dorso de la mano, donde tenía una mancha roja y agrietada del tamaño de una moneda de veinte coronas.

—Usted es una de las personas que mejor la conocía. Y tendrá miles de pensamientos en la cabeza. Tengo que preguntarle de nuevo si hay algo, cualquier cosa, en el pasado de Annie, sucesos, amistades, declaraciones, impresiones, que le hayan extrañado. No piense en cosas muy especiales, solo en algo que le sorprendiera. Desentierre los detalles más minúsculos, aunque le parezcan tonterías; lo único importante es que le hayan sorprendido. Una reacción inesperada, comentarios, alusiones, gestos que se le hayan quedado grabados. Annie sufrió una alteración de conducta. Tengo la impresión de que se trataba de algo más que de los cambios normales de la pubertad. ¿Puede usted corroborarlo?

—Ada dice...

—Pero ¿y qué dice usted? —Sejer seguía mirándole a los ojos—. Dejó a Halvor, abandonó el equipo y se encerró en sí misma. ¿Ocurrió algo en esa época que se saliera de lo corriente?

—¿Han hablado ustedes con Jensvoll?

—Sí.

—Bueno, es que... se oyeron algunos rumores, pero no creo que sean ciertos. Los rumores corren muy deprisa en nuestro pueblo —añadió, perplejo y ruborizado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Algo que Annie mencionó, que había estado en la cárcel hace mucho tiempo. No sé por qué.

—¿Annie lo sabía?

—Entonces ¿es verdad que estuvo en la cárcel?

—Sí, es verdad. Pero yo ignoraba que alguien lo supiera. Estamos investigando a toda la gente del entorno de Annie para comprobar si tienen coartada. Hemos hablado con más de trescientas personas. Pero desgraciadamente nadie ha destacado como sospechoso en este caso.

—Arriba, en el camino de la colina vive un tipo —murmuró Holland— que no es del todo normal. Dicen que ha intentado acercarse a las chicas.

—También hemos hablado con él —repuso Sejer pacientemente—. Él fue quien encontró a Annie.

—Sí, ya lo había oído.

—Tiene coartada.

—Espero que la coartada sea fiable.

Sejer pensó en Ragnhild y no dijo a Holland que la coartada era una niña de seis años.

—¿Por qué cree usted que Annie dejó de cuidar niños?

—Supongo que se hizo mayor y ya no le apetecía.

—Pero tengo la impresión de que le gustaba especialmente. Por eso me resulta un poco extraño.

—Durante varios años no hizo otra cosa. Primero los deberes, y luego salía a la calle para ver si algún crío necesitaba una vuelta en el cochecito. Y cuando había peleas y problemas en la calle, ella aparecía y siempre conseguía que las aguas volvieran a su cauce. El pobre que hubiera tirado la primera piedra tenía que confesar. Luego recibía el perdón y todo acababa siempre felizmente. Annie era una buena mediadora. Tenía autoridad y todos la obedecían. Los chicos también.

—¿Era diplomática, en otras palabras?

—Exactamente. Le gustaba poner orden. Odiaba los conflictos no resueltos. Cuando ocurría algo con Sølvi, por ejemplo, siempre nos buscaba alguna solución acertada. Era una especie de intermediaria. Pero en cierta manera —añadió despacio—, también en ese aspecto perdió el interés, dejó de implicarse en las cosas.

—¿Cuándo? —preguntó Sejer.

—Durante el otoño pasado.

—¿Qué ocurrió el otoño pasado?

—Ya se lo he contado. No quiso seguir con el balonmano, ni quería estar con la gente como antes.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —contestó Holland afligido—. Le estoy diciendo que nunca lo entendí.

—Intente mirar más allá de usted mismo y de su familia, más allá de Halvor, del club y de los problemas con Axel Bjørk. ¿Sucedio algo en el pueblo en esa época, algo que no necesariamente tuviera que ver con ustedes?

Holland extendió los brazos.

—Sí, ocurrió algo, pero no tiene nada que ver con esto. Uno de los niños a los que Annie solía cuidar murió en un trágico accidente. Desde luego, no mejoró el estado de las cosas. Annie ya no participaba en nada. Lo único que le interesaba era ponerse las zapatillas de deporte y correr, alejarse de la casa y de la calle.

Sejer notó que su corazón empezaba a latir más deprisa.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó, apoyando los codos en la mesa.

—Un niño al que Annie cuidaba a menudo murió en un accidente. Se llamaba Eskil.

—¿Ocurrió mientras Annie lo estaba cuidando?

—¡No, no! —Holland lo miró espantado—. ¡Está usted loco! Annie era extremadamente prudente cuando se hacía cargo de los hijos de otras personas. No apartaba la vista de ellos ni un momento.

—¿Y cómo ocurrió el accidente?

—En casa del niño. Tenía poco más de dos años cuando sucedió. Annie lo sintió muchísimo. Bueno, todos nosotros, que también los conocíamos.

—¿Y cuándo fue eso?

—Ya se lo he dicho, en el otoño pasado. Cuando ella lo dejó todo. En realidad sucedieron muchas cosas, no fue una buena época para ninguno de nosotros. Halvor llamaba, Jensvoll llamaba. Bjørk se puso muy pesado con lo de Sølvi y Ada estaba inaguantable. —Se calló de repente; parecía avergonzado.

—¿Exactamente cuándo sucedió esa muerte, Eddie?

—Creo que fue en noviembre, pero no recuerdo la fecha.

—¿Ocurrió antes o después de que Annie abandonara el club?

—No me acuerdo.

—Entonces intentaremos averiguarlo. ¿Qué clase de accidente fue?

—El niño se atragantó con algo y no pudieron sacárselo. Creo que estaba comiendo solo en la cocina.

—¿Por qué no me ha contado esto antes?

Holland lo miró apenado.

—Porque usted está investigando la muerte de Annie —susurró.

—Eso es lo que estoy haciendo. Descartar posibilidades es igual de importante.

Hubo una larga pausa. La ancha frente de Holland sudaba y él se frotaba los dedos constantemente, como si hubiera perdido la sensibilidad en ellos. Una serie de imágenes estúpidas aparecían constantemente en su mente, imágenes de Annie con un traje rojo y gorro de graduación, y de Annie vestida de novia. De Annie con un bebé en los brazos. Imágenes, fotos, que jamás podría hacer.

—Hábleme de cómo reaccionó Annie.

Holland se enderezó en la silla e intentó recordar.

—No recuerdo la fecha, pero sí aquel día, porque nos despertamos tarde por la mañana. Yo tenía el día libre. Annie perdió el autobús, y además volvió pronto del colegio porque no se encontraba bien. No se lo conté inmediatamente. Se acostó, dijo que quería dormir un poco.

—¿Estaba enferma?

—Bueno, nunca estaba enferma. Supongo que fue algo pasajero. Se despertó un rato después y yo estaba en el cuarto de estar temiendo el momento. Por fin entré en su habitación y me senté en el borde de la cama.

—Continúe.

—Se quedó como paralizada —prosiguió—. Paralizada y asustada. Se dio la vuelta y se tapó la cabeza con el edredón. Bueno, ¿qué puedes decir cuando te enteras de algo así? En los días siguientes no exteriorizó demasiado sus sentimientos; fue más bien como si sufriera en silencio. Ada quiso que llevara flores a la casa, pero se negó. Tampoco quiso asistir al entierro.

—¿Asistieron usted y su mujer?

—Sí. Ada estaba molesta porque Annie no quiso ir, pero yo intenté explicarle que es muy duro para una niña asistir a un entierro. Annie solo tenía catorce años. No saben qué decir, ¿verdad?

—Mmm —murmuró Sejer—. Tal vez visitara la tumba más adelante.

—Sí, sí. Varias veces. Pero jamás volvió a ir a la casa del niño.

—Pero tuvo que haber hablado con los padres, tratándose de un niño a quien había cuidado con tanta frecuencia...

—Supongo que sí. Se había relacionado mucho con la familia, sobre todo con la madre. Por cierto, se marchó del pueblo. Se separaron al cabo de un tiempo. Debe de ser muy difícil volver a encontrarse después de una tragedia así. De alguna manera hay que empezar la relación de nuevo. Y ninguno de los dos está como antes. —Se olvidó de la conversación. Era como si hablara consigo mismo, como si no hubiera nadie más—. Solo Sølvi es la misma. Me asombra que pueda seguir siendo la misma después de todo lo sucedido. Pero claro, ella es especial. Habrá que aceptar a los chicos como son, ¿no cree?

—¿Y Annie? —intervino nuevamente Sejer.

—Bueno, Annie —murmuró—, Annie nunca volvió a ser la misma. Creo que se dio cuenta de que todos acabamos muriendo. Recuerdo cuando era pequeño y murió mi madre, lo peor fue eso. No que ella hubiera muerto y desaparecido, sino que yo también me moriría. Y mi padre, y todos aquéllos a los que conocía.

Su mirada era distante y Sejer lo escuchaba con las manos apoyadas en la mesa.

—Tenemos más cosas de que hablar, Eddie —dijo por fin—. Pero primero he de contarle

algo.

—No sé si tengo fuerzas para enterarme de más cosas.

—No puedo ocultárselo, de verdad que no puedo.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerda si Annie alguna vez se quejaba de dolores?

—No, no lo recuerdo. Excepto antes de usar zapatillas que amortiguaran los golpes. Entonces sí que le dolían los pies.

—Me refiero en concreto a si Annie tenía dolores en el bajo vientre.

Holland lo miró, inseguro.

—Nunca me comentó nada. Tendría que preguntárselo a Ada.

—Se lo pregunto a usted porque estaba más unido a ella.

—Sí. Pero esas cosas de mujeres... nunca me comentó nada.

—Tenía un tumor —confesó Sejer en voz baja.

—¿Un tumor? ¿Quiere decir un bulto?

—Un bulto del tamaño de un huevo. Maligno. Con metástasis en el hígado.

Holland se puso completamente rígido.

—Deben de estar equivocados —repuso con firmeza—. Annie tenía una salud de hierro.

—Tenía un tumor maligno en el bajo vientre —repitió Sejer—. Y habría caído gravemente enferma en poco tiempo. Las posibilidades de que la enfermedad fuera mortal eran considerables.

—¿Quiere decir que habría muerto de todos modos? —preguntó Holland en tono agresivo.

—Eso es lo que dicen en el Anatómico Forense.

—¿Debo alegrarme entonces de que se librara de los sufrimientos? —gritó fuera de sí. Una gota de saliva alcanzó a Sejer en la frente. Holland se tapó la cara con las manos—. No, no, no quise decir eso —añadió con voz entrecortada—, pero no entiendo nada de lo que está pasando. No entiendo que haya tantas cosas que no supiera.

—O ella tampoco lo sabía, o se aguantó los dolores negándose a visitar al médico. No hay nada registrado en su historial.

—Supongo que no —dijo Holland despacio—. Nunca tuvo nada. Le pusieron un par de vacunas en el transcurso de los años; eso es todo.

—Hay un par de cosas que quiero que haga —prosiguió Sejer—. Quiero que hable con Ada y le diga que venga aquí, a la comisaría. Necesitamos sus huellas dactilares.

Holland sonrió cansado y se reclinó en la silla. No había dormido en mucho tiempo, y le parecía que la habitación daba vueltas. La cara del inspector jefe oscilaba, lo mismo que las cortinas de la ventana, o tal vez fuera la corriente; no estaba seguro.

—En la hebilla de Annie encontramos dos huellas dactilares. Una era de Annie. Otra puede ser de su mujer. Nos dijo que preparaba a menudo la ropa de la chica por las mañanas, así que pudo haber dejado sus huellas en la hebilla. Si no es de ella, puede que pertenezca al homicida. Él la desnudó. Tuvo que tocar por fuerza la hebilla.

Por fin Holland comprendió.

—Dígale a su mujer que venga cuanto antes. Puede preguntar por Skarre.

—Para ese eccema que padece —dijo Holland de repente, señalando la mano de Sejer—, he oído decir que va muy bien la ceniza.

—¿Ceniza?

—Hay que untar con ella las manchas. No hay nada más limpio que la ceniza. Contiene sales y minerales.

Sejer no contestó. Era como si los pensamientos de Holland dieran una vuelta y desaparecieran en su interior. Sejer lo dejó en paz con ellos. La habitación estaba tan silenciosa que podían oír a Annie.

Halvor comió salchichas y col hervida en la encimera de la cocina. Luego lo recogió todo y tapó con una manta a su abuela, que dormitaba en el sofá. Después se metió en su habitación, echó la cortina y se sentó delante de la pantalla. Así pasaba entonces la mayor parte de su tiempo libre. Había probado con gran parte de la música que le gustaba a Annie, tecleando títulos y cantantes que ella tenía en su colección. Luego intentó con títulos de películas, no muy convencido, porque no era el estilo de Annie. La dificultad parecía insalvable. También cabía la posibilidad de que Annie hubiera ido cambiando de clave, como hacían en el ministerio de Defensa para los secretos militares. Utilizaban claves que cambiaban automáticamente varias veces por segundo. Halvor había leído algo sobre eso en una revista de informática. Una clave que se cambiaba constantemente resultaría casi imposible de encontrar. Intentó recordar en qué fecha aproximadamente Annie y él habían abierto cada uno su archivo, archivos cuyo acceso luego habían bloqueado. Hacía varios meses, había sido en el otoño. La desesperación amenazaba con apoderarse de él cuando pensaba en todas las combinaciones que podían hacerse empleando todos los signos, números y letras del teclado. Pero estaba seguro de que Annie no había escrito algo sin sentido. Habría empleado algo que le hubiera causado impresión, o algo querido y conocido. Él sabía bastante de lo que Annie quería y conocía, por eso continuó buscando, hasta que oyó gritar a su abuela, que ya había dormido la siesta. Entonces Halvor se tomó un descanso para hacerle un café y servirle un par de gofres, si es que quedaban. Luego se sintió moralmente obligado a ver la televisión un rato para hacerle compañía. Pero, en cuanto pudo, volvió disparado a su cuarto. Ella no dijo nada. Halvor se quedó hasta medianoche. Entonces se arrastró hasta la cama y apagó la luz. Escuchó durante un rato mientras le llegaba el sueño. Pero a veces no conseguía dormirse, y entonces se deslizaba hasta la habitación de su abuela y sacaba sigilosamente una pastilla para dormir de su frasco. No volvió a oír pasos fuera. Mientras le llegaba el sueño pensaba en Annie. El azul había sido su color favorito. El chocolate que más le gustaba era Dove con pasas. Tomaba nota de algunas palabras en el subconsciente y las almacenaba allí para usarlas posteriormente. No había que desistir. Cuando por fin encontrara la clave, pensaría en lo evidente que era y se diría a sí mismo: ¡cómo no se me había ocurrido antes!

Fuera, el patio estaba oscuro y silencioso. La caseta del perro, vacía, estaba abierta, como una boca desdentada, pero no se veía así desde la carretera, y un ladrón podría pensar que había un perro dentro. Detrás de la caseta estaba la leñera, donde guardaban un modesto montón de madera, su bicicleta, un viejo televisor en blanco y negro y un montón de periódicos viejos. Nunca se acordaba de ellos cuando había recogida de papel, y tampoco leía el periódico local. Al fondo, detrás de un colchón de gomaespuma, estaba la mochila de Annie.

Había corrido hasta el lago de Bru y había vuelto. Un paseo de trece kilómetros. Intentó llegar al

umbral del dolor, al menos en la carrera de vuelta. Elise solía tenerle preparado un vaso de agua mineral helada cuando él salía de la ducha. A veces lo tomaba solo con una toalla atada a la cintura. Ahora no lo esperaba nadie. Excepto el perro, que levantó la cabeza expectante cuando Sejer abrió la puerta y dejó salir el vapor. Se vistió en el cuarto de baño y fue a buscar una botella de agua, le quitó la chapa contra el canto de la encimera de la cocina y se la llevó a la boca. El timbre de la puerta sonó cuando había bebido la mitad de la botella. El timbre de Sejer no sonaba muy a menudo, por eso se extrañó un poco. Levantó un dedo amonestador al perro y fue a abrir. Allí estaba Skarre, junto a la barandilla, con un pie en la escalera, como indicando una rápida retirada si la visita no era oportuna.

—Pasaba por aquí... —se excusó.

Su aspecto era diferente. Los rizos habían desaparecido; se había cortado el pelo al rape y se le veía más oscuro, lo que le hacía parecer mayor. Además, tenía las orejas ligeramente de soplillo.

—Bonito peinado —exclamó Sejer—. Entra.

Kollberg llegó saltando, como de costumbre.

—Es algo exhibicionista —dijo Sejer resignado—. Pero es un bonachón.

—Más vale que lo sea con ese tamaño. Parece un lobo, tío.

—La intención era que pareciera un león. Es lo que pretendió el hombre que creó el primer leonberger mezclando razas. —Sejer entró en el cuarto de estar—. Venía de la ciudad alemana de Leonberg, y tenía la intención de hacer una mascota de la ciudad.

—¿León?

Skarre estudió el enorme animal y sonrió.

—No, no tengo tanta imaginación. —Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el banco del teléfono—. ¿Conseguiste hablar a solas con Holland?

—Sí, lo conseguí. ¿Qué has hecho tú?

—Visité a la abuela de Halvor.

—¿Ah, sí?

—Me sirvió café y gofres, y toda la miseria de la vejez. ¿Sabes? —prosiguió en voz baja—, ya sé qué es hacerse mayor.

—¿Y qué es?

—Una decadencia gradual. Un proceso insidioso, casi imperceptible, que solo descubres en repentinos y estremecedores momentos. —Skarre suspiró como un anciano y sacudió la cabeza muy preocupado—. Disminuye el proceso de división de las células, de eso se trata. Todo va cada vez más lento, hasta que uno empieza a encogerse. De hecho, es la primera fase del proceso de putrefacción; comienza alrededor de los veinticinco años.

—Vaya, entonces tú ya estás en ello. Por cierto, no parece estar muy en forma.

—La sangre se queda estancada en las arterias. Nada sabe ni huele como debe. También es corriente la desnutrición. No es de extrañar que nos muramos al hacernos viejos.

Ese comentario hizo sonreír a Sejer. Luego pensó en su madre, que estaba en una residencia, y se puso serio.

—¿Qué edad tiene?

—Ochenta y tres. Y no está del todo lúcida, creo —dijo, señalando su propia cabeza rapada.

—Sería mejor que nos muriéramos un poco antes, me parece a mí. Justo antes de cumplir los

setenta.

—No creo que los setentañeros estén de acuerdo contigo —repuso Sejer—. ¿Quieres beber algo?

—Sí, gracias.

Skarre se alisó el pelo, como queriendo comprobar que el nuevo peinado solo era un sueño.

—Tienes un montón de discos, Konrad —dijo mirando la estantería que había junto a la cadena de música—. ¿Los has contado?

—Unos quinientos —gritó Sejer desde la cocina.

Skarre se levantó de un salto del sillón para mirar los títulos. Como todo el mundo, creía que los gustos musicales de alguien revelaban cosas importantes sobre esa persona, sobre cómo era en realidad.

—Laila Dalseth, Etta James, Billie Holiday, Edith Piaf... ¡Dios mío! —exclamó mirando los discos sorprendido—. ¡Pero si son todas mujeres!

—No creo, ¿sí?

Sejer echó agua mineral en los vasos.

—¡Solo mujeres, Konrad! Eartha Kitt, Lill Lindfors, Monica Zetterlund, ¿quién es ésa?

—Una de las mejores. Pero eres demasiado joven para saberlo.

Skarre volvió a sentarse, bebió y secó el culo del vaso en el pantalón.

—¿Qué dijo Holland?

Sejer cogió el tabaco de debajo del periódico y abrió la bolsa. Sacó un papel y se puso a liar un cigarrillo.

—Annie sabía que Jensvoll había estado en la cárcel. Tal vez supiera también el motivo.

—¡Sigue!

—Y uno de los niños a los que ella solía cuidar murió en un accidente.

Skarre buscaba sus cigarrillos.

—Ocurrió en noviembre, más o menos en la época en la que empezaron las dificultades. Annie no quiso volver a aquella casa. No quiso llevarles flores, no quiso ir al entierro y no volvió a cuidar a niños después de aquello. Holland opina que no era de extrañar, pues la chica solo tenía catorce años, y a esa edad uno no sabe enfrentarse a la muerte. —Sejer observaba a Skarre mientras hablaba y vio cómo cambiaba su expresión, cada vez más alerta—. Después de eso dejó el balonmano, rompió durante un tiempo con Halvor y se encerró en sí misma. Sucedió en este orden: murió el niño y Annie se apartó de su entorno.

Skarre encendió el cigarrillo y miró a Sejer, que chupaba su cigarrillo liado.

—La muerte del niño se debió aparentemente a un trágico accidente, y entiendo que a una adolescente un suceso semejante le causara una fuerte impresión. Conocía bien al niño y a los padres. Pero...

Se detuvo para encender el cigarrillo.

—¿Y eso explica su cambio?

—Posiblemente. Además, tenía cáncer. Aunque ella no lo supiera, pudo haberla hecho cambiar. Pero en realidad yo esperaba encontrar otra cosa, algo que pudiéramos utilizar.

—¿Y Jensvoll?

—Me cuesta creer que alguien cometa un asesinato con el fin de ocultar una violación consumada once años antes, por la que, además, ya ha cumplido condena. Por otra parte, podría

pensarse que quiso intentarlo otra vez y le salió mal.

—¡Ostras! —exclamó Skarre asombrado—. ¡Si estás fumando!

—Uno solo, éste, por las noches. ¿Tienes tiempo de dar una vuelta en el coche luego?

—Claro que sí. ¿Adónde vamos?

—A la iglesia de Lundebý.

Sejer inhaló largamente el humo y lo mantuvo mucho tiempo en la boca.

—¿Por qué?

—Pues no sé. Me gusta husmear por ahí.

—¿Es que piensas mejor al aire libre? —preguntó quitando con la uña una mancha de cera de la mesa.

—Siempre he pensado que el entorno influye en el pensamiento, que uno percibe más cosas cuando se encuentra en el lugar, siempre y cuando se tenga cierta sensibilidad, una sensibilidad para las cosas, por lo que «dicen las cosas».

—Fascinante —dijo Skarre—. ¿Te atreverías a hablar en voz alta sobre eso en la comisaría?

—Existe una especie de acuerdo tácito para no hacerlo. Al fiscal del Estado no le interesan mis sentimientos pero sabe que están ahí. Los tiene en consideración, pero no lo reconoce jamás. También eso es un acuerdo tácito.

Expulsó solemnemente el humo y levantó la vista.

—¿Qué más te dio la abuela de Halvor aparte de los gofres y el discurso sobre la decadencia?

—Me habló mucho sobre el padre de Halvor. De lo buenísimo que había sido de pequeño. Y de que en realidad solo había sido un desgraciado.

—No me extraña, si era capaz de pegar a sus propios hijos.

—También me dijo que Halvor se encierra en su cuarto. Por lo visto se pasa las tardes delante del ordenador y a veces se queda hasta muy entrada la noche.

—¿Y qué crees que hace con el ordenador?

—Ni idea. Tal vez escriba un diario.

—Si fuera así, me gustaría leerlo.

—¿Hablarás de nuevo con él?

—Por supuesto que sí.

Vaciaron los vasos de un trago y se levantaron. Al salir de la habitación, Skarre descubrió una foto de Elise, en la que exhibía una maravillosa sonrisa.

—¿Tu mujer? —preguntó prudentemente.

—Su última foto.

—Pero si se parece a Grace Kelly —dijo Skarre entusiasmado—. ¿Cómo pudo un viejo cascarrabias como tú conquistar a una belleza así?

Sejer se quedó tan atónito ante esa tremenda impertinencia que empezó a tartamudear.

—Entonces no era un cascarrabias.

El coche avanzaba despacio por la gravilla del camino de la iglesia de Lundebý. Iluminada con focos, reposaba tranquilamente bajo la luz rosa, por derecho propio, como si siempre hubiera estado allí. En realidad solo tenía ciento cincuenta años, un minúsculo suspiro en la copa del árbol de la eternidad. Cerraron las puertas sigilosamente y permanecieron un instante junto al

coche, escuchando. Skarre echó un vistazo a su alrededor, dio unos pasos en dirección a la capilla y se dirigió hacia las tumbas. Diez piedras blancas, dispuestas en una perfecta fila.

—¿Qué es esto?

Se pararon y leyeron las inscripciones.

—Tumbas de guerra —le contestó Sejer en voz baja—. Soldados ingleses y canadienses. Los alemanes los mataron a tiros arriba en el bosque, el nueve de abril del cuarenta. Los chicos ponen flores silvestres aquí el diecisiete de mayo. Me lo ha contado mi hija Ingrid.

—«*Pilot Officer, Royal Air Force, A. F. Le Maistre of Canada. Age 26. God gave and God has taken*». Un largo viaje para una acción heroica tan breve.

—Mmm —Skarre siguió mirando—. Aquí estoy, vengo desde Canadá nada menos, con mi nuevo uniforme, para luchar por vosotros en el lado bueno. Y luego nada más. Nada más que fuego y muerte.

Sejer lo miró sorprendido y empezó a bajar hacia la iglesia. Habían enterrado a Annie en las afueras del cementerio, cerca de un gran campo sembrado de cebada. Las flores habían perdido su lozanía, marchitas del todo. Miraron pensativos la tumba. Luego vagaron por el lugar leyendo las inscripciones de otras piedras. Dos filas más arriba Sejer encontró lo que buscaba: una pequeña piedra arqueada, con una inscripción elaborada y hermosa. Skarre se agachó y leyó:

—«Nuestro amado Eskil».

Sejer asintió y miró a su compañero:

—Eskil Johnas. Nacido el cuatro de agosto de 1992, muerto el siete de noviembre de 1994.

—¿Johnas? ¿El comerciante de alfombras?

—El hijo del comerciante de alfombras. Se atragantó con el desayuno y se asfixió. Después de su muerte, el matrimonio se deshizo. No es de extrañar; dicen que ocurre a menudo. Pero Johnas tiene un hijo mayor que vive con la madre.

—Tenía fotos de sus hijos en la pared —indicó Skarre metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Para qué es ese pequeño agujero en la parte de arriba de la piedra?

—Al parecer alguien ha robado algo que había ahí. Sería un pajarito, un angelito o algo así; suelen ponerlos en las tumbas de niños.

—Es raro que no lo hayan sustituido. Una tumba un poco pobre, me parece a mí. Da la impresión de que nadie la cuida. Creía que solo los viejos caían en el olvido.

Se volvieron y contemplaron los campos que rodeaban el cementerio por todas partes. Las luces de la casa del párroco, que se encontraba al lado, centelleaban piadosamente en el crepúsculo.

—Tal vez no les resulte fácil venir aquí. La madre se ha ido a vivir a Oslo, y esto le queda lejos.

—Johnas solo está a dos minutos.

Skarre miró en la otra dirección, hacia la colina de Fagerlund, donde las casas brillaban al pie del monte.

—Puede ver la iglesia desde la ventana de su cuarto de estar —indicó Sejer—. Recuerdo que me fijé cuando estuvimos en su casa. Tal vez le baste con eso.

—Ya habrá tenido sus cachorros. —Sejer no contestó—. ¿Adónde vamos ahora?

—No lo sé muy bien. Después de la muerte de ese niño —añadió mirando la tumba con el entrecejo fruncido— Annie cambió por completo. ¿Por qué esa reacción? Era una chica fuerte.

¿No es lo corriente que la gente sana y normal supere esas cosas? ¿No estamos hechos de tal manera que aceptamos la muerte y seguimos viviendo, al menos cuando ha transcurrido un tiempo? —De repente se detuvo y se calló. Se arrodilló algo aturdido y volvió a estudiar una vez más esa tumba casi desnuda, mientras jugueteaba con las hojas del suelo—. ¿Qué significa, pues, que Annie reaccionara así a pesar de su robusta naturaleza?

—No lo sé, no sé adónde quieres llegar —contestó Skarre, y añadió—: ¿Cómo puede la gente rebajarse a robar las tumbas?

—Que tú no lo entiendas es una buena señal, supongo.

Volvieron al coche.

—¿Crees en Dios? —preguntó Skarre de repente.

Sejer tensó la boca en un curioso gesto.

—Bueno, no, supongo que no. Más bien creo... en una especie de fuerza —dijo con dificultad. Skarre sonrió.

—Esa frase me suena familiar. Es como si esa fuerza fuera más aceptable. Es curioso lo que nos cuesta ponerle un nombre. Pero claro, la palabra Dios carece ya de su esencia original. ¿Y adónde crees tú que nos lleva esa fuerza?

—He dicho fuerza —repuso Sejer—, no voluntad.

—¿De manera que crees en una fuerza abúlica?

—Tampoco he dicho eso. Solo lo llamo fuerza, y si está dirigida por una voluntad o no, sigue siendo una pregunta sin respuesta.

—Pero una fuerza abúlica es algo bastante deprimente, ¿no crees?

—No te das por vencido, ¿eh? ¿Estás intentando torpemente confesar tu fe?

—Sí —dijo Skarre sin más.

—Vaya. Hay muchas cosas que uno ignora.

Sejer meditó un instante sobre esa inesperada información y murmuró por fin:

—Nunca he entendido eso de la fe.

—¿Qué quieres decir?

—No entiendo del todo en qué consiste.

—Consiste simplemente en adoptar una postura. Uno elige una postura ante la vida, que con el tiempo se convierte en algo positivo. Te proporciona un origen y un sentido de la vida y de la muerte que resulta muy satisfactorio.

—¿Adoptar una postura? ¿No crees en la salvación?

Skarre abrió la boca y soltó una risa que recordaba al sur, con sus escollos y su agua salada.

—La gente siempre complica demasiado las cosas. En realidad, es mucho más sencillo. No hace falta entenderlo todo. Lo importante es sentir. La comprensión llega poco a poco.

—Pues entonces me rindo —dijo Sejer.

—Ya sé por lo que apuestas tú —afirmó Skarre sonriendo—. No crees en Dios, pero ves el pórtico del cielo claramente. Y como casi todo el mundo, tienes la esperanza de que san Pedro esté dormitando sobre el libro para que puedas colarte sin que te vea.

Sejer se rió cordialmente e hizo algo que no se habría creído capaz de hacer: puso un brazo sobre el hombro de Skarre y le dio una palmadita.

Habían llegado al coche. Sejer quitó una hoja de arce que se había pegado en el parabrisas.

—Yo habría comprado un pajarito nuevo —dijo Skarre—. Y lo habría soldado bien a la

piedra si hubiera sido mi hijo.

Sejer arrancó el viejo Peugeot y lo dejó bramar un instante en el silencio.

—Yo también lo habría hecho.

Halvor seguía delante de la pantalla. En ningún momento creyó que sería fácil, porque su vida nunca había sido fácil. Podría tardar meses, y eso no le preocupaba. Repasó en su interior todo lo que recordaba sobre lo que Annie había leído o escuchado, y elegía un título de vez en cuando, un nombre de un libro o expresiones que habían formado parte de su vocabulario. Otras veces no hacía más que mirar fijamente la pantalla. Ya no le importaban las demás cosas, ni la televisión, ni la minicadena. Estaba sentado solo, envuelto en el silencio, y vivía la mayor parte del tiempo en el pasado. Buscar la palabra secreta se había convertido en un pretexto para vivir en el pasado, y no tener que pensar en el futuro. Además, ya no había nada que le ilusionara del futuro. Tan solo soledad.

Lo que había tenido con Annie era demasiado bueno para que durara; debería haberse dado cuenta de eso. Muchas veces se había preguntado adónde iban y cómo terminarían.

La abuela no decía nada, pero no dejaba de pensar en que el chico debería hacer algo útil, como cortar el pequeño césped de detrás de la casa, pasar el rastrillo por el patio y tal vez ordenar un poco la leñera. Esas cosas solían hacerse en primavera. Tirar la basura, después del invierno. También habría que limpiar el parterre de delante de la casa. Ella misma había comprobado que los tulipanes andaban mal de salud, que estaban completamente invadidos por diente de león y malas hierbas. Halvor asentía distraído cada vez que ella lo mencionaba, y continuaba con lo suyo. Al final su abuela desistió, y pensó que tendría que ser muy importante, al fin y al cabo, lo que el chico estaba haciendo. Con mucho esfuerzo logró ponerse unas zapatillas de deporte y salió cojeando con una muleta bajo el brazo. No se la veía muy a menudo fuera. Solo algunos días se aventuraba a ir hasta la tienda. Se apoyaba con dificultad en la muleta mientras observaba con cierta tristeza la decadencia del entorno. Aparentemente no solo tenía lugar dentro de ella; todo le parecía gris y descolorido, las casas, el patio, el pequeño jardín, o quizá le fallaba la vista. Cruzó a duras penas el patio y abrió la puerta de la leñera. Se le ocurrió mirar dentro. Tal vez los viejos muebles de jardín sirvieran todavía. Al menos podrían colocarlos delante de la mesa, aunque solo fuera para aparentar; darían un aspecto acogedor. Los demás habían sacado sus muebles de jardín hacía ya tiempo. Buscó a tientas el interruptor en la pared y encendió la luz.

Astrid Johnas tenía una tienda de lanas en la parte oeste de Oslo.

Estaba sentada junto a la máquina de tricotar, tejiendo una prenda de lana suave, parecida a la angora, tal vez para un recién nacido. Sejer entró y carraspeó débilmente. Se paró a sus espaldas y admiró, con un gesto algo torpe, el trabajo que la mujer estaba haciendo.

—Estoy tejiendo una mantita —comentó sonriendo—, para un coche de niño. Trabajo por encargo.

Sejer la miró fijamente, algo asombrado. Era bastante mayor que el hombre con el que había estado casada. Pero sobre todo era excepcionalmente hermosa, y su belleza le dejó un instante sin aliento. No se trataba de la belleza frágil y delicada de Elise, sino de una belleza espectacular,

morena. En contra de su voluntad se quedó admirando su boca. Y en ese momento notó su olor, tal vez porque ella hizo un gesto. Olía como una tienda de golosinas; desprendía un dulce aroma a vainilla.

—Konrad Sejer —dijo—. De la policía.

—Ya me lo figuraba —repuso ella sonriendo—. A veces me he preguntado por qué lo llevan pintado en la cara, aunque vayan de paisano.

Sejer no se sonrojó, pero se preguntó si quizá había comenzado a andar o a vestir de un modo especial después de tantos años en la policía, o si simplemente ella era más observadora que la mayoría de la gente.

La mujer se levantó y apagó la lámpara de trabajo.

—Venga conmigo a la trastienda. Tengo un pequeño despacho que utilizo como comedor y para más cosas.

Caminaba de un modo muy femenino.

—Es terrible lo de Annie, no soporto pensarlo. Y me siento mal por no haber ido al entierro, pero la verdad es que no me sentía con fuerzas. Envié flores.

Señaló una silla vacía.

Sejer la miró fijamente y le invadió poco a poco una sensación que casi había olvidado. Estaba a solas con una mujer hermosa y no había nadie más en la habitación detrás de quien poder esconderse. Ella le sonrió, como si de repente hubiera tenido la misma sensación. Pero no perdió la compostura. Siempre había sido hermosa.

—Conocía bien a Annie —explicó—. Venía a menudo a casa a cuidar de nuestro hijo. —Hizo una pausa y prosiguió—: Se nos murió el otoño pasado. Se llamaba Eskil.

—Lo sé.

—Ha hablado con Henning, claro. Desgraciadamente perdimos el contacto con ella después de aquello; dejó de visitarnos. Pobrecita, me daba mucha pena. Solo tenía catorce años y no es fácil saber qué decir a esa edad.

Sejer asintió mientras manoseaba los botones de su chaqueta. De repente hacía mucho calor en ese pequeño cuarto.

—¿No tienen ustedes la más mínima idea de quién lo hizo? —preguntó la señora Johnas.

—No —contestó Sejer con sinceridad—. Por ahora estamos recabando información. Luego veremos si podemos aproximarnos a lo que llamamos la fase táctica.

—Me temo que no puedo servirle de mucha ayuda. —La señora Johnas se miró las manos—. La conocía bien. Era una chica maravillosa, más capaz y mejor de lo que suelen serlo las chicas a su edad. No le gustaban las tonterías. Se entrenaba duramente y se mantenía en buena forma. Sacaba buenas notas en el colegio. Y además era guapa. Tenía un novio, un chico llamado Halvor. Aunque tal vez habían roto.

—No —repuso Sejer en voz baja.

Hubo una pausa. Él esperó a ver si ella la llenaba.

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó por fin.

Sejer seguía mirándola en silencio. Poseía una figura delicada y delgada, y tenía los ojos oscuros. Todo lo que llevaba encima era de punto; una gran publicidad de su sector. Un precioso traje de chaqueta, de falda estrecha y chaqueta entallada, de un rojo intenso, con bordes verdes y mostaza. Zapatos bajos negros. Una melena lisa y sencilla. Lápiz de labios del mismo color que la

ropa. Puntas de flechas de bronce en las orejas, parcialmente escondidas entre el pelo oscuro. Un poco más joven que él, con las primeras señales de líneas finas junto a los ojos y la boca, y bastante mayor que el hombre con quien había estado casada. Su hijo Eskil debió de haber nacido casi al final de su juventud.

—Solo quería charlar con usted —dijo—. No estoy buscando nada en especial. ¿De modo que iba a su casa a cuidar de Eskil?

—Varias veces a la semana. Nadie más quería hacerse cargo de Eskil; no era fácil de tratar. Las demás chicas preferían a otros niños. Pero supongo que ya ha oído todo esto antes.

—Bueno, algo he oído —mintió Sejer.

—Era muy activo, casi en el límite de lo anormal. Hiperactivo creo que se llama. No paraba de moverse, nunca se estaba quieto. —La mujer sonrió con desesperación—. No resulta fácil admitirlo; espero que lo entienda. Pero era un niño difícil. Annie lo manejaba mejor que nadie. —Se detuvo y pareció reflexionar—. Y venía bastante a menudo. Henning y yo estábamos agotados; era como una bendición cuando Annie aparecía por la puerta, sonriente, dispuesta a cuidarle. Metíamos al niño en el cochecito, y solíamos darles dinero para que bajaran al centro a comprarse algo. Golosinas, helados y cosas así... Solía estar fuera una o dos horas. Creo que se retrasaba a propósito. A veces cogían el autobús hasta Oslo y pasaban todo el día fuera. Subían en el trenecito de la plaza. Yo, en esa época, hacía guardias de noche en la Residencia de Ancianos Enfermos, y a menudo tenía que dormir de día. De manera que la ayuda de Annie me venía muy bien. La verdad es que tenemos otro hijo, Magne, pero él era demasiado mayor para andar por ahí empujando un cochecito de niño. No le apetecía mucho. Y se libró, como ocurre a menudo con los chicos.

Ella volvió a sonreír y cambió de postura en la silla. Cada vez que se movía, Sejer notaba ese aroma a vainilla en la habitación. Ella vigilaba constantemente la puerta, pero nadie entró. Era como si hablar de su hijo pusiera en marcha una especie de intranquilidad en ella. Su mirada se posaba en todo menos en el rostro de Sejer; volaba como un pájaro encerrado en una jaula demasiado pequeña, por los estantes de lana, por la mesa, la tienda...

—¿A qué edad murió Eskil?

—A los veintisiete meses —susurró sacudiendo la cabeza.

—¿Sucedió mientras estaba con Annie?

Ella levantó la vista.

—No, por Dios. He estado a punto de decir afortunadamente; habría sido terrible. La muerte del niño ya fue bastante dolorosa para la pobre Annie para encima haberse sentido responsable de ella.

Nueva pausa. Sejer respiró, y volvió a tomar impulso.

—Pero... ¿qué ocurrió en realidad?

—Creía que usted había hablado con Henning —dijo sorprendida.

—Sí, he hablado con él —mintió—. Pero no entramos en detalles.

—Se atragantó con la comida —dijo en voz baja—. Yo estaba acostada en la planta de arriba. Henning estaba en el cuarto de baño afeitándose y no oyó nada. Aunque supongo que no podía gritar porque se había atragantado. Estaba en su silla, atado —susurró—. Una silla de esas especiales para los niños de esa edad, de las que no pueden caerse. Estaba sentado desayunando.

—Conozco esas sillas; tengo hijos y nietos —dijo Sejer.

Ella tragó saliva y continuó:

—Henning lo encontró colgando de la correa de protección, con el rostro azulado. La ambulancia tardó veinte minutos en llegar, y cuando por fin apareció ya no había ninguna esperanza de salvarlo.

—¿Llegaron desde el Hospital Central?

—Sí.

Sejer miró hacia la tienda y descubrió a una señora que estaba mirando un jersey en el escaparate.

—¿De manera que sucedió por la mañana?

—Por la mañana temprano —susurró—. El siete de noviembre.

—¿Y usted estuvo dormida todo el tiempo?

De pronto, la mujer le miró fijamente.

—Creía que iba a hablarme de Annie.

—Estaría bien que me dijera algo de Annie —dijo Sejer, que en ese mismo instante sintió un leve pinchazo bajo la camisa.

Pero la mujer ya no dijo nada más. Se enderezó en la silla y se cruzó de brazos.

—Supongo que ya ha hablado con todos los vecinos de Krystallen.

—Así es.

—Entonces ya sabe todo esto.

—Pues sí, en cierto modo. Pero lo que no entiendo es la reacción de Annie ante el accidente —contestó Sejer con sinceridad—, que se lo tomara tan a la tremenda.

—No me parece tan extraña —dijo ella en tono cortante—, cuando un niño de dos años muere de esa manera. Un niño al que conocía mucho. Estaban muy unidos, y precisamente Annie se sentía muy orgullosa de ser la única que podía con él.

—Tal vez no sea de extrañar. Lo que pasa es que yo intento averiguar quién era, cómo era.

—Ya se lo he dicho. No pretendo ser desagradable, pero no resulta fácil hablar de esto —añadió mirándolo fijamente—. Pero están ustedes buscando a un violador, ¿no?

—No lo sé.

—¿No? Fue lo primero que se me ocurrió al leer en el periódico que la encontraron sin ropa. Ya sabe, en la prensa casi todo trata de sexo. —Se sonrojó y no paraba de mover los dedos—. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Ésa es la cuestión. No lo sabemos. Nos consta que no tenía enemigos. Y si el móvil no fue sexual, ¿cuál pudo ser?

—Esa gente no actúa con mucha lógica, supongo. Los locos, quiero decir. No piensan como los demás.

—Tampoco sabemos si está loco o no. En este momento somos incapaces de entender el porqué. ¿Cuánto tiempo estuvo usted casada con Henning Johnas?

Ella volvió a sorprenderse.

—Quince años. Estaba embarazada de Magne cuando nos casamos. Es algo más joven que yo —se apresuró a añadir, como para confirmar algo que pensaba que había despertado su curiosidad—. En realidad, Eskil fue el resultado de largos debates, pero estuvimos de acuerdo, eso sí.

—¿Un hijo tardó?

—Sí.

La señora Johnas clavó su mirada en el techo, como si de él colgara algo de interés.

—¿De manera que el mayor tiene ya cerca de diecisiete años?

Ella asintió.

—¿Mantiene el contacto con su padre?

Lo miró escandalizada.

—¡Pues claro! Va a menudo a Lundeby a visitar a los viejos amigos, pero es complicado, después de todo lo que pasó.

Sejer dijo que lo entendía.

—¿Visita usted a menudo la tumba de Eskil?

—No —confesó—. Pero Henning se ocupa de ella. A mí me resulta un poco difícil, pero sabiendo que está bien cuidada, resulta más soportable.

Sejer pensó en la tumba descuidada pero no dijo nada al respecto. La puerta de la calle se abrió de repente y un joven entró en la tienda. La señora Johnas echó un vistazo.

—¡Magne! ¡Estoy aquí dentro!

Sejer se volvió y miró al chico. Se parecía mucho a su padre, pero conservaba todo el pelo y tenía un cuerpo mucho más musculoso. Saludó con la cabeza y se detuvo en la puerta. No parecía tener ningunas ganas de hablar. La expresión huraña de su cara y sus rasgos duros hacían juego con el pelo negro y los enormes músculos de sus brazos.

—Me marchó ya, señora Johnas —dijo Sejer levantándose—. Tendrá que perdonarme si vuelvo, pero a veces no nos queda más remedio.

Saludó a los dos con la cabeza, y pasó al lado del muchacho, que seguía en la puerta. La señora Johnas dirigió a su hijo una mirada atormentada.

—Está investigando el asesinato de Annie —le susurró la madre—. Pero solo quería hablar de Eskil.

Sejer permaneció un instante fuera de la tienda. Había una moto aparcada junto a la puerta; tal vez perteneciera a Magne Johnas. Una gran Kawasaki. Apoyada en la moto, con el culo sobre el asiento, había una joven. Ella no lo vio; estaba ocupada con sus uñas. Tal vez se hubiera hecho un pequeño corte en una de ellas y estuviera intentando salvarla limándola con otra uña. Llevaba una chaqueta corta de color rojo, llena de tachuelas, y una nube de pelo rubio que le recordaba el espumillón dorado que solían poner en el árbol de Navidad cuando era pequeño. De repente levantó la vista. Él sonrió y se abrochó la chaqueta.

—Buenas tardes, Sølvi —dijo, y cruzó la calle.

Iba conduciendo lentamente por la autovía, organizando sus pensamientos en ordenadas filas. Eskil Johnas. Un niño difícil del que solo Annie quería hacerse cargo. Un niño que murió de repente, completamente solo, atado a una silla, sin que nadie pudiera ayudarlo. Pensó en su propio nieto y se estremeció, mientras se dirigía hacia la curva de Lundeby, a casa de Halvor.

Halvor Muntz estaba en la cocina pasando por agua fría espaguetis recién hervidos. Constantemente se olvidaba de comer y se sentía mareado y aturdido, además de pesado y torpe por la pastilla para dormir que se había tomado la noche anterior. No oyó el coche que paró delante de la casa. Pero al instante oyó a su abuela abrir y cerrar la puerta. Murmuraba algo para sus adentros, y entró calzada con unas zapatillas Nike con rayas negras. Tenía un curioso aspecto. Sobre la encimera había un bol con queso rallado y una botella de *ketchup*. De repente recordó

que se había olvidado de echar sal a los espaguetis. La abuela gritó desde el cuarto de estar.

—¡Mira qué he encontrado en la leñera, Halvor!

Se oyó un golpe de algo que caía al suelo y fue a mirar.

—Una vieja mochila —exclamó la abuela—. Con libros. Es divertido mirar viejos libros de texto. No sabía que los hubiera guardado.

Halvor dio dos pasos antes de pararse en seco. De la hebilla de la mochila colgaba un abridor con publicidad de Coca-Cola.

—Es de Annie —susurró.

Se había salido la tinta de una pluma y había traspasado el tejido de la mochila, dejando pequeñas manchas azules en el bolsillo de la cremallera.

—¿Se la dejó aquí?

—Sí —contestó—. Voy a guardarla en mi cuarto mientras tanto y luego se la llevaré a Eddie.

La abuela lo miró, y una expresión de preocupación se dibujó en su rostro arrugado. De repente, una figura conocida emergió de la entrada semioscura. Halvor notó cómo se le aceleraban los latidos del corazón, se puso tenso y se quedó como petrificado, con la mochila colgando de una correa.

—Halvor —dijo Sejer—, tendrás que venir conmigo.

Halvor se tambaleó y tuvo que dar un paso hacia un lado para no caerse.

Fue como si el techo se le desplomase encima, y pronto fuera a ser aplastado contra el suelo.

—Entonces podéis entregar de paso la mochila de Annie —dijo la abuela nerviosa, dando vueltas sin parar a la alianza que le quedaba demasiado grande.

Halvor no contestó. La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor, sudaba a chorros y temblaba con la mochila en la mano. No pesaba mucho, porque Annie la había vaciado. Dentro estaba la biografía de Sigrid Undset *El corazón de los seres*, el libro *La corona* y un cuaderno, además de su cartera, con una foto de él, del verano anterior, cuando estaba muy moreno y bien, con el pelo casi blanco. No como en ese momento, con sudor en la frente y pálido de miedo.

El ambiente era tenso. Por regla general no solía tener problemas para llegar hasta el final, improvisando sobre la marcha, pero en ese momento se sentía sobrecogido.

—¿Entiendes que esto es necesario? —preguntó Sejer.

—Sí.

Halvor levantó un pie y estudió la zapatilla de goma, los cordones deshilachados, y las suelas, que estaban a punto de despegarse.

—La mochila de Annie ha sido encontrada en tu leñera, lo que te relaciona directamente con el asesinato. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, pero se equivoca.

—Como novio de Annie, estás siendo vigilado, naturalmente. El problema era que no podíamos acusarte. Ahora tu abuela ha hecho el trabajo por nosotros. Con esto no habías contado, ¿verdad, Halvor? Está tan mal de las piernas... y de repente se le ocurre ordenar la leñera. ¡Quién se lo habría imaginado!

—No tengo ni idea de dónde ha venido. Ella la encontró en la leñera, eso es todo lo que sé.

—¿Escondida detrás de un colchón de gomaespuma?

Halvor tenía el rostro desencajado y más pálido que nunca. De vez en cuando se le estremecía la comisura de la boca, como si quisiera librarse después de mucho tiempo.

—Alguien intenta culparme.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien la puso ahí. Oí pasos cerca de la ventana una noche.

Sejer sonrió tristemente.

—Puede reírse todo lo que quiera —prosiguió Halvor—, pero es cierto. Alguien la puso ahí, alguien que quiere echarme la culpa, que sabe que estábamos juntos. Entonces fue alguien que la conocía, ¿verdad?

Miró desafiante al inspector.

—Yo siempre he pensado que él la conocía —dijo Sejer—. Creo que la conocía bien. ¿Tal vez tan bien como tú?

—¡No fui yo! ¡Créame! ¡No fui yo!

Se secó la frente e intentó tranquilizarse.

—¿Crees que deberíamos hablar con alguien al que hemos olvidado?

—No lo sé.

—¿Un nuevo novio, por ejemplo?

—No había nada de eso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Me lo habría dicho.

—¿Crees que las chicas van corriendo a confesarse cuando sus sentimientos cambian de rumbo? ¿A cuántas has conocido, Halvor?

—Me lo habría dicho. Usted no conocía a Annie.

—No la conocí, es cierto. Y entiendo que era diferente. Pero algunas cosas tendría en común con las demás chicas, ¿no crees, Halvor?

—No conozco a otras chicas.

El muchacho se encogió en la silla. Metió un dedo entre la goma y la lona de la zapatilla y empezó a moverlo hacia los lados.

—¿Que investiguen las huellas de la mochila!

—Claro que lo haremos. Pero no es difícil borrar esas huellas. Sospecho que tan solo encontraremos las tuyas y las de tu abuela.

—Yo no la había tocado hasta ahora.

—Ya veremos. El hallazgo de la mochila nos proporciona la oportunidad de registrar tu moto, el traje y el casco. Y la casa en la que vives. ¿Quieres decir algo antes de que sigamos?

—No.

El agujero de la zapatilla se había hecho muy grande. Retiró la mano.

—¿Tengo que quedarme aquí esta noche?

—Me temo que sí. Si eres capaz de analizar esto desde fuera, comprenderás que me veo obligado a retenerte.

—¿Por cuánto tiempo?

—Aún no lo sé.

Sejer vio la expresión del chico al otro lado de la mesa y cambió de tema.

—¿Qué estás escribiendo en el ordenador, Halvor? Todos los días te pasas horas y horas

delante de la pantalla, desde que llegas del trabajo hasta cerca de medianoche. ¿Quieres contármelo?

Halvor levantó la vista.

—¿Me están espiando?

—En cierto modo, sí. Espiamos a mucha gente estos días. ¿Estás escribiendo un diario?

—Solo juego, por ejemplo al ajedrez.

—¿Contigo mismo?

—Con la Virgen María —contestó secamente.

Sejer parpadeó.

—Te aconsejo que digas lo que sabes. Estás ocultando algo, Halvor; de eso estoy seguro. ¿Lo hicisteis entre dos? ¿Estás encubriendo a alguien?

—Estoy sentado en una silla de madera y me suda el culo —contestó el muchacho en tono arisco.

—Si hay una acusación, tal vez tengamos que confiscar tu ordenador.

—Lo que ustedes quieran —exclamó, sonriendo de repente—. ¡Pero no podrán entrar!

—¿Que no podremos entrar? ¿Por qué no?

Halvor cerró la boca a cal y canto y siguió trabajando con su zapatilla de goma.

—¿Porque lo has bloqueado? ¿Es por eso?

Halvor tenía la boca seca, pero no quiso pedir una Coca-Cola. Pensó en la cerveza sin alcohol que tenía en la nevera de su casa.

—Si te has tomado esa molestia para que nadie pueda entrar, deduzco, pues, que contiene algo importante.

—Lo hago solo por divertirme.

—¿Podrías contestar con frases un poco más largas, Halvor?

—No se trata de nada importante, solo de algo que hago cuando me aburro.

Sejer se levantó y su silla se cayó hacia atrás, sobre el suelo de linóleo, sin hacer ruido.

—Parece que tienes sed. Voy a por un par de Coca-Colas.

Sejer desapareció y Halvor se sintió aprisionado por la habitación. El agujero de la zapatilla era enorme, y a través de él pudo ver el calcetín sucio. Oía sirenas en la lejanía, pero no pudo determinar de qué se trataba. Por lo demás, en el edificio había un zumbido constante, parecido al que se oye en el cine antes de empezar la película. Sejer volvió con dos botellas y un abridor.

—Voy a abrir un poco la ventana, ¿vale?

Halvor asintió.

—Yo no lo hice.

Sejer encontró unos vasos de plástico, echó la bebida en ellos y la espuma rebosó.

—No tenía ningún motivo.

—Yo tampoco veo ninguno; por lo menos a primera vista. —Sejer suspiró y bebió—. Pero eso no significa que no tuvieras uno. A veces los sentimientos nos sobrepasan, así de simple. ¿Nunca te ha pasado?

Halvor permaneció callado.

—¿Conoces a Raymond, el que vive en el camino de la colina?

—¿El mongólico? Lo veo de vez en cuando.

—¿Has estado alguna vez en su casa?

—He pasado en moto. Tiene conejos.

—¿Has hablado con él?

—Nunca.

—¿Sabes que Knut Jensvoll, el entrenador de Annie, estuvo en la cárcel por violación?

—Annie me lo dijo.

—¿Lo sabe más gente?

—Ni idea.

—¿Conocías a Eskil Johnas, el niño al que solía cuidar Annie?

Halvor alzó la mirada, que denotaba curiosidad.

—¡Sí! Murió.

—Háblame de él.

—¿Por qué? —preguntó el chico, sorprendido.

—Haz lo que te digo.

—Bueno, supongo que era majo... y divertido.

—¿Majo y divertido?

—Lleno de energía.

—¿Difícil?

—Quizá un poco agotador. Era incapaz de estar quieto. Creo que se estaba medicando. Siempre había que atarle, a la silla y en el coche. Acompañé a Annie algunas veces mientras lo cuidaba. Ella era la única que quería hacerse cargo de él. Pero ya sabe, Annie...

Apuró la bebida y se limpió la boca.

—¿Conocías a sus padres?

—Sé quiénes son.

—¿Y al hijo mayor?

—¿A Magne? Solo de vista.

—¿Se mostró alguna vez interesado por Annie?

—Lo de siempre. Se quedaba mirándola cuando pasaba.

—¿Cómo te sentaba que otros chicos se quedaran mirando a tu chica?

—En primer lugar, estaba acostumbrado a ello. Y en segundo lugar, Annie era bastante arisca.

—Y sin embargo se fue con alguien. Como ves, hay excepciones, Halvor.

—Lo comprendo. —Halvor estaba cansado. Cerró los ojos. La cicatriz de la comisura de la boca brillaba a la luz de la lámpara como un hilo de plata—. Había muchas cosas de Annie que nunca llegué a entender. A veces se enfadaba sin razón, y si le preguntaba qué le pasaba, se enfadaba aún más, y chillando, me decía que no todo en este mundo puede contarse así como así.

—¿De modo que tenías la sensación de que Annie sabía algo? ¿Algo que le preocupaba?

—No lo sé. Sí. Yo le conté a ella muchas cosas de mí. Casi todo. Para que se diera cuenta de que se podía confiar en alguien.

—Pero tus confesiones aparentemente no eran tan importantes. Era peor lo suyo, ¿no es cierto?

No puede haber sido peor, pensó el chico. Nunca.

—¿Halvor?

—Algo —dijo en voz baja, volviendo a abrir los ojos— pesaba sobre Annie como una tapadera.

«Algo pesaba sobre Annie como una tapadera».

La frase estaba tan sutilmente formulada que Sejer se dio cuenta de que él mismo creía en ella. ¿O era que quería creerla? No obstante, esa mochila en la leñera..., esa intensa sensación de que Halvor estaba ocultando algo... Sejer iba repasando algunas frases: Le gustaba cuidar a los hijos de los demás. Su preferido era especialmente difícil y además había muerto. No podría tener hijos propios, y no le quedaba mucho tiempo de vida. Ya no quería competir con nadie, únicamente correr sola por los caminos. Tenía un novio con el que de vez en cuando se enfadaba, lo dejaba y luego volvía con él. Como si no pudiera decidirse por nada en concreto. Sejer no encontró ningún sentido a estos hechos.

Se introdujo las manos en los bolsillos y atravesó el aparcamiento. Se metió en el coche y lo condujo prudentemente hasta la carretera, en dirección al municipio vecino, el lugar donde Halvor había pasado su infancia, o, mejor dicho, la falta de infancia. La oficina de la policía rural siempre había estado en un viejo chalet, pero luego la trasladaron a un nuevo centro comercial, donde la encontró comprimida entre un supermercado y la Oficina Tributaria. Aguardó un rato en la sala de espera, y se hallaba absorto en sus pensamientos cuando el jefe de la policía rural entró en la habitación. Una pálida mano con pecas estrechó la suya. El hombre tendría algo más de cuarenta años, era delgado y con mala pigmentación de la piel y del pelo, además de una curiosidad que le costaba mucho ocultar, pero era muy amable. No recibía todos los días la visita de un inspector jefe de la ciudad. La mayor parte del tiempo tenía la sensación de que el resto del mundo lo había olvidado.

—Te agradezco que me dediques un rato de tu tiempo —dijo Sejer mientras lo seguía por el pasillo.

—Mencionaste que se trataba de un asunto de homicidio. ¿Annie Holland? —Sejer asintió con la cabeza—. Lo he seguido por la prensa. Tu visita se debe a que sospecháis de alguien que supones que yo conozco. ¿No es así? —preguntó señalando una silla libre.

—Bueno, en cierta manera. De hecho, lo tenemos en prisión preventiva. No es más que un chiquillo, pero un hallazgo en su casa nos dejó sin elección.

—¿Y os habría gustado tenerla?

—No creo que él lo haya hecho —contestó, sonriendo ante sus propias palabras.

—Ya, comprendo. Esas cosas ocurren a veces —comentó el hombre con voz impasible; entrelazó sus manos sonrosadas y esperó.

—En el mes de diciembre de 1992 hubo un suicidio en este distrito. Dos hermanos fueron enviados al Orfanato de Bjerkeli después de aquello, y la madre acabó en la sección de psiquiatría del Hospital Central. Estoy buscando información sobre Halvor Muntz, nacido en 1976, hijo de Torkel y Lilly Muntz.

El jefe reconoció inmediatamente los nombres. De repente pareció preocupado.

—Tú tuviste algo que ver con aquel caso, ¿verdad?

—Sí, desgraciadamente. Yo, y un sargento más joven. Halvor, el hijo mayor, me llamó a casa a mi número privado. Sucedió por la noche. Recuerdo la fecha, el trece de diciembre, porque mi hija hizo de santa Lucía en el colegio. No quise ir solo, de modo que me acompañó un joven policía recién incorporado a esta oficina; tratándose de aquella familia nunca sabías lo que te esperaba. Al llegar, encontramos a la madre tumbada en el sofá, escondida bajo el edredón, y a

los dos chicos en el piso de arriba. Halvor no dijo ni una palabra. Su hermano pequeño estaba en la cama junto a Halvor, quien tenía un aspecto horrible. Sangre por todas partes. Los examinamos y vimos que estaban vivos. Respiramos aliviados. Luego empezamos a buscar. El padre estaba en la leñera, dentro de un viejo y podrido saco de dormir. Le faltaba la mitad de la cabeza.

Se detuvo. Sejer casi podía ver las imágenes como sombras en el iris del otro, conforme iban pasando.

—No fue fácil sonsacarles nada. Se abrazaron el uno al otro sin decir palabra, pero tras muchas tentativas, Halvor nos contó que su padre había estado bebiendo desde la mañana y que había ido acumulando una rabia enloquecida. Hablaba incoherentemente, y destrozó parte de la planta baja. Los chicos habían pasado la mayor parte del día fuera, pero al llegar la noche tuvieron que entrar porque hacía mucho frío. De repente Halvor se despertó y vio a su padre inclinado sobre la cama con un gran cuchillo de pan en la mano. Apuñaló a su hijo una vez, y luego parece ser que recapacitó. Salió apresuradamente, y Halvor oyó que se cerraba la puerta. Luego oyeron la puerta de la leñera. Tenían una de esas leñeras antiguas en el jardín. Transcurrieron unos minutos, y luego sonó un tiro. Halvor no se atrevió a bajar a mirar, sino que se deslizó sigilosamente hasta la sala de estar para llamarme. Intuía qué había sucedido. Dijo que tenía miedo de que a su padre le hubiera ocurrido algo. Protección de Menores estuvo durante años intentando llevarse a esos chicos de su casa, y Halvor siempre se resistía. Pero aquella noche no protestó.

—¿Cómo reaccionó?

El jefe de policía se levantó y dio unos pasos por la habitación. Vacilaba un poco y parecía intranquilo. Sejer no tenía intención de llenar la pausa.

—No resultaba fácil saber qué sentía. Halvor era muy reservado. Pero, para ser sincero, no creo que fuera aflicción. Más bien daba la impresión de sentirse aliviado, tal vez porque podría por fin empezar una nueva vida. La muerte del padre fue un punto crucial. Tuvo que suponer realmente un alivio. Esos chicos estaban siempre aterrados, y nunca tuvieron lo que necesitaban.

Volvió a callar. Seguía de espaldas, esperando algún comentario de Sejer. Al fin y al cabo, el inspector jefe había acudido allí en busca de ayuda. Pero nada ocurrió. Se quedó quieto, como si estuviera meditando sobre algo, hasta que por fin se volvió.

—Y mucho más tarde empezamos a pensar... —dijo regresando a su sitio—. El padre estaba en el saco de dormir. Se había quitado la chaqueta y las botas, e incluso se había puesto el jersey debajo de la cabeza. Quiero decir que se había preparado para pasar la noche, no... —añadió tomando aire— para morir. De modo que más tarde se nos ocurrió que tal vez alguien le hubiera ayudado a pasar a la eternidad.

Sejer cerró los ojos. Se frotó enérgicamente un punto de la ceja y notó que unas escamas de piel caían delante de su ojo.

—¿Quieres decir Halvor?

—Sí —dijo el hombre, apenado—, me refiero a Halvor. Pudo haber seguido a su padre fuera, y al ver que estaba dormido, pudo haberle puesto el rifle en la mano dentro del saco y disparar.

Esta información produjo escalofríos a Sejer.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Nada. —El jefe de la policía rural hizo un gesto de impotencia con las manos—. No hicimos absolutamente nada. Además, tampoco encontramos nada que pudiera relacionarle con el

caso, nada en concreto. Excepto el hecho de que su padre se hallara más o menos en coma debido a la borrachera, y de que se hubiera acomodado para pasar la noche, quitándose las botas y haciéndose una almohada con el jersey. La herida era la típica herida del suicida. Disparo a bocajarro con orificio de entrada por debajo de la barbilla y salida por la parte alta del cráneo. Calibre dieciséis. Ninguna otra huella en el rifle. Ninguna huella sospechosa de pies fuera de la leñera. Nosotros tuvimos, al contrario que vosotros, una elección. Pero puede que tú lo llames de otra manera: ¿Negligencia en el servicio? ¿Falta grave?

—Yo podría inventar cosas peores que ésa —dijo Sejer de repente, sonriendo—, si quisiera. Pero ¿hablasteis con él?

—Lo trajimos para los interrogatorios rutinarios; al fin y al cabo se trataba de un incidente con disparos. Pero no llegamos a ninguna conclusión. Su hermano tenía solo seis años, no entendía aún el reloj y no podía ni afirmar ni desmentir la hora de los hechos. La madre estaba atiborrada de Valium y ningún vecino había oído el disparo. La familia vivía bastante apartada del mundo, en una casa horrible que originalmente había sido una tienda de ultramarinos, una casa gris con una alta escalera de piedra y una sola ventana junto a la puerta. —Se limpió debajo de la nariz aunque no había nada que limpiar—. Pero algunos detalles hablaban en favor de Halvor, afortunadamente.

—¿Cómo qué?

—Si realmente fue Halvor el que pegó el tiro, tendría que haberse puesto boca abajo junto a su padre, con el rifle a lo largo del pecho y la culata justo debajo de la barbilla, a juzgar por el ángulo del tiro. ¿Sería capaz de pensar con tanta claridad un muchacho de quince años, con una mejilla partida en dos por un cuchillo?

—No es del todo impensable. Después de convivir año tras año con un psicópata, se aprenderán algunos trucos, estoy seguro. Halvor es espabilado.

—¿Eran novios él y la chica de Holland?

—Más o menos —contestó Sejer—. Tu hipótesis no me agrada, pero tendré que considerarla.

—¿Y tendrás que hacerla pública?

—Estaría bien que me dieras copia de las actas del caso, aunque será imposible probar algo después de tanto tiempo. Creo que no tienes nada que temer. Yo también he prestado servicios en zonas rurales y sé lo que es. Uno establece enseguida relaciones amistosas con la gente.

El policía rural miró con gesto triste por la ventana.

—Y ahora seguro que he perjudicado a Halvor contándote esto. Él se merece algo mejor. Es el chico más atento y considerado que he conocido jamás. Cuidó de su madre y de su hermano durante toda su vida, y he oído que ahora vive con la vieja señora Muntz y que se ocupa de ella.

—Así es.

—Y cuando por fin consigue una novia, tiene que acabar así. ¿Cómo está? ¿Ha conseguido superarlo?

—Sí. Tal vez no espere más de la vida que constantes catástrofes.

—Si mató a su padre —dijo el policía rural mirando a Sejer a los ojos—, fue en defensa propia. Salvó al resto de la familia. Era él o ellos. Me cuesta mucho creer que fuera capaz de matar por otras razones. Por lo tanto, no es del todo justo usar esto en su contra. Además, este episodio nunca se ha aclarado del todo. Yo he solucionado el problema *a posteriori* declarándolo inocente. Dejemos que la duda hable en su favor. —Se llevó una mano a la boca—. La pobre Lilly no sabía lo que hacía al darle el sí a Torkel Muntz. Mi padre fue jefe de policía de este lugar antes

que yo. Siempre había problemas con Torkel. Era un pendenciero, pero un hombre guapísimo. Y Lilly era hermosa. Tal vez habrían llegado a ser algo en la vida por separado. Pero, ¿sabes?, hay ciertas combinaciones que no funcionan.

Sejer asintió.

—Hoy habrá una reunión en la sección, y tendremos que evaluar la posibilidad de acusarle. Me temo...

—¿Qué?

—Me temo que no conseguiré que el equipo esté de acuerdo en dejarle en libertad. No después de esto.

Holthemann hojeó el informe y los miró severamente, como si quisiera provocar los resultados mediante la fuerza de su mirada. El jefe de la sección era un hombre al que no atribuiría ninguna perspicacia o posición si, por ejemplo, coincidía con él en la cola de la caja de un hipermercado. Era seco y gris como hierba marchita, con una calva brillante y sudorosa y una mirada velada cortada en dos, detrás de dos lentes bifocales.

—¿Y qué pasa con ese tipo raro del camino de la colina? —preguntó—. ¿Le habéis investigado a fondo?

—¿A Raymond Låke?

—El anorak que cubría el cadáver le pertenecía. Y Karlsen dice que corren ciertos rumores.

—Hay muchos rumores —contestó Sejer secamente—. ¿En cuáles estás pensando?

—Como por ejemplo que se le cae la baba cuando mira a las chicas. También hay rumores sobre su padre, que no padece ninguna enfermedad y que sin embargo se pasa la vida en la cama leyendo revistas pornográficas, dejando al pobre chico cargar con todo el trabajo. Tal vez Raymond haya hojeado alguna a escondidas y se haya inspirado.

—Yo estoy convencido de que se trata de alguien de la zona —apuntó Sejer—. Y creo que intenta engañarnos.

—¿Crees a Halvor?

Sejer asintió con la cabeza.

—Además hay una persona misteriosa que apareció delante de la casa de Raymond. Y de repente el chico jura que el coche era rojo.

—Una historia curiosa. Tal vez fuera un inocente excursionista. Pero si Raymond es medio tonto, ¿vas a creerlo?

Sejer se mordió el labio.

—Precisamente por eso. No creo que tenga astucia suficiente para inventarse algo así. Creo de verdad que alguien se presentó allí para hablar con él.

—¿El mismo hombre que se supone se deslizó furtivamente por la ventana de Halvor y colocó la mochila en la leñera?

—Sí, por ejemplo.

—No sueles ser tan ingenuo, Konrad. ¿Te has dejado llevar por un idiota y por un adolescente?

Sejer sintió un enorme malestar. No le gustó la reprimenda, y tal vez estuviera a punto de dejar que el olfato y la intuición vencieran a los hechos. Halvor era el más cercano. Había sido el novio

de la víctima.

—¿Halvor contó algún detalle? —prosiguió Holthemann, levantándose de la silla y sentándose sobre el escritorio, desde donde podía literalmente mirar a Sejer desde arriba.

—Oyó arrancar un coche. Posiblemente un coche viejo, tal vez con un cilindro estropeado. El sonido procedía de la carretera principal.

—Hay un sitio allí donde los coches pueden dar la vuelta. Muchos se paran.

—Ya lo sé. Dejémosle en libertad. No irá a ninguna parte.

—Después de lo que has contado y en cualquier caso, posiblemente es un homicida. Pudo haber matado a sangre fría a su propio padre. Me parece algo bastante grave, Konrad.

—Pero quería mucho a Annie, aunque fuese a su manera. Y eso que ella era arisca con él.

—Se impacientaría y perdería los estribos. Si ese joven voló la cabeza a su padre, debe de tener un carácter explosivo.

—Si realmente mató a su padre, cosa que ignoramos, sería porque no le quedaba otra opción. Toda la familia estaba a punto de sucumbir, tras muchos años de malos tratos y abandono. Además recibió una puñalada en la sien. De hecho, creo que habría sido absuelto.

—Es muy posible. Pero el hecho es que posiblemente sea capaz de matar. No todo el mundo lo es. ¿Tú qué opinas, Skarre?

Skarre, que estaba mordiendo un bolígrafo, movió la cabeza negativamente.

—Me imagino más bien a un homicida algo mayor —contestó.

—¿Por qué?

—Ella estaba en una forma física extraordinaria. Annie pesaba sesenta y cinco kilos, y la mayor parte de ellos eran músculos. Halvor solo pesa sesenta y tres, lo que quiere decir que eran más o menos iguales. Si hubiera sido Halvor el que la empujó al agua, habría encontrado tanta resistencia que se habría manifestado en ella en forma de lesiones externas, como arañazos y rasguños. Pero todo indica que el homicida fue claramente superior en fuerzas, probablemente mucho más pesado que ella. Diría que Annie tenía más fuerza física que Halvor. No quiero decir que no hubiera podido, pero creo que le habría costado bastante.

Sejer asintió silenciosamente.

—Bien. Suena probable. Pero entonces partimos otra vez de cero. No hemos encontrado a nadie en el entorno de Annie con un motivo aparente.

—Halvor tampoco tiene un motivo aparente.

—Solo tenía la mochila, y además una intensa relación emocional con la víctima. Yo soy el responsable aquí, y esto no me gusta, Konrad. ¿Y Axel Bjørk? Un borracho amargado, con un genio peligroso. ¿No podría haber algo por ahí?

—No tenemos ningún fundamento para creer que Bjørk estuviera en Lundeby el día en cuestión.

—Bueno, según lo que se desprende del informe, ¿os interesa más un niño de dos años?

Holthemann sonrió, esta vez sin condescendencia.

—El niño no, lo que nos interesa es la reacción de Annie ante su muerte. Hemos intentado averiguar la razón del cambio de personalidad que experimentó; tal vez tenga algo que ver con el niño. O con el hecho de que estuviera enferma, claro. En realidad, esperaba encontrar otra cosa.

—¿Como por ejemplo qué?

—No lo sé muy bien. Eso es lo difícil de este caso. No tenemos ni idea de qué clase de

hombre estamos buscando.

—Un verdugo, tal vez. Mantuvo la cabeza de Annie bajo el agua hasta que murió —dijo Holthemann brutalmente—. Aparte de eso, ni un rasguño.

—Por eso creo que estuvieron sentados junto a la orilla charlando en confianza. Tal vez ese hombre la tuviera pillada de alguna manera. De repente le pone una mano en la nuca y le hunde la cabeza en la laguna. Todo en un segundo. Pero pudo habersele ocurrido antes, tal vez mientras estaban en el coche o en la moto.

—Ese tipo debió de mojarse y llenarse de barro —indicó Skarre.

—Pero ¿alguien vio alguna moto en el camino de la colina?

—Solo un coche a gran velocidad. Pero Horgen, el dueño de la tienda, recuerda la moto. Por otra parte no recuerda haber visto a Annie. Tampoco Johnas la vio sentarse en la moto. Él la dejó allí, pudo ver la moto y que la chica se dirigía hacia ella.

—¿Tienes alguna otra novedad?

—Magne Johnas.

—¿Qué pasa con él?

—No mucho, la verdad sea dicha. Tiene pinta de estar lleno de esteroides anabólicos, y miraba de reojo a Annie de vez en cuando. Ella lo rechazaba. Tal vez sea un tío que no aguante el rechazo. Además, de vez en cuando va a Lundeby a visitar a los viejos amigos. Y tiene una moto. Ahora se interesa por Sølvi. Al menos hay que tenerlo en cuenta.

Holthemann asintió.

—¿Y Raymond y su padre? Se ha podido comprobar que Raymond se ausentó de la casa durante bastante tiempo, ¿no?

—Fue a la tienda, y al volver estuvo mirando cómo dormía Ragnhild.

—Maravillosa coartada, Konrad —dijo Holthemann sonriendo—. Tengo entendido que ese muchacho es un inmaduro e impulsivo montón de músculos con la capacidad cerebral de un niño de cinco años.

—Exactamente. Y no hay muchos asesinos de cinco años.

Holthemann protestó:

—Pero ¿le gustan las chicas?

—Sí, pero no creo que sepa qué hacer con ellas.

—De modo que insistes, ¿eh? Por otro lado, sé que no te falta olfato, pero tienes que saber una cosa —añadió socarrón, levantando un dedo y señalándole—: no eres el protagonista de una novela policíaca. Procura conservar la sangre fría.

Sejer echó la cabeza hacia atrás, riéndose de tan buena gana que Holthemann se sobresaltó.

—¿Hay algo que no he entendido? —Metió un dedo por debajo del cristal de las gafas y se dio un masaje en el globo ocular. Luego parpadeó varias veces y continuó—: Bueno, si no ocurre algo pronto, quiero que se acuse a Halvor. ¿Por qué, por ejemplo, el homicida quiso llevarse la mochila?

—Si llegaron al lugar en coche, lo dejarían donde se puede dar la vuelta, y la mochila se quedaría dentro —opinó Sejer—. Luego puede que le resultara demasiado duro volver a subir para tirarla al agua.

—Suena razonable.

—Una pregunta —prosiguió Sejer, captando la mirada de Holthemann—. Si las huellas de la

hebilla de Annie excluyen a Halvor, ¿lo dejarás en libertad?

—Déjame pensarlo.

Sejer se levantó y se acercó a un mapa que había en la pared. El camino desde Krystallen, pasando por la rotonda, la tienda de Horgen y subiendo por el camino de la colina hasta la laguna, estaba señalado en rojo. Annie estaba representada por unas figuritas verdes con imán en aquellos puntos del camino en los que había sido vista. Se parecía al hombre verde de los discos de los pasos de cebrá. Había una figurita delante de su casa en Krystallen, otra en el cruce de Gneisveien, donde había cogido el atajo, otra en la rotonda donde había sido vista por una mujer en el momento de entrar en el coche de Johnas, y otra en la tienda de Horgen. También estaban representados junto a la tienda el coche de Johnas y una moto. Sejer cogió la figura de Annie que estaba en la tienda y se la metió en el bolsillo.

—¿Quién se encuentra más cerca? —murmuró Sejer—. ¿Halvor es el más cercano? ¿Qué posibilidad hay de que alguien tuviera tiempo de recogerla en ese corto período desde que se marchó de la tienda hasta que fue encontrada? Del hombre de la moto no se sabe nada. Nadie vio a Annie sentarse en la moto.

—Pero iba a encontrarse con alguien, ¿no?

—Iba a casa de Anette.

—Eso fue lo que dijo a Ada Holland. Tal vez tuviera una cita —repuso Holthemann.

—En ese caso se habría arriesgado a que Anette llamara a sus padres para preguntar por ella al no haber ido a su casa.

—Se conocían. No llamó.

—Es verdad, lo sé. Pero ¿y si nunca salió del coche de Johnas? Imagínate que fuera así de sencillo.

Sejer se levantó y dio unos pasos con la mente llena de preguntas.

—Nos estamos basando únicamente en el testimonio de Johnas.

—Por lo que sé, es un respetable empresario que tiene su propio negocio y un historial limpiísimo. Además, debería tener una deuda con Annie, porque ella le libró de vez en cuando de un niño muy complicado.

—Exactamente. Ella lo conocía. Y él tenía buenos sentimientos hacia ella. —Cerró los ojos—. Tal vez Annie cometiera un error.

—¿Qué acabas de decir?

Holthemann escuchó con más atención.

—Me pregunto si cometió un error —repitió Sejer.

—Desde luego. Se fue con un asesino hasta un lugar completamente solitario.

—Eso también. Pero me refiero antes. Le subestimó, pensando que estaría segura con él.

—No creo que el tío llevara un cartel colgado del cuello —objetó secamente Holthemann.

—¿Y si además lo conocía? Si ella era tan prudente como dices, debía de conocerlo bien.

—Tal vez tuvieran un secreto entre ellos. ¿Por ejemplo un asunto de cama? —propuso Holthemann sonriendo.

Sejer volvió a colocar la figura de Annie junto a la tienda y se volvió dubitativo.

—No sería la primera vez que ocurriera —continuó el jefe de la sección—. Algunas chicas tienen fijación por hombres mayores. ¿Tú has notado algo de eso, Konrad? —le preguntó sonriendo alegremente.

—Halvor dice que no —contestó Sejer en tono cortante.

—¡Por supuesto! No soporta ni pensar en esa posibilidad.

—Algo que ella pensaba revelar. ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Alguien con mujer, hijos y un buen sueldo?

—Solo estoy pensando en voz alta. El forense dice que no era virgen. —Sejer asintió—. A Halvor le dejó probar, al fin y al cabo, aunque apenas. En mi opinión, todos los hombres de Krystallen podrían ser posibles candidatos. La veían todos los días, en verano y en invierno. Veían lo guapa que se estaba poniendo. La recogían cuando necesitaba transporte, ella cuidaba de sus hijos, entraba y salía de sus casas, confiaba en ellos. Son hombres adultos a quienes ella conocía bien, hombres a los que no habría dado la espalda si hubieran aparecido ante ella. Veintiuna casas, menos la suya, nos proporcionan veinte hombres. Fritzner, Irmak, Solberg, Johnas... un montón de tipos. Tal vez uno de ellos la deseara.

—¿La deseara? Pero si ni la tocó.

—Tal vez alguien le interrumpiera en su propósito.

Sejer miró fijamente el mapa de la pared. Las posibilidades se amontonaban. No entendía que alguien pudiera matar a una persona sin tocarla. No usar el cuerpo sin vida, no buscar joyas o dinero, ni dejar junto al cadáver señas aparentes de desesperación, rabia, o alguna otra perversa inclinación, sino simplemente colocarla bien, acomodarla con consideración, dejando la ropa ordenada y doblada a su lado. Levantó la última figura que representaba a Annie. La apretó fuertemente entre los dedos un instante, y volvió a colocarla en su sitio con desgana.

Luego echó a andar lentamente en dirección a la laguna.

Escuchó e intentó imaginárselos caminando por el sendero.

Annie en vaqueros y jersey azul, y el hombre a su lado. En su mente veía una vaga silueta de un hombre seguramente más grande y mayor que ella. Tal vez conversaran en voz baja mientras atravesaban el bosque, quizá sobre algo importante. Sejer se imaginaba cómo pudo haber sido. El hombre gesticulando, explicando. Annie negando con la cabeza, el hombre empeñado en lo suyo, intentando convencerla, el ambiente cada vez más caldeado. Se estaban acercando al agua, que brillaba entre los árboles. Él se sentó sobre una piedra, aún no la había tocado, y ella se puso a su lado. El hombre hablaba con soltura, en tono imperioso, amable, o tal vez suplicante, Sejer no estaba seguro. Luego el hombre se levantó de repente y se lanzó sobre ella, un fuerte chapoteo en el instante de dar contra el agua, Annie con el hombre encima. Ahora usaba las dos manos y todo el peso del cuerpo. Unos pájaros salieron volando, asustados, gritando, y Annie cerró la boca para que no le entrara agua en los pulmones. Se resistía, arañaba el fango con las manos mientras transcurrían esos vertiginosos segundos rojos, en que su vida se desvanecía lentamente en el agua centelleante.

Sejer miró fijamente el tramo de playa.

Transcurrió una eternidad. Annie había dejado de dar patadas y de moverse. El hombre se levantó, se volvió y miró hacia el sendero. Nadie los había visto. Annie flotaba boca abajo en el agua turbia. Tal vez le pareciera mal dejarla allí y la sacó. Los pensamientos se fueron desarrollando en su cerebro. La policía la encontraría, estudiarían el escenario, sacarían un montón de conclusiones. Una joven muerta en el bosque. Un violador, claro, que había ido

demasiado lejos, de manera que la desnudó, pero con mucho cuidado; tuvo algún problema con los botones, la cremallera y el cinturón, y colocó la ropa ordenadamente junto a la muerta. No le gustó esa postura tan indecente en la que yacía, boca arriba con las piernas separadas, pero no habría podido sacarle los pantalones de otra manera. Así que la tumbó de lado, le dobló las piernas y le colocó los brazos. Porque esa imagen, la última, le perseguiría el resto de sus días, y si tenía que soportarla, tendría que ser lo más agradable posible.

¿Cómo se había atrevido a tomarse tanto tiempo?

Sejer se acercó hasta el mismo borde de la laguna, se quedó con las puntas de los zapatos a unos centímetros del agua y permaneció así un buen rato. La imagen de cómo la encontraron emergió ante su mirada interior. No tenía que ver con la maldad, más bien pensó en ello como un acto desesperado, desgarrador. Le llegó de repente la imagen de un pobre hombre enloquecido debatiéndose en una gran oscuridad. Tal vez allí dentro hacía frío y había poco aire, no paraba de darse cabezazos contra la pared, apenas podía respirar, y era incapaz de salir. Por fin atravesó la pared. La pared era Annie.

Sejer se volvió y regresó a paso lento. El coche, o tal vez la moto, del homicida estaba probablemente aparcada donde él había dejado su Peugeot. Luego el homicida abrió la puerta y descubrió la mochila. Vaciló un instante, pero la dejó donde estaba y se metió en el coche con esa carga tan poco discreta que llevaba en el techo. Enseguida pasó por delante de la casa de Raymond, y vio al idiota y a una niña con un cochecito de muñecas. Ellos también vieron el coche. Algunos niños recuerdan bien los detalles. Notó el primer pinchazo de miedo en el pecho. Siguió conduciendo, pasó por delante de tres granjas y llegó por fin a la carretera principal. Sejer lo perdió de vista.

Se metió en el coche y arrancó. Por el espejo retrovisor vio una nube de polvo tras el coche. La casa de Raymond estaba tranquila; parecía abandonada. Conejos blancos y marrones se movieron asustados de un lado a otro en sus jaulas cuando Sejer pasó con su coche. La furgoneta estaba aparcada delante de la casa. Un coche viejo, ¿con un cilindro estropeado tal vez? La tela metálica y el movimiento de los conejos le recordaron de repente su propia infancia, antes de mudarse de Dinamarca. Tenían gallinas enanas marrones en una jaula en un extremo de la huerta. Él recogía los huevos todas las mañanas, huevos minúsculos, extrañamente redondos, no más grandes que las canicas más grandes de todas, a las que llamaban «doces». A través del espejo le pareció ver que la cortina de una ventana se movía ligeramente. Era la ventana del dormitorio del padre de Raymond, pero no estaba seguro. Giró a la derecha y pasó por delante de la tienda de Horgen, donde había sido vista la moto. Ahora había allí un Blazer azul y el esquimal amarillo anunciando helados, como una señal segura de primavera. Bajó la ventanilla y notó una suave brisa en la cara. El móvil podía haber sido sexual, aunque nada de lo hallado hasta ese momento delatará que así fuera, claro. Tal vez al asesino le habría bastado desnudarla, verla en el suelo, desnuda, indefensa y completamente inmóvil, mientras él se ayudaba a conseguir aquella satisfacción tan añorada pensando en lo que realmente podría haber hecho con ella si hubiera querido. Annie podría haber sufrido muchas vejaciones en la imaginación de su asesino. Claro, así podía haber sido. De nuevo Sejer se sintió mal ante todas aquellas posibilidades. Continuó lentamente por la carretera principal y se detuvo al llegar a la altura del camino de la iglesia y el cementerio. Dejó pasar a un tractor y enfiló el camino. Habían desaparecido ya las flores marchitas de la tumba de Annie, y la cruz de madera. En su lugar habían colocado una piedra, una

piedra corriente de granito, redonda y lisa, como lavada y pulida por el mar. Tal vez procedía de esas playas en las que Annie solía hacer *surfing* en verano. Sejer leyó la inscripción: «Annie Sofie Holland. Dios tenga misericordia de ti».

Sejer reflexionó un instante, extrañado, intentando decidir si el texto le gustaba o no. Creía que no. Sonaba como si ella hubiera hecho algo malo, algo por lo que necesitaba el perdón. Al marcharse pasó ante la tumba de Eskil Johnas. Alguien, tal vez unos niños, habían dejado en ella un ramo de diente de león.

Kollberg necesitaba orinar. Sejer llevó al perro detrás del edificio, donde se alivió en unos matorrales, y volvieron a subir en el ascensor. Luego se metió en la cocina y abrió el congelador para ver lo que contenía: un paquete de salchichas duras como una piedra, una *pizza* congelada y un pequeño paquete de beicon. Lo apretó y sonrió porque le recordaba algo. Se hizo unos huevos, cuatro, fritos por ambos lados, con sal y pimienta, y una salchicha cortada en trozos para el perro. Kollberg se la tragó de un bocado y se instaló bajo la mesa. Sejer se comió los huevos y bebió leche con los pies debajo del cuerpo del perro. Todo en diez minutos. El periódico estaba abierto sobre la mesa. «El novio, en prisión preventiva». Suspiró, se sentía mal. No sentía ninguna simpatía por la prensa y por cómo difundía las miserias de la vida. Finalmente recogió la mesa y encendió la cafetera. Tal vez Halvor hubiera matado a su padre con un rifle. Tal vez se hubiera puesto guantes, colocado el arma dentro del saco de dormir, en las manos de su padre, y disparado, luego habría barrido el suelo de delante de la puerta de la leñera y habría vuelto corriendo a la habitación, donde le esperaba su hermano, ese hermano que sentía una inquebrantable lealtad hacia él y que jamás le habría delatado si Halvor realmente hubiera estado ausente de la cama en el momento de oírse el disparo.

Se tomó el café en el cuarto de estar. Luego se daría una ducha y echaría un vistazo al catálogo de cuartos de baño que había encontrado en el buzón, y en el que había una oferta de unos azulejos blancos, sencillos, con delfines azules. Después de la ducha se tumbó en el sofá. Era un poco corto; tenía que poner los pies sobre el brazo, lo que resultaba bastante incómodo, pero al menos le impedía dormirse. No quería alterar el sueño de la noche, que ya de por sí le resultaba difícil de conciliar debido al eccema. Miró hacia la ventana y vio que ésta necesitaba una limpieza. Como vivía en el piso trece, no veía nada por las ventanas excepto el cielo azul, que ya empezaba a adquirir la profundidad de la noche. De repente vio una mosca en el cristal, un moscardón negro y grande. También una especie de señal de primavera, pensó cuando vio a otro que se acercaba al primero zumbando. No tenía nada en contra de las moscas, pero no le gustaba la manera en la que entrelazaban las piernas. Lo veía como algo muy privado, algo parecido a rascarse la entrepierna en presencia de otras personas. Parecían estar buscando algo. Llegó otra más. Sejer las miró fijamente, y le invadió una sensación desagradable. Tres moscas a la vez en el cristal. Resultaba curioso que no se movieran y se alejaran volando. Llegaron cada vez más. Pronto el cristal estuvo lleno de grandes moscardones negros. Por fin despegaron y desaparecieron detrás del sillón debajo de la ventana. Eran ya tantos que podía oírse el zumbido. Se incorporó vacilante en el sofá con una sensación repugnante. Tenía que haber algo detrás del sillón, algo que les resultara apetecible. Por fin logró levantarse, atravesó la habitación y se acercó sigilosamente al sillón, se armó de valor, y lo empujó hacia un lado. Las moscas volaron en todas direcciones, formando una

nube. El resto estaba en el suelo comiendo algo. Tocó ese algo con el pie y por fin las moscas desaparecieron. Era el resto de una manzana, podrido y blando.

Se incorporó lentamente en el sofá. Tenía la camisa empapada de sudor. Se frotó confuso los ojos y miró el cristal de la ventana. No había nada. Había soñado. Sentía la cabeza pesada y densa, y tenía rígidos la nuca y los pies de haber dormido en el sofá tan corto. Se levantó y no pudo resistir la tentación de mover el sillón y mirar detrás. Nada. Fue a la cocina, donde guardaba una botella de *whisky* y un paquete de tabaco de liar. Suspiró levemente, no del todo satisfecho consigo mismo, y se llevó todo al salón. Kollberg lo observaba expectante. Miró al perro y cambió de idea.

—Paseo —dijo en voz baja.

Tardaron exactamente una hora en ir desde la casa hasta la iglesia del centro y volver. Pensó en su madre, a quien tenía que haber visitado; había pasado demasiado tiempo desde la última vez. Algún día, pensó con tristeza, su hija Ingrid miraría el calendario pensando lo mismo. Ya es hora de hacerle una visita, hace mucho que no voy. Sin alegría, solo como una especie de obligación. Al fin y al cabo, tal vez Skarre tenía razón, tal vez no tenía sentido hacerse tan viejo tan solo para crear molestias a los demás. Se sintió ligeramente abrumado por sus pensamientos y apresuró el paso. Kollberg saltaba a su lado. Tampoco podía renunciar uno a todo. Iba a cambiar el cuarto de baño. A Elise le habrían gustado esos azulejos, de eso estaba seguro. Si supiera que aún no lo había hecho... No quería ni pensarlo. Ocho años con imitación de mármol, era una vergüenza.

Por fin pudo tomarse su merecida copa de *whisky*, y era tan tarde que tal vez volvería a dormirse de todos modos. El timbre sonó en el momento en el que tapaba la botella. Skarre saludó, no tan tímidamente esta vez. Había ido andando, pero arrugó la nariz cuando Sejer le ofreció un *whisky*.

—¿No tendrás una cerveza?

—No, yo no, pero puedo preguntárselo a Kollberg. Suele tener un pequeño almacén en la parte de abajo de la nevera —dijo muy serio. Desapareció de la habitación y volvió con una cerveza.

—¿Estás pensando en poner azulejos?

—Ya lo creo. Hice un cursillo una vez. Lo importante es prepararlo todo muy bien.

—¿Necesitas ayuda?

Sejer asintió con la cabeza.

—¿Qué te parecen éstos? —dijo señalando en el folleto los de los delfines azules.

—Muy bonitos. ¿Qué tienes ahora?

—Imitación de mármol.

Skarre hizo un gesto de comprensión y bebió un sorbo de cerveza.

—Las huellas de Halvor no coinciden con las de la hebilla del cinturón de Annie —indicó de repente—. Holthemann ha accedido a soltarle hasta nuevo aviso.

Sejer no contestó. Sintió una especie de alivio, mezclado con irritación. Contento de saber que no era Halvor, frustrado porque no tenía a nadie más.

—He soñado algo muy asqueroso —dijo de repente, un poco sorprendido por su sinceridad—. Soñé que había una manzana podrida detrás de ese sillón, y que el salón estaba invadido por moscas grandes y negras.

—¿Lo has comprobado? —preguntó Skarre sonriendo.

Sejer bebió un trago de *whisky* y movió afirmativamente la cabeza.

—No hay más que unas pelusas. ¿Crees que ese sueño tiene algún significado?

—Habrá algún mueble que nos hemos olvidado de mover, algo que habrá estado ahí todo el tiempo, algo en lo que no se nos ha ocurrido pensar. Ese sueño es una advertencia, no cabe duda. Ahora se trata de encontrar el sillón.

—¿De manera que nos vamos a meter en el sector mobiliario?

Sejer se rió de su propio chiste, algo poco corriente en él.

—Tenía la esperanza de que guardaras algunas cartas en la manga —confesó Skarre—. No puedo aceptar que no avancemos nada. Las semanas pasan. La carpeta de Annie es cada vez más abultada. Y tú eres el que aporta los consejos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tu nombre —señaló Skarre sonriendo—. Konrad significa el que aporta consejos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sejer levantando una ceja.

—Tengo un libro en casa. Suelo consultarlo cuando alguien nuevo aparece en mi camino. Es muy entretenido.

—¿Qué significa Annie? —preguntó Sejer.

—Bonita.

—Vaya. Bueno, en este momento no hago mucho honor a mi nombre. De todas formas no pierdas la esperanza, Jacob. Por cierto, ¿qué significa Halvor? —preguntó con curiosidad.

—Halvor significa el Vigilante.

Ha dicho Jacob, pensó Skarre extrañado. Es la primera vez que me llama Jacob.

Los rayos del sol, que ya estaba bajo, se introdujeron en la terraza, formando un abrigado rincón en el que pudieron quitarse las chaquetas. Estaban esperando a que se calentara la barbacoa. Olía a carbón, a alcohol de quemar, y a hierbas que crecían en la macetas de la terraza de Ingrid, porque acababa de regarlas.

Sejer tenía a su nieto sobre las rodillas y lo columpió hasta que le dolieron los músculos de los muslos. Sin ese niño, algo desaparecería en su interior. Dentro de unos años le superaría en altura y su voz se volvería grave. Por eso sentía siempre una especie de nostalgia cuando tenía a Matteus sobre las rodillas, a la vez que sentía cosquillas en la espalda como una sensación de gran bienestar.

Ingrid se levantó, cogió los zuecos del suelo de la terraza y los sacudió. Luego metió los pies en ellos.

—¿Por qué haces eso? —preguntó su padre.

—Un viejo hábito nada más —dijo Ingrid sonriendo—, de Somalia.

—Aquí no tenemos serpientes ni escorpiones.

—Es algo instintivo —aseguró Ingrid riendo—. No puedo dejar de hacerlo. Y además tenemos víboras y avispas.

—¿Crees que una víbora sería capaz de meterse en un zapato?

—Ni idea.

Sejer abrazó a su nieto y le husmeó la nuca.

—Colúmpiame más —dijo el niño.

—Me duelen las piernas. ¿Por qué no vas a buscar un libro y te leo algo?

El niño se bajó de sus rodillas de un salto y se metió corriendo en la casa.

—Y por lo demás, ¿cómo estás, papá? —le preguntó su hija de repente. «Por lo demás», pensó. Significaba cómo le iba realmente, cómo le iba por dentro, en el fondo de su alma. O también podía tratarse de una pregunta camuflada, sobre algo que hubiera sucedido. Por ejemplo si se había buscado una amiga, o si tal vez se había enamorado a distancia de alguien, lo cual no era el caso. Pero estaría bien.

—Pues bien, gracias —contestó Sejer en un tono del todo inocente.

—¿Ya no te resultan tan largos los días?

¿Por qué preguntaba con tanta delicadeza? Se le ocurrió pensar que su hija pretendía algo más con esas preguntas.

—Tengo mucho que hacer en el trabajo —dijo—. Y además os tengo a vosotros.

Esas últimas palabras hicieron que Ingrid se pusiera a mover los cubiertos de la ensalada energicamente. No paraba de dar vueltas a los tomates y a los pepinos.

—Sí. Pero ¿sabes?, estamos pensando en volver a bajar. Una temporada. La última —se apresuró a añadir mirándole, con cierto sentimiento de culpabilidad.

—¿Bajar? —Sejer subrayó la palabra—. ¿A Somalia?

—Se lo han pedido a Erik. No hemos contestado todavía, pero lo estamos considerando seriamente. Un poco por Matteus también. Nos gustaría que viera algo del país y que aprendiera el idioma. Si nos fuéramos en agosto, estaríamos de vuelta cuando le tocara empezar primero.

Tres años, pensó Sejer. Tres años sin Ingrid y Matteus. Solo las visitas en Navidad. Cartas y postales, y el nieto, cada año un nuevo estirón.

—No dudo que hagáis falta allí —dijo, tomando impulso para que la voz sonara normal—. No querrás decir que la consideración hacia mi persona es un impedimento para vosotros... No tengo noventa años, Ingrid.

La hija se sonrojó ligeramente.

—También pienso en la abuela.

—Yo me ocuparé de la abuela. Acabarás convirtiendo esa ensalada en puré —señaló.

—No me gusta que te quedes solo —dijo Ingrid en voz baja.

—Tengo a Kollberg.

—¡Pero no es más que un perro!

—Alégrate de que no te entienda.

Sejer echó un vistazo al perro, que dormía plácidamente bajo la mesa.

—Nos arreglamos bien. Quiero que os vayáis si de verdad os apetece. ¿Erik se ha cansado ya de anginas y apendicitis?

—Es todo tan distinto allí abajo... —explicó Ingrid—. Te sientes mucho más útil.

—¿Y Matteus? ¿Qué vais a hacer con él?

—Irá a una guardería americana con un montón de niños. Y además —añadió pensativa—, resulta que Matteus tiene parientes allí a los que nunca ha visto. Eso me preocupa. Quiero que lo sepa todo.

—¿Americana? —dijo escéptico—. ¿Y a qué te refieres con que lo sepa todo?

Sejer pensó en los verdaderos padres de Matteus y en el destino que la suerte les había deparado.

—Lo de su madre tendrá que esperar hasta que el niño sea mayor.

—¡Marchaos! —dijo Sejer con determinación.

Ingrid lo miró sonriente.

—¿Qué crees que habría dicho mamá?

—Lo mismo que yo. Y luego habría lloriqueado un poco en la cama.

—¿Y tú no?

Matteus llegó corriendo con un libro infantil en una mano y una manzana en la otra. «Érase una noche oscura y tormentosa».

—¿No da mucho miedo? —preguntó Sejer.

—¡Qué va! —exclamó el pequeño trepando hasta sus rodillas.

—El carbón ya está blanco —anunció Ingrid mientras se quitaba los zapatos—. Voy a poner los solomillos.

Ingrid colocó la carne sobre la parrilla, cuatro trozos en total, y entró en casa a buscar las bebidas.

—Tengo una pitón verde en mi cuarto —susurró Matteus—. ¿Se la metemos en un zapato?

Sejer vaciló.

—No estoy muy seguro. ¿Crees que vale la pena?

—¿No te parece bien?

—En realidad no.

—Los viejos siempre tienen mucho miedo —dijo el niño ante aquella respuesta—. No te preocupes, me echarán la culpa a mí.

—Está bien —dijo Sejer en voz baja—, miraré hacia otro lado.

Matteus volvió a bajarse de un salto de las rodillas del abuelo y se fue corriendo a buscar su serpiente de goma. Al volver la metió con mucho cuidado en el zueco de su madre.

—Ahora ya puedes empezar a leer.

Sejer pensó con horror en esa repugnante serpiente de goma y en la sensación del pie desnudo al encontrarse con ella. Luego empezó a leer con voz grave y dramática: «Érase una noche oscura y tormentosa. Había ladrones en las montañas, y lobos».

—¿Estás seguro de que este libro no da demasiado miedo? —preguntó.

—Mamá me lo ha leído muchas veces —dijo Matteus dando un mordisco a la manzana y masticando contento.

—No te metas trozos tan grandes en la boca —le advirtió Sejer—. Puedes atragantarte.

—¡Lee, abuelo!

Creo que me estoy haciendo viejo, pensó Sejer con tristeza, viejo y preocupado.

—«Érase una noche oscura y tormentosa» —volvió a leer, y en ese momento apareció Ingrid con tres cervezas y una Coca-Cola. Sejer se calló en el acto y la miró fijamente. Lo mismo hizo Matteus.

—¿Por qué me miráis así? ¿Qué os pasa?

—Nada —dijeron al unísono, y volvieron a inclinarse sobre el libro.

Ingrid puso las botellas sobre la mesa, las abrió y buscó sus zuecos. Los cogió del suelo y los sacudió tres veces, pero no pasó nada. Se ha enganchado en la punta, pensaron los dos, alborzados. Luego sucedieron muchas cosas a la vez. De repente apareció Erik, el yerno, en la puerta. Matteus se bajó de un salto de las rodillas de su abuelo y se abalanzó sobre su padre.

Kollberg se despertó, dio un salto debajo de la mesa y se puso a mover el rabo con tanta energía que tiró las botellas, e Ingrid metió los pies en los zuecos.

Sølvi estaba en su cuarto sacando cosas de una caja de cartón. Se enderezó un instante y echó un vistazo por la ventana. Fritzner, que vivía justo enfrente, estaba junto a la ventana mirándola. Tenía un vaso en la mano y lo levantó haciendo un gesto con la cabeza, como queriendo hacer un brindis.

Sølvi le dio la espalda inmediatamente. No le importaba nada que un hombre la contemplara, pero Fritzner era calvo. Pensar en una vida junto a un calvo resultaba tan inaudito como imaginarse una vida junto a un hombre gordo. No entraba en sus sueños. Nunca se le había ocurrido pensar que Eddie también estaba calvo. No le importaba que los hombres fueran calvos, tan solo que no lo fueran aquéllos con los que salía. Frunció la nariz con desprecio y volvió a mirar. El hombre ya no estaba. Ese loco se habría vuelto a meter en su barca.

Oyó sonar el timbre y fue a abrir a paso ligero, vestida con un traje de pantalón azul claro, un cinturón plateado y zapatillas planas de piel.

—¡Ah, es usted! —dijo amablemente—. Estoy ordenando la habitación de Annie. Pase, mis padres están a punto de llegar.

Sejer la siguió a través del salón hasta su cuarto, que estaba al lado del de Annie. Era bastante más grande y lo habían pintado en tonos pastel. En la mesilla de noche había una foto de la hermana muerta.

—He heredado algunas cosas —comentó sonriendo, como si quisiera disculparse—. Algo de ropa y cosas así. Y si logro convencer a papá para que me dejen tirar la pared de la habitación de Annie, tendré una gran habitación.

Sejer asintió con la cabeza.

—Quedará estupendo —murmuró avergonzándose de los sentimientos desagradables que amenazaban con emerger.

No tenía derecho a juzgar a nadie. Ellos se esforzaban por seguir viviendo y tenían derecho a hacerlo a su manera. Nadie debe decir a otros cómo superar el duelo por un ser querido. Mientras se echaba esta pequeña reprimenda, miraba a su alrededor. Jamás había visto una habitación con tantos cachivaches, figuras y trastos.

—Y voy a tener una televisión para mí sola —prosiguió Sølvi sonriendo—. Y con una antena nueva podré recibir todos los canales de la televisión noruega. —Se agachó sobre una caja de cartón colocada en el suelo; no paraba de sacar cosas—. Casi todo son libros —dijo—. Annie no tenía cosméticos ni joyas ni esas cosas, pero tenía un montón de CDs y cintas de casete.

—¿Te gusta leer?

—En realidad no. Pero la estantería quedará bonita llena de libros.

Sejer hizo un gesto de comprensión.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó la muchacha.

—Pues sí, en cierto modo. Pero aún no entendemos del todo el significado.

Sølvi seguía sacando cosas de la caja de cartón envueltas en papel de periódico.

—¿Conoces a Magne Johnas, Sølvi?

—Sí —contestó la joven. A Sejer le pareció que se ruborizaba, pero no estaba seguro, porque ya estaba sonrojada antes—. Ahora vive en Oslo. Trabaja en Gym & Greier.

—¿Sabes si alguna vez hubo algo entre Annie y él?

—¿Si hubo algo? —repitió mirando a Sejer sin comprender la pregunta.

—Si salieron juntos, o si Magne alguna vez estuvo enamorado de ella, o si había intentado ligar con ella antes que contigo.

—Annie siempre se reía de él —contestó Sølvi como lamentándolo—. Ni que Halvor fuera gran cosa. Magne al menos tiene pinta de chico. Quero decir, tiene músculos y eso.

La joven luchaba con el papel de periódico y evitaba mirar a Sejer.

—¿Annie pudo ofender a Magne de alguna manera? —preguntó Sejer mirando un objeto brillante que apareció entre los envoltorios.

—No me extrañaría. A Annie no le bastaba con decir que no. Podía llegar a ser bastante sarcástica, y no le gustaban nada los músculos. Todo el mundo habla de lo buena y lo maravillosa que era, y yo no es que pretenda decir nada malo de mi hermanastra, pero muchas veces era sarcástica. Solo que nadie se atreve a decirlo porque ha muerto. No entiendo cómo podía soportarlo Halvor. Siempre era Annie la que lo decidía todo.

—¿Ah, sí?

—Pero conmigo siempre era buena.

Por un instante pareció asustada al recordar a su hermana y todo lo que había sucedido.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Magne? —preguntó Sejer cortésmente.

—Solo unas semanas. Vamos al cine y cosas así.

—Él es más joven que tú, ¿no?

—Cuatro años —contestó de mala gana—. Pero es muy maduro para su edad.

—Eso parece, sí.

Sølvi levantó algo hacia la luz y lo miró. Era un pájaro de bronce sobre un palo. Una criatura pequeña y redonda vestida de plumas y con la cabeza ladeada.

—Creo que está roto —dijo Sølvi insegura.

Sejer miró sorprendido. Lo que vio se le clavó en la sien como una flecha. Parecía un pajarito de los que se ponían en las tumbas de los niños.

—Puedo preparar un poco de masa de miga de pan y hacerle un pie nuevo —dijo la joven, pensativa—. Le diré a papá que me ayude. El pájaro es muy bonito.

Sejer no contestó. En su mente empezaba a surgir la imagen de otra Annie, una imagen más matizada que la que Halvor y sus padres le habían dibujado.

—¿Qué crees que es? —murmuró.

Ella se encogió de los hombros.

—Ni idea. Una figura de esas de adorno rota, ¿no?

—¿Nunca la habías visto hasta ahora?

—No. Annie no me dejaba entrar en su habitación cuando ella no estaba en casa.

Dejó el pájaro sobre el escritorio, donde se quedó balanceándose. Sølvi volvió a meter la cabeza en la caja de cartón.

—¿Hace mucho que no ves a tu padre? —preguntó Sejer mirando el pájaro que seguía balanceándose cada vez más despacio. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas.

—¿Mi padre? —Se enderezó y lo miró algo confusa—. ¿Quiere decir mi padre de Adamstuen? Sejer asintió con un movimiento de cabeza.

—Vino al entierro de Annie.

—Seguramente lo echas de menos, ¿no?

Sølvi no contestó a esa pregunta. Fue como si Sejer tocara algo en lo que ella rara vez se parara a pensar, algo incómodo que intentaba olvidar, un atisbo de mala conciencia tal vez, algo causado por otros, leyes no escritas que ella siempre había seguido y aceptado sin protestar, porque nunca había entendido lo que realmente había detrás. Sejer se sintió un poco desconsiderado en ese momento. Tenía que mostrarse respetuoso; no debía olvidar que tenía que acercarse a la gente con cierta delicadeza, y no entrando por la fuerza en su mundo.

—¿Cómo llamas a Eddie? —preguntó con cautela.

—Lo llamo papá —contestó en voz baja.

—¿Y a tu verdadero padre?

—A él lo llamo padre —dijo con naturalidad—. Siempre lo he llamado así. Era él quien lo quería; es muy anticuado.

«Era...». Como si ya no existiera.

—Estoy oyendo el coche de mis padres —dijo Sølvi aliviada.

El Toyota verde de los Holland se paró delante de la casa. Sejer vio a Ada Holland poner un pie en la gravilla y echar un vistazo hacia la ventana.

—¿Me dejas ese pájaro, Sølvi?

Ella lo miró boquiabierta.

—¿El pájaro roto? Claro que sí —exclamó ella, dándole el pájaro con una mirada interrogante.

—Gracias. No voy a molestarte más —dijo Sejer sonriendo, y salió de la habitación.

Se metió el pájaro en un bolsillo y se dirigió al cuarto de estar, donde se quedó esperando junto a la pared.

El pájaro. Arrancado de la tumba de Eskil. En la habitación de Annie. ¿Por qué?

Holland entró primero. Lo saludó con un movimiento de cabeza y luego le dio la mano, con la mirada parcialmente dirigida a otra parte. Había en él un sentimiento de rechazo que antes no había mostrado. La señora Holland fue a hacer café.

—Sølvi va a quedarse con la habitación de Annie —dijo Holland—. Así no estará vacía y tendremos algo de qué ocuparnos. Vamos a tirar la pared y a empapelar de nuevo. Supondrá bastante trabajo. Quiero decirle algo —añadió—. He visto en los periódicos que un chico de dieciocho años está en prisión preventiva. ¡Pero si es imposible que haya sido Halvor! Lo conocemos desde hace dos años. Es verdad que no resulta fácil intimar con él, pero uno aprende a conocer a las personas. No quiero insinuar que ustedes no sepan lo que hacen, pero nosotros somos incapaces de imaginarnos que Halvor sea un homicida, ninguno de nosotros.

Sejer sí era capaz de imaginárselo. Los homicidas eran como la mayoría de la gente. Tal vez hubiera volado la cabeza de su padre; fría y deliberadamente podría haber matado a un hombre dormido.

—¿Es Halvor el que está en prisión preventiva? —preguntó Holland.

—Ya lo hemos soltado —contestó Sejer en voz alta.

—Pero ¿por qué estuvo detenido?

—Nos vimos obligados a hacerlo. No puedo decir nada más sobre ese asunto.

—¿Debido a la investigación?

—Correcto.

La señora Holland entró con cuatro tazas y un plato de galletas.

—¿Hay algo más?

—Sí.

Sejer miró por la ventana, buscando algo que pudiera distraerles.

—Por ahora no puedo decir mucho más.

Holland sonrió con amargura.

—Claro que no. Supongo que nosotros seremos los últimos en enterarnos. Cuando por fin lo cojan, los periódicos lo sabrán mucho antes que nosotros.

—En absoluto.

Sejer lo miró a los ojos, que eran grandes y grises como habían sido los de Annie. En ese momento estaban rebosantes de dolor.

—La prensa está en todas partes y tiene sus contactos. El que usted lea cosas en el periódico no significa que nosotros les hayamos dado la información. Los avisaremos cuando procedamos a la detención de alguien, se lo prometo.

—Nadie nos comunicó lo de Halvor —dijo Holland en voz baja.

—Eso se debe simplemente a que nunca creímos que se tratara del homicida.

—Cuando lo pienso —murmuró Holland—, no sé si quiero saberlo..., saber quién lo ha hecho.

Ada Holland entró con la cafetera y lo miró escandalizada.

—¿Qué estás diciendo?

—Ya nada importa. Es como si todo hubiera sido un accidente, un accidente inevitable.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su mujer, afligida.

—Puesto que de todos modos iba a morir, todo da igual ya.

Holland miró el interior de la taza vacía, la cogió y la volcó, como si quisiera mancharse con un café caliente que no había.

—No da igual —objetó Sejer tenazmente—. Tienen ustedes derecho a saber el motivo. Quizá tarde, pero lo averiguaré, aunque tal vez sea un proceso muy largo.

—¿Un proceso muy largo? —Holland sonrió con amargura—. Annie se está descomponiendo lentamente —susurró.

—¡Pero Eddie, por favor! —exclamó la señora Holland apenada—. Tenemos a Sølvi.

—Tú tienes a Sølvi.

Holland se levantó y desapareció en alguna parte de la casa. Nadie lo siguió. La señora Holland se encogió de hombros, desesperada.

—Annie era la niña de sus ojos —susurró en voz baja.

—Ya lo sé.

—Me temo que nunca volverá a ser el mismo.

—No lo será, es cierto. Ahora está intentando adaptarse al nuevo Eddie. Necesita tiempo. Tal vez sea más fácil cuando sepamos lo que realmente ocurrió.

—No sé si querré saberlo.

—¿Tiene miedo a algo?

—Tengo miedo a todo. Me imagino toda clase de cosas, allí arriba en la laguna.

—¿Puede explicarme lo que se imagina?

Ella negó con la cabeza y agarró la taza.

—No, no puedo. No son más que imaginaciones. Si las digo en voz alta, pueden convertirse en realidad.

—Parece que Sølvi se maneja bien —comentó Sejer para distraerla.

—Sølvi es fuerte —dijo Ada Holland de repente, con gran decisión.

Fuerte, pensó Sejer. Pues sí, tal vez fuera una característica correcta. Tal vez Annie fuera la débil. Las cosas empezaban a dar vueltas en su cerebro de forma inquietante. La señora Holland fue a la cocina a por azúcar y leche. Sølvi entró.

—¿Dónde está papá?

—Viene enseguida —gritó la señora Holland desde la cocina en tono imperativo, tal vez con la esperanza de que Eddie la oyera y volviera a entrar.

No solo ha muerto Annie, pensó Sejer, sino que la familia entera se derrumba, se abren las juntas soldadas, hay grandes agujeros en el casco y el agua entra a chorros. Ella intenta meter viejas frases y órdenes en las grietas para mantener el barco a flote.

Sirvió el café. Sejer no encontró sitio para los dedos en el asa y tuvo que coger la taza con las dos manos.

—Habla usted constantemente del motivo —dijo Ada Holland con voz cansina—, como si el asesino hubiera tenido una buena razón para hacerlo.

—Buena no, pero evidentemente tenía una razón. Una razón que en ese momento y en ese lugar sería su única salida.

—¿Así que entiende usted a esa gente a la que encarcela por homicidios y miserias?

—Si no la entendiésemos, no podría desempeñar mi profesión.

Sejer bebió más café y pensó en Halvor.

—Pero habrá excepciones...

—Rara vez las hay.

Ada Holland suspiró y miró a su hija, que estaba sentada frente a ella.

—¿Tú qué crees, Sølvi? —preguntó muy seria en voz baja y en un tono distinto al que había empleado antes, como si por una vez quisiera penetrar en la rubia y ligera cabeza de su hija y encontrar una respuesta, tal vez una respuesta inesperada y aclaratoria. Como si esa única hija que le quedaba fuera tal vez diferente de lo que había pensado y más parecida a Annie de lo que imaginaba.

—¿Yo? —exclamó la joven mirando sorprendida a su madre—. La verdad es que a mí nunca me ha gustado ese Fritzner de la casa de enfrente. He oído decir que se pasa toda la noche leyendo, sentado en una barca de vela que ha colocado en medio del cuarto de estar, con una cerveza en un soporte para botellas.

Skarre había apagado casi todas las luces del despacho. Solo estaba encendida la lámpara del escritorio, sesenta vatios en un círculo blanco iluminando los papeles. La impresora sonaba débil y regularmente mientras escupía página tras página, cubiertas de una escritura perfecta, la que más le gustaba y que se llamaba Palatino. Al fondo, como a lo lejos, se abrió una puerta y alguien entró. Quiso levantar la vista y mirar, pero en ese momento salió la hoja de la impresora. Se agachó, la cogió y volvió a levantarse. Descubrió en el papel blanco algo que se estaba metiendo en su campo de visión: un pájaro de bronce sobre un palo.

—¿Dónde? —dijo presuroso.

Sejer se sentó.

—En casa de Annie. Sølvi está «heredando» las cosas de su hermana, y el pájaro estaba entre ellas, envuelto en papel de periódico. Me pasé por la tumba. Encajaba como un guante en una mano. Pero alguien pudo habérselo dado —añadió mirando a Skarre.

—¿Quién, por ejemplo?

—No lo sé. Pero si fue ella misma la que lo cogió, si fue hasta allí en medio de la noche con alguna herramienta para arrancarlo de la tumba del niño, entonces se trata de un acto bastante desconsiderado. ¿No te parece?

—Pero Annie no era desconsiderada, ¿no?

—No lo sé. Ya no estoy seguro de nada.

Skarre giró la lámpara para alejar la luz del escritorio. Formó una media luna perfecta en la pared. Se quedaron mirándola fijamente. Skarre tuvo la ocurrencia de levantar el pájaro agarrándolo por el palo y hacer que se contoneara delante de la lámpara. La sombra que formaba sobre la luna blanca parecía un gigantesco pato borracho camino de casa después de una juerga.

—Jensvoll ha dimitido como entrenador del equipo femenino —dijo Skarre.

—¿Qué dices?

—Empezaron a propagarse los rumores. Ese asunto de la violación vuela bajo sobre los lagos. Las chicas dejaron de acudir a los entrenamientos.

—Ya me lo figuraba. Lo uno trae consigo lo otro.

—Y Fritzner tenía razón. Se avecinan días duros para muchos. Hasta que el culpable se venga abajo. Y será pronto, porque ahora entiendes todo el contexto, ¿verdad?

Sejer hizo un gesto negativo.

—Algo sucedió entre Annie y Johnas.

—Tal vez la chica quería simplemente tener un recuerdo de Eskil.

—En ese caso podría haber ido a su casa a pedir un osito de peluche o algo por el estilo.

—¿Crees que él pudo haber abusado de ella?

—De ella, o tal vez de alguien con quien ella tenía relación. Alguien a quien ella quería.

—No te entiendo... ¿Quieres decir Halvor?

—Me refiero a su hijo, a Eskil, que murió mientras Johnas estaba afeitándose en el cuarto de baño.

—Pero ella no podía reprocharle eso, ¿no crees?

—Salvo que haya algo sin aclarar sobre las circunstancias de la muerte del pequeño.

Skarre silbó.

—Allí no había nadie para verlo. Solo tenemos las declaraciones de Johnas.

Sejer cogió el pájaro una vez más y hurgó cuidadosamente en el interior del agudo pico.

—¿Tú que piensas, Jacob? ¿Qué pasó realmente aquella mañana del siete de noviembre?

Los recuerdos se abatieron sobre él como una avalancha cuando abrió la puerta doble de cristal y dio un par de pasos por el interior: el olor a hospital, esa mezcla de formol y jabón, junto al olor a chocolate del quiosco y el aroma perfumado de los claveles de la floristería...

En lugar de pensar en la muerte de su mujer intentó pensar en su hija Ingrid, en el día en que nació, porque ese enorme edificio alojaba tanto su mayor dolor como su mayor alegría en esta vida. En esas dos ocasiones había entrado por esa misma puerta y percibido esos mismos olores. Sin pretenderlo, había comparado a su hija recién nacida con los demás bebés. Los otros le parecieron más rojos y más gordos, más arrugados y además despeinados. O eran prematuros, o estaban amarillos como la cera o habían tardado demasiado en salir y parecían desnutridos ancianos en miniatura. Solo Ingrid era perfecta. Los recuerdos hicieron que por fin se relajase.

Había avisado con antelación de su visita. Tardó exactamente ocho minutos en localizar por teléfono al patólogo que había realizado la autopsia de Eskil Johnas. Le explicó de antemano de qué se trataba para que pudieran buscar carpetas y diarios y tenerlo todo preparado sobre la mesa cuando él llegara. Una de las cosas que de hecho le gustaba de la burocracia, ese pesado y lento y minucioso sistema que gobernaba todos los organismos públicos, era la norma que exigía que todo se anotara y archivara. Fechas, horas, nombres, diagnósticos, rutinas, irregularidades, todo tenía que registrarse. Todo podía volver a ser sacado y analizado de nuevo, por otras personas, con otros motivos y desde otra perspectiva.

En eso iba pensando al salir del ascensor. Notó cómo se acentuaba el olor a hospital mientras andaba por el pasillo de la octava planta. El patólogo, cuya voz por teléfono parecía ser la de un hombre algo mayor, resultó ser un hombre joven. En la mesa tenía un archivador pequeño, un teléfono, una pila de papeles, y un gran libro rojo con caracteres chinos.

—He de admitir que revisé el informe a toda prisa —dijo el médico, que llevaba unas gafas que le conferían una expresión de susto constante—. Me entró la curiosidad. Es usted inspector de policía, ¿no es así?

Sejer asintió con la cabeza.

—Por lo que deduzco que esta muerte no está del todo clara, ¿verdad?

—No tengo ninguna opinión al respecto.

—Pero ¿usted está aquí por eso?

Sejer lo miró y parpadeó dos veces. Ésa fue toda la respuesta que recibió el patólogo. Como Sejer no dijo nada, el otro siguió hablando, un fenómeno que nunca dejaba de sorprender a Sejer,

y que le había proporcionado muchas confesiones a lo largo de los años.

—Una historia muy trágica —murmuró el patólogo mientras miraba los papeles—. Niño de dos años. Accidente doméstico. Sin vigilancia durante unos minutos. Muerto al llegar. Lo abrimos y encontramos una obstrucción total en el esófago, en forma de comida.

—¿Qué clase de comida?

—Gofres en forma de corazón. De hecho, pudimos desdoblarlos tal cual; estaban casi enteros. Dos corazones de gofres hechos una bola. Eso es mucha comida en una boca tan pequeña, aunque el niño era grande y fuerte. Luego me enteré de que era un crío muy glotón y además hiperactivo.

Sejer intentó imaginarse una plancha de gofres de los que solía hacer Elise, de cinco corazones. La de Ingrid era más moderna y solo tenía cuatro corazones, y además no era completamente redonda.

—Recuerdo muy bien esa historia. Uno se acuerda siempre de los casos trágicos; se quedan fijados en la memoria. La inmensa mayoría de las personas a las que tenemos que hacerles la autopsia tiene entre ochenta y noventa años. Recuerdo aquellos corazones de gofres puestos en el plato. Los niños y los gofres se pertenecen de alguna manera. Por eso resultó más triste aún que precisamente lo mataran los gofres. Se había sentado a la mesa para disfrutar.

—Dice usted «nosotros». ¿Eran más?

—Estuvo conmigo el patólogo jefe, Arnesen. Entonces yo era nuevo aquí y a él le gustaba controlar a los nuevos. Ya se ha jubilado. Ahora tenemos una jefa —explicó, mirándose fijamente las manos.

—¿Dos corazones completos de gofres? ¿Los había masticado?

—Aparentemente no. Estaban bastante enteros.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Sejer con curiosidad.

—Tengo cuatro —contestó el médico con expresión satisfecha.

—¿Pensaba usted en ellos cuando realizó aquella autopsia?

El médico lo miró inseguro, como si no entendiera la pregunta.

—Bueno, sí, en cierta manera. Aunque creo que pensé más bien en los niños en general, y en cómo se comportan.

—¿Ah, sí?

—Uno de mis hijos acababa de cumplir tres años entonces —prosiguió—. Y le encantan los gofres. Yo siempre le doy la lata, como solemos hacer los padres, para que no se meta tanta comida en la boca a la vez.

—Pero en este caso allí no había nadie para darle tales consejos —indicó Sejer.

—No. Si lo hubiera habido, el accidente no se habría producido.

Sejer no dijo nada al respecto.

—Imáginese a su propio hijo con la misma edad y con un plato de gofres delante. ¿A su hijo se le habría ocurrido coger dos, doblarlos y metérselos en la boca de una vez?

Hubo una larga pausa.

—Eh... se trataba de un niño algo especial.

—¿Exactamente de dónde procedía esa información, de que era tan especial?

—Del padre. Estuvo aquí, en el hospital, todo el día. La madre vino más tarde, acompañada por un hijo adolescente. Todo está anotado en los papeles. Le he hecho una copia, tal y como me pidió.

Puso un dedo sobre el montón de papeles que tenía delante y empujó hacia un lado el libro chino. Sejer reconoció el primer signo de la portada como el que significaba «hombre».

—Según tengo entendido, el padre estaba en el cuarto de baño cuando ocurrió el accidente.

—Así es. Estaba afeitándose. Además, había atado al niño a la silla y por eso no pudo bajar a pedir ayuda. Cuando el padre entró en la cocina, el niño yacía desplomado sobre la mesa. Había tirado el plato al suelo y se había hecho añicos. Lo peor de todo es que el padre oyó el estruendo.

—¿Y no corrió hasta la cocina?

—Al parecer era un niño que siempre estaba rompiendo cosas.

—¿Quién más había en casa cuando ocurrió?

—Según tengo entendido, solo la madre. El hijo mayor acababa de marcharse en el autocar escolar o algo así, y la madre estaba durmiendo en el piso de arriba.

—¿Y no oyó nada?

—No habría nada que oír, ya que el niño no podía gritar.

—No claro, con dos corazones de gofres en la garganta... Pero luego se despertó. ¿La despertó el marido?

—Puede que él la llamara a gritos. Las personas reaccionamos de manera muy distinta ante ese tipo de situaciones. Algunos gritan sin parar, otros se quedan completamente paralizados.

—Pero ¿ella no acompañó al niño en la ambulancia?

—Llegó más tarde. Fue primero a buscar al hijo mayor al colegio.

—¿Cuánto tardaron en llegar?

—Vamos a ver... alrededor de hora y media, según pone aquí.

—¿Podría decirme en qué estado se encontraba ella? ¿Y el padre?

El médico calló y cerró los ojos, como si de verdad quisiera reproducir en su mente aquella mañana, tal y como había sido.

—Él estaba en estado de *shock* y no decía gran cosa.

—Es comprensible. Pero ¿se acuerda usted de lo poco que pudo haber dicho? ¿Recuerda algunas de sus palabras?

El médico lo miró con expresión interrogante, y movió la cabeza negativamente.

—Hace bastante tiempo. Casi ocho meses.

—Inténtelo de todos modos.

—Si no recuerdo mal, dijo algo así como: ¡Oh Dios, no! ¡Oh Dios, no!

—¿Fue el padre el que avisó a la ambulancia?

—Eso es lo que pone aquí.

—¿Se tarda realmente veinte minutos en ir de aquí a Lundeby?

—Sí, lamentablemente. Y otros veinte de vuelta. No llevaban personal preparado para realizar una traqueotomía. En ese caso, quizá podrían haberlo salvado.

—¿Qué quiere decir?

—Una traqueotomía es un agujero que se hace en la tráquea desde fuera.

—¿Quiere decir que se abre la garganta?

—Sí; de hecho es una intervención bastante sencilla. Tal vez podría haber salvado al niño. Pero tampoco sabemos con exactitud cuánto tiempo estuvo sentado en la silla antes de que el padre lo encontrara.

—Más o menos lo que se tarda en afeitarse, ¿no cree?

—Pues sí, tal vez.

El médico hojeó los papeles mientras se ajustaba las gafas.

—¿Existe la sospecha de algo... delictivo?

Se había guardado esa pregunta durante mucho tiempo. En ese momento se sintió con cierto derecho a hacerla.

—No creo. ¿Usted qué opina?

—¡Yo no puedo opinar sobre eso!

—Pero usted abrió al niño y lo examinó. ¿Encontró algo anormal en esa muerte?

—¿Anormal? Los niños son así. Se hinchan a comer.

—Pero si tenía un plato delante con varios gofres, estaba solo y no tenía miedo a que nadie se lo quitara, ¿por qué iba a meterse dos corazones en la boca a la vez?

—Dígame una cosa: ¿adónde quiere ir a parar?

—No tengo ni idea.

El médico se quedó absorto en sus propios pensamientos. Volvió a pensar en aquella mañana en que el pequeño Eskil yacía desnudo sobre la mesa de porcelana, abierto en canal desde la garganta. Recordó el momento en que descubrió esa bola en la tráquea y vio que se trataba de gofres. Dos corazones enteros. Una única bola empalagosa de huevos, harina, mantequilla y leche.

—Recuerdo la autopsia —dijo en voz baja—. De hecho, la recuerdo muy bien. Tal vez eso en sí muestra que en realidad estaba intrigado. No, no lo sé, no puedo decir nada. Nunca suelo pensar así. Pero... —dijo de repente— ¿cómo se le ha ocurrido a usted que pudo haber alguna irregularidad?

«Irregularidad», esa palabra capciosa en la que cabían tantas posibilidades.

—Bueno —dijo Sejer sin apartar la vista del médico—, el niño tenía una niñera. Digamos que esa chica reaccionó de manera extraña tras la muerte del niño, lo que me ha hecho pensar.

—¿De manera extraña? Puede preguntárselo a ella, ¿no?

—No, no puedo. Es demasiado tarde.

Gofres para desayunar, pensó. Tenían que haber sido del día anterior. Estaba seguro de que Johnas no se había levantado tan temprano por la mañana para hacer la masa. Gofres del día anterior, fríos y viscosos. Sejer se abrochó la chaqueta y se metió en el coche. Nadie sospecharía nada. Los niños siempre se atragantaban. El patólogo lo había expresado así: se hinchan a comer. Arrancó el coche, cruzó la calle de Rosenkrantz y bajó hasta el río, donde se desvió a la izquierda. No tenía hambre, pero se fue a los Juzgados, aparcó, y cogió el ascensor hasta la cantina, donde servían gofres. Pidió una plancha, un platito de mermelada y café, y se sentó junto a la ventana. Esos gofres estaban crujientes y recién hechos. Los dobló una vez y luego otra. Después se quedó mirándolos. Pudo, con algo de esfuerzo, metérselos en la boca, y todavía le quedaba espacio para masticar. Una vez masticados, notó cómo iban bajando por la garganta sin ningún problema. Los gofres recién hechos eran lisos y grasientos. Bebió café y sacudió la cabeza. Analizó desgano esas imágenes que venían empujando en su mente, del niño con la garganta llena. De cómo habría gesticulado y agitado las manos, roto el plato y luchado por su vida sin que nadie lo oyera. Solo el padre había oído romperse el plato. ¿Por qué no fue corriendo a la cocina para ver qué había pasado? Porque el niño siempre estaba rompiendo cosas, había dicho el médico. Pero de todos modos... un niño tan pequeño y un plato hecho añicos. Yo habría acudido inmediatamente, pensó Sejer. Habría pensado que la silla podría haberse volcado y que el niño

podría haberse hecho daño. Pero el padre se tomó tiempo hasta acabar de afeitarse. ¿Y si la madre hubiera estado despierta a pesar de todo? ¿Habría oído romperse el plato? Sejer acabó el café y untó el resto de los gofres con mermelada. Luego leyó el informe detenidamente. Por fin se levantó y se fue al coche. Pensó en Astrid Johnas, acostada en el piso de arriba sin saber lo que estaba pasando en la planta baja.

Halvor cogió una rebanada de pan del plato y conectó el ordenador. Le gustaba ese pequeño toque de trompeta y el flujo de luz azul en la habitación cuando el ordenador se ponía en marcha. Cada toque de trompeta era un momento solemne. Para él era como si la máquina diera la bienvenida a una persona importante, como si le hubieran estado esperando. Ese día tenía ideas diferentes. Estaba de un humor endiablado, como Annie había estado muchas veces. Por eso empezó fuerte con «Fuera de aquí», «Prohibido entrar», «Desaparece de mi vista». Ésas eran las cosas que Annie solía decirle cuando él le rodeaba los hombros con un brazo cuidadosa y siempre amistosamente. Pero Annie siempre lo decía en un tono cariñoso. Y cuando él se atrevía a pedirle un beso, ella le amenazaba con morderle el gesto malhumorado de la boca. La voz siempre expresaba algo distinto a lo que decían las palabras. Ciertamente las palabras estaban ahí, pero al menos resultaba más llevadero. En realidad, nunca le había permitido llegar hasta ella del todo. Y sin embargo, Annie quería tenerlo consigo. Solían estar acostados muy juntos el uno junto al otro, robarse calor el uno al otro. Tampoco estaba mal hallarse en la oscuridad, debajo del edredón, muy cerca de Annie, escuchando el silencio fuera, libre del terror y de las pesadillas relacionados con su padre, que ya no podía irrumpir en la habitación y arrancarle el edredón, que ya no podía alcanzarle. La seguridad. La costumbre de tener a alguien acostado al lado, como había tenido siempre a su hermano. Oír la respiración del otro, notar su calor en la cara.

¿Por qué había escrito eso Annie? ¿Qué era? ¿Lo entendería cuando por fin lo encontrara? Masticaba pan con paté de hígado y oyó el sonido de la televisión del cuarto de estar. Tenía mala conciencia porque su abuela estaba sola todas las tardes, e iba a seguir sola hasta que él consiguiera encontrar la clave y penetrar en el secreto de Annie. Debe de tratarse de algo oscuro, pensó, por lo inaccesible que es. Algo oscuro y peligroso, algo que no puede decirse en voz alta, solo escribirse y encerrarse, como un asunto de vida o muerte. Lo tecleó: «Vida o muerte». Nada.

La señora Johnas estaba almorzando en la trastienda. Miró a Sejer desde dentro con una rebanada de pan crujiente en la mano, vestida con el mismo traje rojo que la vez anterior. Parecía algo preocupada. Dejó el pan sobre el papel, como si fuera poco decoroso masticar cuando iban a hablar de Annie. En lugar de ello, se centró en el café.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó, bebiendo de la taza del termo.

—Hoy no quiero hablar de Annie.

Astrid Johnas levantó la taza y lo miró boquiabierta.

—Hoy quiero hablar de Eskil.

—¿Cómo?

La boca llena se volvió más pequeña y más estrecha.

—Para mí aquello ya es algo acabado, lo he dejado atrás. Y si me permite decirlo, me ha

costado mucho.

—Lamento no ser más considerado. Hay algunos detalles relacionados con la muerte del niño que me interesan.

—¿Por qué?

—No tengo que contestar a esa pregunta, señora Johnas —dijo con delicadeza—. Usted límitese a contestar a las mías.

—¿Y si me niego? ¿Y si no tengo fuerzas para volver a enfrentarme con todo eso una vez más?

—En ese caso me marcharé —contestó Sejer tranquilamente—. Dejaré que se lo piense. Ya volveré otro día con las mismas preguntas.

La mujer empujó la taza hacia un lado, colocó las manos sobre su regazo y se enderezó, como si en realidad hubiera estado esperando exactamente aquella respuesta y quisiera armarse de valor.

—Esto no me gusta —dijo con voz tensa—. Vino usted aquí el otro día a hablar de Annie, y no se me habría ocurrido negarme a colaborar. Pero tratándose de Eskil... Acabe enseguida y márchese cuanto antes.

Sus manos se buscaron y se entrelazaron, como si tuviera miedo de algo.

—Justo antes de morir —dijo Sejer mirándola—, el niño dio un golpe al plato y éste cayó al suelo y se hizo añicos. ¿Lo oyó usted?

La pregunta la sorprendió. Lo miró extrañada, como si hubiera esperado otra cosa, tal vez algo peor.

—Sí —se apresuró a contestar.

—¿Lo oyó? ¿De manera que estaba usted despierta? —Sejer estudió el rostro de la mujer, tomando nota de esa pequeña sombra que se dibujaba en él, y prosiguió—: ¿Así que no estaba dormida? ¿Oyó la máquina de afeitar?

Ella inclinó la cabeza.

—Oí a mi marido entrar en el baño y cómo la puerta se cerraba de golpe.

—¿Cómo sabe usted que entró en el baño?

—Lo sabía, sin más. Llevábamos mucho tiempo viviendo en esa casa, las puertas tenían cada una su propio sonido.

—¿Y antes de eso? ¿Antes de que se metiera en el baño?

Astrid Johnas volvió a vacilar, mientras indagaba en su memoria.

—Sus voces en la cocina. Estaban desayunando.

—Eskil comió gofres —dijo él con cautela—. ¿Era costumbre en su casa? ¿Gofres para el desayuno? —preguntó sonriendo.

—Supongo que los pediría a gritos hasta que su padre acabó dándoselos —dijo ella con voz cansada—. Siempre se salía con la suya. No era fácil negar algo a Eskil. Las negativas provocaban en él enormes rabietas. No soportaba que se le opusiera resistencia. Era como soplar las brasas. Y Henning no era muy paciente. No aguantaba los gritos del niño.

—¿De modo que usted le oyó gritar?

Astrid Johnas separó una mano de la otra y agarró de nuevo la taza.

—Se pasaba el día gritando —dijo, dirigiéndose al vapor que subía del café.

—¿Hubo entre ellos algún conflicto, señora Johnas?

Sonrió levemente.

—Siempre los tenían. El niño se puso pesado para que le diera gofres. Henning le había preparado una rebanada de pan que no quiso comer. Y ya sabe usted lo que pasa: hacemos cualquier cosa para que nuestros hijos coman, así que le buscaría esos dichosos gofres, o tal vez Eskil los viera. Estaban sobre la encimera cubiertos con un plástico, desde la noche anterior.

—¿Oyó usted alguna palabra?

—¿Adónde quiere ir a parar? —quiso saber de repente la señora Johnas. Sus ojos cambiaron de color—. Eso tendrá que hablarlo con Henning, yo no estuve presente. Estaba en el piso de arriba.

—¿Cree que él tiene algo que contarme?

Silencio. Ella cruzó los brazos, como a la defensiva. El miedo iba en aumento.

—No quiero hablar por Henning. Ya no es mi esposo.

—¿La pérdida del niño fue la causante de que se rompiera su matrimonio?

—En realidad no. Se habría roto de todos modos. Nos costaba demasiados esfuerzos llevarlo adelante.

—¿Fue usted la que tomó la decisión de dejarlo?

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó ella suspicaz.

—Seguramente nada. Solo pregunto.

Sejer puso las dos manos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba.

—¿Qué hizo su marido al encontrar a Eskil sobre la mesa? ¿La llamó?

—Solo abrió la puerta del dormitorio y se quedó mirándome. De repente me di cuenta de lo silencioso que estaba todo; no se oía ni un ruido en la cocina. Me senté en la cama y grité.

—¿Hay algo en la muerte de su hijo que le parezca poco claro?

—¿Cómo?

—¿Su marido y usted han repasado juntos todo lo que sucedió? ¿Usted se lo preguntó?

Sejer volvió a ver miedo en los ojos de la mujer.

—Me lo contó todo —contestó—. Estaba tremendamente afligido. Tenía remordimientos de conciencia, decía que él tuvo la culpa de lo que había sucedido, que no había cuidado lo suficiente al niño... Es demasiado duro tener que convivir con algo así. Él no lo logró, yo no lo logré. Tuvimos que tirar cada uno por nuestro lado.

—Pero ¿hay algo en la muerte de su hijo que le resulte extraño o que no le hayan aclarado?

Los grandes ojos de color pizarra de Sejer eran en ese momento indulgentes, porque ella estaba a punto de estallar, y tal vez, con un poco de suerte, explotaría.

Le empezaron a temblar los hombros. Sejer permanecía sentado, esperando pacientemente, pensando que no debía moverse, no romper el silencio ni distraerla. Ella estaba a punto de confesar algo. Sejer lo sabía por experiencia; era una sensación que conocía muy bien y que ahora impregnaba el aire que los rodeaba. Había algo que la atormentaba, algo en lo que no se atrevía a pensar.

—Los oí gritar —susurró—. Henning estaba furioso; tenía un genio muy fuerte. Yo me tapé la cabeza con la almohada porque no soportaba oírlos.

—Continúe.

—Oí a Eskil hacer ruido, tal vez estuviera dando golpes en la mesa con la taza, y a Henning regañarle y hacer ruido a su vez con armarios y puertas.

—¿Pudo usted distinguir alguna de sus palabras?

El labio inferior de la mujer comenzó a temblar de nuevo.

—Solo una frase. La última antes de que se metiera en el baño. Gritaba tan alto que yo tenía miedo de que le oyeran los vecinos. Miedo de lo que pensarían de nosotros. No nos resultaba nada fácil. Tuvimos un niño que no se comportaba como habíamos esperado, pues teníamos ya uno, y Magne siempre fue muy tranquilo; todavía lo es. Nunca hacía ruido, siempre obedecía, él...

—¿Qué es lo que oyó? ¿Qué dijo su marido?

De pronto sonó la campanilla de la tienda, y la puerta se abrió. Entraron dos señoras que se pusieron a mirar las lanas con ojos ansiosos. La señora Johnas se sobresaltó y quiso salir a la tienda. Sejer la detuvo poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Cuéntemelo!

Ella inclinó la cabeza como si se avergonzara.

—Henning estuvo a punto de hundirse. Jamás pudo perdonárselo. Y yo ya no podía seguir viviendo con él.

—¿Cuénteme lo que dijo!

—No quiero que lo sepa nadie. Ya no importa. Eskil está muerto.

—Pero si ya no es su marido...

—Es el padre de Magne. Me contó que estaba en el baño temblando de pena porque no conseguía comportarse como debía. Decidió quedarse allí hasta haberse tranquilizado, luego entraría a pedir perdón por haberse enfadado tanto. No soportaba la idea de irse al trabajo sin haber hecho las paces. Por fin volvió a entrar en la cocina. Ya conoce usted el resto de la historia.

—Cuénteme lo que dijo.

—Jamás. Jamás se lo contaré a nadie.

Ese pensamiento horrible que había anidado en su mente comenzó a crecer. Había visto tantas cosas que solo se dejaba sorprender en contadas ocasiones. ¿Habría sido Eskil Johnas un niño del que era conveniente librarse?

Fue a buscar a Skarre a la sala de guardia y se lo llevó por el pasillo.

—Vayamos a mirar alfombras persas —dijo.

—¿Para qué?

—Acabo de visitar a Astrid Johnas. Creo que le atormenta una terrible sospecha, la misma que ha echado raíces en mí: que Johnas es culpable en parte de la muerte del niño. Creo que ella lo dejó por eso.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé. Pero ella se horroriza con solo pensar en ello. Otra cosa que me ha sorprendido es que Johnas no mencionara nada de esa muerte cuando fuimos a verle.

—¿Y eso es tan raro? Fuimos allí a hablar de Annie.

—A mí me parece extraño que no lo mencionara. Dijo que ya no había ningún niño que cuidar porque su mujer se había marchado. No dijo que el niño a quien Annie cuidaba había muerto. Ni siquiera cuando tú hiciste un comentario de la foto de él que había colgada en la pared.

—No tendría fuerzas para hablar de ello. Perdona que mencione esto —dijo Skarre de repente bajando la voz—, pero también tú has perdido a alguien muy querido. ¿Te resulta fácil hablar de ello?

Sejer se sorprendió tanto que se detuvo en seco. Notó que se ponía pálido.

—Claro que puedo hablar de ello —objetó—. En una situación de absoluta necesidad. Si hubiera que considerar otras cosas antes que mis propios sentimientos.

El olor a ella, el olor a su pelo y a su piel, una mezcla de productos químicos y sudor, su frente tenía casi siempre un brillo metálico. Las pastillas le habían estropeado el esmalte de los dientes, dejándolo azulado como la leche desnatada. Y el blanco de los ojos se volvió lentamente amarillo.

Skarre seguía delante de él con la cabeza bien alta. No se mostraba avergonzado en absoluto, como Sejer esperaba. Esta vez se había extralimitado. ¿Acaso no iba a pedirle perdón?

—Pero ¿nunca te ha parecido necesario?

Extrañado, Sejer clavó la mirada en ese jovencuelo que tenía delante. Se estaba pasando de la raya, el muy payaso.

—No —contestó con firmeza—. Por ahora no.

Y siguió andando.

—Bueno —prosiguió Skarre imperturbable—. ¿Qué dijo la señora Johnas?

—Tuvieron una discusión él y el niño. Ella los oyó gritar. La puerta del cuarto de baño se cerró de un golpe y el plato se rompió al caer al suelo. Johnas tiene un genio muy fuerte. Ella dice que el marido se culpa a sí mismo.

—Yo también me habría culpado en su lugar —admitió Skarre.

—¿Y tú? ¿Tienes algo positivo que decir?

—En cierto modo. Sobre la mochila de Annie.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Recuerdas que estaba untada de grasa, seguramente con el fin de eliminar las huellas dactilares?

—¿Y bien?

—Por fin ha sido identificada. Una especie de pomada que entre otras cosas contiene breá.

—Yo tengo una así para mi eccema —dijo Sejer sorprendido.

—No, era grasa para patas. Para patas de perro doloridas.

Sejer afirmó con la cabeza.

—Johnas tiene perro.

—Y Axel Bjørk tiene un pastor alemán. Y tú tienes un león, por decir algo —exclamó abriéndole la puerta. El inspector jefe salió delante. En realidad estaba algo confuso.

Axel Bjørk puso la correa al perro y lo dejó salir del coche.

Echó una rápida mirada a ambos lados, y al no ver a nadie cruzó la plaza y sacó una llave maestra del uniforme. Se volvió una vez más para mirar el coche, que estaba aparcado bien visible delante de la entrada principal, un Peugeot de color gris plomo, con un cofre portaesquíes en el techo y el logo de la compañía de seguridad sobre la puerta y sobre el capó. El perro aguardaba mientras su amo luchaba con la llave. Por el momento no olfateó nada, pues eso lo habían hecho un sinfín de veces: salir y entrar del coche, salir y entrar por puertas y ascensores, miles de olores distintos. El perro seguía fiel a su amo. Llevaba una buena vida de perro, con mucho entrenamiento, montones de impresiones y una correcta alimentación.

El edificio de la fábrica estaba en silencio. No había nadie; ya solo se usaba como almacén. Por todas partes había cajas, cartones y sacos apilados. Olía a cartón, polvo y madera mohosa. Bjørk no dio la luz. Llevaba una linterna colgando del cinturón, la encendió y se adentró en la gran nave. Sus botas sonaban huecas contra el suelo de piedra. Cada paso resonaba en su cabeza como algo muy especial. Sus propios pasos, uno detrás de otro, solos en medio del silencio. No creía en Dios, de modo que solo los oía el perro. *Aquilles* lo seguía con pasos comedidos, atado a la correa larga y poco tensa, perfectamente amaestrado. No sospechaba nada y quería a su amo.

Se estaban acercando a la máquina, una laminadora. Bjørk se situó detrás del hierro, llevando consigo al perro. Metió la correa en una palanca de acero y le ordenó que se sentara. El perro obedeció, pero estaba alerta. Un olor se iba extendiendo por la nave, un olor que ya no resultaba extraño, un olor que ya formaba parte de su vida cotidiana. Pero había algo más, el rancio olor a miedo. Bjørk se deslizó hasta el suelo. El sonido deslizante del traje de nailon y el jadear del perro eran los únicos sonidos audibles. Bjørk sacó una petaca del bolsillo de la pernera, desenroscó el tapón y empezó a beber.

El perro esperaba, con los ojos brillantes y las orejas tiesas. Nadie iba a darle galletas, pero allí seguía de todos modos, esperando y escuchando. Bjørk lo miró fijamente a los ojos, sin soltar ni media palabra. La tensión en esa oscura nave iba en aumento. Notó cómo el perro lo vigilaba, y cómo él vigilaba al perro. En el bolsillo llevaba el revólver.

Halvor gruñó descontento. Nadie puede entrar aquí, pensó abatido. El zumbido de la pantalla había empezado a irritarle. Ya no era un zumbido acogedor, sino más bien un ruido eterno, como el de una gran maquinaria muy lejana que le perseguía día y noche. Se sentía como desnudo cada vez que apagaba el ordenador y el silencio se apoderaba de todo durante unos segundos antes de que el zumbido volviera a aparecer dentro de su cabeza. Dilo, Annie, pensó. ¡Háblame!

En el cine proyectaban un ciclo de películas. Annie estaba comprando chocolatinas y caramelos en el quiosco mientras Halvor esperaba en la puerta de la sala con las entradas en la mano. «¿Quieres algo de beber?», preguntó Annie. Él movió negativamente la cabeza, demasiado ocupado en mirarla, en compararla con todas las demás que se amontonaban ante la entrada del cine. En la puerta apareció el portero, vestido de uniforme negro y con los alicates en la mano, dispuesto a picar las entradas. Mientras lo hacía, estudiaba detalladamente cada cara que se presentaba ante él. La mayoría miraba al suelo porque casi todos tenían menos de dieciocho años, que era la edad mínima permitida para esa película. Una de James Bond, la primera que habían visto juntos, la primera vez que habían salido casi como una pareja normal de novios. Estaba henchido de orgullo. Y la película era buena, al menos según Annie. Él no se enteró de mucho; había estado demasiado ocupado en mirarla de reojo, en escuchar sus sonidos en la oscuridad. Pero se acordaba del título: *Solo para sus ojos*.

Tecléo el título en el espacio oscuro, y esperó un poco, pero no ocurrió nada. Se levantó contrariado, dio un par de pasos y quitó la tapa de una jarra llena de caramelos que tenía en la ventana. Todo aquello resultaba inútil. De repente empujó la mala conciencia hasta el fondo de su mente. Allí tenía un cuarto secreto, donde guardaba episodios del pasado. Ya nadie podía detenerlo. Atravesó la cocina y fue hasta la librería del cuarto de estar, donde estaba el teléfono. Buscó en el apartado de ordenadores de la guía telefónica, encontró el número y lo marcó.

—Ra Data. Al habla Solveig.

—Bueno... se trata de un archivo cerrado —tartamudeó. Le faltó el valor, se sintió mezquino, como un ladrón y un mirón. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿No puedes entrar?

—Eh... no, he perdido la clave.

—Me temo que el técnico se ha ido ya a casa. Pero espera un momento, voy a comprobarlo.

Halvor apretó tan fuerte el auricular contra la mejilla que le dolía la oreja. Al fondo se oían ruidos de voces y teléfonos. Echó un vistazo a su abuela, que estaba leyendo el periódico con la ayuda de una lupa, y pensó que si Annie lo supiera...

—¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Vives lejos?

—En la curva de Lundeby.

—¿Qué suerte! El técnico puede pasar de camino a casa. ¿Me das las señas exactas?

Se puso a esperar en su cuarto, con el corazón latiendo a tope y las cortinas abiertas para poder ver el coche cuando llegara. Transcurrieron exactamente treinta minutos hasta que apareció un Opel Combi blanco, con el logo de Ra Data en la puerta. Un hombre sorprendentemente joven salió del coche y miró inseguro hacia la casa.

Halvor se apresuró a abrir. El joven técnico resultó ser un hombre muy simpático, redondo como un bollo de manteca y con profundos hoyuelos. Halvor le agradeció que hubiera acudido tan rápido. Entraron juntos en la habitación del chico. El técnico abrió su maletín y sacó un montón de tablas.

—¿Clave numérica o de letras? —preguntó.

Halvor enrojeció.

—¿Ni siquiera te acuerdas de eso? —preguntó el técnico, sorprendido.

—Es que he tenido tantas y tan distintas... —murmuró—. Las he cambiado muchas veces.

—¿Qué archivo es?

—Ése.

—¿«Annie»?

No preguntó nada más. Un poco de discreción formaba parte del trabajo, y además tenía ambiciones. Halvor se acercó a la ventana con las mejillas ardiendo, una mezcla de vergüenza y nervios, y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podría haber servido de redoble de tambor. Detrás oía el teclado, manipulado tan deprisa que parecían lejanas castañuelas. Por lo demás ni un ruido, solo el redoble y las castañuelas. Al cabo de un tiempo, que le pareció una eternidad, el hombre se levantó por fin de la silla.

—¡Ya está, chico!

Halvor se volvió lentamente para mirar la pantalla y cogió el bloc para firmar la factura.

—¿Setecientas cincuenta coronas? —exclamó.

—Por cada hora o fracción —dijo el técnico sonriendo.

Con manos temblorosas, estampó su firma en la línea punteada de la parte inferior de la hoja, y pidió que le enviara la factura en forma de giro postal.

—Era una clave numérica —dijo el experto sonriendo.

—Cero-siete-uno-uno-nueve-cuatro. Fecha y año, ¿verdad? —Los hoyuelos se hicieron aún

más profundos—. Pero evidentemente no tu fecha de nacimiento. En ese caso solo tendrías ocho meses.

Halvor lo acompañó hasta la puerta y le dio las gracias. Luego volvió a entrar corriendo y se sentó delante del ordenador. Un nuevo texto podía leerse en la pantalla luminosa.

«*Please proceed*».

Estaba a punto de caérsele la baba y el corazón le latía con tanta fuerza que tuvo que llevarse una mano al pecho. Empezó a leer y tuvo que apoyarse en el escritorio y parpadear varias veces. Algo había pasado, Annie lo había anotado, y él por fin lo había encontrado. Leía con los ojos enormemente abiertos mientras crecía en él una terrible sospecha.

Bjørk se estaba emborrachando a base de bien.

El perro seguía sentado con la lengua fuera, jadeante, impaciente y con la mirada errante. Bjørk se levantó por fin con gran esfuerzo, dejó la botella en el suelo helado, hipó un par de veces y consiguió ponerse en pie. Se cayó inmediatamente contra la pared con las piernas separadas. El perro también se levantó y lo miró con sus ojos amarillos. El rabo realizó un par de barridos. Bjørk buscaba el revólver en la oscuridad. Estaba bien encajado en el bolsillo estrecho; por fin consiguió sacarlo y tensó el gatillo, mientras miraba fijamente al perro y escuchaba el sonido de sus propias muelas rozándose. De repente se tambaleó, la mano le temblaba, pero se dominó, levantó el brazo y disparó. La tremenda explosión resonó en la nave. El cráneo reventó; su contenido manchó las paredes y alcanzó el hocico del perro. El tiro seguía resonando. Lentamente iba convirtiéndose en algo parecido a truenos lejanos. El perro se lanzó hacia delante para soltarse, pero la correa resistía. Tras unos cuantos intentos estaba agotado. Renunció y se quedó gañendo.

La galería estaba situada en una calle tranquila, no muy lejos de la iglesia católica. Fuera había aparcado un Citroën, un viejo modelo con los faros oblicuos. Más o menos como los ojos de los chinos, pensó Sejer. El coche estaba cubierto de polvo. Skarre se acercó a mirarlo. El techo estaba más limpio que el resto del coche, como si durante mucho tiempo hubiera habido allí algo protegiendo la pintura. El coche era gris verdoso.

—No lleva cofre portaesquí —comentó Sejer.

—No, lo han quitado. Se ven las marcas de los soportes.

Abrieron la puerta y entraron. Olía muy parecido a la tienda de lanas de la señora Johnas, con un toque de brea de las vigas del techo. Los estaba enfocando una cámara colocada en un rincón. Sejer se detuvo y miró hacia la lente. Por todas partes había alfombras apiladas y una ancha escalera conducía a las plantas superiores. También se veían alfombras esparcidas por el suelo, o colgando de las redondas vigas del techo. Johnas bajaba por la escalera, vestido de franela y terciopelo, rojo, verde, rosa y negro. Con sus rizos negros encajaba perfectamente en su mansión. Había en él algo suave y delicado. Si realmente poseía un genio fuerte, lo ocultaba muy bien. Pero tenía los ojos oscuros, casi negros, y su manera de ser era inconfundiblemente la de un vendedor: amable, escurridizo y servicial.

—¡Bueno! —dijo cordialmente—. Entren, por favor. Habrán venido a comprar una alfombra,

¿verdad?

Les tendió una mano como si fueran viejos amigos a los que no había visto en mucho tiempo, o tal vez clientes adinerados, que sentían debilidad por ese tipo de artesanía. Los nudos. Los colores. Los dibujos con claves religiosas. Nacimiento, vida, muerte, dolor, victoria y orgullo, una alfombra para poner debajo de la mesa del comedor o delante de la televisión. A prueba de todo; única.

—Tiene mucho espacio —comentó Sejer, mirando a su alrededor.

—Dos plantas enteras, además de un ático. Créanme, esto ha sido una gran inversión. Me he dejado la piel en esta tienda; tenía una pinta horrible cuando me la traspasaron. Llena de humedades y todo gris. La limpié bien y encalé las paredes; no hizo falta más. Antaño fue una vieja mansión. Por favor, síganme —añadió señalando la escalera, que conducía a lo que él llamaba el despacho, pero que en realidad era una espaciosa cocina, con fregadero de acero inoxidable, cocina eléctrica, cafetera y una pequeña nevera. La pared de la encimera tenía bonitos azulejos holandeses que representaban lindas muchachas con tocás, molinos de viento y rollizos gansos. De una viga del techo colgaban antiguos cazos de cobre, convenientemente abollados. La mesa de cocina tenía el canto hacia arriba y se veían guarniciones de latón en las esquinas, como si hubiera formado parte del mobiliario de un viejo barco.

Se sentaron alrededor de la mesa, y, sin preguntar, Johnas sacó de la nevera un mosto de color azul que les sirvió.

—¿Qué tal los cachorros? —preguntó Skarre.

—Dejaré a Hera que se quede con uno, y dos ya están comprometidos. Así que ya pueden arrepentirse. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, y tomó un sorbo de zumo.

Sejer sabía que esa amabilidad enseguida despegaría y desaparecería volando.

—Solo unas preguntas sobre Annie. Me temo que tenemos que hacer la misma ronda otra vez.

Sejer se limpió discretamente la boca.

—Usted la recogió en la rotonda, ¿no fue así?

Las palabras, el tono, y la ligerísima indicación de que dudara de sus declaraciones anteriores agudizaron la atención de Johnas.

—Eso fue lo que dije y me ratifico en ello.

—Pero lo cierto es que ella quería ir andando, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Según tengo entendido, usted tuvo que insistirle para que subiera al coche.

Los ojos de Johnas se estrecharon aún más, pero conservó la compostura.

—En realidad quería ir andando —prosiguió Sejer—, y rechazó su oferta de transporte. ¿Me equivoco?

Johnas hizo de repente un gesto afirmativo con la cabeza y sonrió.

—Lo hacía siempre; era muy educada. Pero me sabía mal que tuviera que ir andando hasta Horgen. Es un buen trecho.

—¿De manera que la convenció?

—No, no... —Esta vez negó con la cabeza vehementemente, y cambió de postura en la silla—. Supongo que insistí un poco. Algunas personas necesitan que les insistan una y otra vez. Tienen esa mala costumbre.

—¿De modo que no se debía a que no tuviera ganas de subir a su coche?

Johnas percibió claramente el énfasis que puso al decir «su coche».

—Annie era así. Se hacía de rogar, por así decirlo. ¿Con quién ha hablado usted? —preguntó de repente.

—Con centenares de personas —contestó Sejer—. Y una de ellas la vio entrar en el coche tras una larga discusión. De hecho, es usted la última persona que la vio con vida, y por eso su testimonio es de gran importancia, ¿sabe?

Johnas le devolvió la sonrisa, una sonrisa de complicidad, como si estuvieran jugando a algún juego en el que él participaba con sumo gusto.

—Yo no fui el último —se apresuró a decir—. El último fue el homicida.

—Está resultando un poco difícil encontrarle —apuntó Sejer con falsa ironía—. Y no disponemos de ninguna prueba que nos haga suponer que el hombre de la moto la estuviera realmente esperando. Tan solo podemos atenernos a lo que usted nos dijo.

—Disculpe, pero ¿adónde quiere ir a parar?

—Bueno —contestó Sejer, extendiendo los brazos—, hasta el fondo del caso. En virtud de mi puesto, es mi obligación dudar de la gente.

—¿Se me acusa de haber mentado?

—Necesariamente tengo que pensar así —contestó Sejer, dando un repentino giro—. Espero que me perdone. ¿Por qué no quería subir Annie?

Johnas vaciló.

—¡Claro que quería! —exclamó, mostrando por primera vez ese mal genio y poniéndose rígido—. Ella subió y yo la llevé hasta Horgen.

—¿No más lejos?

—No, como ya le dije, Annie se bajó junto a la tienda. Pensé que iba a comprar algo. Ni siquiera la llevé hasta la puerta, sino que me detuve en la carretera y allí la dejé. Y después de eso... —se levantó y cogió un paquete de cigarrillos de la encimera—, jamás volví a verla.

Sejer decidió conducir la locomotora ruidosamente por una nueva vía.

—Usted ha perdido un hijo, Johnas. Sabe lo que se siente. ¿Ha hablado de ello con Eddie Holland?

Por un instante, Johnas se mostró sorprendido.

—No, no, él es muy introvertido, y yo no quiero meterme. Además, a mí tampoco me resulta fácil hablar de ello.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Ha hablado con Astrid, ¿verdad? Pronto hará ocho meses. No es algo que uno pueda olvidar o superar fácilmente. —Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió con gestos casi femeninos—. A menudo la gente intenta imaginarse cómo es —explicó mirando a Sejer—. Lo hacen con la mejor intención. Se imaginan la cama del niño vacía, creyendo que uno se queda mirándola así a lo tonto. Yo lo hacía a menudo. Pero la cama vacía no es más que una parte. Me levantaba por las mañanas y entraba en el baño. Allí estaba su cepillo de dientes, debajo del espejo, uno de esos que cambian de color cuando se calientan, el patito de goma en el borde de la bañera, sus zapatillas debajo de la cama. Descubrí que ponía un cubierto de más en la mesa cuando íbamos a comer; lo estuve haciendo durante un montón de tiempo. En el coche estaba su peluche, que había dejado olvidado. Varios meses más tarde encontré un chupete debajo del sofá. —Johnas hablaba con los dientes apretados, como si estuviera diciéndoles algo en contra de su voluntad, algo que

ellos no tenían derecho a saber—. Lo fui ordenando y retirando todo poco a poco, siempre con la sensación de estar cometiendo un delito. Era una tortura verse rodeado de sus cosas día tras día, y era horrible quitarlas. Me perseguía cada instante del día y me persigue todavía. ¿Sabe usted cuánto tiempo permanece el olor de una persona en un pijama de algodón?

Se calló. Su rostro bronceado había adquirido un tono grisáceo. Sejer no dijo nada. Recordó de repente los zuecos de Elise, que siempre dejaba en la puerta para poder ponérselos rápidamente cuando iba a tirar la basura o bajar a por el correo. Haber tenido que abrir la puerta, coger los zapatos blancos y meterlos dentro era algo que recordaba con un agudo dolor.

—Dimos una vuelta por el cementerio —dijo Sejer en voz baja—. ¿Hace tiempo que no va por allí?

—¿A qué viene esa pregunta? —dijo Johnas con voz ronca.

—Solo quiero saber si se ha dado cuenta de que han sustraído algo de la tumba.

—¿Se refiere al pajarito? Sí, desapareció justo después del entierro.

—¿Pensó en adquirir uno nuevo?

—Su curiosidad no tiene límites, por lo que veo. Sí, claro que lo pensé. Pero no soportaba la idea de volver a vivirlo de nuevo, por eso opté por dejarla tal cual.

—¿Sabe usted quién lo cogió?

—¡Pues claro que no! —contestó de repente con dureza—. Si lo hubiera sabido, lo habría denunciado inmediatamente, y si hubiera tenido ocasión, habría dado un escarmiento para toda su vida al culpable.

—¿Una reprimenda, quiere decir?

Johnas sonrió agriamente.

—No, no me refiero a una reprimenda.

—Fue Annie —dijo Sejer.

Johnas abrió los ojos como platos.

—Lo encontramos entre sus cosas. ¿Es éste?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el pájaro. A Johnas le temblaban las manos cuando lo cogió.

—Creo que sí. Se parece al que yo compré. Pero ¿por qué...?

—No lo sabemos. Pensamos que a lo mejor usted podía sacarnos de dudas.

—¿Yo? Dios mío, no tengo ni idea. No lo entiendo. ¿Por qué demonios iba a robarlo Annie? No era precisamente una ladrona. No la Annie que yo conocí.

—Por eso tuvo que haber un motivo. Algo que no tiene que ver con robos. ¿Ella estaba enfadada con usted por alguna razón?

Johnas seguía mirando el pájaro, pasmado.

Esto no lo sabía, se dijo Sejer mirando de reojo a Skarre, que con su mirada azul seguía cada gesto del otro.

—¿Sus padres saben que ella lo tenía? —quiso saber por fin Johnas.

—Creemos que no.

—¿Y no sería Sølvi? Sølvi, al fin y al cabo, es algo especial. Exactamente como una urraca, picoteando todo lo que brilla.

—No fue Sølvi.

Sejer cogió la copa y bebió un trago de mosto. Sabía a vino insípido.

—Bueno, supongo que tendría sus secretos, todos los tenemos —dijo Johnas con una sonrisa—. Era bastante misteriosa, sobre todo cuando se hizo mayor.

—¿Le afectó muchísimo lo de Eskil?

—No pudo volver a visitarnos después de aquello. Yo lo entiendo; a mí me resultó imposible relacionarme con la gente durante mucho tiempo. Luego se marcharon Astrid y Magne, y ocurrieron tantas cosas a la vez... Una situación indescriptible —murmuró, palideciendo con solo recordarlo.

—Pero de algo hablarían, ¿no?

—Solo nos saludábamos cuando nos encontrábamos por la calle. Éramos casi vecinos.

—¿Ella se mostraba esquiva en esas ocasiones?

—De alguna manera se sentía incómoda. Era difícil para todos.

—Y además —añadió Sejer, como si se acordara por casualidad—, tuvo usted una bronca con Eskil justo antes de que muriera. Eso le dolería aún más.

—¡Mantenga a Eskil fuera de esto! —gritó Johnas con amargura.

—¿Conoce usted a Raymond Låke?

—¿Ese idiota que vive cerca de la colina?

—He preguntado si le conoce.

—Todo el mundo sabe quién es Raymond.

—Limítese a contestar sí o no.

—No.

—Pero ¿sabe dónde vive?

—Sí, lo sé. En una especie de choza. Al parecer le basta, porque va por ahí con pinta de ser feliz como un idiota.

—¿Feliz como un idiota? —Sejer se levantó y empujó la copa hacia un lado—. Creo que los idiotas dependen tanto de la buena voluntad de la gente como los demás para sentirse felices. Y no olvide nunca lo que voy a decirle: aunque él no sea capaz de interpretar el mundo que le rodea de la misma manera que usted, no le falla en absoluto la vista.

Johnas se puso rígido. No los acompañó hasta la puerta. Al bajar la escalera, Sejer notó la lente de la cámara como un rayo en la nuca.

Luego fueron a buscar a Kollberg al piso y dejaron que se acomodara en el asiento de atrás. El perro pasaba demasiado tiempo solo, por eso se ponía tan imposible, pensó Sejer. Le dio un trozo de pescado seco.

—Aquí huele fatal, ¿no crees?

Skarre hizo un gesto afirmativo.

—Luego tendrás que darle una pastilla de regaliz fuerte.

Se dirigieron a Lundeby, salieron en la rotonda y aparcaron junto a los buzones. Sejer se metió por la calle entre las dos filas de casas, plenamente consciente de que desde las veintiuna casas podían verlo. Todo el mundo pensaría que se dirigía a la de los Holland, pero se detuvo al final de la calle y echó una mirada hacia atrás, hacia la de Johnas. Tenía aspecto de estar medio abandonada, con las cortinas echadas en varias ventanas. Volvió lentamente al principio de la calle.

—El autobús escolar sale todas las mañanas de la rotonda a las siete y diez —dijo por fin—. Todos los chicos de Krystallen que van al colegio o al instituto lo cogen. Eso significa que salen

de casa alrededor de las siete.

Soplaba un suave viento, pero no se levantaba ni un pelo de la cabeza de Sejer.

—Magne Johnas acababa de marcharse cuando Eskil se atragantó con la comida.

Skarre esperaba. Una cita bíblica sobre la paciencia le pasó velozmente por la mente.

—Y Annie salió de casa un poco más tarde que los demás. Holland se acordaba de que se habían dormido ese día. Annie pasaría por delante de la casa de Johnas tal vez mientras Eskil estaba desayunando.

—Sí. ¿Y qué?

Skarre estudió la casa de Johnas.

—Las ventanas del salón y de los dormitorios son las únicas que dan a la calle. Ellos estaban en la cocina.

—Sí, lo sé, lo sé —contestó Sejer irritado. Continuaron andando, se acercaron a la casa intentando imaginarse ese día, el siete de noviembre, a las siete de la mañana. A esa hora, en noviembre es de noche, pensó Sejer.

—¿Pudo Annie haber pasado por casa de Johnas?

—No lo sé.

Se detuvieron y miraron un instante la casa, esta vez de cerca. La ventana de la cocina se encontraba en la pared lateral, que daba a la casa del vecino.

—¿Quién vive en la casa roja? —preguntó Skarre.

—Irmak, con su mujer y sus hijos. ¿No hay por allí un sendero entre las casas?

Skarre echó un vistazo.

—Sí. Y por ahí viene alguien.

Un chico apareció de repente entre las dos casas. Andaba cabizbajo y aún no se había percatado de la presencia de los dos hombres en el camino.

—Thorbjørn Haugen. El que participó en la búsqueda de Ragnhild.

Sejer se quedó esperando al chico, que subía la cuesta deprisa. Llevaba una mochila negra colgada del hombro, y en la frente el mismo pañuelo estampado que la última vez. Lo observaron detenidamente en el momento en que pasó por delante de la casa de Johnas. Thorbjørn era alto, y llegaba hasta la mitad de la ventana de la cocina.

—¿Siempre coges el atajo? —preguntó Sejer.

—Sí —contestó Thorbjørn deteniéndose—. Este sendero lleva directamente a Gneisveien.

—¿Suelen coger todos este camino?

—Pues sí; nos ahorramos casi cinco minutos.

Sejer dio unos pasos por el sendero y se detuvo delante de la ventana. Era más alto que Thorbjørn y podía mirar por ella sin ningún problema. Ya no se veía ninguna silla infantil, solo dos sillas normales, y sobre la mesa había una taza de café y un cenicero. Por lo demás, la casa daba la impresión de estar deshabitada. El siete de noviembre, pensó, debía de haber mucha oscuridad fuera y luz en el interior. Los que pasaban por delante podían mirar dentro, pero los del interior no veían lo que sucedía fuera.

—A Johnas no le gusta mucho que pasemos por aquí —dijo Thorbjørn de repente—. Dice que está harto de todo ese ir y venir por delante de su casa. Pero ahora se está mudando.

—¿De modo que todos los chicos cogen este atajo cuando van al autocar escolar?

—Todos los que van al instituto.

Sejer hizo un gesto a Thorbjørn para que prosiguiera su camino y se volvió hacia Skarre.

—Acabo de acordarme de algo que dijo Holland cuando hablamos con él en la comisaría: el día en que murió Eskil, Annie volvió antes del colegio porque se encontraba mal. Se fue directamente a la cama. Holland tuvo que ir a su habitación para contarle lo del accidente.

—¿Cómo de mal —interrogó Skarre—, si ella nunca estaba enferma?

—«Indispuesta».

—Crees que ella pudo ver algo, ¿verdad? ¿A través de la ventana?

—No lo sé. Tal vez.

—Pero ¿por qué no dijo nada?

—Quizá no se atrevió. O tal vez no entendía muy bien lo que había visto. Tal vez se lo confesara a Halvor. Siempre tengo la sensación de que él sabe más de lo que dice.

—Konrad —dijo Skarre en voz baja—, él lo habría dicho, ¿no crees?

—No estoy tan seguro. Es un tipo raro. Vamos a hablar con él.

En ese momento sonó su busca. Se acercó al coche y marcó el número a través de la ventanilla. Holthemann contestó.

—Axel Bjørk se ha pegado un tiro en la sien con un viejo revólver Enfield.

Sejer tuvo que apoyarse en el coche. Esa información le supo a medicina amarga, dejando tras de sí una desagradable sequedad en la boca.

—¿Habéis encontrado alguna carta?

—No sobre el cuerpo. Están buscando en su casa. Pero es evidente que el tío tenía mala conciencia por algo. ¿Tú qué crees?

—No lo sé. Pueden haber sido muchas cosas. Tenía problemas.

—Era imprevisible y estaba alcoholizado. Y guardaba mucho rencor a Ada Holland, un rencor tan afilado como el diente de un tiburón —dijo Holthemann.

—Ante todo era infeliz.

—El odio y la desesperación pueden parecerse un poco. La gente exhibe lo que más le conviene.

—Creo que te equivocas. Se había dado por vencido. Por eso habrá puesto fin a todo.

—Tal vez habría querido llevarse consigo a Ada.

Sejer hizo un gesto negativo y miró la casa de los Holland.

—No lo habría hecho, por Sølvi y por Eddie.

—¿Quieres un homicida o no?

—Solo quiero al verdadero —dijo Sejer zanjando así la conversación; luego miró a Skarre—. Axel Bjørk ha muerto. Me pregunto qué pensará ahora Ada Holland. Tal vez lo mismo que Halvor cuando murió su padre: que «está bien».

Halvor se levantó de un salto. La silla cayó al suelo, y él se volvió hacia la ventana. Miró el patio vacío y permaneció así un buen rato. Con el rabllo del ojo vio la silla tirada y la foto de Annie sobre la mesilla de noche. Así que era eso, Annie había visto aquello. Volvió a sentarse delante de la pantalla y leyó el texto de nuevo, de principio a fin. Allí estaba también su propia historia, la que le había confesado en el más absoluto de los secretos. El padre rabioso, el tiro en la leñera, el trece de diciembre. No tenía nada que ver con ese asunto. De modo que respiró hondo, seleccionó

el párrafo y lo borró del documento para siempre. Luego metió un disquete y copió en él el texto. A continuación salió silenciosamente de la habitación y atravesó la cocina.

—¿Qué pasa, Halvor? —gritó su abuela al verlo pasar y ponerse una chaqueta vaquera—. ¿Vas a salir?

Halvor no contestó. Oyó la voz de su abuela, pero las palabras no penetraron en él.

—¿Adónde vas? ¿Vas al cine?

El muchacho comenzó a abrocharse la chaqueta mientras se preguntaba si la moto arrancararía. Si no, tendría que coger el autobús, y entonces tardaría una hora en llegar a su destino. No disponía de una hora, tenía que llegar rápidamente.

—¿Cuándo volverás, Halvor? ¿Vendrás a cenar?

Él se detuvo y la miró, como si de repente descubriera que su abuela estaba allí, delante de él.

—¿Cena?

—¿Adónde vas, Halvor? ¡Ya casi es de noche!

—Voy a ver a un tipo.

—Pero ¿a quién? Estás muy pálido. Puede que tengas anemia. ¿Cuándo fuiste al médico por última vez? ¿A que ni te acuerdas? ¿Cómo has dicho que se llama?

—No lo he dicho. Se llama Johnas.

Su voz sonaba extrañamente resuelta. La puerta se cerró de golpe, y cuando la abuela miró por la ventana, lo vio agachado sobre la moto, ajustando tuercas con furiosos movimientos.

La cámara de la planta baja estaba mal colocada. Se dio cuenta en ese momento, al mirar la parte izquierda de la pantalla. La lente recibía la imagen a contraluz, lo que reducía a los visitantes a una vaga silueta, casi como fantasmas. Le gustaba ver quiénes eran los clientes antes de bajar a recibirlos. Desde la planta de arriba, donde había mejor luz, podía distinguir caras y ropa, y si se trataba de clientes fijos podía prepararse antes de abandonar el despacho, adoptar la postura que correspondiera a cada uno de ellos. Volvió a mirar la pantalla que cubría la planta baja. Había solo una persona. Parecía un hombre, o tal vez un joven, con cazadora. Seguramente era alguien sin importancia, pero él lo recibiría, correctamente, dispuesto a prestar su mejor servicio, como siempre, para conservar la buena reputación de la galería, que ya era inmejorable. Además, no se podía saber a simple vista si la gente tenía dinero o no; ya no. El tipo podría estar forrado. Bajó lentamente la escalera. Sus pasos apenas eran audibles, andaba con un paso ligero y deslizante. Lo suyo no era dar saltitos como si trabajara en una tienda de juguetes. Eso era una galería y allí se hablaba en voz baja. No había ni etiquetas con precios ni caja registradora. Por regla general enviaba la factura. Rara vez la gente pagaba con VISA o con otra tarjeta. Ya estaba casi abajo. Le quedaban dos escalones cuando se detuvo en seco.

—Buenas tardes —murmuró.

El joven estaba de espaldas, pero en ese momento se volvió y lo miró con curiosidad. En su mirada había una mezcla de desconfianza y extrañeza. No decía nada, solo miraba, como si quisiera descubrir algo en sus rasgos, un secreto tal vez, o la solución de un enigma. Johnas lo reconoció. Por un instante pensó en confesárselo.

—¿Puedo ayudarte?

Halvor no contestó. Seguía escrutando el rostro del otro. Sabía que Johnas lo había

reconocido; lo había visto muchas veces, había estado en su casa con Annie, se habían encontrado en el sendero. En ese momento se había puesto una armadura que ocultaba por completo su carácter auténtico; la franela, el terciopelo y los rizos morenos se habían endurecido formando una dura coraza.

—Sin duda —contestó Halvor, y dio dos pasos hacia el otro, que seguía de pie en la escalera con una mano sobre la barandilla.

—¿Vendes alfombras?

Johnas miró a su alrededor.

—Así es, sí.

—Deseo comprar una.

—¡Ah, sí! —dijo sonriente—, eso supuse. ¿Buscas algo en especial?

No ha venido a por alfombras, pensó Johnas. Además no tiene dinero. Tal vez haya venido por mera curiosidad, por capricho. Seguro que no tiene idea de lo que cuestan las alfombras. Ya lo irá averiguando, ya lo creo que sí.

—¿Grande o pequeña? —preguntó al bajar el último escalón. Le sacaba más de una cabeza al chico, que era delgado como las astillas para encender el fuego.

—Quiero una alfombra lo bastante grande para que ninguna pata de silla quede fuera. Resulta muy pesado a la hora de fregar el suelo.

Johnas asintió.

—Sube conmigo. Las alfombras más grandes están arriba.

Empezó a subir la escalera, seguido por Halvor. No se le ocurrió hacerse preguntas sobre la situación. Se sentía impulsado como por fuerzas insospechadas; era como deslizarse sobre raíles dentro de una oscura montaña.

Johnas encendió las seis arañas, adquiridas en una fábrica de vidrio en Venecia. Colgaban de las vigas cubiertas de brea y desprendían una cálida aunque intensa luz por toda la espaciosa habitación.

—¿Has pensado en algún color en especial?

Halvor se detuvo en la parte de arriba de la escalera y miró hacia el interior.

—Pero si son todas rojas —dijo en voz baja.

Johnas sonrió con indulgencia.

—No pretendo ser arrogante —dijo amablemente—, pero ¿tienes idea de lo que cuestan?

Halvor lo miró con los ojos entornados. Una sensación casi olvidada le vino a la mente, algo que no había sentido en mucho tiempo.

—Bueno, supongo que no tengo pinta de ser extraordinariamente rico —repuso—. ¿Quieres un extracto de mi cuenta?

Johnas vaciló.

—Tienes que perdonarme, pero aquí entra mucha gente que luego se ve en una situación muy comprometida. Solo pretendía ahorrarte el mal trago.

—Muy considerado por tu parte —dijo Halvor tranquilamente.

Continuó hacia el interior, pasando por delante del comerciante, rumbo a una gran alfombra extendida en la pared. Se puso a jugar con los flecos. Reconoció en las figuras a hombres, caballos y armas.

—Dos metros y medio por tres —le indicó Johnas en voz baja—. Una buena elección, en

cierto modo. El dibujo describe una guerra entre dos pueblos nómadas. Pesa muchísimo.

—Supongo que la llevas a casa, ¿no? —se interesó Halvor.

—Desde luego. Tengo una furgoneta. Pero estaba pensando más bien en el mantenimiento y esas cosas. Hacen falta varios hombres solo para sacudirla.

—Quiero ésta.

—¿Cómo?

Johnas dio un paso más, mirándolo inseguro. Ese chico era muy extraño.

—Es de lo más caro que tengo. Setenta mil coronas —dijo examinando a Halvor con la mirada.

El muchacho ni se inmutó.

—Seguro que las vale.

Johnas se sentía incómodo. Una insidiosa sospecha le subía por la espalda como una víbora fría. No acaba de entender qué pretendía el chico ni por qué se comportaba así. No tenía tanto dinero, y si lo hubiera tenido, no lo habría gastado en una alfombra.

—Envuélvame, por favor —le pidió Halvor cruzándose de brazos y apoyándose en una mesa de alas de caoba, que chirrió asustada bajo su peso.

—¿Envolverla? —En los labios de Johnas se dibujó una leve sonrisa—. Las enrolló y luego las cubrió con plástico fijado con celo.

—¡Qué bien!

Halvor esperó.

—Cuesta un poco bajarla. Preferiría llevártela esta noche. Así podré ayudarte a colocarla.

—No, no —insistió Halvor—, la quiero ahora.

Johnas vaciló.

—¿La quieres ahora? Y... perdona mi falta de cortesía, ¿cómo vas a pagarla?

—Al contado, si te parece bien.

Se palpó el bolsillo trasero del pantalón. Llevaba unos vaqueros descoloridos y deshilachados. Johnas seguía delante de él, dudando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Halvor.

—No sé. Quizá.

—¿Y qué es?

—Sé quién eres —dijo de repente Johnas. Era un alivio romper el hielo.

—¿Nos conocemos?

Johnas asintió con la cabeza mientras se balanceaba con los brazos apoyados en la cadera.

—Sí, sí, Halvor, claro que nos conocemos. Me pregunto si no deberías irte ya.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—¡Dejemos ya esta farsa! —espetó Johnas.

—Totalmente de acuerdo —contestó Halvor en el mismo tono—. ¡Baja ya de una vez esa alfombra, y que sea rápido!

—Pensándolo bien creo que no voy a venderla. Me estoy mudando y la quiero para mi propia casa. Además, es demasiado cara para ti. Sé sincero, los dos sabemos que no puedes pagarla.

—¿De modo que la quieres para tu propia casa? —gritó Halvor volviéndose de pronto—. Eso puedo entenderlo. En ese caso tendré que elegir otra. —Miró la pared de nuevo y señaló inmediatamente otra alfombra, en tonos rosas y verdes—. Entonces me llevaré ésa —dijo—. Por

favor, bájamela. Y hazme una factura.

—Cuesta cuarenta y cuatro mil.

—Vale.

—¿Vale?

Seguía esperando con los brazos cruzados y las pupilas duras como perdigones.

—¿Resulta muy grosero por mi parte si te pido que me enseñes el dinero?

Halvor negó con la cabeza.

—Claro que no. Hoy en día no se puede saber a simple vista si la gente tiene dinero o no.

Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una vieja cartera de cuadros de nailon con cerradura de velcro, plana como una tortita. Metió los dedos dentro e hizo ruido con las monedas. Sacó algunas y las dejó sobre la mesa de alas. Johnas lo miraba boquiabierto conforme iba formando un montoncito de monedas de cinco, diez y una corona.

—Ya está bien —exclamó enfadado—. Ya has estado aquí el tiempo suficiente. ¡Sal inmediatamente!

Halvor se detuvo y lo miró ofendido.

—No he acabado. Tengo más —dijo, y continuó hurgando en la cartera.

—¡No tienes más! ¡Vives en una chabola con tu abuela y te dedicas a transportar helados! Son cuarenta y cuatro mil. ¡Sácalas ya de una vez!

—¿De modo que sabes dónde vivo? —preguntó Halvor mirándole de reojo. El ambiente se estaba caldeando, pero no tenía miedo, por alguna razón no tenía nada de miedo—. Tengo esto —dijo de repente, sacando algo del billetero.

Johnas miró desconfiado al chico y a lo que tenía entre dos dedos.

—Es un disquete —explicó Halvor.

—No quiero ningún disquete, quiero cuarenta y cuatro mil coronas —gritó Johnas, a la vez que notaba el miedo como un pinchazo en el pecho.

—El diario de Annie —dijo Halvor tranquilamente, agitando el disquete—. Empezó a escribirlo hace algún tiempo. En el mes de noviembre, para ser más exacto. Varias personas lo han estado buscando. Ya sabes cómo son las chicas. Siempre tienen que confesarse.

Johnas respiró con dificultad. Su mirada apuntó a Halvor como una pistola de grapar.

—Lo he leído —continuó Halvor—. Habla de ti.

—¡Dámelo!

—¡No hasta que se congele el infierno!

Johnas se sobresaltó. La voz de Halvor cambió de tono, volviéndose mucho más grave. Era como si un espíritu malo hablara por boca de un niño.

—También he hecho copias —prosiguió—, de modo que podré comprar tantas alfombras como quiera. Cada vez que desee una alfombra nueva haré una copia. ¿Comprendes?

—¡Eres un niño histérico de mierda! ¿De qué institución te has fugado en realidad?

Johnas tomó impulso, y Halvor vio cómo se hinchaba el torso del hombre en una fracción de segundo, mientras se concentraba para saltar. Debía de pesar veinte kilos más que él y estaba furioso. Halvor se echó hacia un lado y vio cómo el otro fallaba el golpe y se estrellaba contra el suelo, golpeándose estrepitosamente la cabeza contra la mesa de alas. Las monedas cayeron al suelo y se dispersaron por todas partes. Al caer, soltó la peor maldición que Halvor jamás había oído, incluido el vocabulario ilimitado de su padre. En dos segundos el hombre se había

levantado de nuevo. Con una sola mirada a ese rostro oscuro, Halvor entendió que la batalla estaba perdida. El hombre era mucho más grande que él. Se apresuró hacia la escalera, pero Johnas volvió a tomar impulso, dio tres o cuatro pasos largos y se lanzó hacia delante. Alcanzó a Halvor en la parte de los hombros. Instintivamente, mantuvo la cabeza levantada pero su cuerpo dio con enorme fuerza contra el suelo de piedra.

—¡No me toques, cabrón!

Johnas le dio media vuelta. Halvor notó la respiración del otro en la cara, y las manos alrededor del cuello.

—¡Estás loco! —gritó con dificultad—. ¡Estás acabado! ¡Me importa una mierda lo que hagas conmigo, pero estás acabado!

Johnas estaba ciego y sordo. Levantó el puño y apuntó hacia el rostro delgado del chico. No era la primera paliza que Halvor recibía, y sabía lo que le esperaba. Los nudillos le alcanzaron bajo la barbilla, y su frágil mandíbula se rompió como un palo seco. Los dientes de abajo chocaron con una enorme fuerza contra los de arriba, y minúsculos trozos de porcelana se mezclaron con la sangre que salía a chorros de su boca. Johnas continuó golpeando. Ya no apuntaba, sino que pegaba al azar según por donde se movía Halvor. Por fin dio con los nudillos en el suelo de piedra y gritó. Se levantó a duras penas y se miró la mano, jadeando ligeramente por el esfuerzo. Había bastante sangre. Miró el bulto que yacía en el suelo, y respiró profundamente. Al cabo de un par de minutos su corazón casi había recuperado su ritmo normal y los pensamientos se le iban aclarando.

—No está aquí —dijo perpleja la abuela a Sejer y a Skarre cuando llegaron con la intención de ver a Halvor—. Creo que ha ido a ver a alguien, a un tal Johnas. Estaba muy alterado, y no había comido nada. Ya no sé qué hacer con él, y además soy demasiado vieja para ocuparme de todo.

Sejer dio dos golpes en el marco de la puerta al oír eso.

—¿Alguien lo llamó?

—Aquí no llama nadie. Solo Annie llamaba de vez en cuando. Halvor ha estado toda la tarde en su cuarto jugando con esa máquina. De repente salió corriendo y desapareció.

—Lo encontraremos. Discúlpenos, pero tenemos mucha prisa.

—De todas las cosas posibles, ésta es la peor que se le podía haber ocurrido —dijo Sejer a Skarre al cerrar la puerta del coche.

—Ya veremos —contestó el otro, y arrancó.

—No veo la moto de Halvor.

Skarre salió del coche de un salto. Sejer se volvió hacia Kollberg, que seguía tumbado en el asiento de atrás, y sacó una galleta para perros del bolsillo.

Abrieron la puerta de la galería mientras miraban desafiantes la cámara del techo. Johnas los vio desde la cocina. Permaneció un rato sentado junto a la mesa de barco respirando tranquilamente, mientras soplaba sus nudillos doloridos. No corría prisa. Una cosa después de otra. Ciertamente estaban ocurriendo muchas cosas en su vida, pero conseguía que al final todo se solucionara. Era un hombre práctico. Iba enfrentándose con los problemas uno a uno, conforme

iban surgiendo. Tenía esa peculiar capacidad. Se levantó tranquilamente y bajó por la escalera.

—¡Cuánto ajeteo! —dijo con ironía—. Esto empieza a parecerse a un acoso.

—¿Ah, sí? ¿Eso le parece?

Sejer estaba erguido como un poste delante de él. Todo parecía estar en orden; no se veía ningún cliente.

—Estamos buscando a alguien. Pensamos que a lo mejor lo encontraríamos aquí.

Johnas los miró con aire interrogante, dio una vuelta por la habitación e hizo un gesto con la mano.

—Aquí solo estoy yo. Y estaba a punto de cerrar. Es tarde.

—Nos gustaría echar un vistazo. Rápidamente, claro.

—Considero que...

—Tal vez entró a escondidas y está oculto en algún sitio. Nunca se sabe.

Sejer temblaba, y Skarre pensó que tenía aspecto de tener siete inviernos escondidos debajo de la camisa.

—¡Voy a cerrar ya! —exclamó Johnas resueltamente.

Pasaron por delante de él y subieron por la escalera. Miraron por todas partes. Entraron en el despacho, abrieron la puerta del pequeño aseo y continuaron hasta el ático. No vieron nada.

—¿A quién pensaba usted encontrar aquí?

Johnas se inclinó sobre la barandilla de la escalera mirándolos con la frente fruncida. Su pecho jadeante subía y bajaba.

—A Halvor Muntz.

—¿Y quién es?

—El novio de Annie.

—Pero él no tiene nada que hacer aquí, ¿no cree?

—No estoy muy seguro.

Sejer comenzó a vagar imperturbable a lo largo de las paredes.

—Pero insinuó que venía aquí. Está jugando a los detectives por su cuenta, y creo que debemos poner fin a esa actividad.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —afirmó Johnas con una sonrisa indulgente—. Pero por aquí no ha venido ningún aprendiz de detective.

Sejer daba patadas a las alfombras enrolladas con las puntas de los pies.

—¿Hay algún sótano aquí?

—No.

—¿Qué hace usted con las alfombras por la noche? ¿Las deja a la vista?

—La mayoría sí. Pero las más caras las meto en la cámara de seguridad.

—Ya.

De repente descubrió la pequeña mesa de caoba. En el suelo había un puñado de monedas dispersas.

—Es usted un poco manirroto con la calderilla, ¿no? —preguntó con curiosidad.

Johnas se encogió de hombros. A Sejer no le gustaba nada ese gran silencio que los envolvía. Le desagradaba la expresión de Johnas. En un rincón de la habitación descubrió de repente un cubo de fregar y una fregona. El suelo estaba húmedo.

—¿Estaba fregando? —preguntó.

—Es lo último que hago antes de cerrar. Ahorro bastante dinero haciéndolo yo mismo. Como puede comprobar, no hay nadie aquí.

Sejer lo miró.

—Enséñenos la cámara de seguridad.

Por un instante tuvieron la sensación de que Johnas iba a negarse, pero enseguida cambió de idea y comenzó a bajar la escalera.

—Está en la planta de abajo. Por supuesto que puede verla. Pero está cerrada, claro, así que no puede haberse escondido dentro.

Bajaron tras él hasta un rincón debajo de la escalera en la planta que daba a la calle, donde había una puerta de acero bastante baja pero mucho más ancha que una puerta normal. Johnas se acercó y comenzó a girar la rueda de la clave. Por cada vuelta que daba se oía un pequeño clic. Trabajaba solo con la mano izquierda, un poco torpemente porque era diestro.

—¿De manera que ese chiquillo es tan valioso que piensan que está escondido aquí?

—Es posible —contestó Sejer mientras miraba fijamente esa torpe mano izquierda.

Johnas agarró la pesada puerta y tiró de ella con todas sus fuerzas.

—Le sería mucho más fácil si usara las dos manos —dijo con voz seca.

Johnas levantó una ceja, como si no entendiera. Sejer echó un vistazo a la pequeña cámara, que contenía una caja fuerte más pequeña, tres o cuatro cuadros apoyados en la pared, y una serie de alfombras enrolladas y colocadas en el suelo, como si fueran maderos.

—Esto es todo.

Los miró desafiante. No se veía nada allí dentro. Las paredes estaban desnudas, y la luz de dos largos tubos del techo era intensa.

—Pero estuvo aquí, ¿verdad? ¿Qué quería?

—Nadie ha estado aquí excepto ustedes.

Sejer hizo un gesto afirmativo y salió de la cámara. Skarre lo miró inseguro, pero lo siguió.

—¿Nos promete ponerse en contacto con nosotros si aparece? —preguntó por fin—. Lo está pasando muy mal después de todo lo sucedido. Necesita ayuda.

—Claro.

La puerta de la cámara de seguridad se cerró con gran estrépito.

Fuera, en el aparcamiento, Sejer hizo una seña a Skarre para que se pusiera al volante.

—Sube esa cuesta y métete en esa entrada de coches dando marcha atrás. ¿La ves?

Skarre dijo que sí.

—Quédate ahí. Esperaremos hasta que se marche y luego lo seguimos. Quiero ver adónde va.

No tuvieron que esperar mucho. Al cabo de cinco minutos, Johnas apareció de pronto en la puerta. Cerró, activó la alarma, pasó por delante del Citroën gris y desapareció por la entrada de coches dentro de un patio trasero. Estuvo fuera de su vista un par de minutos, pero volvió a aparecer dentro de un viejo Transit. Detuvo el coche junto a la carretera, puso el intermitente y giró a la izquierda. Sejer oyó claramente el traqueteo del motor.

—Claro, también tiene una furgoneta —dijo Skarre.

—Con un cilindro estropeado. Suena como un viejo barco. Ahora arranca, pero ten cuidado. Se dirige a ese cruce. No te acerques demasiado.

—¿Puedes ver si está mirando por el retrovisor?

—No, no lo hace. Deja pasar a ese Volvo, Skarre, a aquel verde.

El Volvo frenó ante el ceda el paso, pero Skarre hizo una profunda inclinación con un gesto para que el otro pasara. El conductor se lo agradeció agitando una mano blanca.

—Está poniendo el intermitente de la derecha. ¡Pásate al carril derecho! ¡Demonios, hay muy poco tráfico, va a vernos!

—No nos ve, va conduciendo como si fuera sobre raíles. ¿Adónde crees que se dirige?

—Posiblemente a Oscarsgate. Se está mudando, ¿no es así? Cuidado, está frenando. Y cuidado con ese camión de cerveza. Si te adelanta, podemos perderlo.

—¡Qué fácil es decirlo! ¿Cuándo vas a comprarte un coche más potente?

—Vuelve a frenar. Supongo que bajará por Børresensgate. Esperemos que el Volvo vaya en la misma dirección.

Johnas conducía la gran furgoneta tranquilamente por la ciudad, como si no quisiera llamar la atención. Puso el intermitente y cambió de carril. Se estaba acercando a Oscarsgate. En ese momento pudieron ver con claridad que miraba varias veces por el espejo retrovisor.

—Se detiene junto a esa casa amarilla. Es el número quince. ¡Para, Skarre!

—¿Justo aquí?

—Apaga el motor. Está saliendo del coche.

Johnas salió del coche, miró en todas las direcciones y cruzó la calle a grandes pasos. Sejer y Skarre miraban fijamente la puerta donde se puso a manipular una llave. En la mano llevaba una caja de herramientas.

—Va a pasar por su piso. Esperemos a ver. En cuanto él esté dentro, tú te acercas al coche. Quiero que eches un vistazo por la ventanilla de atrás.

—¿Qué crees que lleva?

—No quiero ni pensarlo. Corre. ¡Vamos, Skarre!

Skarre salió sigilosamente del coche y corrió encorvado como un viejo por la acera, oculto en parte por la fila de automóviles aparcados. Se agachó detrás del coche e hizo sombra poniendo una mano a cada lado de la cara para ver mejor. Al cabo de tres segundos volvió a toda prisa. Se dejó caer en el asiento y cerró la puerta.

—Un montón de alfombras. Y la Suzuki de Halvor. Está en la parte de atrás con el casco encima. ¿Subimos?

—Nada de eso. Quédate aquí tranquilo. Si no me equivoco, el tío no estará ahí dentro mucho tiempo.

—¿Y luego volvemos a seguirlo?

—Depende.

—¿Se ve alguna luz encendida?

—No veo nada. ¡Ahí viene!

Se agacharon y vieron a Johnas, de pie en la acera. Miró hacia ambos lados de la calle y vio que no había nadie en la larga fila de coches aparcados en el lado izquierdo. Fue hasta la furgoneta, se metió, arrancó y empezó a dar marcha atrás. Skarre asomó con cautela la cabeza por encima del salpicadero.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Sejer.

—Está dando marcha atrás. Ahora otra vez hacia delante. Cruza la calle marcha atrás y aparca

delante del portal. Sale del coche. Corre hasta la puerta de atrás. La abre. Saca una alfombra enrollada. Se pone en cuclillas y se la carga sobre el hombro. Se tambalea un poco. ¡Esa alfombra parece pesar una barbaridad!

—¡Dios mío, está a punto de caerse!

Johnas se tambaleaba bajo el peso de la alfombra. Las rodillas estaban a punto de fallarle. Sejer puso la mano sobre el tirador de la puerta.

—Ha vuelto a entrar. Intentará meter la alfombra en el ascensor. ¡No podrá subirla por la escalera! Mira la fachada, Skarre, a ver si enciende alguna luz.

Kollberg empezó a ladrar de repente.

—¡Cállate! —Sejer se volvió y le dio una palmadita.

Esperaron y miraron la fachada y todas las ventanas oscuras.

—Se ha encendido una luz en el cuarto, justo encima del mirador, ¿la ves?

Sejer miró hacia arriba. La ventana no tenía cortinas.

—¿Subimos?

—No hay que apresurarse. Johnas es listo. Tenemos que esperar un poco.

—¿Esperar a qué?

—Ha apagado la luz. Tal vez vuelva a salir. ¡Agáchate de nuevo, Skarre!

Volvieron a agacharse. Kollberg seguía ladrando.

—¡Si no te callas, estarás una semana sin comer! —le susurró Sejer.

Johnas volvió a salir. Tenía aspecto de estar agotado. Esta vez no miró ni a la izquierda ni a la derecha al meterse en el coche. Cerró la puerta y arrancó.

Sejer entreabrió la puerta.

—Tú síguelo; yo subiré al piso a echar un vistazo.

—¿Cómo vas a entrar?

—He hecho un cursillo de cómo abrir las puertas con ganzúa. ¿Tú no?

—Claro que sí.

—¡No lo pierdas! Quédate aquí hasta que veas que llega a la curva, y luego lo sigues. Estará haciendo tiempo, hasta que esté más oscuro. Cuando veas que de verdad se dirige a casa, ve a la comisaría a por más gente. Arréstalo en su domicilio. ¡No le des la oportunidad de cambiarse de ropa, ni de dejar nada, y ni se te ocurra mencionar este piso! Si se para en el camino para deshacerse de la moto, no lo arrestes. ¿Me oyes?

—¿Por qué no? —preguntó Skarre confuso.

—¡Porque es el doble de grande que tú!

Sejer bajó del coche, agarró la cadena de Kollberg y se lo llevó. Se agachó detrás del coche en el momento en que el vehículo de Johnas empezó a moverse. Skarre esperó unos segundos, luego fue tras él. En ese momento no tenía mucha fe en su cometido.

Al instante, Sejer vio desaparecer los dos coches por la derecha. Cruzó la calle, llamó a un timbre cualquiera y gruñó «Policía» en el altavoz. La puerta se abrió y él entró. No utilizó el ascensor, sino que subió corriendo hasta el cuarto piso. Solo había dos puertas, pero como habían visto encenderse y apagarse una luz, optó por la puerta que presumiblemente daba a la calle. No tenía ningún letrero. Echó un vistazo a la cerradura. Era una muy simple de resorte. Abrió la cartera y buscó una tarjeta plastificada. No quería usar la de crédito, pero encontró una de la biblioteca municipal con su nombre y número y el texto «El libro abre todas las puertas» al dorso.

Metió la tarjeta en la ranura y la puerta se abrió. La cerradura quedó inservible, pero tal vez alguien la cambiaría en algún momento. El piso estaba casi vacío y no contenía nada de valor. Encendió la luz. Descubrió la caja de herramientas en medio del suelo y dos banquetas junto a la ventana. Debajo del fregadero de la cocina había una pequeña pirámide de botes de pintura y una botella de cinco litros de aguarrás. Johnas estaba pintando la casa. Era un piso luminoso y espacioso con grandes ventanas en forma de arco, y bastante buena vista a la calle, un poco retirado del tráfico más denso. El inmueble era un viejo edificio de principios de siglo, con una hermosa fachada y rosetas de escayola en el techo. Vislumbró la fábrica de cervezas, que se reflejaba en el río algo más abajo. Fue de habitación en habitación mirando. Aún no había teléfono instalado, y tampoco muebles, pero pudo ver alguna que otra caja de cartón marcada con rotulador. Dormitorio. Cocina. Salón. Entrada. Un par de cuadros. Una botella medio llena de Cardenal sobre la encimera de la cocina. Varias alfombras enrolladas debajo de la ventana del salón. Kollberg husmeó el aire. Olía a pintura, cola de empapelar y aguarrás. Sejer dio una vuelta más, se detuvo junto a la ventana y miró hacia fuera. Kollberg, inquieto, estaba dando una vueltecita por su cuenta. Sejer lo siguió y abrió alguno de los armarios. No veía esa enorme alfombra por ninguna parte. El perro comenzó a gruñir y desapareció por una puerta. Sejer lo siguió.

Finalmente Kollberg se detuvo delante de la puerta. El pelo se le erizó.

—¿Qué hay ahí?

Kollberg husmeó enérgicamente la rendija de la puerta y la arañó con las uñas. Sejer miró hacia atrás por encima del hombro. No sabía por qué, pero de repente una extraña sensación lo sobrecogió. Había alguien muy cerca. Puso la mano en el tirador de la puerta y tiró de él. La puerta se abrió. Algo negro le alcanzó en el pecho con una fuerza tremenda. Al instante siguiente todo se convirtió en una conmoción de sonido y dolor, gruñidos y ladridos en el momento en que el enorme animal le puso las garras encima. Kollberg tomó impulso y mordió en el instante en que Sejer reconoció al dobermann de Johnas. Cayó al suelo con los dos perros encima. Instintivamente se alejó rodando y acabó boca abajo y con las manos protegiéndose la cabeza. Los animales luchaban y Sejer buscó con la vista algo con que golpearlos, pero no encontró nada. Fue hasta el cuarto de baño, vio una escoba, la cogió y salió en busca de los perros. Estaban quietos, a unos dos metros de distancia el uno del otro, gruñendo en voz baja y enseñando los dientes.

—¡Kollberg! —gritó—. ¡Pero si es una perra, coño!

Los ojos de Hera lucían como dos farolas amarillas en la cabeza negra. Kollberg agudizó las orejas, la perra vigilaba como una pantera negra, lista para el ataque. Sejer levantó la escoba y dio unos pasos notando el sudor y la sangre que le chorreaban bajo la camisa. Kollberg lo vio, se detuvo y se olvidó durante un segundo de vigilar al enemigo, que salió disparado como un proyectil con la boca abierta. Sejer, sin mirar, la golpeó. La alcanzó en la nuca, y cerró los ojos de tristeza al ver a la perra desplomarse en el suelo chillando. Al instante se lanzó sobre ella, la agarró de la correa y la arrastró hasta el dormitorio. Le dio un tremendo empujón y cerró la puerta de un fuerte golpe. Entonces se apoyó en la pared, y se deslizó hasta el suelo. Miró fijamente a Kollberg, que continuaba en una postura defensiva.

—Joder, Kollberg. ¡Si es una perra!

Se secó la frente. Kollberg se acercó a él y le lamió la cara. Oyeron a Hera gemir detrás de la puerta. Sejer permaneció sentado con la cara oculta entre las manos, intentando recuperarse del

susto. Al mirarse, vio que tenía la ropa llena de pelos de perro y de sangre, y Kollberg sangraba de una oreja.

Por fin se levantó y se metió en el cuarto de baño. Sobre una manta, dentro de la ducha, descubrió de repente algo negro y suave como el terciopelo, que lloriqueaba.

—No me extraña que atacara —susurró—. Quería proteger a sus cachorros.

La alfombra enrollada estaba junto a una pared. Sejer se sentó en cuclillas y se quedó mirándola. Era un rollo muy apretado, cubierto con plástico y pegado con ese celo especial que resultaba casi imposible de quitar. Comenzó a tirar del plástico y del celo, mientras sudaba abundantemente bajo la camisa. Kollberg arañaba para ayudar, pero Sejer lo empujó hacia un lado. Por fin logró quitar el celo, y procedió a retirar el plástico. Se levantó y arrastró el rollo hasta el suelo del salón. De nuevo oyeron los gemidos de Hera en el dormitorio. Se agachó de nuevo y dio un fuerte empujón al rollo. La alfombra se desenrolló lenta y pesadamente. Dentro había un cuerpo comprimido. La cara estaba destrozada. La boca estaba sellada con celo y también parte de la nariz, o mejor dicho, lo que quedaba de ella. Sejer se tambaleó ligeramente mientras miraba a Halvor. Tuvo que darse la vuelta y apoyarse un instante contra la pared. Luego cogió el teléfono móvil del cinturón, miró fijamente por la ventana y tecleó un número. Siguió con la vista un barco carguero que se deslizaba por el río. *Hexagon*, Bremen. Sonó la sirena del barco, un sonido dilatado y nostálgico. Aquí llego yo, parecía decir. Aquí llego yo, pero no tengo prisa.

—Konrad Sejer, Oscarsgate quince —dijo al auricular—. Necesito gente.

—¿Henning Johnas?

Sejer daba vueltas a un bolígrafo entre los dedos y miraba fijamente al hombre.

—¿Sabe usted por qué está aquí?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —repuso Johnas con voz ronca—. Permítame decirle una cosa: lo crea o no, no voy a tolerar que traspase ciertos límites. Si se trata de Annie, no tengo nada más que decir.

—No vamos a hablar de Annie —dijo Sejer.

—Bueno.

Se balanceó ligeramente en la silla, y Sejer creyó ver cierto alivio en el rostro de Johnas.

—Halvor Muntz parece haber desaparecido de la faz de la tierra. ¿Sigue usted estando seguro de no haberlo visto?

Johnas apretó los labios.

—Completamente seguro. No lo conozco.

—¿Está usted seguro de eso?

—Puede que no lo crea, pero lo cierto es que sigo teniendo la mente bastante despejada, a pesar del constante acoso de la policía.

—Es que nos preguntamos qué hace la moto de Halvor en su garaje, dentro de su furgoneta.

Se oyó un sonido de asombro, como un ronquido.

—Perdone, ¿qué ha dicho?

—La moto de Halvor.

—Es la moto de Magne —murmuró—. Voy a ayudarle a arreglarla.

Hablaba velozmente, sin mirar a Sejer.

—Magne tiene una Kawasaki. Además, usted no sabe nada de motos, pues su oficio es otro, por así decirlo. Inténtelo de nuevo, Johnas.

—Muy bien, de acuerdo.

Se encolerizó, perdió el control y tuvo que agarrarse con las dos manos a la mesa.

—Entró haciéndose el chulo en la galería y empezó a molestarme. ¡Dios mío, con una actitud intolerable! Se comportó como uno de esos locos drogadictos, insistiendo en comprar una alfombra. No tenía dinero, claro. Entra tanta gente chiflada en la galería que perdí el control. Le di una bofetada. Entonces se largó como un niño, dejando la moto y todo. La metí en el coche y me la traje a casa. Como castigo, tendrá que venir a recogerla él mismo, tendrá que rogarme que se la devuelva.

—Para ser una simple bofetada veo que su mano ha sufrido bastante —indicó Sejer contemplando los nudillos despellejados del hombre—. Lo que ocurre es que nadie sabe dónde está.

—Pues se habrá fugado con el rabo entre las piernas. Lo más probable es que tenga mala conciencia por algo.

—¿Alguna sugerencia?

—Está usted investigando el asesinato de su novia. Tal vez debería empezar por ahí.

—No olvide, Johnas, que vive usted en un lugar pequeño. Los rumores se propagan muy deprisa.

Johnas sudaba tanto que la camisa se le pegaba al pecho.

—De todas formas voy a mudarme —murmuró.

—Creo que ya lo mencionó. Al centro, ¿no era así? De modo que dio a Halvor un escarmiento. Tal vez debamos dejarle en paz por ahora.

Sejer no se sentía en absoluto a gusto, aunque ésa era la impresión que daba.

—¿Pierde usted a menudo el control, Johnas? Vamos a hablar un poco de eso. —Volvió a dar vueltas a su pluma—. Empecemos por Eskil.

Para Johnas fue una suerte tener en ese momento la cabeza agachada para sacar los cigarrillos del bolsillo de la chaqueta. Tardó lo suyo en enderezarse.

—¡No! —jadeó—. No tengo fuerzas para hablar de Eskil.

—Disponemos de todo el tiempo del mundo —dijo Sejer—. Empiece por ese día, el siete de noviembre, desde que se levantaron, usted y su hijo.

Johnas movió un poco la cabeza, lamiéndose nerviosamente los labios. No podía dejar de pensar en ese disquete que nunca llegó a leer. Sejer lo habría cogido y habría leído todo lo que Annie había escrito. La idea le hizo tambalearse.

—Resulta difícil hablar de ello. He intentado olvidarlo. ¿Por qué demonios quieren ustedes hurgar en una antigua tragedia? ¿No tienen algo más reciente en que ocupar su tiempo?

—Entiendo que le resulte difícil, pero inténtelo de todos modos. Sé que lo pasaron mal y que deberían haber recibido ayuda. Hábleme de él.

—Pero ¿por qué quiere hablar de Eskil?

—Ese niño era una parte importante de la vida de Annie. Y hay que sacar a la luz todo lo que rodeaba a la chica.

—Entiendo, entiendo. Lo que pasa es que me siento muy confuso. Por un instante pensé que

usted sospechaba que yo... Bueno, ya sabe que tenía algo que ver con la muerte de Annie.

Sejer sonrió, una amplia y extraña sonrisa. Luego miró sorprendido a Johnas moviendo la cabeza.

—¿Y qué motivo iba a tener usted para matar a Annie?

—Ninguno, claro —dijo el detenido con voz alterada—, pero para ser sincero, me costó bastante llamar y decir que yo la había llevado en el coche. Eso me convertía en uno de los sospechosos.

—Lo habríamos averiguado de todos modos. Alguien los vio.

—Eso es lo que pensé. Y por eso llamé.

—Hábleme de Eskil —dijo Sejer imperturbable.

Johnas se hundió en la silla e inhaló el humo del cigarrillo; parecía desconcertado. Sus labios se movían, pero no salía de ellos sonido alguno.

Lo tenía todo preparado en la cabeza, pero en ese momento la habitación se encogió y lo único que oía era la respiración de ese hombre al otro lado de la mesa. Echó un vistazo al reloj de la pared con el fin de ordenar sus pensamientos. Eran las seis de la tarde.

Eran las seis de la mañana. Eskil se despertó con gritos entusiastas. Empezó a dar saltos entre Astrid y yo en la cama, yendo de un lado para otro. Quiso levantarse inmediatamente. Astrid necesitaba dormir un poco más; había dormido muy mal, así que me tocó a mí levantarme. El niño me siguió hasta el cuarto de baño, colgado de mis pantalones. Sus brazos y piernas estaban por todas partes y su boca no paraba de emitir un constante chorro de ruidos y gritos. Luego serpenteaba como una anguila mientras me esforzaba en vestirle. No quiso pañal. No quiso la ropa que le había sacado, tiró todo lo que estaba suelto, y finalmente se subió a la taza del váter, desde donde tiró todo lo que había en la repisa debajo del espejo. Los frascos y botellitas de Astrid se rompieron al estrellarse contra el suelo. Lo cogí en brazos y lo bajé al suelo. Como tantas otras veces fui atrapado en la misma red de siempre: le reprendí, primero amablemente mientras le metía la pastilla de Ritalin en la boca, pero él la escupió, se agarró de la cortina de la ducha y la tiró. Intenté vestirme, intenté que no se hiciera daño, que no rompiera nada. Por fin estábamos los dos vestidos. Lo cogí en brazos de nuevo, lo llevé hasta la cocina y lo senté en su silla. De repente echó la cabeza hacia atrás y me dio en la boca. El labio se me reventó y empezó a sangrar. Lo até a su silla y le preparé una rebanada de pan con embutido, pero no quiso comerla. Decía que no con la cabeza y empujó el plato, gritando que quería salchichón.

—Johnas —dijo Sejer—. Hábleme de Eskil.

Johnas se despertó y lo miró. Por fin tomó una decisión.

—De acuerdo, como usted quiera. El siete de noviembre. Un día como todos los demás, lo que significa un día indescriptible. Era un torpedo y devastó la familia. Magne sacaba cada vez peores notas, no soportaba estar en casa y se refugiaba por las tardes en casa de amigos. Astrid andaba siempre falta de sueño, y yo no podía cumplir con el horario de la tienda. Cada comida era un sufrimiento. Annie —dijo de repente, con una sonrisa triste—, Annie era la única luz en la

oscuridad. Venía a recoger a Eskil cuando tenía tiempo. Entonces el silencio se posaba sobre la casa como después de un huracán. Nos caíamos redondos allí donde nos encontráramos, despojados de toda energía. Estábamos agotados y desesperados, y nadie nos prestaba ayuda. Los médicos nos dijeron claramente que el niño no mejoraría con el tiempo. Siempre tendría problemas de concentración y sería hiperactivo para el resto de su vida. Y toda la familia tendría que ajustarse a él durante años, durante muchos años. ¿Se lo imagina?

—¿Y ese día tuvo una bronca con él?

Johnas soltó una risa lunática.

—Siempre teníamos broncas. Se convirtió en la neurosis de la familia. Seguramente contribuimos a empeorar la situación; no teníamos la formación necesaria para poder manejarlo. Gritábamos y regañábamos, y toda la vida de Eskil consistía en maldiciones y horror.

—Cuénteme lo que pasó.

—Magne entró un momento en la cocina para despedirse. Se fue hacia el autocar con la mochila a la espalda. Fuera era de noche. Unté otra rebanada de pan con mantequilla y le puse salchichón encima. La corté incluso en pequeños dados, aunque el niño podía comer la corteza sin ningún problema. Él no paraba de dar golpes en el hule con su jarrita, gritaba y chillaba, ni de pena ni de alegría; no era más que un chorro constante de ruido. De repente descubrió los gofres que estaban sobre la encimera desde el día anterior. Enseguida empezó a pedirlos, y aunque yo sabía que él se saldría con la suya, le dije que no. Esa palabra era como agitar un paño rojo delante de sus ojos. No se dio por vencido, siguió dando golpes con la taza y se tambaleaba en la silla, a punto de volcarla. Yo estaba de espaldas y comencé a temblar. Me fui hacia un lado, cogí el plato, quité el plástico que cubría los gofres, y saqué una placa de cinco corazones. Tiré los trozos de salchichón al cubo de basura y le puse delante el plato de los gofres. Arranqué un par de corazones. Sabía que no se limitaría a comerlos, que ahí no acabaría la cosa. Lo conocía bien. Eskil quería mermelada. Unté a toda velocidad y con manos temblorosas dos corazones con mermelada de frambuesa. En ese momento el niño sonrió. Recuerdo muy bien su última sonrisa. Estaba contento consigo mismo. Yo no soportaba que él estuviera tan contento cuando yo me encontraba al borde de un ataque de nervios. Levantó el plato y empezó a dar golpes con él en la mesa. No quiso los gofres, no le importaban los gofres, lo único que quería en este mundo era salirse con la suya. Los gofres se cayeron al suelo, y tuve que ir a buscar un trapo para limpiarlo. No encontré ninguno, de modo que doblé los gofres. Me miró con curiosidad mientras hacía con ellos una bola. Su cara no mostraba ningún temor por lo que se avecinaba. Yo hervía por dentro. Tenía que dejar escapar algo de vapor, no sabía cómo, pero de repente me incliné sobre la mesa y le metí los gofres dentro de la boca, empujándolos lo más adentro posible. Recuerdo todavía sus ojos asombrados y las lágrimas que brotaron de ellos.

»¡Y ahora! —grité loco de ira—. ¡Ahora vas a comerte estos malditos gofres!

Johnas se puso tieso como un palo.

—¡No quería hacerlo!

El cigarrillo se estaba consumiendo en el cenicero. Sejer tragó saliva y dejó vagar su mirada en dirección a la ventana, pero no encontró nada capaz de eliminar de su retina la imagen del niño con la boca llena de gofres y los ojos grandes y aterrados. Miró a Johnas.

—Debemos aceptar a los hijos que tenemos, ¿no cree?

—Eso nos decía todo el mundo. Los que no sabían. Nadie sabía. Ahora me acusarán de malos tratos y muerte accidental. En ese caso llega usted demasiado tarde. Me he acusado y condenado a mí mismo hace ya mucho tiempo. Usted no puede hacer nada para cambiarlo.

Sejer lo miró.

—¿En qué consiste exactamente esa acusación?

—Fui culpable de la muerte de Eskil. Yo era el responsable de él. Para eso no hay ni disculpas ni explicaciones. Solo que no quise hacerlo. Fue un accidente.

—Tiene usted que haber sufrido mucho —dijo Sejer en voz baja—. No tenía a nadie con quien hablar de su dolor. Y al mismo tiempo siente que ya ha recibido el castigo por lo que hizo, ¿verdad? —Johnas callaba. Su mirada vagaba por la habitación—. Primero perdió a su hijo pequeño, luego su mujer lo abandona, llevándose a su hijo mayor. Usted se quedó solo, sin nadie.

Johnas rompió a llorar. Sonaba como si tuviera una papilla en la garganta que quisiera salir.

—Y sin embargo luchó por continuar viviendo. Tiene la compañía de su perro. Ha ampliado la tienda, que funciona cada vez mejor. Se necesita mucho esfuerzo para volver a empezar de la manera en que lo ha hecho usted.

Johnas asintió con la cabeza. Las palabras le llegaban como agua tibia.

Sejer había apuntado; en ese momento disparó de nuevo.

—Y entonces, cuando por fin todo empieza a funcionar de nuevo, aparece Annie. —Johnas se sobresaltó—. ¿Le lanzaba miradas acusatorias cada vez que se encontraban en la calle? Usted debió de preguntarse por qué Annie era tan poco amable con usted, de manera que cuando vio que bajaba la cuesta corriendo con la mochila a la espalda, pensó que debía averiguarlo de una vez por todas. ¿No fue así?

Una chica bajaba corriendo la cuesta. Me reconoció enseguida y se detuvo en seco. Su cara se contrajo y me miró como dudando. Todo su ser me rechazaba: era una postura arisca, casi agresiva, que resultaba inquietante.

Empezó a andar de nuevo a paso rápido, sin mirar hacia atrás. La llamé. ¡No quise darme por vencido, tenía que averiguar de qué se trataba! Por fin accedió y subió al coche, abrazando con fuerza la mochila que tenía sobre las rodillas. Yo iba despacio. Quise formular una frase, pero no sabía muy bien cómo empezar. Tenía miedo de hacer algo que pudiera ser peligroso para los dos. Seguí conduciendo mientras la miraba de reojo, con la sensación de que toda ella era una acusación enorme y vibrante.

—Necesito hablar con alguien —empecé vacilante, apretando el volante—. Lo estoy pasando mal.

—Ya lo sé —contestó, mirando por la ventanilla.

Pero de repente se volvió y me miró un instante. Lo tomé como una pequeña concesión e intenté relajarme. Aún tenía la posibilidad de retirarme, de dejarlo estar, pero ella estaba sentada allí, a mi lado, escuchándome. Tal vez fuera lo suficientemente adulta para comprenderlo todo, y tal vez eso fuera todo lo que quería: una especie de confesión, una súplica de perdón. Annie y toda su palabrería sobre la justicia.

—¿Podemos ir a algún sitio y hablar un poco, Annie? Aquí dentro, en el coche, resulta muy

difícil. Solo unos minutos y luego te llevo a donde tú quieras.

Mi voz era como un hilo fino, suplicante, y pude ver que la había conmovido. Asintió lentamente con la cabeza y se relajó un poco, reclinándose en el asiento y mirando por la ventanilla. Al cabo de un rato pasamos por delante de la tienda de Horgen y allí vi una moto aparcada. El motorista estaba inclinado sobre algo que tenía sobre el manillar, tal vez un mapa. Subí lenta y cuidadosamente por la mala carretera que llevaba hasta la colina y aparqué donde se puede dar la vuelta. De repente Annie parecía preocupada. La mochila se quedó en el suelo del coche. Intento recordar qué pensé en ese momento, pero no soy capaz, solo sé que fuimos andando lentamente por el sendero blando. Annie caminaba erguida a mi lado, joven y terca, pero no inamovible. Me acompañó hasta el agua y se sentó vacilante sobre una piedra. Se tocaba los dedos. Recuerdo sus uñas cortas y la pequeña sortija en la mano izquierda.

—Te vi —dijo en voz baja—. Te vi por la ventana en el momento de inclinarte sobre la mesa y me fui corriendo. Luego papá me contó que Eskil había muerto.

—Sabía —contesté—, sabía por tu forma de comportarte que me acusabas. Cada vez que nos encontrábamos en el camino, en los buzones o en el garaje me acusabas.

Rompí a llorar. Me incliné hacia delante sollozando, mientras Annie seguía sentada muy quieta a mi lado. No decía nada, pero cuando por fin me hube desahogado, levanté la vista y descubrí que ella también estaba llorando. Me sentí mejor que en mucho tiempo, de verdad que sí. El viento era suave y me acariciaba la espalda; aún había esperanzas.

—¿Qué tengo que hacer? —susurré—. ¿Qué tengo que hacer para dejar esto atrás?

Me miró con sus grandes ojos grises, como sorprendida.

—Entregarte a la policía, claro. Decir lo que pasó. ¡Si no, jamás volverás a tener paz!

En ese instante me miró. El corazón me pesaba en el pecho. Metí las manos en los bolsillos e intenté mantenerlas allí.

—¿Se lo has contado a alguien? —pregunté.

—No —dijo en voz baja—. Todavía no.

—¡Debes tener cuidado, Annie! —grité desesperado.

De repente sentí como si emergiera desde el fondo, desde la oscuridad, para entrar en la claridad. Un solo pensamiento paralizador me vino de pronto a la mente. Que solo Annie y nadie más en el mundo lo sabía. Fue como si el viento cambiara de rumbo; sentí un gran zumbido en los oídos. Todo estaba perdido. En su rostro se dibujó la misma expresión de asombro que en el de Eskil. Luego atravesé el bosque rápidamente. No me volví ni una vez para mirarla.

Johnas estudiaba las cortinas, y el tubo fluorescente del techo mientras sus labios formulaban sin cesar palabras que nunca llegaron a verbalizarse. Sejer lo miró.

—Hemos registrado su casa y tenemos pruebas técnicas. Será usted acusado de homicidio por imprudencia en la persona de su hijo, Eskil Johnas, y de homicidio intencionado en la persona de Annie Sofie Holland. ¿Entiende lo que le digo?

—¡Se equivoca!

La voz era un débil gemido. Varios vasos sanguíneos rotos conferían un color rojizo a sus ojos.

—No soy yo el que va a juzgar su culpabilidad.

Johnas se metió una mano en el bolsillo de la camisa. Temblaba con tanta vehemencia que parecía un anciano. Por fin volvió a sacar la mano, que asía una pequeña caja plana de metal.

—Tengo la boca muy seca —murmuró.

Sejer miró la cajita.

—Pero no habría hecho falta que la matara, ¿sabe?

—¿De qué está hablando? —dijo con un hilo de voz.

Dio la vuelta a la caja y dejó caer en su mano una pequeña pastilla blanca para la garganta.

—No necesitaba matar a Annie. Habría muerto de todos modos, si hubiera esperado un poco.

—¿Está bromeando?

—No —contestó Sejer—. Nunca bromearé con el cáncer de hígado.

—Ahí se equivoca. Annie tenía una salud de hierro. Estaba de pie junto a la laguna cuando me marché, y lo último que oí fue el ruido de una piedra que tiró al agua. No me atreví a decírselo la primera vez, que vino conmigo hasta la laguna, quiero decir. ¡Pero así fue! No quiso bajar conmigo en el coche. Prefería andar. ¿No comprende que alguien llegó mientras ella estaba junto al agua? Una chica joven, sola en el bosque. Hay montones de turistas en la colina. ¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez que se está equivocando?

—Se me ocurre muy rara vez. Pero la batalla está perdida, ¿sabe? Hemos encontrado a Halvor.

Johnas hizo de repente una mueca, como si alguien le pinchara con una aguja en el oído.

—¿Resulta amargo, verdad?

Sejer estaba sentado muy quieto, con las manos sobre las rodillas. Se sorprendió dando vueltas a su alianza. No había mucho más que hacer. Además, la pequeña habitación estaba silenciosa y casi en penumbra. De vez en cuando miraba el rostro destrozado de Halvor, un rostro lavado y aseado, pero totalmente irreconocible, con la boca medio abierta y varios dientes hechos añicos. La vieja cicatriz de la comisura de los labios ya no era visible. Su rostro había reventado como una fruta madura. Pero la frente estaba entera, y alguien le había peinado el pelo hacia atrás dejando a la vista la piel lisa, como una pequeña indicación de lo guapo que había sido. Sejer inclinó la cabeza y puso las manos sobre la sábana. Se veían con más nitidez en el círculo de luz que emitía la lámpara de la mesilla. No oía nada más que su propia respiración y un ascensor que sonaba débilmente a lo lejos. Un repentino movimiento bajo sus manos le hizo sobresaltarse. Halvor abrió un ojo y le miró. El otro estaba cubierto de una bola gelatinosa de esparadrapo flotante, parecido a una medusa. Quiso decir algo, pero Sejer se puso un dedo sobre los labios e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me encanta ver esa mueca malhumorada, pero no debes hablar. Pueden saltar los puntos.

—*Gacias* —masculló como pudo Halvor.

Permanecieron un instante mirándose el uno al otro. Sejer movió la cabeza un par de veces, Halvor pestañeó una y otra vez con el ojo verde.

—Ese disquete —dijo Sejer—, que encontramos en el piso de Johnas, ¿es una copia exacta del de Annie?

—Mmm.

—¿No se ha borrado nada?

Halvor negó con la cabeza.

—¿Nada ha sido cambiado o corregido?

Más movimientos negativos.

—Entonces lo dejamos así —dijo Sejer lentamente.

—*Gacias*.

Los ojos de Halvor se llenaron de agua y empezó a moquear.

—¡No llores! —exclamó Sejer—. Se te pueden saltar los puntos. Tienes mocos, iré a buscar papel.

Se levantó, cogió papel del lavabo, e intentó limpiar los mocos y la sangre que le salían de la nariz de Halvor.

—Annie te parecería algo difícil de vez en cuando. Pero ahora ya entiendes que tenía sus motivos. Todos solemos tenerlos —añadió—. Para Annie era una carga demasiado pesada para ella sola. Sé que lo que voy a decir es una tontería —prosiguió, tal vez en un intento de consolar a ese muchacho que yacía con la cara destrozada y que le inspiraba tanta compasión—, pero tú aún eres joven. Acabas de perder mucho. En este momento sientes que Annie era la única persona con la que querías estar. Pero el tiempo pasa, y las cosas cambian. Algún día pensarás de otra manera.

Demonios, qué afirmación, pensó de repente.

Halvor no contestó. Miró las manos de Sejer sobre el edredón, la ancha alianza de oro en su mano derecha. Su mirada era acusadora.

—Sé qué estás pensando —dijo Sejer en voz baja—, que me es fácil hablar, con esta grande y ostentosa alianza de diez milímetros. Pero ¿sabes? —dijo con una triste sonrisa—, en realidad se trata de dos alianzas fundidas. —Volvió a dar vueltas al anillo—. Ella ha muerto —dijo en voz baja—. ¿Lo entiendes?

Halvor bajó la vista de su único ojo, y otro reguero de sangre y mocos le chorreó por la cara. Abrió la boca, y Sejer pudo ver los raigones destrozados.

—*Pedóneme* —dijo.

Por fin apareció el sol mientras Sejer y Skarre se paseaban por las calles con el perro entre ellos. Kollberg andaba a sus anchas, con el rabo muy erguido, como una bandera.

Sejer llevaba un ramo de flores, que le colgaba de un cordel enrollado en la muñeca: anémonas blancas y rojas en papel de seda. Llevaba la chaqueta por encima de los hombros y su eccema estaba mejor de lo que había estado en mucho tiempo. Andaba a su habitual paso ligero, mientras que Skarre iba dando saltitos a su lado. El perro caminaba sorprendentemente bien, a un paso digno. No iban demasiado deprisa, porque llevaban las camisas recién planchadas y no querían sudar demasiado antes de llegar.

Matteus saltaba de un lado para otro con gran expectación, con una orca de terciopelo negro y blanco en los brazos. Se llamaba Willy Fri, y era casi tan grande como él. El primer impulso de Sejer fue lanzarse sobre el niño y levantarlo por los aires dando rienda suelta a su entusiasmo con voz jubilosa. Pero no era su estilo. Lo sentó con cuidado sobre sus rodillas y miró a Ingrid, que llevaba un vestido nuevo, un vestido de verano amarillo con un estampado de frambuesas rojas. La felicitó por su cumpleaños y le apretó la mano. Dentro de poco se irían al otro lado del mundo,

al calor y a la guerra, y allí se quedarían durante una eternidad. Dio la mano a su yerno mientras cogía la de Matteus con la otra. Luego se quedaron muy quietos esperando la comida.

Matteus jamás se ponía pesado. Era un niño educado que casi nunca chillaba, y no era terco ni obstinado. Lo único que Sejer no reconocía de su propia familia era una leve tendencia a cometer encantadoras diabluras. La vida de su nieto era todo sonrisas y amor, y sus orígenes, de los que no sabían gran cosa, no habían proporcionado al niño genes que provocaran un comportamiento anormal, que los volviera locos o que los llevara a sobrepasar límites terroríficos. Sus pensamientos vagaron hacia atrás, hasta la calle Gamle Møllevvej en las afueras de Roskilde, cuando era niño. Por fin oyó lo que su hija le estaba diciendo.

—¿Qué has dicho, Ingrid?

Miró asombrado a su hija, que se apartaba un rizo rubio de la frente mientras sonreía de esa manera tan especial que reservaba para él.

—¿Coca-Cola, papá? ¿Quieres Coca-Cola?

En ese mismo instante, en otro lugar, una vieja y fea furgoneta bajaba por la carretera llena de baches en primera, y al volante iba un hombre robusto con el pelo de punta. Al acabar la cuesta se paró para dejar pasar a una niña que había puesto el pie en la carretera. Ella se detuvo en seco.

—¡Hola, Ragnhild! —gritó él con entusiasmo.

La niña llevaba una cuerda de saltar colgando de una mano, y lo saludó con la otra.

—¿Vas de paseo?

—Voy a casa —dijo Ragnhild resuelta.

—¡Escucha! —gritó Raymond, muy alto, con el fin de ahogar el ruido del motor—. ¡Cesar ha muerto, pero Pâsan ha tenido crías!

—Si Pâsan es un chico —contestó Ragnhild dudando.

—No siempre es fácil ver si un conejo es niña o niño. Tienen mucho pelo. Pero sí que ha tenido crías. Cinco. Puedes verlas si quieres.

—No me dejan —dijo la niña, decepcionada, mirando la carretera con la débil esperanza de que alguien apareciera para salvarla de esa vertiginosa tentación: conejos bebés—. ¿Tienen ya pelo?

—Tienen pelo y ya han abierto los ojos. Luego te llevaré a tu casa, Ragnhild. ¡Ven, crecen muy deprisa!

Ragnhild miró una vez más la carretera, cerró con fuerza los ojos y volvió a abrirlos. Luego cruzó rápidamente y se metió en el coche. Llevaba una camisa blanca con cuello de encaje y un minúsculo pantalón corto rojo. Nadie la vio subirse a la furgoneta. La gente estaba en sus jardines, plantando, limpiando y atando rosales y clematis. Raymond se sentía muy elegante con la vieja chaqueta de Sejer. Puso el coche en marcha. La niña esperaba emocionada en el asiento, a su lado. Raymond silbó contento y miró a su alrededor. Nadie los había visto.



KARIN FOSSUM (Sandefjord, Noruega, 6 de noviembre de 1954). Autora de novela negra muy reconocida internacionalmente. De nombre Karin Mathisen, trabajó como taxista y posteriormente en hospitales, residencias de ancianos y rehabilitación de toxicómanos.

En 1974 publicó por primera vez, un libro de poemas, continuando después con relatos cortos, y finalmente con novelas policiacas, con las que ha alcanzado la fama y ha recibido muchos premios. Es conocida, sobre todo, por su serie de thrillers protagonizados por el inspector Sejer, de la que ya ha publicado 10 novelas.

El periódico británico *The Times* la ha incluido en la lista de los cincuenta mejores autores de novela negra de todos los tiempos.